

Selecta

Mavi Tomé

*El Mosquetero
del Alcázar*



El mosquetero del Alcázar

La menina y el mosquetero 2

Mavi Tomé

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Prólogo

Alcázar de Madrid, principios de agosto de 1624

Él permanecía inmóvil, erguido en mitad de aquella sala situada en el ala norte de la regia construcción. Se balanceaba de cuando en cuando con nerviosismo sobre sus ya malogradas y temblorosas piernas. Su cabeza descubierta mostraba unos cabellos salpicados de hebras de plata, que en un tiempo lejano fueron negros como ala de cuervo. Una incipiente calvicie alargaba una frente que antaño era fiel reflejo de su autoridad y gallardía. Suspiró hondamente mientras sus manos daban vueltas a su chambergo. El dorso de estas mostraban una serie de pecas que el peso de la edad había instaurado, inmisericorde, sobre su piel morena.

Miró en dirección a las grandes puertas de madera de pino que custodiaban dos alabarderos. Hubo un tiempo en que podía traspasar aquel dintel sin necesidad de concertar una cita, valiéndose de su cercanía con el Tercer Felipe. Hubo un tiempo en que el anuncio de su sola presencia le confería privilegios y reverencias allá por donde pasaba. Todos los nobles querían acudir a sus dependencias para consultarle sobre asuntos de diversa índole: política, teocracia... Lo consideraban una eminencia, una suerte de erudito al que la posesión de una más que aceptable biblioteca lo elevaba en la escala social. Y, sin embargo, aquellos tiempos habían transcurrido de una forma tan veloz que casi no se había percatado. ¿Dónde quedaron? Era la pregunta que flotaba en su mente. Su vida parecía haber transcurrido en un suspiro;

especialmente, los últimos años, en los que el nacimiento de sus hijos y los estragos de la edad habían hecho mella en su cuerpo. Y no podía decir que la compañía de su joven esposa Juana, mucho menor que él, fuera un consuelo en los inicios de su vejez: su carácter altivo y caprichoso le daba más quebraderos de cabeza que las travesuras de sus hijos, aún jóvenes.

Unos pasos sonaron desde la sala contigua. La puerta se abrió ante sus ojos con un crujido dando paso al caballero ujier, ataviado de terciopelo negro y satén plateado. Dio tres golpes en el suelo con su bastón y pronunció un nombre en voz alta y clara:

—Su Majestad llama a don Pedro de Guzmán Enríquez de Rivera y Acuña.

—Don Pedro de Guzmán... —repitió otra voz en la lejanía.

—Don Pedro de Guzmán... —dijo otro.

El aludido volvió a suspirar y, por toda respuesta, flanqueó las oscuras puertas de madera, brillantes de barniz, para encontrarse en pocos instantes ante el rubicundo Felipe, el cuarto de su nombre.

Al inclinarse ante el monarca, no pudo evitar compararlo con su malogrado padre, el Tercer Felipe, aquel prudente y tímido rey al que la historia parecía haber castigado de manos de sus ingratos cronistas. Advertía un leve parecido entre ambos en lo que respectaba a la belleza y a la apostura física; tal vez, también, el brillo curioso de sus ojos claros, que refulgían sobre su pálida tez. Aun así, el joven rey era la viva imagen de su madre, Margarita de Austria—Estiria. Buena prueba de ello era el rostro alargado, la mandíbula prominente y sus gruesos labios; amén de la blancura casi traslúcida de su piel y el dorado de sus cabellos, cortados a ras de las orejas, como imponía la moda de la época. En cuanto a sus vestimentas, la estricta y oscura etiqueta impuesta por su predecesor y por su abuelo Felipe II parecía no cumplirse en el caso del futuro Rey Planeta, a la sazón un arrogante joven de apenas veintiún años que lucía, con no poca coquetería, un atuendo que combinaba el terciopelo negro y listas doradas del jubón con el satén negro de sus calzas.

A pocos pasos del monarca se hallaba don Gaspar de Guzmán, valido del rey y futuro conde-duque de Olivares. Permanecía en pie, con las cejas en un sempiterno fruncimiento y sus ojillos oscuros, siempre atentos y brillantes de malicia, bajo un flequillo moreno cortado a mitad de su arrugada frente. Sus oscuras vestimentas otorgaban a su presencia una gravedad mayor que la que su rostro emanaba de por sí.

—Mi buen don Pedro —comenzó a decir el joven rey—, celebro veros de nuevo en la Corte.

—Majestad, el honor es mío. Hacía años que esperaba vuestra llamada...

—Los acontecimientos recientes, mi buen don Pedro, ocupan casi toda nuestra atención. —Se mesó la frente con fruición—. Como ya sabréis, esos ingleses malnacidos, con el hideputa de su rey a la cabeza, han sitiado Breda, comprometiendo el legado de mi bisabuelo Carlos. La *pax hispanica*^[1] por la que mi padre tanto luchó ha quedado definitivamente destruida.

—Algo he escuchado, mi señor, mas no olvidéis que vuestro reino sufre con vos.

—Me preocupan mis tropas... —reconoció el rey, preocupado.

—Vuestros tercios son los más fieros del mundo, Majestad —intervino Olivares—. No tengáis duda alguna de que echarán a esos hijos de Satanás de nuestra plaza. Por cada uno de nuestros hombres que esos malhadados maten, los nuestros se llevarán por delante a cuatro más de los suyos.

—Aun así, se perderán incontables vidas, don Gaspar. —Miró a su valido—. Que los primeros años de mi reinado sean recordados por guerras y muerte, no es algo que me llene de especial orgullo, pese a la fiereza de mis hombres.

Callaron.

El rey se levantó y se dirigió a uno de los ventanales que miraban sobre el río Manzanares. Las manos, cruzadas tras la espalda. Por un instante, don Pedro creyó ver en él al malogrado Felipe III, que había adoptado esa misma actitud, en esa misma sala, hacía ya varios años. Ese día, la vida de don Pedro cambió por completo, renunciando a una felicidad que creía más duradera y

que partió rumbo a Francia en pos de un destino incierto.

Se mordió los labios. Poco sabía de Aurora y de Felipe, poco sabía de sus sentimientos y andanzas, mas le constaba que ambos trabajaban de forma encomiable para proteger a la reina de Francia y los intereses de las Españas.

—Mi buen don Pedro, sabéis que no os he hecho llamar para hablar de esta nueva guerra que se inicia contra nuestro Reino. —El rey lo miró—. Mi intención es otra bien distinta.

—Majestad, creo saber dónde queréis llegar... —Suspiró—. Solo puedo deciros que confío en el buen hacer de mis sobrinos y que jamás han dejado de cumplir con las indicaciones de Vuestra Majestad.

—¿Y por qué no hemos recibido noticias suyas? —intervino Olivares, visiblemente enojado—. ¿A qué esa demora? Su Majestad ordenó que regresaran por mediación de mi mejor hombre, don Álvaro de la Quadra; y no solo desoyen una orden real, sino que además dejaron que una escoria francesa acabase con la vida de mi fiel colaborador.

—Felipe remitió una carta a Su Majestad contándole todos los detalles de la muerte de vuestro sirviente, don Gaspar. Creedme cuando os digo que lamento profundamente su muerte, pero ninguno de mis sobrinos tuvo culpa alguna de ello; más aún, se sintieron muy apesadumbrados por no haber podido salvarlo —defendióse don Pedro.

—Aun así, ambos han desobedecido una orden real. El mismo rey les escribió una carta de su puño y letra conminándoles a regresar.

—Ya está bien, don Gaspar. Por favor, calmaos. —El rey calló a su valido, alzando una de sus blancas manos.

El futuro conde-duque apretó los labios con ciertos aires de contradicción. Se sabía de él que era hombre de fuerte carácter, inteligente y en exceso metódico; acostumbrado a salirse siempre con la suya, tal vez debido a su posición y al orgullo que sentía respecto de sus ancestros. De todos modos, sabía que aquel ímpetu que lo caracterizaba no servía ante un mandato regio,

por lo que decidió que guardar silencio era lo más oportuno.

Pedro de Guzmán miró a rey y valido. La juventud del arrogante Felipe contrastaba con lo curtido de aquel hombre de Estado, el verdadero artífice de la política de la Corona y quien realmente llevaba las riendas del poder. Y es que, por aquel entonces, el que en un futuro fuera conocido como Rey Planeta estaba más preocupado en perseguir y gozar de los encantos de las actrices de Madrid que en centrar su atención en los asuntos del reino. Quizá se debiera a su juventud o al poco calor que, se decía, encontraba en el lecho conyugal.

—Don Pedro, ¿qué sabéis vos de lo dicho por don Gaspar? —preguntó el rey, de repente.

—Bien poco, Majestad, salvo lo que os hayan dicho ya. Sé que la demora de mi sobrina se debe a que ha debido permanecer en Francia para atender a vuestra hermana. Según me han comunicado, ha sufrido una ligera indisposición que ha mermado su ya de por sí delicada salud.

—Me resulta increíble pensar en esa posibilidad. —Se llevó la mano al mentón—. Ana siempre fue una niña fuerte, la más fuerte de todos nosotros. —Suspiró—. Aunque, ahora que lo mencionáis, mi hermana María Ana[2] también me refirió la cuestión de su salud, aunque no se explayó en detalles. Ello me hace sospechar que hay algo más detrás de esa aparente fragilidad.

Don Pedro calló. Nada sabía a ese respecto.

—¿Y de Felipe? ¿Qué se sabe del muchacho?

—Como vos le ordenasteis, custodia a la reina Ana y a su melliza con un celo y una diligencia encomiables. Nadie sabe de su existencia, salvo vuestra hermana y unos pocos allegados. Siempre a las órdenes de Vuestra Majestad.

—Me gustaría que ambos regresaran, aunque sé que la seguridad de mi hermana depende de la presencia de ambos. —Volvió a cruzar ambas manos tras su espalda—. Mi padre así lo hubiera querido...

—¿De verdad lo estimáis conveniente, Majestad? —intervino Olivares—. Un vulgar espía y una simple muchacha...

—Tal vez estos dos seres aparentemente insignificantes, mi buen Gaspar, puedan tener en sus manos la llave del futuro de las Españas. Así que os rogaría que no hablarais sin saber.

Don Pedro tapó su boca de manera discreta con la punta de sus dedos, ahogando una sonrisa que se dibujó en su boca al saber contrariado al futuro conde—duque.

El rubicundo monarca curvó sus gruesos labios en una risa traviesa, sabedor de la osadía cometida al importunar a su valido. Acto seguido, volvió a fijar sus ojos celestes en el avejentado marqués de Ardales.

—¿Creéis poder convencer al menos a la muchacha para que retorne? Me temo que Felipe sigue haciendo falta en Francia...

—Puedo intentarlo, Majestad. Ya sabéis que mi sobrina no se atrevería jamás a desobedeceros.

—Sea, pues —y luego, a Olivares—: Don Gaspar, llamad a mi escribiente. Debo mandar recado a Francia, presto. En cuanto a vos, marqués, creo que deberíais ir buscando un nuevo partido para la joven.

—Mi señor, dudo que ella acepte de buen grado. —Don Pedro frunció el ceño—. Ya sabéis que me opuse a la elección de don Álvaro de la Quadra como su futuro marido y, que Dios me perdone, mi ánimo se templó cuando supe de su muerte.

—¿Acaso mi hombre de confianza no os parecía buen partido, don Pedro? —repuso don Gaspar, contrariado—. El mismo rey tenía intención de concederle el título de marqués por los servicios prestados a la Corona.

—No me malinterpretéis, señor conde. En nada infravaloro los dones que atesoraba don Álvaro de la Quadra, pues eran innegables. Lo que me perturbaba era la disparidad de caracteres entre ambos y... —Miró al rey—. Bueno, Majestad, vos ya conocéis la particularidad de mi sobrina.

—Entiendo, don Pedro. Nadie podría juzgaros por albergar tales temores. —Se llevó la mano al mentón—. Tal vez Albert, el hijo de don Juan Coloma,

Tercer Duque de Elda, sería más de vuestro agrado. Sé que tuvo relación con vuestra sobrina en el pasado y conozco de sobra su inclinación por ella. Aún suspira evocando lo hermosa que era de niña.

—Si mis fuentes son fiables, Majestad, se ha convertido en una mujer aún más bella. Aunque, con todos los respetos, mi señor, Albert es solo un bastardo...

—Creo que vuestra sobrina no está en disposición de elegir, don Pedro. No tratéis de engañarme. Sé que sus orígenes no son... ¿Cómo decirlo sin ofender? Todo lo limpios que se pudiera imaginar.

Era la voz de Olivares dura como la piedra, cortante como el acero. Había intentado herir al marqués de Ardales allá donde sabía que podía hacerlo, mas no contaba con que don Pedro estaba habituado desde hacía ya largo tiempo a las chanzas que los misteriosos orígenes de Felipe y Aurora habían provocado en la Corte. Quiso hablar, defender a aquella que consideraba su sangre, pese a no llevarla en sus venas, pero la voz autoritaria del Cuarto Felipe llamó al orden a Gaspar de Guzmán.

—Olvidáis, querido Olivares, que la muchacha también vivió en esta Corte. —Lo miró—. Compartimos juegos infantiles y nos instruimos juntos en muchas y variadas materias de las que siempre sobresalían con brillantez su hermano y ella. Jamás conocí en varón alguno seso tan preclaro como en esa mujer. Y, si bien es cierto lo que argumentáis en cuanto a su linaje, debo decir que para mí esa cuestión carece de importancia. —Irguióse todo lo alto que era.

— Mi rey, yo no...

— Callad, Olivares. Callad y dejad de meter la pata.

Don Gaspar bufó, olvidando por un instante las normas de la etiqueta que se debían mantener ante la presencia del último descendiente de los Austria. Dio un taconazo en el suelo y, tras hacer una rápida inclinación de cabeza, salió de las estancias con paso veloz y aires de rey ofendido.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, el nieto de Felipe II clavó su

mirada celeste en el arrugado marqués de Ardales. Estaban solos por primera vez en años, con tantas cosas por contarse y, a la vez, diciéndolo todo con la mirada. Sonriendo levemente, el Rey Planeta volvió a sentarse en el trono, sin desviar la atención del fiel amigo de su padre.

—¿Creéis que la muchacha vendrá, don Pedro? Aunque, claro está, es muy osado seguir llamándola *muchacha*; máxime, teniendo en cuenta que es varios años mayor que yo. —Rio.

—Ciertamente, Majestad. Mas he de reconocer que vuestra insistencia me escama. ¿Puedo preguntar a qué ese repentino interés por ella?

El Habsburgo introdujo la uña del pulgar en la boca, mordiéndola con nerviosismo.

Volvió a sonreír.

—Creo que ha llegado la hora de cumplir con la promesa que le hice a mi padre en su lecho de muerte.

—¿Acaso vos sabéis...?

—Sí, don Pedro; estoy al tanto de todo el asunto desde hace años. Y ya sabéis que un rey no es nada si falta a su palabra.

—¿Lo creéis necesario, Majestad?

Don Felipe asintió con la cabeza. Se retiró la mano de la boca.

—Sabéis que esto podría desencadenar un conflicto, mi señor.

—Puede ser —reconoció el monarca español—. Aunque se lo debo a Felipe y a Aurora; sobre todo, a Aurora.

—Me temo que no os entiendo, Majestad.

—Pronto lo entenderéis, mi buen marqués. Pronto lo haréis...

Capítulo 1: Un visitante de Inglaterra

Versalles, finales de agosto de 1624

Se encontraba erguido sobre su montura, dando buena cuenta de una manzana que mostraba la marca de sus mordiscos sobre su superficie. Su caballo mantenía la testuz baja, buscando ávidamente con el hocico los brotes más tiernos de aquel pasto. A lo lejos, el pabellón de caza mandado construir por Luis XIII se erguía orgulloso con sus tejados de pizarra azulada y sus desnudos muros de piedra, recortándose en el horizonte como si de una premonición se tratara. El cielo, azul e infinito, no mostraba ninguna nube que manchase su plenitud y parecía contribuir con su brillo a que la grandeza del sol se incrementase.

Secó unas pocas gotas de sudor que perlaban su frente, fruto del calor con que aquel verano les estaba obsequiando. No en vano, había decidido renunciar a la casaca de cuero que complementaba el uniforme y el sombrero. Al fin y al cabo, en campo abierto, no había superiores que pudieran afearle su mala conducta.

A lo lejos oyó un trote, seguido por un relincho.

Un hombre se aproximaba a lomos de un ejemplar andaluz palomino con barra. El equino galopaba a gran velocidad, con sus crines rompiendo el viento. El gascón sonrió al identificar al jinete y arrojó lejos de sí el resto de fruta que le quedaba.

Al llegar a su posición, ambos se agarraron del brazo hasta el codo, sin

descabalar. Una risa curvó sus bocas, dejando entrever la hilera superior de dientes.

— Me alegra volver a verte, Pierre.

— Yo también me alegro, Artal. Ha pasado mucho tiempo.

Pierre se fijó en su compañero de armas. Se asombró del largo de sus cabellos, que llegaban hasta casi los hombros, y tampoco pudo evitar fijarse en las ropas nuevas que lucía: una casaca que le llegaba hasta el inicio del muslo y que se cerraba en su parte frontal por un sinnúmero de correas hábilmente dispuestas. Su rostro lucía un tono tostado por el sol, fruto de las largas jornadas en barco que debía haber sufrido. El mes que había pasado fuera de Francia parecía haberle sentado bien, aunque sabía que la sonrisa que lucía no se debía a la buena marcha de sus asuntos, sino al hecho de haber regresado.

—¿Qué tal por Inglaterra? ¿Alguna novedad? —preguntó el gascón.

Pierre puso su caballo al paso, siendo imitado por Artal, que lo seguía de cerca.

—Las negociaciones han ido mejor de lo esperado. Es muy posible que en los próximos meses contemos con un nuevo enlace real que refuerce aún más, si cabe, la posición de Francia en Europa.

—La princesa Henriette Marie está a punto de protagonizar una alianza nada desdeñable —observó Pierre.

—Sin lugar a dudas —confirmó el menor de los Briand—. Convertirse en reina de Inglaterra es el honor más alto al que puede aspirar una princesa de su estirpe. Y me parece que podrá serlo muy pronto...

—¿Son ciertos los rumores sobre la enfermedad del rey Jacobo?

—Sí; de hecho, la entrevista la llevó a cabo su hijo Carlos, acompañado de George Villiers. El rey hubo de guardar cama, aquejado de unas extrañas fiebres.

—¿Y Buckingham? ¿Te causó buena impresión?

—Ni buena, ni mala. Es un hombre de Estado en toda regla: cortés en las distancias cortas, encantador con las damas, magnánimo con sus amigos e implacable con sus enemigos. Prueba de ello fueron sus constantes alusiones a las Españas, a cuyo pueblo calificó de zafio y traidor —dijo Artal.

—Parece que el rechazo de los madrileños pesa como una losa sobre su augusta cabeza —apuntó Pierre—. Nuestra reina Ana aún lo considera culpable de la humillación a su hermana.

—Ciertamente, Pierre. Aunque debe guardarse sus antipatías, puesto que pronto nos visitará.

—¡No me digas!

—Sus planes pasan por viajar a Francia en los meses venideros con el fin de acompañar a la princesa Henriette a su nuevo reino.

—¿Los acompañarás, entonces?

—No lo creo. —Artal frunció el ceño—. Ya antes de partir le comuniqué al teniente mi intención de no realizar misiones que me alejen de Francia por un tiempo.

—Creo imaginar el porqué... —indicó su compañero, divertido.

Sus caballos seguían al paso, sin que sus dueños interrumpieran el agradable coloquio que habían iniciado.

—Ponte en mi lugar, Pierre. He pospuesto demasiado unos planes que no admitían demora alguna. Cierto es que lo primero para un mosquetero debe ser el servicio a su rey y a Francia, mas en mi caso... —Se rascó la cabeza—. No sabría cómo explicártelo...

—Sé lo que quieres decir, amigo. Y más si la has comprometido de la forma que creo que lo has hecho. —Rio.

Artal tragó saliva y bajó la vista, avergonzado.

Pierre sonrió al confirmar sus sospechas. En el pasado, Artal se habría vanagloriado por haber alcanzado el goce de la carne con una mujer. No había pasado tanto tiempo, pero comprendía que aquella relación no era una más. Y

tampoco su amigo parecía el mismo.

—Ella... ¿Ella está aquí? —preguntó Artal, con voz ronca.

—Sabes que sí. Si no lo estuviera, no creo que hubieras venido hasta Versalles solo para hablar conmigo.

—No, lo admito.

—¿Fue Héctor quien te lo dijo?

Artal asintió.

—Sí, aunque me sorprendió el hecho de descubrir que Philippe se halla también aquí.

—Desde tu partida, la situación ha mudado bastante: la guardia y custodia de la reina se alterna entre tu hermano y ellos dos. La misma Ana de Austria les concedió un día de permiso semanal para que pudieran entrenar sin cortapisas, lejos de ojos indiscretos. Héctor fue su principal valedor, aunque me extraña el excesivo celo con el que últimamente vigila cualquier movimiento de Su Majestad.

—Es obvio que así lo haga: es la reina.

Artal quería desviar la conversación. Sabía el motivo de la inclinación de su hermano mayor con respecto a la Habsburgo: aquel embarazo del cual le había culpado Aurora en un primer momento era la verdadera causa de los desvelos de Héctor. No en vano había tenido arte y parte en él. No era de extrañar que quisiera proteger a aquella criatura que crecía en el vientre de la reina y que llevaba su sangre de cualquier mal que pudiera atenazarle desde el exterior; y, asimismo, los sentimientos que sentía por la reina lo inclinaban a mantener una posición de guardia y custodia para con Su Alteza.

De pronto, el menor de los Briand reparó en una palabra que antaño había pronunciado Pierre.

—Un momento, ¿has dicho un día de permiso para entrenar?

Pierre rio con sorna.

—¿Entrenar? —repitió Artal.

—Si no me crees, juzga por ti mismo: ahí tienes a esos locos.

Artal miró a lo lejos, donde la mano de Pierre señalaba. Sus ojos se abrieron de par en par al ver dos figuras enzarzadas en un improvisado combate de espadas.

Philippe y Aurora lucían vestimentas idénticas que acentuaban su ya de por sí asombroso parecido físico: ambos con camisa blanca, pantalones negros y botas de montar del mismo color. Sus cabellos, hábilmente asegurados en sendas coletas bajas, brillaban con cada movimiento; si bien los de Aurora eran algo más largos que los de su mellizo, llegando hasta más abajo de los hombros. Artal no pudo evitar pensar en el tiempo transcurrido desde su partida; tiempo que parecía reflejarse en el largo de la cabellera de la joven, cortada a ras de los hombros durante su enfrentamiento con Lamberte d'Etôile en la batalla del Louvre. Habían crecido mucho más que los de su hermano, dándole otra vez la apariencia femenina que parecía haber perdido cuando sacrificó su larga melena en pos de lo que ella pensaba que era un bien mayor.

Sin embargo, el cambio más sustancial que pudo apreciar no corría de manos de Aurora, sino de Philippe.

El muchacho lucía en sus mejillas una leve pelusa de vello castaño-rojizo que las oscurecía, ocultando sus característicos rasgos de niño. Sabía que en el pasado había recurrido a la cuchilla de afeitar para eliminar aquellos elementos de la madurez, y que su parecido con Aurora fuera aún mayor; mas, por alguna razón que Artal no entendía, parecía haber abandonado aquellas actitudes del pasado. O, simplemente, había olvidado afeitarse. Por otro lado, su cuerpo, antaño frágil y delicado, mostraba una espalda ancha y unos brazos musculosos, que ni la holgura de la camisa parecía poder ocultar. Había dejado de ser un niño y, por ende, la dualidad con su melliza parecía haber desaparecido.

Para sorpresa de Artal, ambos estaban entrenando, sí; pero entrenaban con los ojos vendados por una cinta de raso negro. Aun así, sus estocadas eran certeras y estaban tan sincronizados que cualquiera diría que, más que luchar, ensayaban una coreografía de danza.

Artal rio, atrayendo sobre sí la atención de los mellizos, que se deshicieron del apresto con rapidez.

Aurora no pudo evitar que su linda carita se iluminase ante la sola visión de Artal, a quien no esperaba ver ante sí de forma tan repentina. El mosquetero había detenido a *Alazán* y permanecía con ambos brazos cruzados sobre el borren. Sus labios se habían curvado en una sonrisa bajo su bigote, al saberse objeto de la atención de la menina, quien se echó el flequillo hacia atrás, con un gesto muy femenino.

Súbitamente, Philippe dio una patada baja a las piernas de su hermana, haciéndola caer ante el asombro de los mosqueteros. La joven cayó de bruces, aunque tuvo tiempo de detener la estocada que su hermano descargó sobre su rostro con su toledana. La hoja, a escasos centímetros de su rostro. Los ojos negros de la muchacha, fijos en la afilada arma de su mellizo, quien reía divertido.

—Nunca bajas la guardia, hermanita.

Aurora esbozó una suerte de sonrisa.

Philippe retiró el arma e, incorporándose, extendió la mano para ayudar a que su melliza se levantara. La menina la asió, con cara de circunstancias. Sin embargo, y para el asombro de su hermano, tiró con fuerza de él, haciéndolo caer. Con un rápido movimiento, Aurora quedó encima de este, con la espada perpendicular a la garganta de su mellizo. Con una de sus rodillas, aprisionaba la mano con la que Philippe sostenía el arma; con la otra, presionaba el pecho de su hermano utilizando el peso de su cuerpo con el fin de impedir cualquier tipo de movimiento.

—Y tú no te fíes de las apariencias, hermanito —dijo Aurora.

Pierre y Artal aplaudieron la exhibición. Los mellizos sonrieron y se incorporaron. Sus rostros empapados en sudor y las mejillas arrojadas. Avanzaron lentamente hasta llegar a la altura de los recién llegados, que chocaban palma con palma entusiasmados.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —quiso saber Philippe.

—El suficiente como para haber presenciado una magistral clase de esgrima —dijo Pierre.

—Viniendo de vos, monsieur d'Evandele, podríamos considerar dicha observación como un auténtico halago.

—Oh, perdonadme, monsieur Philippe. Para nada quería que sonara a alabanza, sobreestimando vuestras habilidades; máxime, teniendo en cuenta que aún tenéis mucho que aprender de un gran maestro.

—Y por gran maestro, ¿os estáis refiriendo a vos, monsieur?

—Os aventajo tanto en edad como en maestría, de ahí el que pueda afirmar sin ningún género de duda que podríais considerarme vuestro mentor.

—La edad y la maestría jamás podrán considerarse tan altas bazas como la experiencia, monsieur; en eso, os aventajo.

Ambos estallaron en una sonora carcajada. Era patente la camaradería existente entre ambos, acrecentada en las últimas semanas por la inusual cercanía que habíase producido. Era frecuente verlos juntos en los pocos ratos libres de que disponían, entrenándose o departiendo amigablemente; pese a que el gascón era amigo de visitar tabernas y casas de mala reputación, parecía haberse contenido en pro de fomentar su amistad con Philippe, el cual se había dejado llevar alguna vez por su nuevo amigo en pos de una jarra de vino o alguna pendencia de menor calado. Pendencias de las que siempre habían salido triunfantes, aunque con algún rasguño sin importancia.

Artal y Aurora, por su parte, guardaban silencio; los ojos, fijos el uno en el otro. La mano de la menina acariciaba suavemente el suave pelaje del pescuezo de *Alazán*, que entornaba los ojos con gozo y movía la cola de cuando en cuando, manifestando que la reconocía. Artal aprovechó la cercanía de aquella mano al borrén para acariciar los dedos de la menina, de forma subrepticia.

—Aun así, Philippe, no puedo creer que hayas sido vencido por una mujer — siguió Pierre.

—Una mujer que, dicho sea de paso, es la segunda mejor espada de París y debe todos sus conocimientos a su hermano.

Aurora giró la cabeza mientras su jugosa boca dibujaba una mueca irónica ante la observación de su mellizo.

—Sí, sí... Ahora sois el responsable de los méritos de vuestra hermana... — Pierre parecía resistirse a abandonar la chanza.

—Tal vez sería mejor cambiar de contrincante. Un hombre de verdad no ofrecería tantas facilidades en el combate —terció Artal, descabalgando.

Pierre lo imitó.

—Os concedo que tenéis razón, monsieur de Briand. —Philippe se rascó la cabeza—. Me pilló de improviso, aunque con un adversario como vos no puedo dejar nada al azar y debo tener todos mis sentidos alerta.

—No os lo estaba proponiendo a vos, Philippe.

Deshaciéndose de los guantes, Artal fijó su mirada en Aurora. La felicidad iluminó el rostro de la menina quien, bajando los ojos, se separó unos pasos del mosquetero, manteniendo bajo el filo de su espada. Philippe captó la indirecta del enamorado de su hermana y se hizo a un lado, colocándose a la siniestra de Pierre, el cual sujetó a los caballos por las bridas y se ocupó de apartarlos unos pocos pasos del lugar.

Artal se quitó el cinturón del que pendía una pequeña faltriquera con útiles médicos para, a continuación, deshacerse del fajín azul que le ceñía el torso. Con no poca parsimonia, comenzó a desabrochar las correas que cerraban el frontal de su casaca una a una. Aurora esperaba tranquila, espada en mano, sin dejar de mirar por un instante al mosquetero. Pese a su aparente serenidad, se preguntaba cuándo Artal terminaría de desvestirse. Aquella lentitud la impacientaba sobremanera...

El militar quedó en mangas de camisa y desenvainó su florete. Dio unos

pasos hacia la chica y ambos entrechocaron sus aceros, saludándose. Inclinaron la cabeza.

El choque no se hizo esperar. Los estoques volaban y rozaban sus cuerpos sin que en ningún momento sufrieran daño alguno, pues no estaba en el ánimo de ninguno causarse injurias. Sus pies se movían hábilmente sobre el césped, con pasos que parecían coordinados: ahora avanzaba Aurora, ahora Artal; ataque de él, respuesta de ella, contraofensiva de los dos.

Philippe y Pierre sonreían, comentando la jugada con aparente deleite.

Aprovechando un instante de mayor cercanía, Artal la agarró de la mano que le quedaba libre, haciéndola girar sobre sí misma. La espalda de ella quedó pegada al cuerpo del mosquetero, quien vio cómo su pecho se movía arriba y abajo a consecuencia del ejercicio. La soltó, mas ella no se movía, mirándolo de reojo con los labios entreabiertos. Artal bajó un poco la cabeza y aspiró el perfume a azahar que emanaban sus cabellos castaños. Rozó su oreja con los labios, haciéndola estremecer.

—Es duro estar tan cerca de ti y no poder tocarte —susurrole.

—Creía que solo querías verme en acción...

—Sí, pero en otro campo de batalla.

Aurora escapó del calor de su cuerpo con un movimiento brusco. Alzó la espada en dirección al mosquetero. Ambos sonreían.

—Creo, monsieur de Briand, que no es muy caballeroso aprovecharse de la debilidad de una dama.

Él alzó ambas manos, solicitando tregua; la diestra, cerrada en la empuñadura de su espada; la siniestra, con los dedos extendidos. Miró a derecha e izquierda para, a continuación, decir:

—No la veo por ninguna parte...

—¿Qué? ¿La debilidad?

—No: a la dama.

Aurora gritó, medio en broma, medio en serio, y se abalanzó sobre él, descargando su toledana una y otra vez sobre el acero desnudo del mosquetero. Artal no tenía ninguna dificultad para frenar las estocadas de Aurora: al hecho de que sabía que la menina no se estaba empleando a fondo, se unía la mayor fortaleza corporal del mosquetero, que detenía sus envites manteniendo la rigidez de su espada y la fuerza de sus brazos.

Ambas armas chocaron, enmarañándose. Empujaron... Empujaron... Empujaron apretando los dientes, intentando ejercer presión con sus propios cuerpos. Artal sonrió y, fingiendo haber perdido pie, cayó de manera intencionada sobre Aurora, quien dio con sus huesos otra vez sobre el suave tapiz verde. El cuerpo del mosquetero cubría completamente el suyo, impidiendo que escapara de aquel inesperado ataque.

Pierre y Philippe carcajeaban alborozados, perspicaces ante las verdaderas intenciones de su compañero: no había podido estar por más tiempo sin tocarla.

El menor de los Briand agarró ambas espadas y las lanzó lejos. Podía sentir el calor del cuerpo de una jadeante Aurora, quien trataba de recuperar el aliento perdido entre risas. Artal se incorporó sobre los codos, de modo que su rostro barbado quedó sobre el de la niña, cuyos cabellos aparecían extendidos sobre la suave alfombra natural que los había recibido. Rozó su nariz con la de la joven, que abatió las pestañas con gozo. Ella lo abrazó por la cintura. Él acarició su carita de rosa con la diestra.

—Ya eres mía...

—Siempre lo he sido...

Unos dedos largos y suaves recorrían sus mejillas, delineando y queriendo

memorizar en sus yemas cada centímetro de aquella piel barbada. Pareciera como si quisiese recordar cada recodo, cada lunar de su cuerpo; desde la espesura de sus pestañas hasta la curva de su nariz, deteniéndose en sus labios para llegar al hoyuelo que ocultaba su barba. Dejó entrever sus dientes cuando uno de aquellos suaves dedos se posó en sus labios, acariciando y tirando con suavidad del inferior.

Una risa traviesa se oyó a su siniestra, obligándole a abrir con fingida pereza los ojos oscuros.

Aurora reposaba boca abajo junto a él. La melena castaña, de cabellos otrora largos, aunque no tan cortos como cuando partió a Inglaterra, le caía sobre el rostro, ocultando parcialmente el brillo rojo de sus mejillas. Su cuerpo desnudo veíase, cubierto por las suaves sábanas del lecho, desde la zona en que la espalda perdía su casto nombre hasta los pies.

Artal rio e hizo ademán de morder los osados dedos que antaño exploraban su cuerpo. Ella los retiró veloz, sin abandonar por un instante aquella expresión de felicidad que iluminaba su rostro desde el momento en que Artal apareció.

No sabía quién había empujado a quién hasta aquella alcoba. Pudo ser él, pudo ser ella... Pudieron ser los dos... Solo sabía que, tras intercambiar un par de miradas con Pierre, ambos se encaminaron en dirección a las dependencias que el mosquetero compartía con el gascón. Las prendas abandonaron pronto sus cuerpos y ambos se habían visto abocados a una espiral de pasión que había estado guardada por un largo período de tiempo. Sus bocas se buscaron, sus cuerpos se frotaron... Gritaron, aullaron... Con aquellos gritos, era poco probable que ninguno de sus camaradas obviara lo acontecido en aquella habitación.

No había podido contenerse hasta traspasar la puerta... Y tampoco Aurora...

El militar rio al recordar lo allí vivido, extendiendo uno de sus brazos para atraer el cuerpo amado hacia sí. Sintió cómo los senos de la mujer se irguieron llenos de vida al entrar en contacto con su torso musculado.

Aurora suspiró. Él la besó en la frente, con ternura.

—Te he echado de menos...

Fue ella la primera en hablar. Siempre ella, no sabía por qué. Aún le resultaba extraño que aquella niña rompiese con todos los cánones establecidos en lo que respectaba a la relación entre hombre y mujer, los cuales imponían la sumisión y el recato de las féminas. Era extraño y, a la vez, atrayente.

—Yo también... —reconoció él.

Aurora sonrió tímidamente, como si el hecho de despertar tamaños sentimientos en un hombre fuera contrario a lo aprendido.

—Jamás pensé que viajar a Inglaterra me ocasionara pesar por separarme de ti.

—No deberías verlo como un inconveniente, Artal. Al fin y al cabo, es una oportunidad única para un mosquetero el actuar en calidad de enviado especial. ¡Y nada menos que en Inglaterra! —dijo ella, con admiración—. Has podido conocer un país diferente, una cultura... ¡Cuánto me hubiera gustado ir contigo!

—De buena gana te hubiera dejado venir. Esta misión llegó en el momento más inoportuno...

—Si lo dices por tu deber para con el prior de Vichy, pierde cuidado: Philippe se encargó de remitirle tu renuncia. —Sonrió—. Aún no puedo llegar a explicarme por qué elegiste Vichy y no algún otro monasterio más cercano, como Fleury o San Philibert.

—Sencillo: quería alejarme lo más posible de ti.

Ella lo miró fijamente, incorporándose un poco sobre su pecho protector, mas sin dejar de acariciarlo con los dedos.

—Sabía... —siguió él—. Sabía que intentarías detenerme y que toda distancia entre ambos era poca, por lo que pensé que la zona de Cataluña podría colmar mis intenciones.

—Pero te alcancé... Te alcancé e impedí que te marcharas para cometer una tontería, aunque eso significara un nuevo viaje mucho más lejos de mí.

—Ojalá me creyeras al decirte que no fue plato de buen gusto. —La atrajo hacia sí—. No desde que me confesaste tus verdaderos sentimientos, acabando con mi determinación. —La besó en la frente—. Desde ese día, no he podido dejar de decirlo cada noche antes de dormir: te quiero, te quiero... Te quiero más que a mi vida, Aurora; y cada instante lejos de ti, ha sido un mundo.

—No ha sido tanto tiempo —dijo la menina, tratando de quitarle importancia al asunto, pero encantada de escuchar de sus labios las palabras amadas—. Al menos, nos escribimos asiduamente; eso debería haber colmado tus ansias por tenerme.

—Debería —la miró—, pero no ha sido así. El correo por mar no es tan efectivo, las cartas tardaban casi dos semanas. Las recibí pocos días antes de irme. Como seguro habrá sido en tu caso...

Aurora asintió quedamente, confirmando las suposiciones del mosquetero.

—Los días se me han antojado demasiado largos sin ti —siguió Artal—. No podía dejar de recordar tu cuerpo, tus besos... Ni aquella noche en el bosque...

Ella se sonrojó al evocar la primera vez que compartieron como hombre y mujer, libres de cualquier tipo de atavíos que ocultasen lo que realmente eran. Un súbito ataque de vergüenza la asaltó al caer en la cuenta de que ambos estaban desnudos, procediendo a desviar la vista hacia la almohada.

Artal le sujetó el mentón con la mano que le quedaba libre, forzándola a mirarle.

—Lo único que tengo claro de este viaje es que solo deseaba volver para abrazarte.

—¿Solo por eso? —Sus labios se curvaron, pícaros—. Antes me pareció escuchar que me deseabas y que solo querías regresar para hacerme tuya...

—Eso también —admitió Artal—. Aunque no creo que hayas venido obligada.

—Artal, si Philippe y Pierre no hubieran estado a nuestro lado, habría dejado que me tomaras en Versailles. —Le mordió la oreja—. ¡Cuánto te deseaba entonces!

—Traviesa... —dijo Artal, ahogando un gemido.

Aquella mujer rompía todos sus esquemas, despertando todos y cada uno de los sentidos de un cuerpo que creía acostumbrado a las aventuras amorosas y que lo había conducido de cama en cama por diferentes moradas de París. Pero eran tan solo eso: sexo.

Aurora lo besó dulcemente en los labios y abandonó el lecho.

El mosquetero observó su cuerpo iluminado por la escasa luz de la luna que se colaba por entre las rendijas de la ventana. No parecía existir en ella gramo alguno de grasa: merced a su inclinación por la equitación, lucía unas piernas bien torneadas en las que no se adivinaba el menor atisbo de la tan temida celulitis que aparecía, tarde o temprano, decorando los glúteos y muslos de las féminas; su vientre mostraba un abdomen bien definido, mas no excesivamente marcado, resultado del ejercicio físico al que se sometía para que sus habilidades no se distinguieran de las de su mellizo. Observó con alivio que las marcas de sus muñecas, consecuencia del incidente con Lambérte, estaban próximas a cicatrizar, al igual que la herida del hombro. La de la pierna, fruto de la emboscada sufrida en Amiens, ya era tan solo un recuerdo.

Sonrió al ver cómo cubría su desnudez con la immaculada camisa de hombre que había vestido esa mañana. La risa del mosquetero atrajo la atención de la española, que solo llegó a ver cómo el militar cruzaba ambos brazos bajo la nuca a modo de almohada, con gesto satisfecho.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Acabo de caer en la cuenta de que esta es la primera vez que desvisto a

un hombre...

Ella rio.

—Para mí no es que sea algo muy frecuente...

—¿Vestirte de hombre?

—No —sus dedos se movían rápidamente entre los ojales de la camisa—. No, eso ya se ha convertido en una constante en mi vida. —Lo miró—. No, Artal; para mí es una novedad el desnudar a un hombre. A un hombre de verdad, en toda la extensión de la palabra.

Se sonrojó por su propia osadía, al reconocer de aquel modo la hombría de Artal.

El militar se incorporó y la miró fijamente. Ella hizo ademán de ir en busca de los pantalones.

—No —pidió Artal—. Por favor, detente.

—¿Por qué? —quiso saber ella—. ¿Y por qué me miras de ese modo?

—He soñado tantas veces contigo que me da la sensación de que voy a cerrar los ojos y vas a desvanecerte en el aire, como tantas veces en mis sueños. —Apoyó el mentón sobre la diestra, contemplándola embelesado—. Casi pareces una diosa...

—Sigues siendo un seductor incorregible, Artal, además de un blasfemo —bromeó ella.

—No, en serio.

El mosquetero abandonó la cama y se acercó a la joven por detrás, abrazándola seguidamente por la espalda. Ni siquiera se preocupó por cubrir su desnudez con prenda alguna. Tampoco es que sintiera vergüenza... Era ella, al fin y al cabo. ¿Quién mejor que ella?

Aurora sintió cómo un leve temblor azotaba sus dedos cuando apretaron los que el mosquetero posó sobre su vientre.

—Acaso... —comenzó él—. ¿Acaso no me crees porque tus sentimientos se han enfriado?

La sujetó del mentón, forzándola a mirarlo. Los ojos de la joven estaban inundados en llanto.

—¿Cómo puedes pensar eso, Artal?

No le dio tiempo a decir nada. Se volvió y enterró el rostro en el confortable lecho del pecho del militar, que la acogió con una sonrisa.

—Luego, esa fortaleza...

—Ay, Artal, de nada sirve fingir lo que siento; de nada sirve pensar que sigo llevando el antifaz ante ti...

—Así que tú también me quieres...

—No te lo creas demasiado... —bromeó ella.

La condujo junto a la cama. Él se sentó sobre el colchón; ella seguía de pie. La atrajo hacia sí y enterró su morena cabeza de rizos en el pecho de la joven, quien acariciaba sus cabellos con dulzura.

— Casi se me olvida... —dijo el mosquetero, de pronto.

Se incorporó y se dirigió rápidamente a su equipaje, aún sin deshacer, rebuscando algo en su interior con no poco interés. Aurora esperaba sentada sobre el suave colchón de plumas, que se hundió bajo el peso de sus nalgas con un leve crujido.

Artal se volvió en su dirección, mostrando entre sus dedos un anillo plateado, coronado por una solitaria piedra semipreciosa. Reía nervioso, rascándose la sien.

Aurora bajó la vista, sin poder evitar que una leve sonrisa curvara sus labios. Trató de desviar la mirada para que el hombre no pudiera apreciar cómo el rubor volvía a colorear sus mejillas. Un mechón rebelde cayó sobre

su rostro; trató de colocarlo tras la oreja con gesto pausado, mas pronto volvió a escapar de su prisión.

El mosquetero dio unos pasos hasta quedar frente a la menina y arrodillarse ante ella. Ofrecían una estampa curiosa: él, completamente desnudo y, rodilla en tierra, era tan alto como ella; Aurora permanecía sentada, solo cubierta por una camisa de hombre, que no podía ocultar las redondeces que la naturaleza le había otorgado. Agarró la siniestra de la joven, que tragó saliva con nerviosismo.

—¿Tiemblas? —preguntó él, al notar el movimiento de sus dedos.

—No... —mintió ella.

El menor de los Briand volvió a sonreír. Solo la había visto temblar una sola vez aparte de aquella: cuando hicieron el amor, cuando tuvo que enfrentarse a algo desconocido para ella y que escapaba a su control. Sabía de la inteligencia de la joven y no era necesario ser muy listo para saber qué significaba aquel anillo con el que jugueteaban los dedos de Artal. Ella lo sabía y por eso temblaba; el temor a lo desconocido, a lo que no podía controlar... A lo que estaba a punto de pasar y tanto deseaba.

Suspiraron. Sus miradas, fijas la una en la otra.

—Tal vez he tardado demasiado, Aurora.

—No debes disculparte —acarició el dorso de su mano, oscurecido por una leve pelusa de vello oscuro—. El principal deber de un mosquetero es servir a su rey y a Francia.

—Me debo a ti desde el mismo momento en que te conocí...

—¿Aunque en un primer momento solo me desearas y quisieras abusar de mi virtud? —rio, pícara.

—Ahora también te deseo —reconoció el hombre, acercando su rostro al de ella, hasta juntar frente con frente—. Pero es diferente...

Introdujo el anillo en la primera falange del anular de la joven. Artal

comenzó a hablar. Era un discurso que parecía haber preparado, aunque los nervios le impedían decirlo de corrido. La seguridad del mosquetero se derribaba ante los ojos de aquella mujer.

—Ahora no solo te deseo: quiero que estés a mi lado y te necesito en mi vida. Sé... Sé que puedo vivir sin ti, pero no quiero vivir con otra persona que no seas tú. —Deslizó un poco más el aro, hasta introducirlo por completo—. ¿Qué me dices?

—Que es la petición de mano más extraña que jamás hubiera imaginado...

Artal estalló en una carcajada a la que se unió Aurora.

En verdad, no era el mejor escenario: él, completamente desnudo; ella, solo ataviada por una camisa cuya blancura no ocultaba la tersura de sus senos; la habitación, en penumbra. No, le habría gustado preparar mejor aquella petición, propiciar un ambiente adecuado y mucho más romántico; tal vez una cena a la luz de las velas, tal vez un baile a la luz de la luna, pero las ansias por saberla plenamente suya habían corrido en su contra. O en su favor. Ya no sabía...

Alzó ambas manos y sujetó el rostro de la joven. Sus ojos negros y brillantes eran dos luceros en medio de aquella oscuridad que los rodeaba. Podía adivinar la felicidad dibujada en sus labios. La besó en la frente. Aurora cerró los ojos con gozo, bajo el contacto de aquellos labios.

—¿Qué me respondes?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que te he propuesto.

—No creo haber escuchado proposición alguna...

—Aurora, por favor...

La menina rio.

—A estas alturas, Artal, ¿te hace falta una respuesta para saber lo que es

evidente?

—A veces hace falta escucharlo...

Artal se rascó el cogote, dando gracias a Dios de que no hubiera luz alguna que denotase su rubor. Siempre había sido atrevido en los lances amorosos. En su juventud y en su pasado más reciente siempre fue el primero en dar el paso inicial que lo acercara al lecho de una fémica, sin importar que estuviese ocupado por otro. Era incansable a la hora de hacer las propuestas más variopintas, siempre que lo catapultasen a la catarsis del sexo; y de igual modo, era ingenioso a la hora de improvisar frases lisonjeras que hacían entrecerrar los ojos a las destinatarias de sus piropos. Sin embargo, con Aurora siempre fue diferente. No le gustaban las frases hechas ni el halago fácil. Hubiera sido sencillo usar las manidas fórmulas de petición de mano que estilaban los nobles o, simplemente, haber procedido a ello de manera unilateral, valiéndose del permiso de Philippe. Mas sabía que aquel tipo de acciones de nada le valían con la joven...

Cogió la mano en que había introducido aquel anillo, el que había pertenecido a su madre y que esta le había legado cuando falleció la prometida de Héctor.

«Algún día, amarás tanto a una mujer como para desear ponerle este anillo. Ese día, hijo mío, sabrás lo que tu hermano sintió al morir Marie», le había dicho su madre.

Y ahora lo comprendía... Jamás podría vivir sin Aurora...

—Como te he dicho antes, sé que puedo vivir sin ti, pero quiero vivir contigo. —Un ligero temblor quebró su voz—. Puede que no te necesite para nada, pero te quiero para todo.

—Artal...

Aurora acercó su boca a la suya. Sus ojos, entrecerrados. Era un beso dulce, cálido; un beso que sellaba promesas de amor, ilusiones de futuro. Tal vez un beso de tantos, visto desde fuera; para ellos, tenía un significado mucho más

especial del que jamás hubieran pensado.

—Aurora... —comenzó a decir él, cuando la boca de ella se separó de la suya.

—Sí... Sí, quiero. Sí te quiero.

El mosquetero sonrió, feliz.

Sin desabrochar los botones, Aurora deslizó la camisa por encima de su cabeza para, a continuación, lanzarla lejos, hacia un ángulo de la habitación.

Artal volvió a sonreír.

Capítulo II: Noticias de Inglaterra. Preludio de un gran acontecimiento

La taza cayó con suavidad sobre el plato de porcelana que completaba el juego de té. La infusión, aún caliente, desprendía una leve columna de humo que había causado un mohín de desagrado en los labios de quien pretendía degustarla. El olor dulzón a jazmín se colaba a través de sus orificios nasales, mas el calor del agua la conminaba a contenerse y no probar la preciada bebida hasta pasado un tiempo prudencial. Se recostó sobre el diván que ocupaba, apoyando una de sus manos sobre un incipiente vientre, que ni sus vestidos más holgados podrían ocultar pasadas unas semanas. Suspiró hondamente.

De pronto, un golpe la sacudió desde dentro. Era como si un cable removiese sus entrañas y tirase de todo su cuerpo. No era un dolor insoportable, aunque sí incómodo. Bajó la vista y acarició con dulzura su abultada barriga. Sonrió con calidez. Los cinco primeros meses de embarazo habían transcurrido plácidamente, solo aquejada por los típicos malestares de náuseas y mareos que todas las mujeres sentían durante el primer trimestre de la preñez. Tampoco había tenido problemas para ocultarlo a ojos de su esposo y el resto de la Corte, ya fuera por lo holgado de sus faldas o porque el rey seguía sin prestarle la más mínima atención, pese a las mil y una promesas hechas y al supuesto ánimo de acercamiento que aseguraba que sentía.

Se mordió el labio inferior. Tanto doña Estefanía como Aurora le habían

recomendado que yaciera con su esposo antes de que el embarazo superase la barrera de los tres meses con el fin de hacer pasar al bebé como un hijo legítimo. Sin embargo, sus encantos no habían podido atraer a Luis XIII al tálamo conyugal. Y tampoco la intercesión de Philippe, convertido en uno de los más estimados colaboradores del monarca, aunque seguía actuando en la sombra.

Un nuevo estremecimiento recorrió su cuerpo. Volvió a sonreír. Hacía semanas que el pequeño saltaba como un cabritillo y, con cada patada, parecía decirle que estaba allí para quedarse y así paliar de algún modo la soledad que sentía.

—Parece que sabes cómo decirle a tu madre que estás vivo.

Unos golpes en la puerta parecieron devolverla a la realidad. Con voz clara, dio su permiso para entrar. Se alzó con algo de torpeza, mas sin perder un ápice de su majestad, abandonando el diván sobre el que antaño reposaba. Instintivamente, echó una mano a su maltrecha zona lumbar, que comenzaba a resentirse del peso de una barriga que parecía crecer por días.

Las maderas de la entrada se abrieron para dar paso a Héctor. El atractivo jefe de su guardia personal acostumbraba a visitarla diariamente varias veces, para asegurarse de que se encontraba bien. No en vano, era uno de los pocos que conocía la realidad sobre el estado de interés que revestía su persona; y ello se debía a que el mosquetero era el padre de la criatura que llevaba en sus entrañas. La reina sonrió. Si había alguien por quien podía sentir algún sentimiento cercano al amor, era Héctor.

Para su sorpresa, ese día no ingresó solo en los aposentos reales: su hermano Artal, Philippe y Aurora lo acompañaban. Ana de Austria enarcó una ceja, asombrada de ver allí al menor de los Briand, a quien creía cumpliendo una misión en Inglaterra. No pudo evitar recorrer el cuerpo del hermano de Héctor de arriba abajo, evocando un furtivo encuentro sexual que ambos mantuvieron una sola noche; un encuentro que, dicho sea de paso, fue el inicio

de un oscuro juego de azar en el que la muerte y la traición fueron cartas determinantes. Miró a Aurora, consciente de que sabía lo que pensaba y bajó los ojos, avergonzada.

Aun así, quien llamó más la atención de la reina fue su fiel menina. Pudiera ser a consecuencia del vestido que lucía ese día, de corte sencillo, entallado y de un color teja que resaltaba la blancura de su tez y el rojo de sus labios; pudiera ser que el largo de sus cabellos comenzaban a darle nuevamente la apariencia de mujer que la batalla con Lambérte parecía haberle arrebatado; o tal vez fue el hecho de que, al entrar, sus dedos se entrelazaban con los del hermano de Héctor. La Habsburgo no lo sabía a ciencia cierta, pero Aurora parecía distinta: más madura, más mujer; y sus ojos, brillantes de felicidad, le otorgaban a su rostro una luz diferente, haciendo que su belleza resplandeciera.

Reina y menina intercambiaron una significativa mirada que solo el carraspeo de Héctor interrumpió.

—Monsieur de Briand, celebros vuestro regreso a París —comenzó la reina, alzando una mano en dirección al menor de los Briand.

Artal se arrodilló y se aprestó a sujetar la mano de la reina para proceder al besamanos. Todos los allí presentes lo imitaron, hincando rodilla en tierra.

—Majestad, la dicha de regresar solo es comparable al placer que me produce el cumplimiento de mi deber.

—¿Es oficial, entonces, el matrimonio entre mi cuñada y el heredero inglés?

—Majestad, las negociaciones con Inglaterra han ido mejor de lo esperado, siendo este el primer paso para una gran alianza entre nuestras dos naciones. Está previsto que el primer ministro inglés, George Villiers, llegue a París a principios de año para cerrar el acuerdo y llevar a la novia a su nuevo país —explicó Artal.

—George Villiers... ¿De qué me suena ese nombre? —preguntose la reina en voz alta.

—Con el permiso de Vuestra Majestad... —intervino Philippe, poniéndose en pie—. Lo conocéis más por su título: el duque de Buckingham. Se trata del acompañante del príncipe Carlos durante su estada en la Villa de Madrid para cortejar a vuestra hermana menor.

—Ah, sí; lo recuerdo... —Ana de Austria se llevó una mano al mentón—. Según tengo entendido, fue él quien incitó al joven príncipe a actuar de forma indecorosa para con mi querida María Ana, ¿me equivoco?

—Eso dicen las malas lenguas, Majestad —reconoció Philippe—. Aunque también es sabida su fama de donjuán y de haber roto, a su paso por las Españas, algunas cosas imposibles de reparar.

La reina suspiró hondamente, casi sin quererlo. La fama de amante del duque de Buckingham había traspasado el canal que separaba aquella isla en medio del océano del continente, siendo famosas sus múltiples aventuras de cama y los muchos duelos librados contra maridos que habían visto su hombría y su propiedad vulneradas por la impetuosidad del favorito del heredero. Aún recordaba el gesto adusto y a la vez atractivo del duque en aquel retrato que la de Chevreuse le había mostrado hacía unas semanas. Se mordió el labio inferior y bajó el rostro. Al percatarse de lo orondo de su figura, torció el gesto con pesadumbre. Jamás recobraría su silueta... Jamás su talle volvería a afinarse, a pesar de que doña Estefanía y Marie de Rohan le aseguraran que todo volvería a ser como antes. Bien sabía que no... Bien sabía que no podría atraer jamás a hombre alguno.

Al alzar la vista, se encontró con los ojos felinos de Héctor clavados en su semblante. El brillo de la preocupación hacía que su entrecejo se arrugara y su boca se torciera bajo su bigote. El mayor de los Briand apretó con fuerza el fieltro del sombrero, sabiéndose impotente de paliar la turbación de la soberana, que desvió su mirada del mosquetero. Héctor chasqueó la lengua, atrayendo la atención de los demás, que permanecían arrodillados junto a él. De todos, a excepción de Philippe, quien se había retirado unos pasos hasta situarse junto a la chimenea del salón.

Aurora carraspeó, atrayendo el interés de los demás sobre sí.

—Por otro lado, Majestad, ya se han iniciado los preparativos para vuestra marcha a Fontainebleau, a pesar de que sabéis mi poca inclinación por la elección de ese destino. Estará todo listo para que podáis partir antes de finalizado el mes de septiembre. Tan solo habréis de alegar un repentino malestar...

—¿Creéis que el doctor Goddard se prestará a certificarlo? —La reina miró a su menina con preocupación—. Tenía entendido que el buen doctor no quería seguir guardando por más tiempo mi secreto y exigía una suma escandalosa por su silencio.

—Digamos que habremos de contar con la discreción y buen hacer de otro galeno traído expresamente de las Españas, por iniciativa de vuestra hermana —intervino Philippe.

—¿María Ana está al tanto? —se extrañó Ana de Austria.

—Así es —siguió el embozado—. Fue ella quien se ofreció a ocuparse de todo. Incluso se prestó a viajar a Francia cuando el parto esté próximo para estar junto a vos.

—Pero le dijimos que eso levantaría sospechas al no tratarse de un viaje oficial. Máxime, si debe permanecer algún tiempo aquí —terminó Aurora.

—Y aun con todas esas precauciones, ¿no hay problema de que Goddard se vaya de la lengua?

Aurora, Philippe y Héctor agacharon la cabeza, apretando los labios. Artal los miró de hito en hito. Aquella actitud solo podía significar una cosa...

—No me digáis... que el médico está muerto... —El menor de los Briand casi no podía creer tal posibilidad.

—Digamos... Digamos que una conveniente reyerta en una taberna de mala muerte en la que se vio inmiscuido el buen doctor puso fin a su vida —respondió Philippe.

—Y, cómo no, uno de vosotros dos estuvo en el momento oportuno con el

metal presto. —Artal no dejaba de mirar a su hermano y al enmascarado.

Ninguno de ellos respondió.

La mano de Aurora se posó sobre la de Artal, quien la miró. Los ojos de la menina, nublados por el pesar; su boca, torcida en un rictus de tristeza.

—No los culpéis a ellos, Artal. Toda la idea y su ejecución fue cosa mía...

—¿Vuestra? ¿Qué decís?

Aurora asintió.

Ante la reina, y pese a haber vencido la última barrera de su intimidad, ambos se hablaban con formalismos, dejando a un lado el tuteo. Era como si un muro los separase, como si las ataduras de una sociedad arcaica relegase a un lado sus verdaderos sentimientos. Y, sin embargo, sus ojos hablaban más que las palabras.

—¿Por qué vos? —quiso saber el mosquetero.

—No teníamos elección. Héctor se debía a la protección de Su Majestad, y Philippe se encontraba ejerciendo labores de correo en Vichy. Ambos habían de desempeñar importantes cometidos y, por ende, solo quedaba yo. — Suspiró—. No es de mi agrado arrebatarle la vida a nadie inocente, bien lo sabéis todos; sin embargo, la honra de mi señora está por encima de mis reticencias.

—No deberíais haberlo hecho. —Artal tomó su mano y la apretó—. Ojalá hubiera estado aquí...

Olvidando que los observaban, Artal alzó la siniestra y acarició la mejilla de la mujer que amaba, relegando a un segundo plano el decoro que debía regir sus acciones ante la presencia de la soberana de Francia.

—Artal... —musitó Aurora, mirándolo arrobada.

—¿Y el cadáver? — preguntó el mosquetero.

—No tuve que pensar mucho al respecto. Ya sabéis que los cuerpos,

especialmente los de los asesinados y los galenos, van a parar al dispensario de la Universidad para servir con fines prácticos y científicos.

—Parece que lo teníais todo pensado...

—Ya conocéis a Aurora –intervino la reina, en auxilio de su menina—. Jamás deja cabos sueltos.

La voz de la Habsburgo los devolvió a la realidad. Sus dedos se separaron bruscamente y el granate cubrió la tez de ambos.

Los allí presentes estallaron en una sonora carcajada, a excepción de Héctor, aún encerrado en su hermético mutismo. Era increíble contemplar la evolución que había experimentado la relación de la pareja en pocos meses; y, a pesar de no haberse visto en un tiempo, sus gestos de cariño y sus miradas los delataban, aunque se esforzasen por contenerse.

—Queda algo más por tratar –dijo de pronto Philippe.

Todos se volvieron al joven enmascarado.

El español extrajo una misiva de entre los pliegues de su capa y se la tendió a la reina, quien comenzó a leer en silencio. Olvidando el rango de su señora, Héctor se incorporó y, situándose junto a ella, leyó también, ignorando por vez primera las normas más primarias de educación y guiándose por una curiosidad que lo impulsó a leer por encima del hombro de Su Majestad.

Los ojos claros de la reina se fijaron en su menina.

—Aurora, ¿sabíais algo de esto?

La joven asintió.

—Sí, Majestad. Lo supe desde que la reina madre y Gastón de Orleáns fueron desterrados a Blois por vuestro esposo, el rey.

—Es decir que esta cuestión ya viene de antiguo... –Ana de Austria procedió a situar sus posaderas sobre el diván que antaño ocupaba.

El calor del verano, las capas de tela y su estado contribuían a la hinchazón de sus piernas y a que le resultase cada vez más difícil permanecer en pie largo tiempo.

—¿Cuándo pensáis partir a las Españas? —quiso saber Héctor, hablando por vez primera.

—Estaba demorando mi partida hasta que Artal regresara de su misión. —Miró al aludido—. Él ya estaba al tanto mucho antes de embarcar hacia Inglaterra y decidió acompañarme en este viaje, siempre y cuando Su Majestad y monsieur de Bérard den su beneplácito.

—Con franqueza, Majestad —la interrumpió Artal—, ella habría querido partir antes, aunque hubiera sido sola. Ya conocéis la tozudez de Aurora. —La miró, divertido—. Tuve que mostrarme inflexible para impedirselo.

—Me lo imagino... —La soberana de Francia sonrió.

—Aun así, creo que es un viaje demasiado peligroso para vosotros dos solos —dijo Héctor, rascándose la cabeza—. Y más, en estos tiempos, en que la guerra entre Inglaterra y España está latente; los caminos estarán llenos de mercenarios y cazarrecompensas, amén de otros indeseables. Es por ello por lo que os pido que me dejéis acompañaros en esta empresa.

—Querido Héctor, permitid que me niegue —le cortó su hermano menor—. Ahora mismo, vuestra presencia resulta más valiosa al lado de Su Majestad que al nuestro. Ya sabéis por qué.

Héctor se mordió los labios, reparando en el incipiente vientre de la reina, fruto de aquella relación prohibida que ambos habían mantenido.

—Llevaos, al menos, a Philippe —pidió Ana de Austria—. Mi hermano Felipe también estima que su presencia en las Españas podría resultar vital. Habla de un asunto que os atañe a ambos, mas se niega a contarme de qué se trata o a qué obedece la premura, arguyendo que nuestro correo puede ser objeto de espionaje.

—No me extrañaría. —Philippe se cruzó de brazos—. Por mi experiencia,

creo que el sello ha sido abierto al vapor al menos dos veces antes de llegar a nuestras manos. De todos modos, en este caso, no puedo satisfacer los deseos de Vuestra Majestad: mi lugar está junto a vos y es aquí donde voy a permanecer.

Los ojos negros de Philippe se fijaron en los de la reina, quien pareció turbarse por unos instantes ante la intensidad de aquella mirada tan profunda y enigmática.

—Es posible que la premura que pide el Cuarto Felipe se deba a lo acontecido hace unos meses, en referencia a la muerte de don Álvaro de la Quadra —dijo Héctor—. Siendo así, Aurora se basta para defender tal cuestión ante el rey de España, Majestad.

La reina miró a su favorito.

—Es posible... —reconoció el mellizo—. Aunque eso no me tranquiliza en absoluto. Don Álvaro de la Quadra vino a Francia no solo como enviado especial de las Españas, sino como prometido de Aurora, designado directamente por el Cuarto Felipe y por Olivares. Su muerte supone un conflicto internacional al tratarse de un estrecho colaborador del conde, de quien se dice que es el verdadero rey de España.

—¿Creéis que don Gaspar podría solicitar venganza? —preguntó Ana de Austria, preocupada.

—Habiendo podido departir con él en mis múltiples viajes a España, diría que no lo creo: estoy plenamente convencido de ello. De todos modos, la insistencia del rey Felipe al solicitar que asistiéramos juntos mi hermana y yo es algo que me desconcierta. —Apoyó su mano sobre el respaldo de la silla más próxima a su posición—. Siempre ha estado de acuerdo en que Aurora debía permanecer en París para garantizar vuestra seguridad. Sin embargo, esta vez ha solicitado expresamente que sea mi hermana la que vaya a la Corte. ¿Por qué es diferente?

—Tal vez ha llegado el momento y sabe que reaccionaré mejor que vos.

La voz de Aurora hizo que se volvieran a la menina. La joven se levantó sin hacer ruido, al mismo tiempo que Artal. Mantenía el pulgar apoyado sobre el labio inferior de su jugosa boca, y el mirar pensativo, inmersa en sus propias cavilaciones.

—¿Lo creéis de veras, Aurora? —preguntó su hermano.

—Es una posibilidad nada descartable.

—¿A qué os referís? —quiso saber Héctor.

—Creo que Philippe y yo no hemos sido sinceros con vosotros. O, al menos, no os hemos contado todo acerca de nuestros orígenes.

—Cuando descubrí vuestra identidad, en la fuga de la Bastilla, dijisteis que vuestro único familiar conocido era vuestro tío, don Pedro de Guzmán, que os acogió a ambos cuando vuestros padres murieron —dijo Artal—. Aunque también me comentasteis que desconocíais la identidad de estos.

Aurora asintió, corroborando la explicación de Artal.

—¿Y si mi hermano hubiera designado un nuevo pretendiente para Aurora? —preguntó la reina, de repente.

Un súbito silencio inundó la sala.

Un temblor imperceptible sacudió el cuerpo de Aurora, quien sintió cómo sus cabellos parecían erizarse desde la raíz a las puntas. Apretó los labios nerviosa. La posibilidad de una nueva orden real que la atase de por vida a un hombre que no amaba era la última de las opciones que había barajado. El solo pensarlo la llenaba de temor.

Su mellizo la observó desde su posición. Sabía qué era lo que ocupaba la mente de su hermana, mas no pretendía ocasionarle más turbación que la simple posibilidad de un nuevo matrimonio podía producirle. Aun así, tal como establecían las leyes y costumbres de la época, solo el pariente varón

más próximo podía autorizar el enlace de una mujer. Y él era ese pariente... No obstante, desobedecer una orden regia equivalía a traición a la Corona.

De pronto, para sorpresa de todos, la mano de Artal se cerró sobre la de Aurora, quien volvió su vista al mosquetero al sentir su cálido apretón en sus dedos. Artal sonreía, mirándola tiernamente.

—Sobre esa cuestión, hay algo de lo que me gustaría hablaros, Majestad. Y ya que Philippe y mi hermano también se hallan aquí, creo que no hay mejor momento para ello.

—Hablad, monsieur de Briand.

Artal no dijo nada. Por toda respuesta, alzó la mano derecha de Aurora, mostrando orgulloso su dedo anular; aquel en el que yacía brillante un aro plateado adornado con un simple solitario, que brilló al contacto con la luz del sol que se colaba por entre el tul de los visillos. El mosquetero lucía una gran sonrisa bajo su bien recortado bigote, en tanto que Aurora, aunque visiblemente incómoda por aquella situación inesperada, no pudo evitar que en las comisuras de sus labios aletease una tenue risa.

La reina no pudo evitar que un grito de asombro emergiera de sus labios. Héctor, por su parte, bufó.

Artal miró a Philippe.

—Cierto es que ya contaba con el beneplácito de Philippe...

—Y demasiado habéis tardado, a mi parecer —lo interrumpió el embozado, burlón.

—Sin embargo —siguió Artal—, me faltaba la autorización de Vuestra Majestad, al tratarse de vuestra menina de confianza.

La reina negó con la cabeza, sonriendo.

—Monsieur de Briand, de poco vale mi venia en este caso; máxime, siendo yo la culpable de que, durante un tiempo, vuestra relación se hallara en el filo

de la navaja por un loco capricho mío.

—Esos tiempos pasaron —dijo Aurora, con algo de brusquedad—. Nada de lo que se hizo en el pasado puede enturbiar este presente.

—Y aun así, dierais o no vuestro consentimiento, estoy dispuesto a acompañar a Aurora a las Españas. —El menor de los Briand miró a la menina—. No como acompañante, sino como su futuro esposo.

Los labios de Héctor seguían sellados, fijando sus ojos de gato en una Aurora que, aparentemente, luchaba contra sus emociones en aquella sala: incómoda de saberse objeto de atención, por una parte; feliz de haber conseguido lo que muchas no hicieron con Artal, por otra. Estaba claro que su hermano no había hecho partícipe a la menina de sus planes de interrogar a la reina acerca de aquel compromiso que, decían, ambos habían acordado; la timidez y una extraña rigidez en los miembros de la joven la delataban. Aun así, la felicidad hacía brillar los iris oscuros de la joven, que no podía disimular aquella dicha que había experimentado al saber a Artal de regreso. Y suyo. Suyo para siempre.

Héctor volvió a bufar. «Demonios», pensó.

La reina rio ante la confesión del militar, haciendo que los allí congregados tornasen sus ojos hacia ella.

—Está claro, monsieur de Briand, que, con mi permiso o sin él, estáis decidido a permanecer junto a Aurora.

—Que no os quepa duda al respecto.

—Entonces no puedo por más que daros mi bendición y desearos la mayor de las felicidades.

Mosquetero y menina intercambiaron una mirada.

—¿Cuándo tenéis previsto que se celebren los esponsales? —preguntó la Habsburgo.

—Artal deseaba que contrajéramos matrimonio antes de partir, aunque eso

sería traicionar la confianza de mi tío. De modo que aprovecharemos el viaje para pedir su bendición –explicó Aurora.

—¿Y si se negara?

Aurora frunció el ceño.

—Si se negara, temo que lo desobedeceré por vez primera. –Miró a Artal—. Una vez me dijeron que en la vida hay que correr riesgos y Artal bien lo merece.

Todos sonrieron.

Philippe y Héctor la miraron. Aún recordaban cuando Aurora se debatía entre el deber y el corazón, resistiéndose a ir en busca de un abatido a Artal que creía que ordenándose como monje podría penar por aquellos pecados que creía haber cometido contra la menina del Louvre. Lo cierto es que, inicialmente, Aurora rehusaba a seguirle; mas, finalmente, consiguió alcanzarlo a lomos de *Relente*. ¿Qué sucedió entonces? ¿Qué le dijo para que no siguiera adelante con su afán? Solo ellos lo sabían. Aunque estaba claro que las palabras de Aurora habían derribado aquellas barreras existentes entre ambos, consiguiendo que reconocieran sus sentimientos.

—Respecto a vuestro viaje a las Españas –dijo Héctor, rompiendo su aparente mutismo–, sigo creyendo que no es prudente que partáis los dos solos. Insisto en que Philippe y yo os acompañemos.

—Con todos mis respetos, monsieur de Briand, ahora mismo la reina precisa más de vuestras atenciones que nosotros –dijo Aurora.

—Cierto –admitió Philippe—. Además, yendo tan pocos llamarán menos la atención. Aunque no me siento tranquilo quedándome al margen...

—La vida de la reina es vuestra prioridad, Philippe; bien lo sabéis. Hace tiempo os dije que Su Majestad necesita ahora, no a una menina, sino a guerreros que garanticen su seguridad. –Miró a la reina—. Ya sabemos que en su vientre se forja un hijo ilegítimo fruto de una relación prohibida. Si alguien

lo descubriera, eso podría significar la muerte de nuestra señora.

Aurora se arrodilló junto a Ana de Austria, haciendo que su vestido emitiese un leve crujido. Agarró una de las blancas manos de la soberana, hinchada a consecuencia del embarazo. Hacía tiempo que había renunciado a lucir anillos o pulseras por la presión que le ocasionaban; también, había obviado el uso de cuellos de encaje o golas, cuya sola presencia contribuía a su asfixia.

—Majestad, convencedle. No me lo perdonaría si algo os sucediera y ellos estuvieran custodiando a una simple menina.

—Lo sé, Aurora; y vuestras palabras no están faltas de verdad. Aunque debo insistir en que alguien más os acompañe.

—¿Qué tal Pierre? —sugirió Philippe—. Está al tanto de vuestro viaje y conoce vuestra verdadera identidad, Aurora. Y ya ha colaborado antes con nosotros, por lo que su discreción está más que asegurada.

Artal asintió.

—Sin lugar a dudas, no hay otro mejor —convino el menor de los Briand.

—Sea, entonces —terció la Habsburgo—. Confío en que monsieur de Bérard no os ponga ningún impedimento a la hora de partir, monsieur de Briand.

—No lo creo, Majestad. Aunque estoy seguro de que, si dispusiera de una petición expresa de Vuestra Majestad, su aceptación sería total y sin condiciones.

—Concedido. Le escribiré unas letras y la propia Aurora será quien la lleve.

La aludida asintió.

—Y ahora, caballeros, me gustaría discutir con Aurora sobre los detalles de mi próxima partida a Fontainebleu. Philippe —dijo mirando al mellizo—, no os vayáis muy lejos, pues requeriré de vuestros servicios tras departir con

Aurora.

El enmascarado asintió.

Artal se acercó a Aurora y, ante el asombro de los circundantes, depositó un beso fugaz en los labios de la joven, quien se sonrojó. Mas no había molestia alguna en su gesto: había sorpresa, había ternura. Se sonrieron antes de que el mosquetero girara sobre sí mismo para aprestarse a salir de la habitación en compañía de su futuro cuñado y de su hermano mayor.

Héctor aún se demoró unos instantes. Sus dedos daban vueltas al sombrero, mientras se mordía los labios. Parecía querer decir algo, sin encontrar las palabras adecuadas para ello. Cabeceó varias veces nervioso y, dando un taconazo, abandonó las estancias reales. La puerta se cerró a sus espaldas con un sordo crujido.

Ambas mujeres quedaron a solas, acompañadas del silencio que habíase instaurado tras la partida de los hombres. Ana de Austria palmeó la superficie del diván en el que se había acomodado, invitando a su menina a sentarse junto a ella. En ocasiones precedentes, la menina habría declinado el ofrecimiento, mas no esta vez.

—¿Y bien? —preguntó la soberana, con expresión pícaro en su rostro sonrosado.

—Y bien, ¿qué?

—¿No tenéis nada que decir, Aurora? Parece que pronto seréis una mujer casada...

—Bueno... No será tan pronto. Por el momento, no hay gran cambio en mi vida...

Alzó la mano hasta situar su dedo anular frente a su inquisitiva mirada.

—Nada ha cambiado —siguió la menina—. Nada, salvo este anillo.

—Y un hombre —incidió la reina—. Tal vez por eso estéis tan cambiada...

—No os entiendo —dijo. Aunque sí entendía.

—Algo me dice, Aurora, que habéis compartido con ese mosquetero algo más que simples promesas de amor.

La joven sintió cómo sus mejillas enrojecían súbitamente. Un repentino calor azotó su cuerpo, instalándose de forma agresiva en su pecho, que pareció oprimirse.

—¿C... Cómo podéis saberlo?

—Vuestro rostro, vuestra manera de moveros... No sé... Vuestros ojos irradian amor cada vez que lo veis, de eso no hay duda. Pero hay algo más. Algo que solo se sabe cuando... Ya sabéis.

Aurora tragó saliva.

—¿Ha sido vuestra primera vez? – preguntó la reina.

La menina negó, meciendo sus mechones castaños. Ana de Austria abrió unos ojos como platos.

—No me digáis que ha habido otro hombre antes que Artal de Briand.

—¿Qué? ¡No, no quería decir eso! Quería decir que la de anoche no fue la primera vez a su lado.

—¿Antes de su marcha a Inglaterra?

La más joven asintió.

—¿Cuándo...?

—Poco después de la conjura de Gastón y la Médicis. Artal pensaba que la violación que sufrí por parte de Lambérte era culpa suya, por lo que partió camino de Vichy con el fin de ordenarse. No podía permitirlo...

—Imagino. –La Habsburgo suspiró—. ¿Y qué tal?

—Qué tal ¿qué?

—¿Qué tal es en la cama?

—A eso, Ana María, podéis responder vos misma...

—Parece que jamás me perdonaréis ese desliz, Aurora. —La reina suspiró.

—No es eso. Es solo que me incomoda hablar de estos temas...

—Os entiendo. Es normal. Nos han educado para temer todo aquello que debería ser lo natural.

—Ana María, ¿sois vos quien habláis del goce de la carne como algo natural? ¡La piadosa reina de Francia! ¡La tímida española que asombró a la Corte trayendo de las Españas un altar repleto de reliquias e imágenes!

Aurora alzaba los brazos con exageración, impostando a su voz el mismo tono acusador que hubiera usado un ministro de Dios desde el púlpito para conminar al pueblo a arrepentirse de sus pecados, por nimios que estos fueran.

La reina rio, sabedora de que la actitud de Aurora pretendía ser más chanza que reprimenda. La delataba la risa que acompañó a la menina al pronunciar cada palabra y los aspavientos exagerados que hacía.

La nieta de Felipe II guiñó uno de sus ojos claros.

—O la puta española, como le gusta al rey llamarme. No tengo término medio, Aurora: o santa o puta.

Ambas rieron con ganas, igual que dos niñas que acabasen de cometer una travesura. Por un instante, volvieron a su mente aquellos tiempos felices en que tan solo se preocupaban por cabalgar por la ribera del Manzanares o en ocultarse por los rincones del Alcázar madrileño para huir de los preceptores de la, por entonces, infanta española. Era frecuente verlas así, cogidas de la mano, riendo a mandíbula batiente. Y, sin embargo, parecían haber pasado cien años desde aquellos días. Pese a ser todavía dos jóvenes con mucha vida por delante, se sentían muy viejas por dentro.

—Ana María, para ser sincera con vos, debo decir que Artal me ha sorprendido —se sinceró Aurora, retomando el hilo de la conversación.

—Ajá, así que atestiguáis su fama...

—No, no es eso. —Frunció el ceño—. Jamás pensé... Sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Quiero más de él, Ana María. Me busca, lo busco... Cada vez que me toca, es como si ardiera; sus besos, su cuerpo es... Sé que me desnuda con la mirada cada vez que me mira. Y, ¡que Dios me perdone!, yo también lo hago.

Jamás hubiera esperado la Habsburgo semejante muestra de sinceridad por parte de su menina. Aurora nunca había hablado de aquel tema tabú con ella, ni siquiera cuando ella trataba de contarle los encuentros sexuales mantenidos con Héctor en sus aposentos. Acarició la mejilla de su amiga con ternura.

—Ay, mi niña: ya sois una mujer.

Aurora no contestó. No estaba de acuerdo con eso. Hacía tiempo que lo era. El hecho de que un hombre la hubiera desflorado no contribuía a cambiarla. Y aun así, su señora afirmaba encontrar variación en ella. Pero, ¿cuál? Tal vez había posado sus ojos demasiado tiempo en él, tal vez sus andares eran vulgares a consecuencia de las largas horas de pasión vividas la noche antes, aunque pensaba que la holgura de sus faldas era suficiente como para ocultar la incomodidad que pudiera sentir en sus caderas. Llevo el pulgar a los labios. ¿Acaso esos cambios solo podían ser detectados por mujeres sin virgo? ¿O tal vez la reina la había embaucado para extraer la verdad? Meneó la cabeza, tratando de quitarse esos pensamientos de la mente.

Ana de Austria sonrió abiertamente. De repente, un espasmo sacudió su cuerpo y dio un grito, más de asombro que de dolor.

—¿El bebé? —preguntó Aurora.

La soberana asintió. Acto seguido, cogió una de las manos de la menina y la colocó sobre su vientre.

Bajo sus dedos, percibió algo que se movía bajo las capas de seda del vestido. Pudo percibir el calor del cuerpo de su señora, notó la curvatura de un vientre que pronto nada podría ocultar de ojos maledicentes. Entonces, lo

sintió: un golpe que volvió a estremecer a la reina, quien rio con gozo. Aurora fijó sus ojos en ella. El pequeño se movía, quería salir adelante y vivir, sin tan siquiera sospechar que su propia existencia podría ser equivalente a la sentencia de muerte de su propia madre. Todo habría sido diferente si la reina hubiera conseguido yacer con el rey, pero, según Philippe, aquella posibilidad se antojaba hartó difícil. No creía en los rumores, aunque la palabra de su hermano era suficiente para hacer caso a estos.

Ambas mujeres suspiraron.

—Aurora, ¿estáis segura de que vuestro viaje a las Españas es aconsejable?

Aurora la miró sin comprender.

—Me refiero a si vais a poder soportarlo. No se trata de un viaje fácil para una mujer: está lleno de peligros.

—Igual que para un hombre —bromeó la menina—. Si Artal y Pierre me acompañan, no habrá nada que temer. Además, si el hecho de ser mujer resultara un impedimento para ellos, usaré ropas de hombre para pasar desapercibida. No sería raro, ya lo sabéis. —La miró—. No, Ana María; mi seguridad no es algo que me preocupe. Confío suficiente en mis acompañantes y en mi espada. Quien me inquieta ahora sois vos.

Se levantó.

—El momento del parto se aproxima. Calculo que saldréis de cuentas antes de la Natividad de Nuestro Señor, por lo que vuestra seguridad se torna cada vez más difícil en el Louvre.

—Soy consciente de ello, Aurora, así como de no demorar más mi partida a Fontainebleu.

—¿Creéis prudente que vuestro destino sea ese? El rey suele pasar allí largas estadias practicando la caza, por lo que podría aparecer inesperadamente y descubrir toda la verdad.

—Entonces, ¿qué sugerís?

Aurora meditó unos instantes para, a continuación, decir:

—Con sinceridad, Fontainebleu podría ser considerado como el lugar idóneo, dado su acondicionamiento y comodidades, así como por su cercanía con París. Sin embargo, es este último rasgo el que me haría descartarlo, así como la especial predilección que siente el rey por ese palacio para pasar allí largas jornadas de caza. Así las cosas, me inclinaría más por el Palacio de Chambord, también cercano a París, aunque más al norte. Su situación en el Valle del Loira, donde se encuentra la familia de Héctor, podría jugar a nuestro favor de cara a decidir el futuro del pequeño.

—Es decir, que no puedo quedármelo...

Aurora se inclinó para tomar una de sus manos.

—No es aconsejable. Si el rey lo descubriera, podría condenaros a muerte; con un poco de suerte, os repudiaría.

—No sería la gran cosa. —La reina rio con afectación—. Hace mucho tiempo que me abandonó...

La menina asintió, con tristeza. Era cierta la confesión de la reina y, pese a que en los últimos meses la actitud del rey para con su esposa habíase suavizado (y creía saber que era merced a los buenos consejos de Philippe y del Cardenal), lo cierto era que las visitas al lecho conyugal seguían brillando por su ausencia.

Suspiró y alzó la vista. Los rayos de sol que se colaban por la ventana acariciaban las colgaduras de la gran lámpara de cristal de Bohemia que pendía del techo de la habitación, describiendo formas caprichosas e irisadas sobre el tapiz de las paredes.

Ante la sorpresa de la más joven, la reina se incorporó, encaminando sus pasos hacia una mesa de caoba, situada junto a la pared, en el ángulo opuesto.

Sobre el tablero, yacían varias resmas de papel en blanco, adornadas con el escudo de armas de la soberana, así como un recado de escribir, primorosamente labrado en mármol de Carrara. Exhibía las figuras de sendos querubines que sujetaban una vasija y una pluma. Aurora la siguió, guardando una distancia prudencial. Las manos hinchadas de la reina garabatearon unas cuantas palabras sobre el papel, con su característica caligrafía redonda y cargada de tinta. Una vez que finalizó, la dobló y la lacró con cera y su sello personal.

—Entregadla a monsieur de Bérard —dijo, tendiéndole la misiva a su menina—. Confío en que, con esto, no pondrá reparo alguno en que vuestros acompañantes viajen con vos.

—Así se hará, Majestad.

—Ahora podéis marchar. Mas he de pedir os un último servicio por hoy: por favor, decidle a vuestro hermano que pase. Debo requerir su intervención una vez más.

Aurora asintió, pese a querer saber de qué asunto se trataba. Ejecutó una rápida reverencia y abandonó los aposentos, dejando a Su Majestad a solas con sus pensamientos. La mente de aquella mujer debía ser una olla en plena ebullición y no podía culparla por ello: su situación no debía ser nada fácil.

No tuvo que emplearse demasiado en buscar a su hermano, pues este se encontraba en el pasillo, apoyado contra la pared, con las piernas y los brazos cruzados. Fijaba su oscura mirada en el techo, como si su sola contemplación fuera lo más interesante de todo cuanto había visto en la vida. Solo el carraspeo de Aurora pareció devolverlo a la realidad.

—¿Y los demás? — preguntó su melliza.

—Han ido a ver al teniente de los mosqueteros.

—¿Héctor también?

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé... Yo...

—Te sientes culpable por el hecho de que Artal haya anunciado vuestro compromiso sin que te haya permitido hablar antes con Héctor, ¿me equivoco?

Su melliza volvió el rostro. Sus dedos apretaron el mensaje que portaba, arrugando su superficie con su presión.

Philippe suspiró.

—Lo imaginaba. Aurora, hace tiempo que Héctor te dijo que le importaba más tu felicidad al lado de su hermano menor que cualquier otra cosa. Él quiere a su hermano, que no te quepa duda; y, aunque aún te profese unos sentimientos por encima de la amistad, eso no quiere decir que no apruebe tu relación con Artal.

—Lo sé, Philippe. No obstante, Héctor es mi amigo. Siento que le debo una explicación y he de dársela antes de partir.

—Nunca cambiarás, ¿verdad, hermanita?

—¿Por qué lo dices?

—Es evidente: siempre te preocupas antes por el bien de los demás que por el tuyo propio. —Apoyó ambas manos sobre sus hombros—. Me gustaría que, por una vez, te permitieras el lujo de ser egoísta y pensar un poco más en ti.

—Puede que tengas razón. Empero, sabes que la costumbre, tras largos años actuando así, es difícil de mutar.

Callaron y bajaron la vista.

Philippe cogió delicadamente una de las manos de la menina, acariciando el dorso con torpeza.

—Voy... Voy a echarte de menos, Aurora.

—No tienes por qué. Haremos por volver antes de la llegada de la primavera.

—Conociendo la insistencia del Cuarto Felipe y su particular inclinación por ti, dudo mucho que podáis hacerlo antes. —Sonrió—. ¿Me tendrás al tanto de todo cuanto allí ocurra?

—Siempre que pueda. Intentaré hacerte llegar noticias cada dos semanas para que no pierdas ripio. ¿Y tú? ¿Vas a decirme, por fin, qué es lo que te traes entre manos con Ana María?

—Créeme cuando te digo que ni puedo ni debo decírtelo, Aurora.

Philippe suspiró y, presa de un súbito ataque, abrazó estrechamente a su melliza envolviendo su grácil figura entre sus brazos. Aurora no se lo reprochó. Cerró los ojos y aspiró el olor que desprendía el cuerpo de su otra mitad: olía a césped recién cortado, a salvia; olía a hombre, dejando atrás el olor de su tierra a azahar que siempre lo había caracterizado.

—Lo único que puedo decirte —dijo de repente Philippe—, es que tendré cuidado y trataré por todos los medios a mi alcance de que la reina no cometa ninguna imprudencia. Hay mucho en juego, no solo su propia seguridad.

—No es necesario que me lo prometas. —Aurora se separó de su hermano—. Confío en ti.

Ambos sonrieron.

La menina giró sobre sus talones y se aprestó a encaminar sus pasos hacia el exterior, con rumbo al palacio de monsieur de Bérard, donde los mosqueteros tenían su punto de encuentro. Philippe, por su parte, esperó hasta que su melliza desapareció tras un recodo para ingresar nuevamente en las habitaciones de la soberana.

Ana de Austria aún se encontraba inclinada sobre su escritorio, deslizando la pluma por pliegues de papel que iban llenándose poco a poco. Sus labios, contraídos en una mueca, y su ceño fruncido hacían patente la singular concentración que requería la escritura de aquella misiva.

Philippe se acercó a ella, hasta quedar a unos pocos pasos. Ni siquiera le hizo falta hablar para dejar constancia de su presencia, pues la reina sabía desde el primer momento que había sido él quien había traspasado las puertas.

Sin mediar palabra, Ana de Austria volvióse, sosteniendo un papel entre sus dedos.

—¿Puedo abusar de vuestra confianza nuevamente, Felipe?

—Ya sabéis que sí, Majestad. Aunque también sabéis que no apruebo en absoluto esta nueva iniciativa vuestra. ¿Acaso no sois consciente de a quién escribís?

—Lo soy, Felipe. Pero hace tiempo vi claro que era mi última esperanza en esta tierra extraña de la que soy reina.

—Mi señora, con todos los respetos, creo que os estáis equivocando. Estáis jugando con fuego y todo indica que vais a quemaros.

—Puede ser —reconoció la reina—. Aunque, si me quemo, arrasaré con todo a mi paso.

Una extraña carcajada emergió de los labios de la Habsburgo, que retomó la tarea ante el estupor del enmascarado.

Philippe apretó los labios. Sabía que todo aquello no podía traer consigo nada bueno.

Capítulo III: Recuerdos de la doncella de Orleans.

Confesiones de Héctor

—Tenéis mi autorización, Artal. Ninguna de tus acciones puede hacerme dudar de tu honorabilidad.

—Os lo agradezco en el alma, monsieur.

Monsieur de Bérard, marqués de Môngtalet, comenzó a garabatear con la pluma sobre la superficie de un trozo de papel que yacía sobre su escritorio, frente a él. Junto a ellos, Héctor permanecía de pie, a pocos pasos, inmerso en un hermético mutismo que comenzaba a ser normal en él.

—He abusado de vuestros servicios en los últimos tiempos —siguió monsieur de Bérard—. No creo negativo que emprendas un viaje a las Españas por tu cuenta, aunque pienso que no es prudente que acudáis solo.

—Es por ello por lo que solicito que extendáis a Pierre d'Evandele la misma dispensa que a mí, mi Teniente. Presiento que su presencia contribuirá a la buena marcha del viaje.

—Opino igual que Artal, monsieur —dijo Héctor—. De ese modo, ni Aurora ni él tendrán problema alguno con...

—¿Aurora? —lo cortó el curtido militar—. Ajá... Así que la menina de la reina vuelve a estar envuelta en la trama. —Sonrió con picardía y, dejando a un lado la pluma, entrecruzó los dedos—. Debo adivinar, entonces, que la índole de este viaje, lejos de estar basada en intereses políticos, la guían motivos

personales, ¿me equivoco?

—Mentiría si dijera lo contrario —confesó el menor de los Briand.

—Y decidme, esos asuntos ¿tienen que ver con un próximo matrimonio?

Su superior los miró a ambos, observando sus reacciones. En tanto que Héctor fruncía el ceño, aparentemente molesto, Artal bajó la vista. Una vez más, la perspicacia del curtido oficial había dado en el clavo.

Sonrió.

—No debéis avergonzaros, Artal. Me hago cargo. —Se levantó, cruzando las manos tras la espalda—. Durante la conjura del duque de Orleans y la reina madre, quedó patente que vuestros sentimientos por ella eran algo más que una mera inclinación pasajera.

—Teniente...

—Lo único que lamento es que, con tu matrimonio, es posible que pierda a uno de los mejores hombres que jamás hemos tenido en el cuerpo, con excepción de vuestro hermano, aquí presente.

—Si no consideráis mis obligaciones conyugales como un impedimento, mi deseo es seguir prestando servicios al cuerpo que tanto debo, monsieur.

—Creedle, monsieur —intervino Héctor—. Si hay dos cosas que Artal pondera por encima de todo, son el amor que profesa a Aurora y su inquebrantable deber para con los mosqueteros y con Francia.

—Puede que no pueda combinar ambas facetas: guerrero y esposo. —Bérard se acarició el mentón barbado—. ¿Y si Aurora no estuviese de acuerdo?

—Con franqueza, teniente, si por Aurora fuera, sería ella misma quien ingresaría en nuestro destacamento.

—Sabéis que eso es imposible, Artal.

—Lo sé, pero la conocéis de sobra como para saber lo que ha sacrificado por el bien de Francia; y sé de buena fuente que estimáis sus servicios como cosa valiosa.

Jean de Bérard suspiró hondamente. Artal decía la verdad y, si estuviera en

su mano, no solo contaría con Aurora entre sus filas, sino también con su hermano menor, con aquel misterioso Philippe que poco o nada se dejaba ver. Empero, las normas y la moral se lo impedían.

El curtido oficial cogió el pergamino que había estado escribiendo hacía escasos momentos y estampó su sello sobre él.

—Confío en que no os metáis en líos —dijo, mientras enrollaba el pliego.

—Descuidad, monsieur. No está en mi ánimo que alguien con intenciones deshonestas se aperciba de nuestra incursión en territorio español.

Monsieur de Bérard se acercó a Artal y lo abrazó paternalmente. Ambos se palmearon la espalda.

—Tened cuidado. Los tres. Y cuidado de la muchacha, Artal. No me gustaría perderme vuestra boda por un mal paso.

Artal sonrió y, tras cuadrarse, hizo ademán de abandonar el despacho del teniente, seguido de cerca por su taciturno hermano.

Ambas puertas crujieron cuando Artal tiró de ellas para descubrir, al abrirlas, a Aurora. La joven acababa de llegar a la altura de los aposentos del líder de los mosqueteros, portando en sus manos un rollo de papel atado con un femenino lazo de color azul. Ambos sonrieron de una forma tan cálida al verse que el mismo monsieur de Bérard no pudo evitar sonreír ante aquella escena.

—¿Lo traes? —preguntó su prometido.

La muchacha asintió y dio unos pocos pasos, ingresando en las dependencias.

Al percatarse de la presencia del oficial, sus rodillas se flexionaron, ejecutando una graciosa reverencia, mas sin mudar la mirada o desviar los ojos de los del teniente de mosqueteros. Monsiuer de Bérard sonrió: destilaba tal seguridad en sí misma que lo asombraba. Algo impropio en una mujer.

—¿Nos vamos? —la voz de Héctor rompió el silencio.

—Si quieres, puedo quedarme contigo... —Los dedos de Artal acariciaron fugazmente los de su prometida.

Ella negose.

—No es necesario. En seguida os alcanzaré.

Héctor y Artal asintieron, mas, antes de que abandonaran las estancias, el menor aún tuvo tiempo de besar con ternura la frente de su prometida, que cerró los ojos con timidez.

Ambos hermanos abandonaron las estancias, cerrando la puerta tras de sí.

—Me alegra veros, mademoiselle.

—Monsieur, el gusto es mío —dijo la joven, avanzando hacia su interlocutor.

—Confío en que os encontréis ya restablecida.

—Señor, las heridas cicatrizan, mas nunca los recuerdos.

—Entiendo... —monsieur de Bérard suspiró. Luego, mucho más alegre, dijo—: ¿Puedo felicitaros por vuestro próximo enlace con uno de mis mejores hombres?

—Monsieur, celebro que Artal haya confiado en vos para hablaros de nuestro proyecto; aunque, antes de dar el paso definitivo, debo contar con el consentimiento de mi tío.

—Creía que Su Majestad os dio permiso para actuar con base en vuestro criterio...

—Y así fue, monsieur, pero se trata de una cuestión puramente personal: le debo demasiado a don Pedro de Guzmán como para obviarlo en un tema de tanto calado.

—Tal actitud os honra como su pupila.

La joven sonrió. Le alegraba ver que la entendía.

Lentamente, alzó la mano y tendióle el rollo de papel que sostenía.

—Os traigo la petición firmada por la reina Ana, por la que se refrenda la que los mosqueteros os han solicitado hace unos momentos.

Jean de Bérard agarró el pliego y lo extendió ante sus ojos. La caligrafía de la reina, redonda, se deslizaba por el papel con trazos mucho más seguros que el que lucían las primeras cartas escritas por la soberana en sus años mozos. Bien era cierto que aún torcía las líneas al escribir, pero sus letras denotaban un pulso más firme, una madurez que solo dan los años.

Sonrió. Por un momento, recordó a aquella tímida y asustadiza muchacha llegada a la Corte procedente de las Españas, hacía casi diez años. Según le contó el cardenal Richelieu, pese a dominar el francés y hablarlo con soltura, la infanta española se negaba a ello, usando obstinadamente el castellano con los miembros de su séquito. Era una muestra de rebeldía de sus pocos años, una vez que fue consciente de que el hombre al que estaba destinada no parecía apreciarla en absoluto. Y tampoco parecía dispuesto a ello...

Meneó la cabeza. El cardenal pensaba, tal vez de forma errónea, que, deshaciéndose de los españoles que integraban su cohorte y cortando aquellos pocos lazos que aún la unían a su tierra natal, forzaría a la reina a afrancesar su postura, incitando de ese modo un acercamiento con Luis XIII. Pero nada había resultado como el cardenal pretendía: el rey seguía evitándola y se rumoreaba que prefería la compañía de hombres. Así, la reina se encerraba cada vez más en sí misma ante una Corte que se le antojaba hostil, aunque sus allegados afirmaban que aquella reserva no era real. Aquella supuesta beatitud que la embargaba parecía no ser tal, y aquel altar de reliquias que la acompañaba en todos sus viajes parecía albergar más secretos que los huesos de los supuestos santos que portaba. Suspiró y tornó sus ojos azules a la menina.

Aurora seguía allí, con ambas manos cruzadas sobre el regazo. Sus ojos negros parecían escrutarlo, como si supiera lo que pensaba. ¡Cuánto daría por conocer los secretos que guardaba aquella muchacha! No solo aquel que se ocultaba tras el antifaz y las ropas de hombre que negaban su condición de

mujer, sino otros mucho más profundos, mucho más confusos...

Unos golpes sonaron en la puerta. Bérard dio su venia.

Al instante, la imponente figura escarlata del cardenal Richelieu hizo acto de presencia. Sus pasos, reposados; el mirar, tranquilo e inquisitivo; su rostro aguileño, irradiando aquella sempiterna solemnidad que parecía impregnar sus movimientos.

El teniente de los mosqueteros y Aurora se aprestaron a arrodillarse ante Su Eminencia, haciendo ademán de besar el anillo que le confería su dignidad y que el clérigo, sonriente, les tendió.

—Eminencia Reverendísima, ¿a qué debemos el honor de vuestra visita? Espero que no necesitéis de los servicios de los mosqueteros...

—No, mi buen marqués de Montâlet. —Alzó una mano, tranquilizándolo—. Quedad tranquilo, pues Francia goza de estabilidad y no es necesario que vuestros hombres intervengan.

—Celebro saberlo...

—Me alegra veros aquí, mademoiselle —dijo, mirando a la menina—. Y más, sabiendo de vuestro celo para con vuestra señora.

—Eminencia, el placer por veros es mío.

El cardenal tomó asiento cerca de la mesa del teniente de mosqueteros, sin pompa ni ceremonia alguna, y sin esperar invitación para sentarse. Al fin y al cabo, era la segunda autoridad del Estado, solo por detrás del rey.

Bérard y Aurora intercambiaron una rápida mirada.

—Supongo que os preguntaréis qué hago aquí, siendo los asuntos de Estado cuestión primordial en mi vida.

—Confieso que la visita de Su Eminencia me ha sorprendido, mas no me desagrada.

Armand de Richelieu sonrió. Mentía. Bérard mentía. El curtido oficial sabía que cada visita del purpurado iba acompañada de un mal augurio o una

petición de difícil cumplimiento. Y esa vez no iba a ser diferente a las demás.

El cardenal miró a Aurora.

—Tengo entendido que pronto viajaréis a las Españas.

Aurora asintió.

—¿Cómo se ha enterado Su Eminencia?

—Digamos que doña Ana de Austria ha hablado de ello con la persona inadecuada y toda la Corte sabe de vuestra partida, así como también de vuestro inminente matrimonio. Y debo señalar que tal hecho ha causado asombro, sabiendo de vuestra discreción y el que no hayáis conocido varón alguno.

Aurora suspiró.

—Madame de Chevreuse no tiene entre sus virtudes la de la prudencia —terció la menina.

—¿Cómo sabéis...?

—Por favor, Eminencia, no subestiméis mi inteligencia: el que sea joven no quiere decir que sea tonta o ignorante. Llevo años en esta Corte como para saber de quién debo guardarme.

Se acercó a la ventana y comenzó a jugar con la borla de las cuerdas que aseguraban los cortinajes de terciopelo rojo.

—Conozco lo suficiente a doña Estefanía como para saber que se dejaría matar antes que hablar de su señora o de mí. Llegamos juntas de las Españas y me conoce desde que di los primeros pasos, por lo que puedo considerarla como mujer digna de confianza y buen juicio. Madame de Motteville, por su parte, es lo suficientemente lista como para saber de qué hablar y de qué no. En cuanto a la de Chevreuse... —Calló un instante, deteniendo el movimiento de sus dedos, que se cerraron en puño, aferrando el tejido—. La de Chevreuse

disfruta siendo la primera en difundir folletines, sean ciertos o no. El escándalo es para ella un divertimento más y no hay corrillo en la Corte del que ella no extraiga información. Aun así, la reina disfruta y se alegra con su presencia, así que me basta con eso.

—Sin embargo —la cortó el cardenal—, las amistades de Marie de Rohan no son ahora... ¿cómo decirlo? del todo convenientes.

—Si os referís a la supuesta influencia que ella ha tenido en las negociaciones del matrimonio de la princesa Henriette y a su supuesto *affaire* con el conde de Holland, lamento no poder ayudaros. Sabéis que los secretos de alcoba no son mi especialidad.

Richelieu enarcó una ceja y se mesó la barba puntiaguda. Aquella mujer era una roca. Sabía que ocultaba más de lo que dejaba traslucir entre líneas, pero jamás lo confesaría tan fácilmente. En verdad, sería una suerte contar entre sus espías a alguien de tan alta integridad como ella. Ojalá pudiera reclutarla...

—Y, ya que hablamos de Inglaterra, decidme: ¿es ese el motivo de vuestro viaje?

—No os entiendo...

—Por favor, no finjáis conmigo —dijo el cardenal, algo brusco.

—Aurora —intervino Bérard, conciliador—. Es de todos sabido que Inglaterra ha declarado la guerra al rey Felipe. Breda ha sido sitiada por un numeroso ejército formado por fuerzas inglesas y por partidarios de Guillermo de Orange, quien se cree sucesor de los territorios de Flandes.

Aurora asintió. Pues claro que lo sabía. Y sabía también que los tercios españoles resistían como leones al empuje de los sitiadores.

—Así —siguió Bérard—, creo que lo que Su Eminencia desea saber es si vuestro viaje reviste tintes políticos. No obstante, Eminencia, a esa cuestión puedo responder por ella: la muchacha va a las Españas para pedir a su tío permiso para casarse.

—Es decir que vuestro viaje es por motivos personales. Un poco raro, viniendo de vos.

Aurora volvió a asentir, dando unos pasos en dirección al clérigo. La espalda, erguida; el rostro, altivo. Lo miraba desafiante, segura de sí misma, como instándolo a iniciar una batalla dialéctica contra ella; batalla de la que, a todas luces, podría salir ganadora.

El cardenal pareció aceptar el reto. Se levantó y, cruzando los brazos tras la espalda, se acercó a la menina.

—No pretenderéis ir sola, ¿verdad? La ruta de los Pirineos no es segura para una mujer.

La menina alzó la barbilla, arrogante.

—No os preocupéis, Eminencia —volvió a intervenir el teniente de mosqueteros—. Dos de mis mejores hombres la acompañarán en este viaje: Artal de Briand y Pierre d'Evandele. Se da el caso, igualmente, de que monsieur de Briand es el prometido de la joven aquí presente.

—El que uno de ellos sea su futuro esposo no justifica la presencia de mosqueteros en un país vecino. Podrían considerarlo como una afrenta...

—Ambos van a título personal, cardenal. —El curtido oficial se sentó ante su mesa de despacho, entrelazando los dedos—. He consentido en ese viaje porque no veo ningún mal en él.

—Tengo entendido, teniente, que el mosquetero Artal de Briand ha regresado hace poco de una misión en Inglaterra. ¿De veras podéis pasar tanto tiempo sin uno de vuestros mejores hombres?

—Como habéis comentado, Artal ha regresado después de cumplir con una orden del propio Luis XIII. Y, como ya he dicho, los intereses personales de mi mosquetero van parejos a los de esta joven. —Miró a Aurora—. A nadie más que a él interesa que mademoiselle Aurora obtenga el beneplácito de don Pedro de Guzmán.

—¿Y no puede vuestro tío negarse a tal unión, considerando ese enlace muy por debajo de vos? —el cardenal fijó sus ojos claros en Aurora.

La menina se encogió de hombros, sin cambiar el gesto.

—Eso, Eminencia, no es algo que yo pueda prever. Lo más lógico es que acceda —rio, lacónica—. ¿Qué interés podría tener en el matrimonio de una niña sin nombre?

—El mismo que demostró cuando concertó vuestras nupcias con el más fiel colaborador de Olivares.

—Boda que no se celebró —interrumpió Aurora—. No estaba para nada de acuerdo con tal decisión, bien lo sabéis, cardenal; y debo decir que su muerte llegó en buena hora, que Dios lo tenga en su gloria. —Se persignó.

—Aun así, me parece que era una alianza de lo más ventajosa para una muchacha sin posibles, como vos defendéis ser.

—Puede ser... Pero mi tío me quiere. He sido para él como una hija hasta la llegada de los propios. Aun así, no dejo de ser lo que soy: una menina.

Callaron.

La voz de Aurora ni siquiera revestía una nota de amargura. Era consciente de su condición desde muy joven, ya fuese por la lluvia de improperios a la que siempre la sometía su tía Juana, o porque don Pedro de Guzmán jamás le había ocultado nada. O, al menos, eso creía.

El cardenal comenzó a pasear por la estancia.

El mobiliario era escueto, brillando por su sobriedad: una mesa, cuatro sillas, un diván y un arcón era todo cuanto había, además de una alfombra deslucida que cubría el suelo de ladrillo rojizo y un par de cuadros que reflejaban sendas escenas de algunas de las innumerables batallas acontecidas contra los ingleses. En concreto, se fijó en el que reflejaba la famosa batalla de Orleans, en la que Juana[3], «la Doncella», había conducido al ejército francés a la victoria siguiendo el dictado de lo que ella llamaba *sus voces*.

Inglaterra... Siempre estaba esa condenada isla implicada en cualquier

conflicto que se preciara. Aquella vez, contra las Españas, considerado país aliado desde el doble matrimonio refrendado por el Tratado de Fontainebleu. Era de recibo que Francia ayudara a sus aliados. Sin embargo, tras el acuerdo alcanzado por medio del tratado que portaba el malogrado Álvaro de la Quadra y con el cercano matrimonio de la princesa Henriette con Carlos, el heredero inglés, la posición de Francia solo admitía una actitud: la no intervención, ostentar la neutralidad por toda respuesta ante cualquier petición.

Volvió la vista a la menina. Por un momento, la visión de sus cabellos cortados a la altura de los hombros hizo que su mente la comparase por un instante con aquella a la que los parisinos identificaban como su santa protectora y que, pese a prestar un gran servicio a Francia y a su rey, fue quemada en la hoguera acusada de herejía. ¿Sería ella, como Juana, leal servidora o solo una mujer que no quería someterse al dictado de su época?

Se llevó la mano al mentón. Tal podría usarla para sus propios fines... Podría servirle...

—Dejadnos, Bérard —solicitó el cardenal.

Más que una petición, se trataba de una orden. De nada valía que el teniente de los mosqueteros osara siquiera protestar, pues toda su oposición se encontraría de frente contra aquel muro de hormigón que era la voluntad de Su Eminencia. Los ojos fríos del purpurado lo conminaron al silencio, por lo que se aprestó a salir de la habitación, no sin antes lanzar una última mirada a la menina. Suspiró y salió.

Quedaron ambos a solas, frente a frente.

El cardenal volvió a fijar la vista en el cuadro de *La Toma de Orleans*; más concretamente, en la figura de *la Doncella*, quien, ataviada con yelmo y armadura, blandía un estandarte arengando a sus tropas. Aurora lo imitó.

—Decidme, mademoiselle, ¿conocéis la leyenda de la doncella de Lorena?

—Especificad, Eminencia, pues no sé si os referís a la famosa profecía o a la historia de Juana de Arco, de Domrémy. Aunque, a mi parecer, ambas son

una y la misma.

—¿Por qué estimáis que yo no hablo de ambas por igual?

—Es evidente, Eminencia: fue la Iglesia, por mediación del obispo Cauchon, quien ordenó su muerte en la hoguera como si fuera una bruja. — Aurora volvió la vista y se fijó en el rostro de la santa[4]—. Parece que a la Iglesia siempre le han asustado las mujeres que han actuado como hombres...

—Muchacha, valorar de ese modo a la Iglesia podría considerarse blasfemia. Lo sabéis, ¿verdad?

—Sería tonta si no lo supiera. —Lo miró—; pero vos no vais a denunciarme porque me necesitáis.

—Eso...

—Necesitáis que espíe para vos en las Españas y os diga cuál será el siguiente paso del rey Felipe de cara a la guerra con Inglaterra. Lo queréis saber para poder determinar qué postura tomar, ¿me equivoco?

—Muchacha, ¿cómo...?

—Eminencia, por favor, jamás subestiméis a una mujer. —Rozó el marco del cuadro con uno de los dedos, eliminando una rebelde mota de polvo que se había adherido a una de sus juntas—. El solo hecho de haber solicitado una entrevista a solas conmigo es prueba más que suficiente para saber de vuestras intenciones.

—Habría podido solicitar vuestros favores...

—Lo dudo. Sé que vuestros gustos no giran en esa dirección y que actualmente contáis con una amante complaciente que satisface vuestras más nimias solicitudes. Adéle se llama, ¿no?

Armand de Richelieu sintió cómo sus miembros quedaban lívidos y perdía el habla. Él, tan docto, tan curtido en todos los campos; él, que siempre encontraba la respuesta, se quedó en blanco ante aquella niña. Era más valiosa de lo que pensaba. No en vano, la reina siempre se vanagloriaba de unos contactos que presumía superiores a los del cardenal. Aurora era la prueba viviente de ello.

Y también, estaba aquel peliagudo asunto: el de sus *gustos*[5]. Si la Iglesia se percatara de ellos, podrían hasta excomulgarlo por ser un desviado, por ir en contra de lo que los Evangelios establecían. Del mismo modo que por el pecado de lujuria, si se descubría su relación con Adéle siendo clérigo y contraviniendo el voto de castidad.

Tragó saliva y trató de desviar el tema de conversación.

—¿Cómo sabéis que quiero servirme de una mujer como vos?

—Porque sé de buena fuente que vuestra red de espionaje está compuesta principalmente por féminas. —Sonrió, con tristeza—. Somos insignificantes a los ojos de los hombres, por lo que es poco probable que levantemos la más mínima sospecha; de ahí, vuestra inclinación por encomendar misiones de esta índole a las de mi sexo. Y a mí, en concreto, porque bien sabéis que soy vuestra única baza en las Españas. —Lo miró.

—Cierto es que tal hecho me ha impulsado a inclinarme por vos...

—Y porque me necesitáis más que a ninguna otra espía.

—Eso, joven, habré de ser yo quien lo valore.

—Lo sabéis de sobra, Eminencia; sabéis que soy la mejor. Conozco todos los entresijos de la Corte y mi tío, aunque haya caído en desgracia, sigue siendo un asiduo entre los grandes de las Españas.

—Luego, aceptáis...

—Yo no he dicho eso, cardenal.

—¿Desobedecéis una orden del primer ministro, aun a riesgo de saber que eso podría significar vuestra muerte?

—No reconozco más órdenes que las de mis reyes.

—Por eso debéis obedecer: yo soy la voz del rey de Francia.

—Pero no la del Cuarto Felipe — terció la menina —. Espiar para vos, significa traicionar a mi rey.

—Y ser fiel al rey Felipe, es lo mismo que atentar contra Francia y vuestra señora —el cardenal torció el gesto—. ¿Acaso está en vuestro ánimo provocar un conflicto internacional?

—¿Qué conflicto? La guerra entre Inglaterra y las Españas es ya cosa cierta, y la cercanía de Francia para con ambas naciones, así como la existencia de los Tratados de Paz que la unen a los dos beligerantes, le garantizan una posición totalmente neutral en el conflicto.

—Jovencita, esos Tratados de Paz a los que aludís y que yo conozco también garantizan la intervención de Francia en caso de que nos soliciten ayuda; al menos, en el caso de Inglaterra, merced al contrato de matrimonio entre la Princesa Henriette y Carlos. Y creo que conocer de primera mano qué piensa el Cuarto Felipe nos ayudaría a determinar nuestra posición.

Aurora meditó unos instantes.

Cierto era que un cambio en los acontecimientos venideros podría acabar con la paz en Francia y, si se negara a los requerimientos del purpurado, la que podría verse asolada por un creciente hostigamiento por parte del cardenal era su señora. Tal intervención podría traer como consecuencia el descubrimiento del embarazo de la reina... No podía permitirlo...

Dio unos pasos hacia la ventana. En el patio, los mosqueteros pasaban el tiempo entrenando o disfrutando de un agradable coloquio, regado de abundante vino. Sobre los tejados, un cielo azul brillante se extendía sobre París con un brillo que no hacía presagiar infortunio alguno. Era como si Dios se asomase a la Tierra.

Un carraspeo del cardenal la devolvió a la habitación, tornando sus ojos negros al clérigo.

—Eminencia, he reconsiderado vuestra petición: estimo que vuestras preocupaciones son razonables y ello me impulsa a aceptar vuestro encargo, pues solo parece guiaros el bien de Francia...

—Nunca me han guiado otros objetivos —dijo él, mas ella lo dudaba.

—Os prometo —siguió la joven, obviando sus argumento—, que os tendré al tanto de todo cuanto allí acontezca; exceptuando, claro está, lo concerniente a mis asuntos personales.

Cruzó los brazos sobre el pecho y bajó la vista, entornando sus ojos negros, que brillaban intensamente bajos sus largas pestañas. El cardenal creyó apreciar un ligero temblor en su labio inferior. Tal vez estaba nerviosa. Mas, si eso era cierto, no lo demostró, pues su voz sonó segura al preguntarle:

—Presumo que en España contáis igualmente con una red de contactos, cardenal.

—Así es.

—Ergo, una vez tenga información que sea merecedora de vuestro conocimiento, habré de recurrir a ellos para haceros llegar lo que sepa —lo miró—. Decidme, entonces, ¿a quién debo dirigirme para ello?

—Eso, muchacha, lo sabréis una vez que lleguéis a la Corte del Cuarto Felipe. La persona en cuestión se pondrá en contacto con vos nada más lleguéis a Madrid.

—Entiendo. —Meditó un instante—. Estimo que no queréis decir su nombre por temor a que estas paredes escuchen nuestra conversación.

—Vuestra perspicacia es alarmante, mademoiselle.

Aurora hizo un mohín con la boca.

—A cambio, debo pedir os un favor, Eminencia.

—Mientras no me comprometa...

—La reina viajará próximamente al Palacio de Chambords por recomendación médica. Su salud es bastante delicada a raíz del incidente con Gastón y la reina madre, y estimo que una temporada alejada de la Corte le vendrá bien. Ya que su seguridad queda garantizada, os pido que acerquéis posturas con el rey Luis para que la relación entre ambos se suavice.

—Muchacha, sabéis que el rey tiene... ¿Cómo decirlo sin que suene violento? Una opinión definida sobre la reina. —Suspiró—. Además, creo que sus simpatías giran en otra dirección.

—¿También vos lo sospecháis?

Richelieu encogiose de hombros, como dudando de verter sobre una simple mujer lo que desde hacía un tiempo lo inquietaba sobremanera.

Aurora suspiró, contrariada ante aquella falta de confianza.

—Eminencia, en vuestras manos está conseguir que el tálamo real vuelva a llenarse. De lo contrario, lo que sucedió en el Louvre hace unos meses será cosa menor con respecto a lo que puede suceder.

—¿Qué estáis diciendo...?

—Aún no puedo acusar a nadie, Eminencia —confesó la menina—, pero prometo teneros al tanto de todo. Y ahora, si me disculpáis, debo retirarme. Asuntos menores requieren mi atención.

El cardenal asintió, bendiciéndola rápidamente. Aurora ejecutó una rápida reverencia y se aprestó a abandonar el despacho de Bérard, haciendo que su vestido crujiera con cada movimiento y dejando al cardenal a solas con sus propios pensamientos.

Su Eminencia tornó nuevamente sus ojos claros al cuadro de Juana de Arco.

Suspiró. La fidelidad de Juana de Arco para con el rey Carlos de Francia la llevó hasta las últimas consecuencias, hasta el punto de negarse a abjurar de aquellas voces de santos que ella, juraba, la guiaban. Se decía que en su interrogatorio hizo alusión a la intervención de San Miguel, llegando a dar una descripción del Arcángel que solo figuraba en los archivos secretos del Vaticano y cuyo conocimiento solo estaba reservado a unos pocos religiosos eruditos, y no al acceso de una moza analfabeta.

La mano de Dios parecía guiar a Juana. ¿Qué mano guiaba a Aurora?

—No me has dirigido la palabra desde que abandonamos los aposentos de Su Majestad.

—¿Crees necesario hablar, Artal?

—No lo sé, pero esperaba que mi hermano mayor me deseara suerte en mi viaje.

—Y yo esperaba que mi hermano menor me comunicara su próxima boda, antes que enterarme sorpresivamente ante la reina.

Los dos hermanos avanzaban lentamente, descendiendo la ancha escalera de granito que separaba la planta superior del palacio de Monsieur de Bérard y las dependencias de los mosqueteros de la planta baja, donde se encontraban las cocinas, caballerizas, salas de armas y alcobas destinadas al servicio. Artal sostenía en su diestra la dispensa extendida por su superior. Sus ojos oscuros, fijos en el semblante serio de su hermano mayor, cuya boca se había torcido en un rictus de enfado.

El menor de los Briand suspiró.

—Así que era eso... Creía que lo habíamos superado...

—Yo que tú no hablaría sin saber.

—Si es verdad que nada sé, dímelo tú.

Llegaron al piso inferior.

—¿Por qué esa actitud, Héctor? Pensaba que tus sentimientos giraban en otra dirección... —Lo detuvo con su mano y lo empujó suavemente contra la pared—. Pensaba... —susurrole—. Pensaba que amabas a la mujer a quien proteges.

—El deber y no el amor es lo que me guía, Artal.

—Maldita sea, Héctor. —Artal ahogó un juramento, tratando de no alzar la voz—. Lleva en sus entrañas un hijo tuyo.

—Un hijo del que me responsabilizaré y al que protegeré con mi vida si así fuera preciso.

—¿Y lo querrás?

—Es mi hijo... —dijo Héctor, llanamente.

—Eso no contesta a mi pregunta...

—Si con este interrogatorio quieres confirmar que ya no siento nada por Aurora, pierdes el tiempo, Artal. —Se revolvió incómodo bajo la mano de su hermano. Su espalda, contra la pared.

Giró sus ojos verdes en dirección a una ventana próxima a ellos, desde la cual podía otear el patio de armas. En él, varios grupos de mosqueteros charlaban animadamente o se ejercitaban en la esgrima. Evocaban con chanza empresas guerreras imaginarias en las que podrían demostrar su destreza y de las que luego presumir ante las féminas parisinas.

Artal suspiró y retiró la mano con la que presionaba el pecho de su hermano mayor.

—Siento no habértelo dicho antes, Héctor. Comprendo el motivo de tu enfado.

Héctor lo miró.

—Tenía que habértelo dicho a ti el primero, pero la emoción por saber a Aurora plenamente mía nubló mi mente por completo. Actué mal, muy mal.

—No te culpo por ello —lo interrumpió su hermano mayor—. De hecho, no te culpo por nada. Como tú mismo dijiste cuando la viste por vez primera, lo raro sería no amar a Aurora.

—Ese día dijimos muchas cosas y, aunque trataste de ocultar tus sentimientos por ella, no pudiste engañar a tu hermano pequeño. —Apretó el brazo de Héctor—. Créeme: me hubiera apartado de tu camino.

—No tienes que jurármelo. Además, la elección no dependía de ti, sino de Aurora. —Sonrió, melancólico—. Toda la culpa fue mía... Me alejé de ella por creer que mi relación con la reina era el camino lógico para alcanzar mis ambiciones y medrar en mi carrera. —Se mordió el labio—. Y ahora, esa ambición es la que se vuelve contra mí.

—¿Acaso no amas a la reina? —El menor colocó ambas manos en jarras y bajó la testa, reflexivo.

—Mentiría si te dijera que no siento algo por ella, aunque de ahí al amor queda un largo trecho.

—Entiendo...

—Eso no significa que pueda desentenderme de ese hijo no nacido y del que quiero hablarte, hermano.

Artal enarcó una ceja y se dispuso a escuchar, apoyando las manos sobre las caderas.

—Ya sabes que ese niño no puede quedarse en la Corte. Su propia existencia podría significar la muerte de su madre y la suya propia. Así, mi intención es llevarlo junto a nuestros padres una vez que nazca. Se criará en el Loira, rodeado de bosques, de ríos... Igual que nosotros. Y yo seré quien vele por su seguridad —puntualizó, llevándose la mano al pecho.

—Tus intenciones son loables —reconoció Artal—. No dudo que es lo más sensato que podrías hacer, Héctor; mas ¿crees que nuestros padres aceptarán encargarse de un bebé sin nombre?

—Tendrá nombre —dijo Héctor, firmemente—. No voy a rehuir de su paternidad, no voy a renegar de él. Tan solo diré que su madre murió en el parto, ya dichos nuestros votos, y que he decidido hacerme cargo de él.

La coartada de Héctor no sorprendió a Artal. En aquella época, era bastante frecuente que muchas mujeres murieran al dar a luz, ya fuese a consecuencia de las desastrosas condiciones higiénicas (que conducían a la septicemia), o al estado de salud de las parturientas, famélicas en su mayoría y propensas a la fiebre del parto. Y él, como futuro médico, conocía muy bien aquella ingente cantidad, puesto que había hecho varias visitas a los hospitales de París con el fin de seguir avanzando en sus conocimientos. Si bien, aquellos estudios se habían visto pospuestos por el repentino viaje a Inglaterra.

—Veo que lo tienes todo pensado...

—Aun así, Artal, debo pedirte dos favores.

El menor de los Briand lo miró.

—El primero —comenzó Héctor—, es que, si algo me ocurriese, seas tú el tutor de mi hijo y te hagas cargo de él. No dudo que lo educarás como nuestros padres hicieron con nosotros...

—¿Y el segundo?

Héctor apretó los labios. Una lágrima empapó sus pestañas hasta deslizarse por su mejilla, dejando a su paso su sabor salado.

—Por favor, cuida de Aurora. Ella... Ha sufrido demasiado en esta Corte y no se merece mal alguno. No sé si algún día conseguiré olvidarla y tampoco sé si ella podrá perdonarme por todo el daño que le hice, pero créeme cuando te digo que solo deseo su felicidad. Y, a pesar de que los celos me hayan nublado, sé que jamás habrá hombre más merecedor de ella que tú.

Artal abrazó a su hermano, que lo estrechó fraternalmente, dejándose llevar por primera vez en mucho tiempo por aquellos sentimientos que siempre los habían unido. Era su hermano mayor, aquel al que siempre había admirado, el espejo en el que se miraba para tratar de ser mejor persona y mejor mosquetero. Pese a que el amor de ambos por la misma mujer parecía haberlos separado durante un tiempo, jamás podría acabar con el cariño y respeto mutuo que siempre se habían profesado. En un principio, el propio Artal pensó que lo mejor era apartarse de Aurora para que su hermano alcanzara la felicidad que un día perdió con la muerte de su prometida Marie. Con lo que no contó Artal era con que su corazón había pertenecido a la menina desde el instante mismo en que posó los ojos sobre su carita de ángel; y tampoco contó con que ella le correspondería de igual modo, con el candor y la inocencia de quien ama por primera vez, pero con la madurez de quien ama para siempre.

Héctor lo sabía. No podía valorar quién de los dos amaba más. Sin embargo, él jamás hubiera podido renunciar a su posición de mosquetero por

Aurora. Su amor había sido más pasional que el de Artal, pero egoísta e interesado al tratar de reservar a la española para sí en una mano mientras que, en la otra, gozaba del tálamo real. Y, aunque sabía de buena fuente que su hermano menor tan solo deseaba acostarse con la menina en un principio, los acontecimientos le habían demostrado el gran cambio experimentado por Artal. Prueba de ello era el anillo que Aurora lucía en su mano: el anillo de su madre. Su hermano jamás se habría deshecho de él a la ligera, en pos de una loca aventura de faldas.

Dio unos golpes en la espalda de su hermano menor y lo conminó a marcharse.

La sonrisa se curvó bajo el bien recortado bigote de Artal al saber que el hacha, por fin, estaba enterrada para siempre en un lugar que no era la espalda del otro. Se cuadró ante su hermano y se retiró de allí, con paso ligero.

Héctor quedó solo, con la espalda aún apoyada sobre la pared y el mirar bajo.

Un crujido tras él le hizo sonreír.

—¿Habéis escuchado todo?

—Todo lo que debía saber... —dijo una voz de mujer a su diestra.

No le hizo falta volverse para saber que se trataba de Aurora.

La joven se acercó a él con andares pausados. Héctor seguía sorprendiéndose aún de lo parecida que era a su hermano; no solo físicamente, sino por aquella especial capacidad que tenían ambos para escuchar sin ser vistos.

Aurora se apoyó en el extremo opuesto de la ventana, quedando frente al mayor de los Briand. Sus ojos negros, fijos en Héctor.

—Creo que yo también debo pedir os perdón, Héctor.

—Como ya le he dicho a mi hermano, no hay nada que perdonar.

—Nada o todo, depende de cómo lo miremos

—¿Ya empezáis con vuestros dobles sentidos? —Rio divertido—. Creo que es

lo único que no me gusta de vos.

—Habrá más cosas...

—Sí —admitió el militar—. No me gusta que améis a mi hermano y no a mí.

Aurora bajó la vista.

—En un primer momento, yo tampoco pensé que pudiera amar a un hombre que no fueseis vos, Héctor; pero, con el paso del tiempo, descubrí que aquel primer amor, lejos de colmar todas mis ansias, me hubiera hecho infeliz.

—Explicaos...

—Jamás hubiera podido casarme con el único hombre que hacía feliz a mi señora, a la que considero como una hermana. Puede que en un primer momento solo os guiase la pasión y el interés, pero, con el devenir de los días, pude ver que para mi reina erais más que un mero pasatiempo. Y para vos, ella también se convirtió en algo más que en una amante, aunque queráis negarlo.

Héctor quiso hablar, mas Aurora lo detuvo.

—Si lo que queréis decirme es la lista de pecados carnales cometidos por vuestro hermano, perdéis el tiempo: soy muy consciente de ellos, al igual que de su redención. —Sonrió—. Puede que en un primer momento su fama de donjuán frenara mi primer impulso de acercarme a él, pero al ver cómo iba mutando su forma de vida por mí, decidí dar el paso. Un paso al que mi hermano y vos me alentasteis. Ahora, Artal y yo no solo compartimos el mismo camino: sus pecados son los míos.

Héctor abrió desmesuradamente sus ojos de gato, que quedaron fijos en la figura de la menina.

—Queréis decir que... Mi hermano y vos...

—De nada sirven los formalismos ni mentir. Pedí a Artal que me manchara con su pecado y hoy soy enteramente suya; no solo en alma, también en cuerpo.

Héctor descargó un violento puñetazo contra el cristal, que se rompió bajo la fuerza de sus dedos. Algunos restos de vidrio quedaron adheridos a su piel, que exhibía pequeños cortes de los que emergían leves gotas de sangre. La menina hizo un amago de acercarse a él para atenderle, mas la mano de Héctor la detuvo.

—¿Por qué él, Aurora?

—¿Por qué vos, Héctor? ¿Acaso vos podéis elegir a quién amar?

—A veces el amor debe ir en la dirección que nos compense.

—Dicho así, suena muy superficial. ¿De verdad el amor es conveniencia?

—Tal vez deba ser así para una mujer...

—Héctor, amar por conveniencia o por necesidad no es amor: es dependencia. Dependencia de riquezas, de un hombre, de una posición... El amor es algo más que eso. Debe serlo... Si hay algo que valoro de vuestro hermano por encima de todas las cosas, es que siempre me ha respetado como mujer: ha respetado mis lecturas, mis ansias por aprender y mi especial situación, —Guiñole un ojo, en alusión a su pequeño secreto—. Le costó, no voy a negarlo. Puede que fuera por su inicial pensamiento por poseerme...

—Cosa que al final ha hecho...

—Porque yo se lo pedí, Héctor. —Lo miró, con ternura—. A ese respecto, debo daros las gracias porque, de no haber sido por Philippe y por vos, aún estaría sentada en aquel banco, regodeándome en mi propia desgracia. Recordad que, aquel día, me dijisteis que fuera fiel a mí misma, a mi corazón; que corriese en pos de vuestro hermano... Creí que eráis sincero, Héctor.

—Lo era... Lo soy... ¡Diablos, Aurora! Es difícil dejar de quererlos teniéndoos siempre tan cerca.

—Os comprendo: me pasó igual con vos. —Sonrió—. Aun así, ahora tenéis una oportunidad de olvidarme y descubrir qué es lo que sentís realmente, por quién late realmente vuestro corazón. —Apoyó la mano sobre su pecho, sintiendo su latido fuerte y cálido—. Es hora de que os centréis en vuestro hijo y en su madre.

—Aurora —frunció el ceño—, sabéis que esa historia está condenada a morir desde que nació...

—Tal vez sí... O tal vez no... Todo depende de vuestros actos. Soy la prueba viviente de que el destino puede cambiar.

Se acercó a él y, repentinamente, lo besó con suavidad en los labios. Apenas le dio tiempo a asombrarse, a responder a aquel gesto tan inesperado y dulce de Aurora, cuyo rostro permanecía a escasos centímetros del suyo.

—Quise hacer esto en el pasado: el beso que siempre se hizo esperar, el beso que sella toda nuestra historia... El beso que confirma que ya no siento nada por vos.

—Aurora, sois cruel...

—Y, sin embargo, es la verdad. Hoy os beso como a un hermano, Héctor; y solo espero que, algún día, me consideréis de igual modo: como una hermana que os quiere y respeta por encima de todo.

—Será difícil...

—No lo será, Héctor. Hace tiempo que vuestros sentimientos giran en otra dirección, aunque os forcéis a creer lo contrario. A pesar de que yo misma me negase a verlo en un primer momento, vuestros actos del presente confirman mis sospechas.

—Eso no...

La menina alzó la mano y apoyó sus dedos sobre la boca del mosquetero, forzándolo al silencio. No había nada que decir. No había nada que pudiera llenar aquel mutismo, nada lo suficientemente dulce como para frenar la violencia de un destino que Héctor jamás hubiera deseado. O sí.

Tal vez su impetuosidad lo llevó por el camino equivocado, tal vez aquella aparente tranquilidad de la que siempre hacía gala en batalla fuera solo una máscara, similar a la que Aurora y Philippe empleaban para ocultar su identidad. Tal vez se engañaba a sí mismo escudándose en el supuesto amor que sentía por Aurora para ocultar la verdadera dirección de sus sentimientos.

Observó cómo la menina sonreía por última vez y, girando sobre sus talones, se alejaba por el pasillo, acompañada por el movimiento de su amplia falda color teja. A su paso, sus cabellos desprendían un sutil olor a azahar. Aquel olor lo acompañaría toda su vida. El recuerdo de su rostro, de su melena... ¿Volvería a verla? Era algo que no sabía a ciencia cierta.

Mordiose el labio inferior y se apretó la mano herida contra el pecho.

—Rayos, Aurora... ¿Por qué siempre ves lo que los demás no podemos?

Capítulo IV: El viaje comienza...

El secreto de Ana de Austria

Afuera de París, 28 de agosto de 1624

Pierre acariciaba el morro de *Comet*, que cabeceaba de cuando en cuando, nervioso, tal vez, ante la perspectiva de un viaje no previsto. Junto a él, Aristide e Isaac aseguraban las alforjas del mosquetero a las grupas del equino. Se fijaron en que el gascón no lucía los acostumbrados ropajes que denotaban su dignidad de mosquetero, sustituyéndolos por un grueso capote de viaje y prendas de lino de color pardo que harían más llevadero el calor de aquel mes de agosto, dada la transpirabilidad del tejido. Artal, por su parte, se encontraba a pocos pasos de ellos, inspeccionando las herraduras de *Alazán*, cuya tranquilidad contrastaba con la irritabilidad de *Comet*.

Se encontraban alejados del centro de la capital, habiendo salido de ella por la puerta de Boulogne, que conectaba la ruta hacia Versalles y hacia las Españas. El haberse encontrado en aquel lugar, a campo abierto y no en el Palacio del Louvre, se debía a la gran cantidad de ojos indiscretos que pululaban por la ciudad. Además, un viaje no organizado podría levantar sospechas en el Louvre. Ya tenían experiencia con ello y sabían que cualquier movimiento, por nimio que fuera, podría traer consigo encuentros no deseados.

Los ojos oscuros de Artal se fijaron en el cielo. La tarde había dado paso a la noche, poblando el cielo de diminutas y brillantes estrellas. Pudo ver con

claridad como la Vía Láctea refulgía sobre la oscuridad, describiendo el camino del apóstol.[6] En la ciudad, dada la luz que emitían las antorchas y farolas, no podía apreciarse con claridad la grandiosidad de la cúpula celeste; allí, sin embargo, se maravilló de aquel espectáculo con que la naturaleza les obsequiaba, acentuado por la ausencia de luna.

Pierre llamó la atención de su amigo.

A lo lejos, dos jinetes se acercaban a lomos de soberbios ejemplares negros cuyas crines rompían el viento. Sus pezuñas también estaban parcialmente cubiertas por una espesa mata de pelo negro que casi llegaba al suelo. Ni siquiera la largura de su pelaje les impedía adoptar aquellos andares majestuosos que caracterizaban a los de su raza.

Al llegar donde se encontraban los mosqueteros, los recién llegados descabalgaron al unísono.

Aristide e Isaac no pudieron evitar que un grito escapara de sus gargantas al ver a aquellos dos jóvenes: ambos idénticos, ataviados con ropajes y capas de color negro, que complementaban con una camisa blanca cuyas mangas asomaban por las aberturas del chaleco. Sus cabellos, asegurados en sendas coletas bajas y anudados con una cinta de raso negro, aparecían cubiertos por un sombrero de ala ancha del mismo color; sus rostros, ocultos tras antifaces. Nada parecía diferenciarlos, a excepción, tal vez, de que uno de ellos era unos diez o quince centímetros más alto que el otro.

—Por Dios, señora mía, que aún no me acostumbro a veros vestida de esta guisa...

Fue el rubio Aristide el primero en hablar, siendo recibida su observación por una sonora carcajada de Philippe y Aurora.

El español lucía su rostro completamente afeitado para la ocasión, dando a sus mejillas el aspecto suave y vibrante que mostraban las de su melliza. Miró a su hermana. Ambos eran conscientes del impacto que producía su presencia cada vez que hacían acto de presencia juntos y vestidos iguales. Y, salvo

aquellas diferencias físicas que comenzaban a acentuarse con el paso de los años, ambos eran el fiel reflejo el uno del otro, cual si de un espejo se tratara.

Pierre se acercó al enmascarado y le palmeó la espalda con efusividad.

—Llegas tarde, malandrín —dijo el gascón, con chanza.

—Hemos venido cuando la vigilancia del Louvre nos ha permitido el acceso a los pasadizos. Desde el incidente con Gastón de Orleans, no hay pasillo ni acceso que no se vigile —explicó Philippe.

—Cierto —confirmó Aurora—. Además, debía finalizar con los preparativos para el traslado de Su Majestad a Chambord.

—¿Son ciertos los rumores que apuntan a que su salud no es buena? —preguntó Isaac.

—Por desgracia, así es, monsieur. Su salud ha sufrido un ligero traspie a raíz de los últimos acontecimientos y su médico personal le ha recomendado un ambiente tranquilo.

—¿Es cierto que viene en camino un galeno judío traído de las Españas para atenderla? —quiso saber Aristide—. Porque, según tengo entendido, su médico personal murió no ha demasiado en una riña de taberna.

—No os equivocáis...

—¿Y creéis que un judío infiel es el más indicado para atender a una reina cristiana?

—El hecho de que sea judío no supone una merma de sus cualidades ni de su valía. Muy al contrario: es bien conocida su sapiencia en ese campo —intervino Philippe, con algo de brusquedad.

Artal seguía callado, mirando los ojos negros de su prometida, que brillaban intensamente sobre el negro del fieltro que cubría su rostro. Observaba cómo atendía a sus compañeros sin abandonar la sonrisa de sus labios, cómo movía de vez en cuando su carita y la inclinaba hacia un lado, en aquel gesto que le era tan peculiar. Algunas veces, los ojos del mosquetero alternaban entre la menina y su mellizo, que la observaba y reafirmaba sus

explicaciones, bien con frases más o menos largas o con simples movimientos de cabeza.

Pierre, por su parte, no se separaba de su nuevo camarada. Desde su posición, podía atender mucho mejor la conversación mantenida por ambas parejas de gemelos. Y es que, si la similitud entre Aurora y Philippe era asombrosa, pese a sus distintos géneros, la existente entre Aristide e Isaac era aún mayor, hasta el punto de ser difícil acertar a distinguir cuál era cuál. Y lo cierto es que era mucho más turbador ver a dos parejas de hermanos físicamente exactos.

La muchacha calló, contemplando a Artal por vez primera desde que llegaron.

—Buenas noches, monsieur de Briand.

—Buenas noches...

El menor de los Briand no terminó la frase. La menina corrió a sus brazos ante el estupor del militar, que solo pudo abrir los ojos conmovido al ver cómo la joven se aferraba a su cuello con ambos brazos. Los ojos del militar iban y venían entre sus compañeros de armas, que sonreían cordialmente.

—Vaya, Artal. Jamás pensé que tus gustos cambiaran tanto hasta el punto de preferir a un hombre... —bromeó Aristide.

—¡Y qué hombre! Ni más ni menos que la mejor espada de París. Y me atrevo a decir que la mejor espada en la cama —su gemelo seguía con la befa.

—Menos chanza, caballeros —intervino Pierre.

—Todo el mundo sabe que el título de mejor espada de París es... —siguió Philippe.

—Mío —dijeron Philippe y Pierre a la vez.

Rompieron a reír.

Cualquiera que hubiera presenciado la escena desde fuera, tan solo hubiera visto a un grupo de camaradas que se habían reunido lejos de encuentros inoportunos, ya fuese para hablar de temas sin importancia o para gozar de un

inocente rato de asueto. Sin embargo, no había alma alguna que transitara por aquellos caminos a hora tan intempestiva. No había peligro...

Philippe dio unos pasos hacia atrás, apartándose un poco del entrañable grupo, y miró la inmensa bóveda celeste, tan negra como aquellos ropajes que ocultaban su verdadero yo. Era irónico que su vida hubiera estado siempre ligada a la noche, al misterio; y ello, pese a la grandeza que todos le aseguraban poseer. Su misma existencia parecía ser un incómodo secreto que debía seguir permaneciendo oculto. De ahí, que la presteza exigida por el Cuarto Felipe le llenara de singular estupor. ¿A qué esa premura? ¿Acaso había llegado la hora de la verdad? Y de ser así, ¿por qué en ese momento? ¿Y ese interés por Aurora y no por él? ¿Es que él no era un hombre mucho más digno de confianza que una simple mujer?

Se mordió los labios ante su poca delicadeza. El hecho de pensar mal de su melliza y conociendo los peligros a los que se había expuesto y a las muchas renunciadas de su vida por permanecer a su lado, le hizo sentir deseos de castigarse, de hacerse daño. Era su hermana, su todo... La única con la que siempre había tenido una relación tan cercana que muchos habrían tachado de inmoral. Una relación solo comparable a la que lo vinculaba con Ana de Austria, aquella reina tímida y en exceso retraída en público, pero tan alegre y pizpireta en la intimidad. Suspiró. Ambas eran su mundo... Alejarse de cualquiera de ellas significaba perder una parte de sí mismo. Y más si esa era Aurora...

Philippe carraspeó, atrayendo la atención de los presentes y poniendo punto final al abrazo de Artal y Aurora.

—Sé que estáis determinados a ello —comenzó a decir—, y en nada me opongo a vuestra empresa, aunque mi deber es advertiros nuevamente: las rutas estarán atestadas de bandidos que aprovecharán el buen tiempo para atacaros. Y es posible que alguien no quiera que este viaje llegue a buen pie.

—Pierde cuidado, Philippe. Ya nos hemos enfrentado a situaciones mucho más complejas de las que siempre hemos salido triunfantes. En comparación,

esta será un paseo.

—Has de saber, Pierre, que las Españas son un polvorín a punto de estallar —intervino Aristide—. La guerra con Inglaterra es un hecho tras la toma del fortín de Breda, por lo que los caminos pueden estar llenos igualmente de mercenarios. ¡Y no digamos las fronteras!

—Aun así, yendo con Aurora y conociendo sus habilidades, yo no me preocuparía. Además de por su cercanía para con la familia real —terció Isaac.

—Precisamente, es Aurora por quien más preocupado estoy... —reconoció Philippe, mirando a su hermana.

—¿Por mí? ¿Y por qué habríais de temer, hermano? Ya sabéis que no soy una mujer al uso. Además, disfrazada de hombre tendré más posibilidades de pasar desapercibida.

—Un disfraz no es un seguro, Aurora —dijo Artal, preocupado—. Siempre pueden descubrir que eres mujer...

—Si lo hicieran, ten por seguro que mi rostro será lo último que verán sus ojos. Además, en casi diez años que llevo en Francia, nadie se ha percatado de ello cuando usaba este disfraz. Y, si vosotros lo hicisteis, fue porque me vi obligada a mostrarme. —Sonrió, pícara, para luego mirar a su mellizo—. No temáis, Philippe. Seguiré haciéndome pasar por ti. Ese será mi seguro...

—Empero, debo rogároslo una vez más: por favor, dejadme ir con vosotros.

—Vuestro lugar está al lado de la reina. Ya lo hemos hablado... Además, estoy segura de que Pierre y Artal sabrán velar por mí.

—Eso no debéis dudarlo —aseguró su prometido.

—Está bien —rindiose Philippe—. Dado que no puedo convencerlos de ello, solo les pido, caballeros, que cuiden de ella y procuren que vuelva de una pieza —y luego, a Aurora, en un susurro—: Por favor, no cometas locuras y vuelve. Sabes lo que significa estar alejado de ti...

—¿Qué mosca os ha picado, Philippe? Habéis viajado infinidad de veces a las Españas y siempre habéis regresado con bien. Yo debo tener más posibilidades de hacerlo al ir acompañada de dos de las mejores espadas de

París.

—La mejor —Pierre no estaba dispuesto a ceder en la broma.

—Además —siguió la menina, obviando al gascón—, tú me has dejado sola más veces que yo a ti y he sobrevivido. —Lo abrazó—. Nada es diferente ahora.

Pero Philippe sabía que todo era diferente... Era igual, pero no lo era. Tenía plena confianza en que Pierre y Artal velarían por su hermana, y la espada de Aurora haría otro tanto. Pero ¿acaso su melliza no lo entendía?

Aurora alzó el rostro y besó la mejilla de Philippe con suavidad. El viento de la noche hizo acto de presencia y los envolvió a todos, una leve brisa que apenas mecía sus cabellos, pero que se dejaba sentir con su frescor. Philippe cerró los ojos y apretó con fuerza el cuerpecillo menudo de su hermana contra el suyo, luchando contra sí mismo para evitar llorar. Un mal presentimiento yacía en su mente desde que recibieron la orden del rey de las Españas y no acertaba a decir la causa de sus temores.

Aurora se separó de él y acarició la mejilla, al tiempo que su boca se curvaba. Tras ella, Artal apoyó su mano enguantada sobre el hombro de su prometida.

—Debemos irnos antes de que se percaten de vuestra ausencia...

La menina asintió, dirigiendo una última mirada a su hermano menor. Del paraguas de sus pestañas pendieron sendas lágrimas que parecían negarse a escapar del confortable lecho de sus ojos. Philippe las enjugó con el pulgar, forzando una sonrisa en su enmascarado rostro.

—Artal, Pierre, por favor, cuidado de ella —dijo el español—. Sabéis de su impetuosidad y también sabéis que no le gusta embarcar a nadie en sus empresas si puede evitarles algún mal. No le dejéis cometer locuras...

—No habéis de temer por ella, monsieur —intervino Aristide—. Doy fe de que la acompañan dos de los mejores mosqueteros del cuerpo.

Philippe guardó silencio, observando cómo su hermana y sus acompañantes hacían ademán de trepar a sus monturas. No obstante, en el último momento, detuvo a Artal, agarrándolo por el brazo. El menor de los Briand lo miró sorprendido.

—Sé... Sé que no hace falta que os lo pida, Artal, pues los sentimientos que sentís por ella son garantía de que velaréis por su seguridad; aun así, debo pedir os que seáis mis ojos y mi espada. No permitáis que se arriesgue de forma innecesaria...

—Quedad tranquilo —dijo el mosquetero—. Si el viaje es solo para rendir cuentas ante el Cuarto Felipe, no creo que tengamos mayor problema.

—Amigo mío, permitidme daros un consejo: si Felipe IV y Olivares están por medio, es mejor ser prudentes.

Artal lo miró sin comprender, enarcando una ceja. ¿A qué se debía ese temor? Había visto a Philippe y Aurora en acción: ambos tenían dos de las mentes más preclaras que había visto, y eso en Aurora era una baza a su favor, siendo mujer; parecían demonios a la hora de luchar, haciendo gala de una maestría fuera de lo común. ¿Por qué, entonces, esos temores por parte del español?

Sin mediar palabra, el hermano de Aurora silbó y su frisón se acercó a él con un trotecillo alegre. Al llegar a su altura, frotó su oscuro hocico contra el brazo del enmascarado, que lo acarició.

—Sé que para ti no hay un caballo mejor que *Alazán*, pero espero que aceptes a *Guadiana* como tu compañera de viaje. —Miró a la yegua, con un deje de melancolía en sus ojos negros—. Ha hecho ese trayecto varias veces, igual que *Relente*, y seguro que te será útil. Pierde cuidado por *Alazán*, que yo me encargaré personalmente de él y atenderé a su comodidad.

—Sabéis que me resulta muy difícil renunciar a mi fiel amigo...

—Por favor, Artal, no lo dudes —era la voz dulce de Aurora—. Philippe sabe lo que dice y, pese a las virtudes que atesora *Alazán*, no es menos cierto que

Guadiana y *Relente* han soportado largas y duras jornadas en la travesía de los Pirineos y jamás han dejado a mi hermano en la estacada. —Lo miró—. Por favor, no desprecies este regalo que te hace. Para él, también será duro desprenderse de su yegua, pero no dudes de mí cuando te aseguro que jamás la dejaría en otras manos que no fueran las tuyas.

—Permitid que insista en ello, hermano —dijo Philippe.

Hermano... Philippe lo había llamado *hermano*, recordándole así el compromiso que tenía con su hermana y la relación que los uniría a ambos tras su matrimonio con la menina. Sabía que con aquellas palabras no solo lo incitaba a aceptar su ofrecimiento: le manifestaba su total conformidad a aquel enlace .

El menor de los Briand sonrió y colocó la mano con la palma extendida ante el hocico de la yegua. *Guadiana* lo olisqueó y le dio un par de lametones amistosos. Parecía aceptarlo...

No sin temor y sabedor de la naturaleza impetuosa de los frisonos, Artal montó a grupas del corcel, ajustando bien las espuelas y el largo de las riendas. No le costó demasiado, pues la altura de Philippe se había acrecentado en los últimos tiempos hasta equipararse a la suya, a falta de apenas unos palmos. Ajustose el sombrero sobre la cabeza, cubriendo sus rizos oscuros, y se tocó el ala.

Philippe sonrió.

—Caballeros, no debemos demorar por más tiempo nuestra partida —dijo Pierre—. El tiempo apremia y el camino es largo, mas no la noche, que juega en nuestro beneficio para ocultarnos.

Aurora y Artal asintieron, dándole la razón al gascón.

—Aristide, Isaac —los llamó Artal—; os dejamos al tanto de la seguridad de la reina. Seguid en todo momento las indicaciones de Héctor. Sé que habrá momentos en los que no entenderéis sus verdaderas intenciones, pero creedme

cuando os digo que nada más le guía el honor.

—Asimismo, os encomiendo a Philippe —intervino Aurora—. Sé que se basta por sí mismo, pero me sentiría más tranquila si alguien cuidara de él.

Extendió la mano en dirección a su mellizo, que la sujetó entre la suya, con los ojos parcialmente velados. Una sonrisa aleteó bajo el fieltro de ambos antifaces, iluminando sus rostros.

—Ten cuidado, Philippe. Y no temas a la hora de usar a Aristide e Isaac para ponerte en contacto con nosotros. Sabes de sobra que puedes confiar en ellos...

—Lo sé, Aurora... —dijo su hermano, con voz ronca.

Artal puso a *Guadiana* junto a *Relente* y, con una inclinación de cabeza, conminó a Aurora a iniciar la marcha. La menina asintió y, rápidamente, apretó los dedos de su hermano entre los suyos antes de que su frisión iniciara la marcha, seguido de cerca de los ejemplares de Pierre y Artal.

Avanzaron lentamente, con las cabezas vueltas en dirección a París. Ni una palabra salía de sus labios. Solo sus ojos, como puntos brillantes en medio de la oscuridad de la noche, parecían denotar las emociones que aquella partida suponía.

Philippe permaneció inmóvil hasta que las monturas desaparecieron para confundirse con el abrigo de los árboles que se espesaban en la ruta hacia las Españas, siguiendo el trazado del Camino de las Estrellas que los llevaría hasta la Patria del Apóstol. El rostro de Aurora tampoco se volvió hasta que la figura de su hermano fue un punto difuso en el horizonte.

Palacio del Louvre, esa misma noche...

—Ya deben haber abandonado París.

La voz de Ana de Austria resonó en la soledad de sus aposentos, cuyo silencio había sido roto hacía escasos momentos por los jadeos que emergieron de la garganta de la Habsburgo. Su rubia cabeza de rizos reposaba sobre el brazo de Héctor, que mantenía sus ojos de gato fijos en el dosel de brocados que cubría el lecho. Hacía tiempo que su favorito no se acercaba a ella, tal vez alertado por su avanzado estado o puede que asqueado por una figura cada vez más rotunda que ni las más anchas faldas podrían ocultar en pocas semanas.

La reina acarició dulcemente una de las cicatrices que adornaban el rostro del militar, mas nada pudo romper su mutismo.

Ana de Austria suspiró. Héctor había aparecido en sus habitaciones bien entrada la noche, al finalizar el último cambio de guardia, cuando ella ya reposaba ataviada con un decoroso camisón de seda y encajes de color blanco. Le había costado unos momentos encontrar la postura adecuada para que su maltrecho cuerpo encontrara el tan merecido descanso, empresa harto difícil por su avanzado estado. Lo mismo le dolía el costado, que le pesaba la barriga; eso, o tenía que llamar a alguna criada para que le proveyera de una bolsa de agua caliente que se aplicaba en los riñones, o una cubeta de agua fría para meter sus pies hinchados. Cada día se sentía más cansada y a cada momento se le hacía más difícil ocultarse a ojos de la servidumbre. No le cabía duda alguna que algo sabían. Mucho o poco. Y de ahí a que llegara a oídos del rey, solo había un pequeño paso.

Tales tribulaciones le quitaban el sueño, y cualquier oportunidad que encontraba para el reposo era más que bienvenida. Aun así, el mosquetero no había entrado dispuesto a velar su sueño.

Sin que le diera tiempo a hablar, la había despojado de sus ropas con furia, rasgándolas de arriba a abajo, mostrando los encantos de sus senos redondos y blancos. La soberana solo pudo asombrarse, acogiendo la pasión del mosquetero con abandono, alcanzando un éxtasis que solo conseguía bajo las caricias y besos de la boca de Héctor. El militar gruñía, gritaba...

Hasta que todo se calmó...

Ambos yacían enredados en la cama, apenas cubiertas sus piernas por las suaves sábanas. La soberana, acariciando con dulzura el torso del hombre, el cual se había encerrado en un mutismo cada vez más habitual en él. Era serio por naturaleza, bien lo sabía, mas desde que supieron la verdad sobre el embarazo de la reina, parecía irse alejando poco a poco. Salvo contadas ocasiones como aquella, cuando visitaba su lecho a altas horas de la noche. Casi nunca intercambiaban palabra, como antaño, y sus conversaciones se limitaban a hablar sobre el futuro de aquel hijo resultante de su loca pasión.

El inesperado crujido de una bisagra hizo que ambos se incorporasen para cubrir rápidamente sus cuerpos con las telas de la cama.

Philippe emergió de entre las sombras, echando a un lado un tapiz que representaba *El triunfo de la Primavera*, tras el cual se encontraba una puerta oculta. Su aspecto, pese a estar oculto tras el antifaz, era grave.

—Philippe, ¿creéis que estas son horas para irrumpir de esta forma en mis habitaciones?

—Disculpadme, Majestad; solo cumplo vuestras órdenes.

Anduvo unos pasos en dirección al lecho. La reina creyó adivinar el ceño fruncido bajo el antifaz que le ocultaba la mitad del rostro.

—Pensaba que os agradaría saber, mi reina, que Aurora y Artal han abandonado París en compañía de Pierre.

—Philippe, ese asunto podría haber esperado a mañana...

—Y respecto al otro asunto —la cortó el español—, ya tenéis la respuesta que con tanta impaciencia aguardabais.

Extrajo una carta de su chaleco y, sin ningún tipo de miramiento, la arrojó al lecho real, sobre el regazo de la reina, cuyos ojos azules estaban desmesuradamente abiertos y fijos en Philippe

El mayor de los Briand se incorporó, olvidando su desnudez.

—¡Philippe! —lo llamó al orden, furioso—. ¡Os ordeno mesura! ¿Acaso olvidáis que os encontráis ante la reina de Francia?

—Decidme si esta mujer merece respeto alguno, Héctor, ya que ejercéis también la vigilancia de cada recodo de su cuerpo.

—Creo que no os entiendo...

—No iréis a decirme que desconocéis que la verdadera razón de la marcha de Aurora ha sido motivada, ni más ni menos, por nuestra querida doña Ana.

Los ojos verdes de Héctor se abrieron desmesuradamente, al tiempo que giraba el rostro para mirar a la reina.

La Habsburgo torció el gesto con un mohín de desagrado, mientras sus dedos rompían el sello que guardaba la misiva que Philippe le había lanzado. Leyó con avidez las palabras que se extendían a través de líneas más o menos torcidas en aquel pliego de papel, sin que la presencia de aquellos dos hombres pudiera turbar su lectura.

—De modo que quien informó al rey Felipe sobre la muerte de don Álvaro de la Quadra fuisteis vos... —dijo Héctor, tratando de llamar su atención.

Ana de Austria inclinó la cabeza, confirmando las cavilaciones de su favorito.

—¿Cómo pudisteis...?

—No solo eso, Héctor —intervino Philippe—. Se valió de una putilla lo bastante ambiciosa como para remitir semejante noticia, sin pensar tan siquiera en las consecuencias que ello traería consigo. A Dios gracias y a la astucia de Aurora, esa zorra no podrá cantar en mucho tiempo, pues la interceptaron y arrestaron en la frontera. Si bien la noticia llegó al rey Felipe.

—¿Os servisteis de Eugenie? —Héctor no salía de su asombro—. Os traicionó... Jugó con vos, Majestad; os vendió a la Médicis. Y no solo eso: con vuestra acción, habéis traicionado también a Aurora y a Philippe. ¿Cómo podéis ser tan... tan...?

Calló. No conseguía encontrar palabras suaves que no atentaran contra la persona de la reina de Francia, a quien servía. Debía hacerse a la idea de que se encontraba ante la soberana, no junto a la mujer de la que se había beneficiado hacía pocos minutos.

—Creedme cuando os digo que no estaba en mi ánimo el causarle mal alguno a Aurora o a Philippe. —Suspiró—. Eso ha sido un daño colateral del que me arrepiento. No, mi intención era otra muy distinta: forzar una intervención por parte de mi hermano para que ataque Francia.

—¿Cómo? —Héctor parecía no comprender, aunque algo dentro del mosquetero le indicaba que entendía demasiado bien.

—Felipe está al tanto de que fue Lambérte quien acabó con la vida de don Álvaro de la Quadra por orden de la Médicis y del depravado de Gastón. El hecho de que su asesinato fuera ordenado por miembros de la familia real es razón más que suficiente para forzar que las relaciones entre ambas Coronas sufra un revés, tornándose gélidas. ¿No es así, Majestad? —preguntó Philippe.

—No con tanto detalle, aunque todo se resume en que lo único que deseo es que mi hermano le dé a mi esposo una ración de su propia medicina.

—Así que todo se debe a la repugnancia que sentís por vuestro esposo...

—Decid mejor, Héctor, que todo esto es consecuencia del asco que él siempre ha sentido por mí. —Rio sarcástica—. Tres años en consumir el matrimonio y, si no hubiera sido por la intercesión del mismo papa y de su favorito, el marqués de Luynes, jamás hubiera visitado mi cama y seguiría tan virgen como cuando llegué. A veces pienso que era Luynes y no yo el que se ocupaba de dar goce a la entrepierna de mi real esposo. ¡Fijaos! El rey entró llorando a poseerme y salió riendo...

—Habláis de vuestro esposo, Majestad...

—¡Hablo de un desviado! Por Dios, Héctor, ¿acaso no conocéis sus gustos? Antes se acostaría con Richelieu que conmigo, si es que no lo ha hecho ya.

La reina abandonó la comodidad del lecho, cubriendo su desnudez con una

recatada bata de satén azul, ribeteada con encaje blanco de guipur, que se encontraba hábilmente dispuesta sobre una silla próxima a la cama.

Moviendo furiosamente sus rizos rubios, la Habsburgo se acercó a una de las ventanas que daban al jardín. La tenue luz de la luna iluminaba su marmóreo rostro con tonalidades azuladas, sus iris celestes despedían rayos. Comenzó a morderse las uñas de forma compulsiva. Héctor y Philippe casi podían oír el ruido que producían sus dientes al morder.

—Majestad...

La voz de Philippe se oyó a sus espaldas. El joven enmascarado había acudido presto junto a su señora, con el sigilo que siempre lo caracterizaba.

—Majestad, ¿acaso sois consciente de lo que decís? Creo que es el odio el que habla por vos...

— ¿Y qué si fuera así? —Sollozó la hija de Felipe III—. Tantos años recibiendo su desprecio, soportando sus desplantes... Su actitud ha mutado el poco cariño que le tenía en odio.

—Majestad... —intervino Héctor. El mosquetero había abandonado el lecho, cubriendo su desnudez con las sábanas, que anudó en torno a sus caderas y que dificultaban en buena parte sus andares—. Majestad, la acusación que hacéis sobre vuestro esposo es muy grave. Si alguien más lo supiera, esto podría significar vuestro fin y el del bebé.

—¡Mi fin! ¡Sí, siempre es culpa de la mujer el hacerse eco de la realidad! ¡Sí, el fin de un niño que él no pudo forjar en mi vientre!

Ana de Austria se mordió el labio inferior, evitando así proferir una blasfemia que habría hecho que aquellos curtidos soldados se asombrasen ante su actitud, más propia de una fulana que de una soberana. Aunque poco le importaba que aquellos hombres la amonestasen.

Presa de la agitación, apoyó ambas manos sobre su vientre, sintiendo en sus dedos el latido del corazón de aquel niño que portaba en sus entrañas. Alzó la

mirada con el fin de que las lágrimas no cayesen, mas estas vinieron, nublando su mirada. Apenas podía reconocer la silueta de Deméter, diosa de la Tierra y la Fecundidad, que tan oportunamente habían escenificado en el techo de sus aposentos. Sabía que su presencia allí no era artificiosa, máxime por lo que representaba: la concepción como objetivo de toda reina, el crecimiento de la simiente como símbolo de la continuidad dinástica. No había sido culpa suya el no haber dado un heredero a la Corona de Francia, a la vista estaba. Pero aquel hijo significaba su muerte...

Miró a Héctor. ¿Cómo un acto de amor podía dar muerte? No acertaba a explicárselo... ¿Por qué Dios había dictado aquellas leyes a los hombres?

—Dejadme sola —pidió.

—Ana María —susurrole Héctor a media voz—, dejadme permanecer a vuestro lado. Os prometo que no hablaremos si no lo deseáis, pero permitidme quedar aquí.

—Dejadme sola —repitió—. Fuera. Es una orden.

Héctor suspiró. Sabía que cuando entraba en aquella tónica era mejor dejarla unos minutos con sus pensamientos a fin de que se calmase. Se vistió rápidamente, a excepción de la casaca que complementaba su atuendo para, seguidamente, salir de los aposentos a través del pasadizo por el que Philippe había ingresado. El español lo siguió.

La reina quedó sola. Apenas podía escuchar el sonido de su propia respiración. El eco de los latidos de su hijo se hicieron cada vez más fuertes, resonando como aldabonazos. Un sonido que se colaba en su cabeza hasta casi sentir que podía hacerla estallar. Colocó ambas manos en torno a su testa, como si así pudiera extraer aquel latido que la perturbaba.

«Vete, vete, vete...».

Aquel niño era fruto del amor... De un amor prohibido, de su amor por Héctor... Pero ¿Héctor la quería? ¿Amaba al mosquetero? ¿Quién la quería a ella? No, aquel era un hijo del demonio, el resultado del pecado de la carne,

de su propia debilidad...

Cogió un jarrón cercano que había sobre una consola y, dando un grito, lo arrojó con saña contra la pared. Unos trozos de la porcelana volaron, desperdigándose por el suelo, mas la presencia de las alfombras de terciopelo rojo amortiguó el ruido.

—Majestad...

Una voz conocida emergió de entre las sombras, oculta tras el tapiz. La cabeza rubia se volvió, aunque sabía de quién se trataba: tras ella, Philippe permanecía inmóvil bajo el arco que formaba el marco de la puerta secreta. Sus ojos negros brillaban intensamente sobre el fieltro del antifaz. Sus manos, cerradas en puños.

—Philippe...

Ana de Austria sintió cómo sus miembros comenzaban a temblar y cómo de sus rubias pestañas pendían sendas lágrimas que fueron a delinear sus mejillas, teñidas con el rojo de la ira.

Nada dijeron...

De pronto, la Habsburgo corrió a refugiarse en los brazos del joven, quien ni siquiera pareció inmutarse cuando la soberana de Francia comenzó a golpear su pecho en repetidas ocasiones con los puños apretados. El español encajaba los golpes sin cambiar el gesto, sin proferir queja alguna, consciente como era del estado de agitación de su señora.

Las fuerzas parecieron abandonar a la mujer. Sus piernas se negaron a sostenerla por más tiempo y cayó sobre sus rodillas. Philippe fue lo suficientemente rápido como para sostenerla por la cintura, paliando un impacto que, de haber sido tal, podría haber perjudicado a la buena marcha de su preñez. Ella alzó un poco la cabeza, mirándolo a través del paraguas de lágrimas que ocultaban sus iris celestes. Él también la miraba sin decir nada.

Philippe... Él siempre había estado ahí para ella, igual que Aurora.

Siempre... Por más que no hubiera estado de acuerdo con sus encomiendas, siempre había intentado contentarla y protegerla.

Los dedos de la reina subieron lentamente hasta acariciar la mejilla del enmascarado. Aspiró su olor. Olía a césped recién cortado, a lluvia, olía a salvia... Olía a tantas cosas que le recordaban su hogar de niñez que, poco a poco, pareció calmarse al evocar unos recuerdos infantiles en los que Philippe y Aurora siempre la acompañaban. Ellos eran los verdaderos conocedores de sus debilidades, los que habían soportado sus llantos y ataques de ira con estoicismo. Los únicos que habían corrido a abrazarla cuando más lo necesitaba. Era Philippe el que le había sacado una sonrisa cuando le comunicaron que su destino estaba en tierras francesas, anclada al enemigo natural de su patria; fue Philippe el que, acabando con sus temores, le dijo que estaría con ella, que la protegería. Fue Philippe el primero que le dio un beso que la hizo estremecer. Sabía que un beso en la frente no era más que una forma de expresión del cariño fraternal que por ella sentía, pero, con aquel beso, se sintió mujer por primera vez y sintió lo que, seguramente, deberían sentir las princesas al ser rescatadas de su torre encantada por su príncipe azul. Como en ese momento...

Recordaba el viaje a Francia, en el que un Philippe aún niño seguía su carruaje a lomos de un ejemplar andaluz de color bayo. De cuando en cuando, su montura avanzaba unos metros hasta situarse junto a la ventana de la carroza para intercambiar unas palabras con las ocupantes. Aurora, siempre seria, se entretenía leyendo libros y recitando poemas y coplillas que agradaban a la entonces infanta; Philippe, más alegre que su melliza, contaba las anécdotas de la Corte de las Españas que tanto les habían hecho reír de niños. Entre una y otro consiguieron hacerle olvidar la verdadera razón de su viaje. Al llegar, todo cambió: ambos se convirtieron en su sombra, en sus guardianes. Aurora, en la luz; Philippe, en la oscuridad; ambos, intercambiando sus papeles cuando la ocasión lo requiriera. Aunque daba gracias de que, en aquel caluroso agosto de 1624, fuera Philippe y no Aurora quien permaneciera a su lado.

El español apoyó la diestra sobre la mano de la reina sin que de sus labios emergiera una sola palabra. Con la otra mano, apretó instintivamente el talle de aquella mujer que yacía entre sus brazos. Podía sentir los latidos apresurados del corazón de aquella mujer rubia que tan pegada a él se encontraba, de aquella a la que por tanto tiempo había considerado una hermana, obviando lo que saltaba a la vista: que era mujer, que era hermosa y, ¡qué duda cabía!, deseable, pese a su preñez.

Ni una palabra... Tal vez sobraban... Solo miradas... ¿Qué pasó? Ninguno pudo explicarlo luego con certeza. Solo bastó que Philippe se inclinara un poquito más y que Ana de Austria cerrase los ojos para sellar con sus labios algo que durante años parecían haberse negado.

Capítulo V: El mal de los pirineos.

La furia de un rey y la maldición de un vasallo

Cordillera de los Pirineos, 28 de agosto de 1624

Aurora volvió a pasarse la mano por la frente, eliminando unas gotas de sudor producidas por el calor ocasionado por la cabalgada y el grosor del fieltro del sombrero, que pronto fue a colgar de un lado de las grupas de *Relente*. Suspiró profundamente, haciendo que el rostro de Artal, que iba abriendo la comitiva, se girase hacia ella.

En un primer momento, el mayor temor del mosquetero radicaba en que algún saqueador de caminos pudiera descubrir la condición de mujer de la menina y atentara contra ellos para forzarla, pero pronto descubrió que sus miedos resultaron infundados a tenor de las medidas adoptadas por la joven. La española había introducido un nuevo elemento a su disfraz: un apresto de color negro que le cubría la boca y la parte inferior de la nariz, dejando apenas un leve resquicio de su blanca piel al descubierto. A ello se unía su sempiterno disfraz de hombre, que parecía llevar como una segunda piel, y su capa, que flotaba sobre las negras crines del frisón.

Percatándose de la mirada del mosquetero, la menina sonrió, como queriendo tranquilizarlo.

La realidad era que no estaba acostumbrada a realizar trayectos tan largos como aquel, exceptuando el que hizo para custodiar al malogrado Álvaro de la

Quadra. Viajes que siempre se habían caracterizado por estar provistos de rutas bien trazadas, sin apenas desniveles, y no a través de las montañas. Y es que, tras haber transcurrido casi dos semanas en las que habían atravesado las ciudades y aldeas francesas que los separaban de la cadena pirenaica, los caminos habíanse tornado cuevas empinadas rodeadas de vegetación y cascadas. Los bosques de pinos, abetos y cipreses, con su inconfundible aroma; el musgo y los líquenes, que habían sustituido a los arbustos y a la madreselva; todos ellos, se habían convertido en una constante, apropiándose de las laderas de los montes y de la vegetación. Las montañas eran dueñas del paisaje, alzándose orgullosas, con sus picos queriendo tocar el cielo. Todavía podían vislumbrarse restos de nieve en sus altas cumbres, allá donde la mano del hombre no había podido llegar y donde el clima era más gélido.

Relente dio un leve traspie. Las rocas rodaron bajo sus pezuñas, precipitándose por la empinada ladera, chocando contra el resto de los pedruscos que poblaban aquellos riscos, salpicados de musgo y líquenes. Antes de que la naturaleza impetuosa del caballo saliera a la luz, Aurora se aprestó a tranquilizarlo, acariciándole el pescuezo y susurrándole palabras dulces. El frisón apenas si se inmutó, exceptuando un leve cabeceo que meció sus largas crines. La menina no podía culparlo: llevaban dos días subiendo y las laderas eran muy escarpadas. Pese a la fortaleza del noble animal y al hecho de que ya hubiera recorrido ese trayecto en ocasiones precedentes, no era una empresa fácil.

La voz de Pierre hablando animadamente con Artal amortiguó el resbalón del equino. El gascón no había parado de hablar desde que salieron de París, tal vez por el nerviosismo que sentía ante la perspectiva de visitar una Corte extranjera. No obstante, cuando su lengua buscaba descanso, disfrutaban del silencio con el que los Pirineos les obsequiaban. Sobre sus cabezas, los gavilanes sobrevolaban sus dominios, oteando la presencia de alguna oveja extraviada o de algún conejo imprudente. Los pájaros cantaban de cuando en cuando, especialmente cuando arribaban a alguna zona en la que los árboles,

en su mayoría pinos y abetos, se aglutinaban. Aun así, no parecía haber más presencia que la de aves rapaces y cabras montesas en aquellos parajes tan inhóspitos, salvo algunos refugios de pastores y ganaderos desperdigados en los que se habían detenido para comprar algún alimento (en su mayoría, queso, pan y carne en salazón).

Hacía ya varias jornadas que dormían al raso, para desconcierto de Pierre. Ni Artal ni Aurora eran proclives a buscar refugio tras abandonar París, aunque habían consentido en pasar noche en alguna posada del camino para asearse y poder degustar alguna comida caliente. Artal estaba temeroso de que pudieran descubrir la verdadera identidad de su prometida; esta última, deseosa de llegar cuanto antes a las Españas.

Pierre sabía que, desde que salieron de París, la joven pareja apenas había tenido momentos de intimidad, salvo el breve intercambio de besos fugaces con el que se obsequiaban cuando no se sentían observados por el gascón, o cuando este fingía estar entretenido doblando una manta o contemplando el paisaje. Ni tan siquiera en su estadía en las posadas en las que se habían detenido habían accedido a compartir una habitación los dos solos. Temían levantar sospechas... Siempre dormían los tres juntos. Siempre en la misma habitación. Sin embargo, a Pierre le constaba que, alguna de las noches en que durmieron al aire libre, cuando el frío de la noche arreciaba, Artal abandonaba su lugar junto al fuego y se deslizaba bajo las mantas que cubrían el cuerpo de Aurora. Entonces, la envolvía con sus fuertes brazos para darle el calor que solo su pecho protector podía darle. Era en ese momento cuando Pierre se daba la vuelta fingiendo un pesado sueño y ellos aprovechaban para acariciarse, amortiguando los sonidos que sus cuerpos pudieran producir.

No dudaba que aquello de dormir bajo un cielo estrellado debía resultar romántico. No dudaba que cualquier lugar era bueno para dar rienda suelta a la pasión, pues él mismo había amado a múltiples mancebas en cualquier rincón del Louvre. Pero ¡pardiez! Hubiera dado lo que fuera por un buen lecho y una comida caliente.

—¿Crees que falta mucho para la cima, Artal? —preguntó el gascón, llevándose la mano a los ojos, a modo de visera, para protegerse del sol.

—No creo que llegemos a la cúspide, Pierre. Pronto el sendero se estabilizará y avanzaremos por terreno más llano. Aunque no confíes en que el firme será mucho mejor que este. Es posible que tengamos que desmontar y llevar a los caballos de la brida para evitar caídas indeseadas.

—Vaya, qué alivio —dijo Pierre, irónicamente—. ¿Y cuántas jornadas quedan para llegar a las Españas?

—Estimo que tardaremos aún un par de días en atravesar las montañas, Pierre —intervino Aurora—. Empero, he de decirte para tu tranquilidad que ya casi hemos atravesado la mitad del trayecto, pues vamos a buen ritmo. En unos días, llegaremos a tierras de Aragón.

—La verdad, no acabo de entender vuestra historia, Aurora. Sois un reino compuesto por otros más pequeños: Aragón, Navarra, Granada... Incluso Portugal ondea bajo vuestro estandarte.

—Bueno, no es tan raro, Pierre. En el caso de Francia, también sucede lo mismo con la zona de la Bretaña y el Reino occitano, que compartió durante un tiempo con Navarra. Y también está el Sacro Imperio Romano Germánico...

—Que, en parte, aún es territorio controlado por la Corona española —intervino Artal—. Con tal conglomerado de lenguas y nacionalidades, no me extraña que la zona sea una olla en constante ebullición, Aurora. Ahí tienes, sin ir más lejos, el sitio a Breda que han iniciado los partidarios de Guillermo de Orange, quien reclama como suya la zona de Flandes. Y los condados alemanes también hicieron otro tanto hace tiempo...

La menina hizo una mueca, como si quisiera dar por zanjada una discusión política que a nadie beneficiaría. No estaba en su ánimo discutir con su prometido acerca de la legitimidad o no que tenía el rey Felipe para seguir controlando la zona de Flandes, e incluso Portugal. Era de las que pensaban que a su país no se le había perdido nada en aquellos lares, en los que nada, ni tan siquiera el idioma, les unía, a pesar de ser la cuna de los Austrias, la gran

dinastía reinante en las Españas desde el emperador Carlos. Tal vez en aquellos tiempos sí estaba justificada su presencia, mas no en los que estaban viviendo. El mundo estaba cambiando a pasos agigantados. Cada pueblo luchaba por su autodeterminación, defendiendo su lengua y su cultura. Y dentro de cada reino, incluidos Francia e Inglaterra, podían existir otros con su propio dialecto o vocablo.

Seguían ascendiendo... Pronto se hizo necesario abandonar las grupas de los corceles, a los que se les hacía más y más difícil ascender. Trabajosamente y acompañados por el inoportuno viento frío de la montaña, llegaron a una altiplanicie desde la que parecía divisarse toda la cordillera de los Pirineos. No era el punto más alto, eso estaba claro, pero desde allí se encontraban en un lugar privilegiado desde el que podían atisbar tanto el camino andado como el que les faltaba por recorrer. Menos de la mitad, según pudo apreciar la española con alivio.

Las tonalidades grisáceas de los altos picos se confundían con el azul del cielo, en el que apenas había jirones de nubes blancas que avanzaban por la cúpula celeste, como si de una pradera se tratase. Las figuras oscuras de águilas y gavilanes rompían con la monotonía del lugar, y sus graznidos se confundían con el ulular del viento que azotaba sus vestiduras. Aurora alzó la mano para sujetarse algunos cabellos que habían escapado de la prisión de su coleta y acariciaban su mejilla sonrosada. En un gesto muy femenino, se echó uno de los mechones tras la oreja, con el fin de que recuperasen algo de su habitual compostura que el viento se encargaba de alterar.

Artal la miró y sonrió. Aun vestida de hombre y cubierta de polvo, la encontró preciosa.

Pierre estiró los brazos sobre su cabeza y comenzó a desperezarse despreocupadamente. No le interesaba tanto el paisaje como a sus compañeros, por lo que sus ojos estaban más pendientes del estiramiento de sus brazos que de la inmensidad del cielo.

El menor de los Briand acarició el hocico de *Guadiana*, que coceaba

impaciente por volver a la marcha.

—No podemos quedarnos aquí —apuntó Artal—. No hay árboles ni rocas que puedan ofrecernos refugio para la noche. Hemos de descender unos metros más y buscar una zona que, al menos, nos proporcione el abrigo de unos árboles.

—¿No podríamos descansar un poco? —pidió el gascón, con el rostro visiblemente pálido.

—¿Un gascón pidiendo descanso? —Artal rio—. Creí haberte escuchado decir que eras el mejor mosquetero del cuerpo, compañero.

—No, no es eso, Artal. Es...

Artal lo miró fijamente. Su ceño se frunció bajo sus rizos oscuros. La boca del gascón se había abierto en un gesto de angustia.

—Yo... De repente...

No pudo acabar la frase. Pierre se inclinó súbitamente y comenzó a vomitar sobre el terreno pedregoso. Restos de bilis y alimento cubrieron con tonalidades anaranjadas la superficie grisácea de las piedras.

Pierre cayó a cuatro patas sobre el terreno. Artal se apresuró junto a él, al tiempo que le daba amistosos golpecitos en la espalda.

El gascón se incorporó un poco para mirar a su compañero. Se sentía humillado por haber mostrado tal debilidad ante Artal, pese a no entender el porqué de aquel malestar tan repentino. Restos de vómito manchaban su bien delineada perilla, un poco más descuidada de lo normal por tantos días en el camino.

—Lo siento, Artal. Yo no sé qué...

Una nueva arcada lo sacudió y volvió a agacharse para devolver. Artal seguía dando palmaditas en la espalda a su amigo.

—Tranquilo, Pierre. No eres el primero ni el último al que le sucede esto. Esto le ha pasado a hombres mucho más curtidos y habituados a la alta montaña. —Le apretó el hombro, con camaradería—. Se trata del *mal de los Pirineos*[7]. Por lo visto, algunos de los que escalan estas montañas experimentan el mismo malestar que tú: dolor de cabeza, náuseas, vómitos... Dicen que es porque estamos muy cerca del cielo.

—Pues maldita sea mi suerte, soy el único al que le ha pasado esta vez.

Artal sonrió y quiso animar a su amigo, mas una nueva regurgitación lo interrumpió. Sin embargo, esta vez no se trataba de Pierre, sino de Aurora.

La menina se encontraba inclinada, sujetándose a las bridas de Relente para no perder el equilibrio. Sus cabellos castaños parecían pegársele al cuello, resultado de un repentino sofoco que la hizo sudar.

—Parece que no lo soy... —dijo el gascón débilmente, tratando de bromear.

Aurora alzó sus ojos negros, mientras se desprendía del antifaz que cubría la mitad de su cara. Una mortal palidez acentuó su ya de por sí blanca piel. Incluso sus labios rosados habíanse tornado blanquecinos.

Artal se acercó a las grupas de *Guadiana* y empapó un pañuelo con el agua que portaba en una cantimplora. Acto seguido, se situó junto a Aurora y colocó la gasa en la base del cuello. La menina ni tan siquiera pudo mirarle.

—Tranquila, Aurora. Pronto pasará...

Era la voz de Artal, fuerte y segura la que se coló en su cabeza, intentando tranquilizarla.

Los ojos de la joven se tornaron hacia su prometido, que la miraba con una sonrisa comprensiva bajo su bigote y rodeaba sus hombros con el brazo que le quedaba libre. De vez en cuando, acariciaba su brazo izquierdo, tratando de confortarla. Pero el estómago de la menina era un constante bullir de movimientos y ruidos que tuvo su reflejo en varias nuevas regurgitaciones.

Como un eco, los vómitos de Pierre parecían querer acompañar a los suyos.

La joven cayó a cuatro patas sobre el suelo, sin que Artal pudiera hacer nada por sostenerla. Restos de bilis y alimento aparecieron desperdigados ante unos ojos de los que se escaparon algunas lágrimas rebeldes, que hacían patente su malestar y su vergüenza. El militar, arrodillado junto a ella, le alzaba el flequillo con la diestra para aportar un poco de frescura a su angustia. La frente de la menina ardía bajo el sudor que perlaba su nívea tez, al igual que su cuerpo.

Las arcadas aún se extendieron por varios minutos más. Pierre y Aurora parecían visiblemente afectados y aquellas náuseas no parecían tener fin. Artal esperó paciente a que ambos se recompusieran, no solo a lo que su estado se refería, sino a su aspecto. Vio con no poco asombro cómo Aurora le arrebató el pañuelo para humedecerse el rostro. El sudor casi parecía confundirse con los restos de agua que la gasa dejó a su paso, en tanto que las cuencas de sus ojos parecían haberse hundido en aquellas huellas cárdenas que el malestar había instaurado en torno a ellos.

Al cabo de un cuarto de hora desde iniciado el episodio, la joven procedió a limpiarse los restos que aún quedaban en torno a sus labios, con claras intenciones de retomar la marcha.

—Aurora, no es necesario que nos marchemos ya. Aún podemos demorarnos un poco más —dijo Artal.

—No —se negó la joven—. No hay tiempo que perder. Como tú has dicho, no es aconsejable que la noche nos sorprenda en estos parajes y, por la altura del sol, ya debe estar próximo el mediodía. Hemos de reanudar la marcha.

—¿Ni siquiera quieres esperar a que Pierre se recupere?

—Si una mujer puede recomponerse en tiempo récord, un gascón puede hacer igual o mejor —dijo el mosquetero, incorporándose. Sus miembros inferiores temblaron un poco al levantarse y tuvo que sujetarse a las riendas de su corcel para evitar caer al suelo.

Artal sonrió. «Qué cabezotas son estos gascones. No pueden aceptar que otro les gane en fortaleza», pensó el mosquetero del Loira. Y luego, mirando a la mujer: «Aunque estas españolas tampoco se quedan atrás. Vive Dios, ¡vaya carácter!».

La menina avanzó unos metros, tirando de su frisón, hasta colocarse junto a *Guadiana*. Volvió el rostro y forzó una sonrisa para mirar a Artal. El mosquetero puso los brazos en jarras, mirándola con el ceño fruncido. Sabía que no se encontraba del todo bien, mas su tozudez era la que la movía a continuar con el viaje, obviando un malestar que hubiera requerido un tiempo de reposo.

El militar suspiró y, haciéndole un gesto con la cabeza a su compañero, procedió a colocarse junto a Aurora, presto a reanudar la marcha.

París, Palacio del Louvre, 24 de agosto

La mortecina luz de la tarde se colaba a través de los visillos de tul que guardaban los aposentos de miradas indiscretas del exterior, cuestión que se presentaba harto complicada teniendo en cuenta la situación de las dependencias en la segunda planta del palacio. El Sena desfilaba tranquilo a escasos metros, rodeando la Isla de París y refrescando el ambiente de aquellos últimos días del verano parisino. No tenía la apariencia limpia con el que sus aguas transcurrían en los meses invernales, muy al contrario: su sucio caudal transportaba restos de tierra, madera e incluso desechos, lo cual denotaba el incremento de población en la capital del reino durante el último siglo. Olía mal, a cenagal, y el calor no contribuía a que tamaña pestilencia se diluyera.

Sentado ante su escritorio de caoba, Luis XIII deslizaba su mano, con movimientos temblorosos, a lo largo de pliegos y pliegos de papel. Contenían

documentos de lo más variopintos, desde reclamaciones de tierras o herencias por parte de los nobles hasta sentencias ejecutorias de penas de muerte y cárcel, pasando por la autorización de construcciones de puentes, carreteras y monumentos y otros asuntos menores. Junto a él, Richelieu esperaba de pie, uniendo ambas manos bajo el ancho de sus bocamangas de encaje, en una actitud sospechosamente tranquilizadora que, por el contrario, siempre enervaba al monarca francés.

Con gesto cansado, el rey extrajo un fino pañuelo de batista de la manga de su atuendo y se secó las gotas de sudor que perlaban su frente. Con la otra, soltó la pluma y se ahuecó un poco la gola que se encontraba rodeando su cuello. Maldijo su vanidad por verse bien vestido y a la última moda, que lo impulsaban a usar tales prendas decorativas que no hacían más que acentuar su malestar.

Respiró entrecortadamente, como si cada bocanada de aire fuera la última que tomaba.

—¿Os sucede algo, *sire*?

—Este maldito calor de los demonios, Richelieu. ¡Qué ganas de dejar París y dirigirme a mi coto de Versalles!

—Sin duda, Majestad, la estadía allí debe ser más confortable que aquí. Aunque estimo que vuestros sofocos se deben, en parte, a la vanidad de los hombres.

—Un rey debe serlo y ser reconocido por ello no solo en su porte, cardenal, sino también por sus ropas. Es el vestuario lo que nos distingue en nuestra dignidad del resto del pueblo.

—No os falta razón, Majestad.

—Aun así, querido cardenal, no entiendo a qué se debe vuestra presencia aquí, en mis dependencias, a hora tan intempestiva.

—Como siempre, *sire*, vengo a hablaros de vuestra esposa.

—Otra vez la española...

—Una española que, si se me permite decirlo, Majestad, se considera más

francesa por los años aquí transcurridos.

—No me lo recordéis otra vez, Richelieu.

El rey movió la siniestra con gesto adusto, cual si espantara una molesta mosca, y tornó su atención a los papeles que cubrían su escritorio. Estaba claro que no estaba en su ánimo hablar por enésima vez de la que era su mujer.

Richelieu suspiró y apoyó sus huesudas manos sobre la superficie de la mesa. Los ojos oscuros del rey lo miraron con desaprobación, mas el cardenal no pareció darse por enterado de lo que su señor consideraba una infamia a su persona.

—Estimo que la noticia que voy a daros, sire, contribuirá a sosegar vuestra alma en cuanto sepáis su naturaleza.

—¿Qué podría calmarme viniendo de mi esposa?

—Pensaba, mi señor, que tras el incidente con vuestro hermano vuestras relaciones se habían atemperado.

—Y así es: hablo con ella, paseamos, comemos juntos... Cosas que antes no compartíamos. Me demostró lealtad, no hay duda alguna de ello. Aun así, Richelieu, no termino de disfrutar de su compañía.

—¿Por eso buscáis la de vuestros favoritos? Os recuerdo, Majestad, que un hijo solo puede forjarse mediante la unión entre hombre y mujer.

— Guardad la lengua, clérigo, no sea que vaya a mandar que os la corten por hablar de cosas que en nada os atañen.

Richelieu rio por lo bajinis. Aquella reacción confirmaba sus sospechas más profundas.

—No obstante, Majestad, creo que la noticia que voy a daros os proporcionará una pequeña alegría.

—Explicaos...

—No sé si sabéis que la reina no goza de buena salud en estos últimos tiempos.

—Algo he oído...

—Es por ello por lo que su nuevo médico, enviado directamente de las Españas por su hermana María Ana, ha dictaminado que un cambio de aires hará bien al ánimo de la reina y contribuirá a que su salud se restablezca. Estima que el Palacio de Chambords podría ser un destino idóneo para ella al estar bien acondicionado y en la zona del Loira, donde el verano es menos riguroso y los inviernos no son tan duros.

—Creo percibir por vuestras palabras que la estadía de la reina en Chambords podría demorarse, entonces.

—Así es, Majestad. El galeno considera que necesitará unos cuatro meses para reponerse por completo.

El rey se levantó y se dirigió a la ventana más próxima. Con gesto lánguido, apartó el visillo y miró con desgana al exterior. Unos pocos parisinos, hombres y mujeres, paseaban por la ribera del Sena, en pos de un destino desconocido para él. Algunos se encontraban inmersos en agradable coloquio; las parejas paseaban de la mano, riendo y susurrándose palabras de amor al oído, como atestiguaban el rubor de las jóvenes y el pecho hinchado de los mozos.

Miró a lo lejos. Pudo percibir la silueta del antiguo Palacio de Margarita de Valois, la primera mujer de su padre, así como la figura ecuestre que representaba al malogrado primer rey de la dinastía Borbón en Francia. Su mirada pétrea dominaba el libre correr del río, como si una sola palabra de sus labios de piedra pudiera detener su curso.

Su padre... Apenas recordaba a su padre, al famoso Enrique IV que, se dice, confesó la fe hugonote antes de convertirse al catolicismo en pos de conseguir el trono de Francia (porque, según decía: «París bien vale una misa») y el apoyo de la casa de los Médicis, a través de su boda con María. Empero, aquel matrimonio solo obedecía a motivos puramente económicos: Francia estaba endeudada con la familia de banqueros florentina y por medio de aquel enlace tan solo quería saldar el débito. ¿Cómo, entonces, le pedían Richelieu y

sus allegados que mostrara amor para con su consorte, si él mismo no lo había visto entre sus padres? No sabía lo que era el amor... Repudiaba al sexo femenino...

Suspiró. Un pinchazo en su vientre[8] le hizo contraer los labios y llevarse una mano a la zona afectada. Su malestar era cada vez más continuo, aunque había declinado hacer partícipe de este tanto al Cardenal como a los galenos. ¿Acaso un rey debía mostrar debilidad? No, un rey era una figura divina para el cual no existían ni el dolor ni las penalidades. Era rey por la gracia de Dios, por la nobleza de sangre; y, como tal, podría ser considerado como lo más próximo a Dios, tan solo por detrás del papa.

Suspiró hondamente y, con un gesto de la mano, despachó a su primer ministro, quien enarcó una ceja con significativa extrañeza.

—¿Majestad...?

—Luego seguiremos, Su Eminencia. Os haré llamar para daros mi respuesta.

Richelieu no osó seguir importunando al rey y, ejecutando una leve inclinación de cabeza, se aprestó a abandonar el despacho del monarca, quien seguía junto a la ventana, con la mirada perdida.

Un crujido se oyó a sus espaldas.

—¡Maldita sea, clérigo! —rugió—. ¿Acaso no os he dicho que...?

Calló en el último momento al comprobar cómo Philippe ingresaba en los aposentos tras una puerta hábilmente oculta. Si bien era cierto que en los últimos tiempos la relación del monarca con el joven español se había estrechado, hasta el punto de haber charlado amigablemente en múltiples ocasiones sobre temas diversos, aún no terminaba de acostumbrarse a sus apariciones imprevistas. El monarca forzó una sonrisa, en mitad del dolor punzante que sentía, como queriendo disimular. Aun así, al ojo siempre avizor de Philippe había pocas cosas que se le escaparan. Y esa no era una

excepción.

Sin mediar palabra, el español se situó junto al rey y, agarrándolo del brazo, mas respetando la dignidad debida, lo condujo hasta un diván situado en el extremo opuesto de la pieza, donde las reales posaderas de Luis XIII tomaron asiento. Los ojos oscuros del rey miraron al joven. La vergüenza se dibujaba en el rostro del Borbón, acentuada por el rojo de sus mejillas y por una leve capa de sudor que humedecía sus sienes, bajo sus largos cabellos.

Philippe se arrodilló ante él, al tiempo que descubría su cabeza.

—¿Os encontráis bien, sire? ¿Precisáis que llame a vuestro médico personal?

—No, Philippe. Es un leve mareo...

—Si vos lo decís, sire, no será vuestro siervo quien os lleve la contraria.

—Ya sabéis que el rey es inviolable en cuanto a sus opiniones, querido muchacho. —Forzó una nueva sonrisa—. Aunque celebro que estéis aquí, en momentos tan amargos.

—Luego, vuestro malestar es cosa cierta...

—Yo no he dicho eso...

—No hace falta que lo digáis. Para un siervo, un gesto de su rey es suficiente para conocer de sus dichas y pesares.

Luis XIII sonrió esta vez con ganas y, alzando su mano, la apoyó en la mejilla barbilampiña del español.

—Ojalá tuviera más consejeros como vos, que saben siempre y en todo momento lo que su rey desea, sin necesidad de preguntarme.

—Mi rey, muy mal vasallo sería si no conociera a tan buen señor.

Los labios del rey volvieron a curvarse.

También el español pareció alegrarse, no tanto por saber al rey confortado, sino conocedor de haber hinchado la vanidad del monarca. Y es que, bien lo sabía, no había nada que alegrase más a Luis XIII que creerse aquello que no

era: alguien amado sobre todas las cosas, cuya voluntad era omnipresente.

Los dedos del rey acariciaron la mejilla del español con torpeza. Philippe, con fingida timidez, bajó la cabeza y se separó unos centímetros, fuera del alcance de las extremidades del Borbón, demasiado ensimismado en su dolor como para percatarse de su descortesía.

—Deduzco, monsieur Philippe, que venís a hacerme partícipe del viaje de nuestra augusta consorte.

—Vuestra clarividencia es proverbial, sire. —Rio—. No erráis, aunque considero que, habiendo dialogado con el cardenal del asunto que me trae ante vos, mi presencia aquí pueda antojarse inoportuna.

—Vos siempre sois bienvenido, Philippe. Jamás lo olvidéis. Y, aunque entiendo vuestro celo para con nuestra seguridad, no puedo negaros que me gustaría gozar más de vuestra presencia.

Suspiró.

—Hay pocos en quien pueda confiar y que puedan llegar a conocerme tan bien como vos, salvo contadas excepciones.

—Mi señor, aunque estiméis que el cardenal os inoportuna, puedo aseguraros que siempre actúa en pos del bien de Francia. ¡Si supierais la infinidad de veces que ha librado a la Corona de ataques externos!

—Lo sé, Philippe. Bien sé acerca de su fidelidad y buen hacer. Sin embargo... No sé... No puedo mirarlo sin dejar de ver a un oportunista, a un intruso que se introdujo en la cama de mi madre con tal de medrar en su carrera.

—Señor, un rey no debería creer tales rumores.

—Santo Tomás creyó cuando vio y los demás apóstoles creyeron sin ver. Dichosos los que creen sin haber visto.

Philippe suspiró. Era frecuente que, cuando el rey no podía salirse con la suya o dar una respuesta lógica a un problema, se escudara en la religión,

recitando versículos o frases de la Biblia más o menos acertadas. Ciertamente era que el cardenal Richelieu no era un dechado de virtudes y que había tenido amantes de más o menos renombre a lo largo de su vida, si bien su valía como político y hombre de Estado quedaban fuera de toda duda. Y, aunque le costase, debía hacérselo ver al rey. O tal vez llegaría un día que sería demasiado tarde valorar su buen hacer como el purpurado merecía.

—Entonces, vos también vais a solicitar mi venia para que la reina abandone el Louvre —comenzó Luis XIII—. Os confieso que esta ausencia no me desagrada. Es más, diría que me siento aliviado de no tenerla cerca durante una buena temporada.

—Señor, es vuestra esposa...

—Lo sé, lo sé... Tal vez, a su vuelta, todo cambie.

—Tal vez...

—Ya iba a comunicárselo a Su Eminencia, pero eso no obsta a que os dé mi beneplácito a vos también para que hagáis llegar la noticia a mi esposa.

—Así lo haré, Majestad; perded cuidado. Igualmente, aprovecho esta visita para despedirme de vos.

El rostro del rey se tornó sombrío. Sus labios apretados demostraban que aquella noticia no le había hecho ninguna gracia. Atusó un mechón imaginario tras su oreja antes de hablar.

—¿Os marcháis?

El español asintió.

—Ya sabéis que mi deber principal es para con doña Ana. He sido educado casi desde la cuna para atender a su seguridad e iría en contra de los deseos de su padre si faltara a mi promesa. Por ello y por la promesa que hice ante la tumba del Apóstol, debo acompañarla, sire.

El rey se movió en el diván, con gesto incómodo.

—¿No tiene la reina buenos hombres que puedan guardarla? ¿Acaso no podéis permanecer junto al rey de Francia, que os necesita tanto o más que su mujer?

—Mi señor, vuestra insistencia es baladí. Cierto es que mi deber para con vos es grande, pero faltar a mi señora sería una traición contra el Altísimo. Y vos, como cristiano devoto, sabréis lo que eso puede significar.

El rey cruzó las piernas y entrelazó sus dedos sobre las rodillas. Pensaba. Pensaba en una forma de que Philippe no se marchara sin encontrar ninguna.

—Os voy a echar de menos, Philippe. Mas os pido que no abandonéis a vuestro rey. Os pido que...

Un nuevo pinchazo hizo que se contrajera sobre sí mismo, doblando su tronco y haciéndolo caer sobre la mullida superficie del diván. Gritó. Más de sorpresa que de dolor. Un grito que pretendía más atraer la atención del enmascarado que hacer patente su malestar.

Y lo consiguió...

Philippe se incorporó y sujetó al monarca.

—Majestad...

—No es nada...

—Majestad, ningún hombre se quedaría de brazos cruzados al ver cómo sufrís.

Los ojos de Luis XIII lo miraron a través de las lágrimas que aquel agudo dolor hizo salir. Aquel joven, que había entrado en su vida en tan corto plazo de tiempo, se había convertido en su bálsamo. Casi deseaba que apareciera en cualquier instante para oír aquella voz y ver aquellos ojos.

—¿De verdad os importo, Philippe? ¿De verdad no podéis verme así?

—Majestad, ¡quién podría! ¡Sois el rey! —se extrañó el joven español.

El rey sujetó un mechón castaño que parecía haber escapado de la prisión de satén que aseguraba sus cabellos en una coleta. Lo retorció, enrollándolo en el índice. Philippe tragó saliva.

—Tal vez vos seáis la verdadera cura para mis males.

—Majestad, yo no...

Sin que Philippe lo pudiera evitar, la mano de Luis XIII se aferró como tenazas ardientes a su brazo izquierdo inmovilizándolo, en tanto que, con la otra, desataba el nudo del antifaz que ocultaba su rostro. La tela cayó al suelo mostrando al soberano de Francia el bello rostro de niño del español, cuyos ojos negros se abrieron como platos.

—¡Dios, qué belleza! Tenéis rostro de mujer... Os parecéis tanto a la menina de mi esposa que casi podría confundiros con ella. Y aun así, sois hombre, como yo.

Acarició sus labios un momento con la yema de los dedos, mientras Philippe seguía rígido, impertérrito, falto de palabras por vez primera.

—Tan suave...

Y lo besó. Un beso brutal que forzó a que Philippe cerrara herméticamente su boca para evitar las embestidas que la lengua del rey pretendía realizar entre sus dientes. Al no ver colaboración, Luis XIII mordió el labio inferior del joven, quien no pudo evitar gritar ante lo sorpresivo de su acción. Sintió el sabor a óxido de la sangre en su boca. Sintió la furia pasional de un monarca de quien los rumores contaban lo que él estaba viviendo. La reina tenía razón... Su reina decía la verdad...

No duró mucho, pero sí lo suficiente como para que Philippe empujara con sus manos el pecho del rey bruscamente, alejándolo de sí.

Philippe se levantó con rudeza, los puños apretados y los brazos extendidos a lo largo de sus piernas. Ningún sentimiento denotaba su rostro, salvo una

palidez que lo cubría y que acentuaba su juventud aún más, si eso era posible. Luis XIII, por su parte, también se incorporó, observando al joven con no poca indignación. ¿En qué cabeza cabía rechazar a su rey? Con parsimonia, el español se inclinó y se hizo con su máscara, que volvió a colocar sobre su cara, anudándola fuertemente en la parte posterior de la cabeza.

—Me prometí a mí mismo que todo aquel que viera mi rostro, fuera quien fuese, sería muerto por mi espada...

Fue lo primero que dijo Philippe, mientras extraía su toledana de su vaina de cuero. El metal emitió un chasquido apenas perceptible.

—¿Me estáis amenazando? ¿Cómo osáis...?

—Sois el rey y sé que vuestra muerte solo puede acarrear desgracia para mí y los míos. Así que, como rey ungido por Dios, os hago una promesa. —Deslizó la superficie del acero sobre su mano, haciendo un corte que perforó el cuero de su guante y que hizo brotar la sangre de su piel—. Desde este momento, considerad mis servicios para con vuestra Majestad rotos de facto. No puedo importunar a Dios con un acto contra natura y contra las máximas leyes. Sois mi rey y os respeto por ello, pero no puedo permitir que nadie, sea rey, cardenal o vasallo, me fuerce a hacer aquello que vaya en contra de lo que creo y siento.

—Tal vez no sepáis, monsieur Philippe, que satisfacer mis deseos podría simbolizar vuestro ascenso en la Corte. Otros muchos antes que vos han consentido y sus vidas están más que resueltas. Pensadlo bien: es un precio pequeño, a juzgar por lo que conseguís.

La boca del español se abrió para dejar paso a una carcajada sarcástica. El ceño de Luis se frunció bajo sus rizos oscuros y sus labios apergaminados se torcieron en una mueca.

—El precio... Sí, para un rey todo precio es pequeño. No es necesario que

me expliquéis el valor que la monarquía da a la dignidad: estoy bien familiarizado con vuestra escala de valores, pues no es la primera vez que me encuentro a alguien como vos.

—¿Acaso el Tercer Felipe...?

— Sire, no lo juzguéis tan depravado como vos. Ciertamente es que mi señor y rey adolecía de muchos defectos, especialmente su afición por los juegos de azar, con los que casi llevó a nuestro país a la bancarrota. No, Sire: el precio que pagué con mi señor fue mi vida y mi libertad para custodiar a su hija, cosa que seguiré haciendo por mi honor de caballero.

—En nada se os pide que renunciéis a esa misión...

—Pero sí pedís que renuncie a mi dignidad y a obviar lo que siento. —Sus ojos negros parecían echar chispas—. Sois hombre piadoso, bien lo sé, pero vuestra conducta en nada se parece a vuestra moral. Quiera el cielo que nadie sepa de vuestra desviación. Ahora, permitid que abandone estos aposentos en paz y que, Dios mediante, jamás vuelva a visitarlos.

—Muchacho, sabed que contrariar a un rey puede significar vuestra muerte.

—Que así sea. —Philippe deslizó la mano ensangrentada por sus mejillas, dejando a su paso sendas líneas de color granate, que contrastaban con la palidez de su tez—. Que sea mi sangre la firma de vuestra promesa y sea Dios testigo de vuestra sentencia: la próxima vez que nos encontremos, uno de los dos estará muerto.

El rey quiso hablar, contestar con un impropio ante tamaña falta de desobediencia por parte del español, mas la mirada de determinación de Philippe hizole desistir de sus intenciones.

El enmascarado ejecutó una teatral reverencia, a la que acompañó con una floritura con su sombrero de ala ancha. Acto seguido, volvió a cubrir su testa, envainó su espada y se dirigió hacia la puerta secreta. Al abrirla, sus dedos dejaron sobre la pared sus huellas de sangre.

—Uno de los dos estará muerto, Majestad —repitió Philippe.

Y, tal como había llegado, desapareció.

Los miembros de Luis XIII temblaban presos del miedo. Era un hombre piadoso, temeroso de Dios, y no dudaba que Philippe no había tomado el nombre del Altísimo en vano. Sabía que los españoles eran tan sumamente supersticiosos como él mismo y que la invocación del nombre del Altísimo en un emplazamiento de aquellas características no era cuestión que se pudiera tomar a la ligera.

«Uno de los dos estará muerto...».

La voz casi infantil de Philippe aún resonaba en su mente. Sus dedos se enredaron en sus largos rizos morenos y comenzaron a tirar, como si así pudieran extraer aquellos oscuros pensamientos del cerebro. Bajó la vista y, ante su horror, vio cómo la alfombra estaba cubierta de sangre. Un gran charco rojizo en el lugar en el que previamente había estado parado Philippe denotaba aún su presencia para, seguidamente, dirigirse a modo de reguero hacia la puerta por la que había desaparecido. El azul del terciopelo se vio oscurecido con el rojo de la sangre, hasta formar manchas moradas. También el hilo dorado de las flores de lis con el que se veía moteada la moqueta habíase oscurecido, exhibiendo marcas anaranjadas y rojizas. Fuera de sí, se inclinó gritando sobre la alfombra y comenzó a rascar las manchas, con la esperanza de poder quitarlas. Eran las muestras de su pecado, de sus intenciones contra natura, de sus más bajos instintos que iban contra la ley de Dios. «Desaparece, desaparece», repetía gritando, mientras bajo sus uñas se incrustaban los rastros de aquella sangre aún fresca que parecía calarse a través del tejido de la alfombra. Pero no era tan fácil hacer desaparecer aquellas manchas, bien lo sabía. Gritaba, gritaba fuera de sí, lleno de rabia y de impotencia. Sus dedos dejaron de rascar la moqueta para arañar su propio rostro, que pronto exhibió las marcas de sus uñas y levantaron su piel con cruel saña. Gritaba, lloraba, maldecía...

A sus alaridos, las puertas se abrieron súbitamente, ingresando con celeridad en los aposentos miembros de la servidumbre, alabarderos e incluso

el mismo Armand de Richelieu, quien, a todas luces, no habíase retirado como su señor le había ordenado. Todos observaban al rey con el miedo reflejado en sus pupilas. Y es que la escena no podía ser más dantesca: huellas de dedos sangrantes en una pared cercana, la alfombra manchada de sangre, y la cara del rey cubierta de arañazos hechos por unos dedos que todavía estaban inmersos en tan cruenta faena.

Luis XIII volvió a gritar, cayendo sobre el tapiz, retorciéndose presa de temblores y paroxismos. Los allí presentes acudieron junto a él. De los labios del rey, salían sonidos inteligibles, frases y palabras inconexas que carecían de sentido alguno. Solo el cardenal acertó a oír ciertas palabras en medio de sus estertores:

—Muerto... Muerto... Maldito Philippe...

Capítulo VI: De emboscadas y partidas

Los misterios de Chambord

Cordillera pirenaica, en tierras de Aragón, 6 de septiembre

La rama crujió bajo los dedos de Pierre para, seguidamente, ser engullida por las rojas lenguas de fuego de la hoguera. El rugido del estómago del gascón se confundía con el crepitar de las llamas. Pese a haber dado cuenta de su hogaza de pan y del trozo de carne en salazón, las jornadas de montaña se le hacían cada vez más largas al no haberse encontrado con ningún albergue o posada en el que pudieran descansar sus maltrechos cuerpos. Aurora le había prometido que habían llegado a tierras aragonesas; prueba de ello había sido la existencia de una especie de crucero, que señalaba la separación entre la zona francesa y el Reino de las Españas. Aun así, el gascón no creería tales promesas hasta que no arribasen a una posada donde regar su garganta con buen vino y donde reposar en buenos jergones.

La menina parecía haber recobrado el buen humor desde el mismo instante en que ingresaron en las tierras de su niñez y, pese a que el paisaje apenas si había variado, algo en el ambiente parecía haber cambiado. El olor, la luz... Pierre no acertaba a explicarse qué era, pero lo sentía.

Sentados junto al fuego, los tres departían en animado coloquio, haciendo cábalas sobre las intenciones del Cuarto Felipe y de sus previsiones al llegar a la Villa de Madrid.

—Decidme otra vez, Aurora, ¿cómo es Madrid? —preguntó Pierre.

La joven se ajustó los cabellos de la coleta, estirándolos todo lo que pudo y anudándolos con un femenino lazo. Esbozó una leve sonrisa. Su rostro brillaba con las tonalidades anaranjadas del fuego. Junto a ella, Artal rodeó sus hombros con cariño, al tiempo que los frotaba para hacer que entrara en calor.

—Apenas tengo un recuerdo claro de la Villa, Pierre. Mi vida transcurrió entre el Alcázar y la morada de mi tío, cerca de lo que hoy es la Plaza Mayor[9]. Aunque también tuve la oportunidad de pasear por sus calles cuando a los infantes se les permitía, o cuando Philippe y yo nos escapábamos. Aun así, mis recuerdos son vagos...

—Algo recordaréis —la animó—. Decidme, ¿es como París?

Aurora giró su rostro hacia Artal. El mosquetero la miraba fijamente, animándola a hablar, sin osar despegar sus labios por temor a interrumpir.

—La Villa... No, no es como París. Las construcciones son más sobrias, de ladrillo visto y piedra caliza. En las regiones más al norte, como Burgos y Santiago, las iglesias y palacios están cubiertos por musgo. Aun en algunas zonas de Madrid, los templos huelen a humedad.

—Luego, no es tan bello como nuestro París...

—Yo no he dicho eso...

La joven recogió las piernas sobre el pecho y apoyó la barbilla sobre las rodillas. Sus ojos, fijos en las lenguas de fuego que engullían los troncos.

Pierre la imitó, fijándose en la narradora.

—No tiene la magnificencia de París, ni tampoco sus construcciones ostentosas. Pero, a diferencia de Francia, donde la lluvia nos acompaña durante casi todo el año, el cielo de las Españas es mucho más azul y su sol más cálido. Nuestras gentes son sencillas, simples en su mayoría; los más, se dedican a la agricultura y a la ganadería. Los días de mercado, las verduras y

las patas de cerdo se confunden con las especias traídas de las Indias y con la voz del panadero, que vende su mercancía recorriendo las calles en un carro tirado por un burro.

Su voz era dulce, pausada; sus ojos parecían vislumbrar escenas de su niñez ya pasada, apenas jirones entre las nubes de sus recuerdos. Artal cerró los ojos, como si así pudiera recrear en su mente las imágenes que Aurora trataba de dibujar con sus palabras.

—El Alcázar tiene cuatro torres de pizarra azul y está construido de piedra y ladrillo visto, aunque no resulta un conjunto tan armonioso como el Louvre, pues incluye elementos medievales con actuales. Al contemplar sus fachadas por separado, da la sensación de que se hizo *a retales*, como decimos los españoles. Las ventanas del piso inferior se encuentran ocultas tras rejas de hierro forjado y todas las del piso superior están dotadas de balcones. Es una construcción situada sobre un promontorio que domina el Manzanares, un río que en verano está seco y que en invierno riega las tierras de cultivo. —Miró a Pierre—. Seguramente, cuando lo veas, te decepcionará, pues no es tan grandioso como el Louvre y carece de los jardines que han hecho famoso al Palacio Real de París. No obstante, al recordar sus muros recuerdo haberme sentido feliz y a salvo.

Cruzó los brazos, abrazando las rodillas.

—Aun así, no es el Alcázar lo que despierta mi interés en esta visita, sino El Escorial —reconoció la menina.

—¿Qué es El Escorial? —preguntó Pierre.

—Es un monasterio donde se encuentran enterrados los dos monarcas más grandes de la dinastía de los Austrias, Pierre: el emperador Carlos V y su hijo, Felipe II —dijo Artal.

Aurora asintió, corroborando las palabras de su prometido.

—Perdonad si os inoportuno, pero no entiendo lo que un monasterio puede tener de interés para vos, Aurora...

La menina bajó sus largas pestañas. Había muchas cosas que ocultaban sus ojos negros, secretos que ni tan siquiera Artal conocía y que, sabía, en ese viaje saldrían a la luz.

—Bueno, cuenta con una de las mayores y más hermosas bibliotecas del mundo. Se dice que tiene en su haber no menos de cinco mil volúmenes; algunos de ellos, de autores perseguidos por la Inquisición. El olor a madera, a pergamino se confunde con la frescura de los azulejos azules y blancos que adornan sus paredes y con el aroma de los pinos de la montaña. —Respiró hondamente, como si pudiera recrear así los olores de sus recuerdos—. De niña, fui alguna vez con mi tío y me encantaba perderme por aquellas estanterías, hojeando el *Cantar de Mio Cid* o las *Cantigas del Rey Sabio*.

—Casi puedo ver a aquella niña, sosteniendo en su falda los gruesos tomos —dijo Artal, con ternura—. Aun así, Aurora, no creo que solo su biblioteca sea motivo suficiente para tu visita.

—Hace años, oí algo... Algo que se ocultaba en el monasterio...

—¿El qué?

Aurora abrió los labios para seguir hablando, mas un crujido a sus espaldas hizo que la cerrara. No giró la cabeza ni hizo ademán alguno. Unos movimientos apenas perceptibles y una respiración lejana le indicaron que tenían compañía.

Miró a los mosqueteros, que también habíanse percatado del cambio de situación. Los tres asintieron.

Contuvieron la respiración, manteniendo los cinco sentidos alerta. Artal se separó unos metros de Aurora, fingiendo ir a su lugar para dormir. Se inclinó junto a un árbol y comenzó a rebuscar entre sus alforjas, como si quisiera encontrar algún cobertor para protegerse del frío nocturno. Mas no era una manta lo que deseaba...

Alguien le rodeó el cuello con un brazo, apretando sobre él, con clara intención de dejarlo fuera de combate. Sin embargo, el mosquetero era hombre de mundo y entrenado para la lucha, por lo que no era un adversario fácil. Apretó el puño y descargó un violento codazo sobre el vientre de su agresor, quien, con un grito de dolor, se llevó ambas manos al vientre. Ni siquiera tuvo tiempo de recuperar el resuello, pues la daga de Artal se incrustó en su tráquea, que se abrió con un negro borbotón de sangre. Su muerte estaba clara...

El menor de los Briand giró la vista. La espada de Pierre recibía las estocadas de dos individuos cuyos rostros estaban ocultos tras sendos pañuelos de color marrón que ocultaban sus facciones. Un poco más allá, Aurora también peleaba con otro hombre, alternando en el combate el uso de la toledana y la vizcaína. Los gritos de la refriega se confundían con el piafar de los caballos, que cabeceaban nerviosos y luchaban por deshacerse de las ligaduras que los ataban a un árbol próximo para escapar.

Pronto, quedó patente que la superioridad de Aurora con la espada era mayor a la de su oponente, quien recibía las estocadas de la menina con asombro, sin que esta le diera tiempo a reaccionar. Por cada envite que realizaba su oponente, Aurora descargaba tres más. Artal aún se sorprendía cada vez que la veía luchar, pues sus habilidades podían equipararse al mejor de los mosqueteros.

Aprovechando un descuido de su rival, Aurora dio un rodillazo en sus partes que hizo que el hombre se doblara sobre sí mismo, cayendo al suelo como un pesado fardo. No hacía falta nada más, bien lo sabía. Y, de hecho, no estaba en su ánimo el acabar con su vida: así podrían interrogarlo. La vizcaína volvió a su funda de cuero, mientras su rostro sonriente buscaba el de Artal.

El mosquetero no tuvo tiempo de devolverle la sonrisa, pues descubrió que, a espaldas de la enmascarada Aurora, un quinto hombre se acercaba, espada en ristre, preparado para asestarle una mortal puñalada por la espalda. El *¡no!* de Artal se negó a salir de su garganta, cubriendo los pocos metros que lo

separaban de la joven e interponiéndose en la trayectoria del estoque con inusitada rapidez.

Los ojos de Aurora se abrieron desorbitados al ver cómo una espada se deslizaba bajo el brazo de Artal, por su chaqueta abierta, haciéndole un corte en el costado, casi a la altura de la pelvis. Vio cómo la sangre empapaba la inmaculada camisa del mosquetero, de cuyos labios no emergió grito alguno. Tan solo apretó los dientes y guiñó uno de sus ojos, con aparente gesto de dolor.

Un sexto hombre apareció... Su rostro barbado, al descubierto. No había sombrero que cubriera sus cabellos sucios de polvo ni capa que lo guardase. Parecía ser el jefe, pues, en el momento de llegar, se dedicó a recordar a sus hombres que no deseaba testigos de vista y que debían matar a todos los allí presentes, incluso al «niño», que era como se refería a Aurora. Tampoco olvidaba referirse a que recopilaran todo lo que pudieran encontrar en las bolsas de los viajeros.

Artal y Aurora se apoyaron espalda contra espalda, sus armas en ristre. La joven no pudo evitar lanzar una mirada de reojo al tajo abierto del costado del mosquetero, que seguía manando sangre. El que parecía el jefe, se colocó frente a Aurora, en tanto que el otro hacía lo propio con Artal. Mosquetero y menina dieron unos pasos hacia atrás e intercambiaron un rápido vistazo. Sabían lo que hacer y cómo hacerlo...

Para sorpresa de sus contrincantes, Artal se dirigió hacia el que parecía el jefe, en tanto que la menina se encaraba con el oponente de Artal. Los aceros comenzaron a enmarañarse en una cruenta danza en la que, en ocasiones, la carne se interponía en su trayectoria. La mejilla de Aurora recibió un leve rasguño por parte de la espada del ladrón, lo mismo que Artal, que sufrió una herida en el brazo izquierdo. Los intrusos sonrieron, como si su maestría fuera superior a la de los imprudentes viajeros que osaban pernoctar en aquellos parajes. Pero no contaban con que ellos no eran cualquier zascandil.

Aurora se agachó para evitar una nueva estocada de su oponente, momento

que aprovechó Artal para, apoyándose en la espalda de la joven, saltar sobre ella e introducir su estoque en el mismo estómago del bandido. El grito de dolor del ladrón resonó en aquella oquedad, haciendo que unos pájaros que dormían plácidamente remontasen el vuelo agitados.

Por su parte, Pierre, que había acabado con uno de sus oponentes, les avisó con voz potente de que el otro se dirigía hacia ellos, al ver cómo sus compañeros retrocedían ante la superioridad de los viajeros.

Artal extendió ambos brazos hacia el frente y sonrió. Lo esperaba... Permanecía tranquilo, con la punta de la espada orientada ligeramente hacia arriba, mas no en ristre. Pretendía desconcertarlo. Sabía que cualquier movimiento en falso podría suponer la derrota de cualquiera de los dos. Debía esperar hasta el último momento, hasta que la distancia entre ambos fuera mínima para propiciar una vía de escape o un desistimiento.

Los segundos le parecieron eternos a Pierre, que observaba expectante a su compañero de armas. La escena parecía desarrollarse ante sus ojos cual si el tiempo se detuviera a cada paso. Incluso cuando el agresor saltó sobre Artal, creyó que la caída se ralentizaba por mor de una magia oculta en aquel lugar. Por un instante, dudó de las capacidades de su amigo, que aprovechó su mejor posición para desviarse de la línea de caída del arma del hombre para, con un rápido movimiento, situarse a espaldas de él y cercenarle la garganta de lado a lado. Era la peor de las muertes: la tráquea se veía al descubierto, el oxígeno se escapaba por la abertura, el sabor a sangre y saliva se confundían en la boca del moribundo para producirle la muerte por asfixia. Como médico, lo sabía muy bien.

Agitó su florete, sacudiendo los restos de sangre del hombre, que empaparon las escasas briznas de hierba que crecían en el terreno pedregoso. Miró a Pierre, quien suspiró aliviado de que la lucha se hubiera desarrollado de tal suerte.

Mientras tanto, el jefe parecía disputar un combate que él creía desigual contra aquel niño enmascarado. Descargó una violenta estocada sobre la

menina, que recibió su gris metal sujetando su toledana con ambas manos, resistiendo la presión que el otro pretendía ejercer con la fortaleza de su cuerpo. Era consciente de que aquel hombre tan robusto tenía más resistencia que su figura, tan delgada y aparentemente tan frágil, pero sabía que su maestría con la espada le depararía la victoria. Había combatido frente a hombres más fuertes y más curtidos en el arte de la esgrima, y siempre había vencido; incluso había conseguido derrotar a su propio hermano y al mismo Héctor en igualdad de condiciones. No sería una excepción. Además, no podía morir allí. Debía llegar a la Villa. Debía descubrir la verdad...

Empujó con ambas manos, resistiendo con estoicismo la presión del hombre, que no cejaba en su empeño de hacer que perdiera el equilibrio. Por un instante, Aurora pareció flaquear, hasta el punto de que Pierre y Artal corrieron en dirección a los combatientes para intervenir en beneficio de la chica, mas ella los detuvo con un grito.

Su voz de mujer pareció desestabilizar al hombre, quien titubeó por escasos segundos. Mas en un combate de espada, cualquier instante de debilidad es valioso. Y Aurora lo sabía...

Se retiró de la trayectoria del forastero quien, al perder su punto de apoyo, cayó sobre el suelo de bruces, momento que la menina aprovechó para caer sobre él y aprisionarle ambos brazos con el peso de su cuerpo. Con la siniestra, se hizo con la espada que momentos antes sostenía el intruso, lanzándola lejos; con la diestra, sostenía la punta de su toledana cerca del rostro del hombre.

Pierre corrió para sujetar las piernas del desconocido, impidiéndole cualquier tipo de movimiento, mientras Artal se situaba junto a su cabeza, sosteniéndole la barbilla para forzarlo a que lo mirase.

—Creo que, después del estropicio que habéis causado, monsieur, sería de recibo que acabáramos con vuestra vida —comenzó a decir el menor de los Briand, en francés.

—Hideputa francés... —dijo el ladrón en un español tan cerrado que incluso

sonaba brusco a oídos de Aurora—. Malhadados seáis por venir a nuestra patria para presentar batalla...

—No os excuséis, señor mío, en el origen de mis compañeros para justificar vuestras acciones —dijo Aurora, en un perfecto español.

El hombre volvió la cabeza con asombro. No esperaba que uno de ellos conociera su lengua y se dignase a hablarle con la altanería de aquel niño.

Aurora se inclinó sobre él. El filo de la espada se acercó un poco más al rostro del preso.

—Sé que queréis conservar la vida —susurrole al oído—. Para ello, solo preciso cierta información que no os costará darme.

—¿Qué queréis saber?

—Si nos perseguís solo por nuestras alforjas o hay algo más tras vuestras acciones. Los salteadores de caminos suelen atacar en grupo, pero ni sois tan numerosos, ni vuestras armas son tan burdas como las suyas, por lo que deduzco que la lucha es vuestro modo de vida.

—Solo por su forma de luchar, puede deducirse que no se trata de meros ladrones que actúan por impulsos —intervino Artal, también en un correcto español que terminó de desbaratar la moral del detenido—. Sois mercenarios, gente que ha recibido formación militar. Lo sé muy bien: sé distinguir a un soldado, pues yo lo soy. No nos da miedo la muerte, pues hemos sido entrenados para ello.

—¿Quién os envía? —preguntó Aurora, interrumpiendo a su prometido.

La punta de la toledana de Aurora se clavó superficialmente en la mejilla del hombre, de la que brotaron unas gotas de sangre.

Bajo su bigote descuidado, el hombre rio, mostrando una boca de dientes amarillos y torcidos. Aurora percibió el olor de su aliento, en el que se entremezclaban el vino y la podredumbre, merced a la poca costumbre del pueblo llano o a los pocos medios destinados a cuidar la dentadura. De hecho, durante el combate pudo apreciar algunas cuencas faltas de incisivos y algunos

molares.

Un relincho se escuchó a sus espaldas. Los tres compañeros volvieron el rostro y vieron al ladrón al que Aurora había dejado fuera de combate a lomos de la cabalgadura de Pierre, que comenzó a insultarle en francés, tratando de perseguirlo, sin éxito. El bellaco espoleó al caballo del mosquetero, descendiendo la pendiente en una endiablada carrera que lo hizo desaparecer en la oscuridad de la noche.

—Aunque yo hablara, alguien avisará a mi señor. De nada os sirve, niño, sacarme información alguna si esta de nada vale —dijo el prisionero.

—A pesar de todo, os exijo que habléis... —La mano derecha de la menina se aferró al pulgar del hombre y, para sorpresa de él, tiró de la extremidad hacia atrás hasta que escuchó su crujido.

El hueso quebró con un clac que hizo que de la boca del hombre emergiese un alarido que retumbó en todo el calvero. Gritó más por sorpresa que por dolor. Era hombre curtido, un mercenario que sabía ganarse el pan merced a los robos y a su espada; un hombre para el que la palabra «tortura» no era ajena ni el dolor desconocido.

—Fue Olivares, ¿verdad? —preguntó Aurora, dispuesta a quebrarle la próxima falange.

El hombre volvió a sonreír y, sin que los demás pudieran hacer nada, se deshizo de la presión que una de las piernas de Aurora ejercían sobre su brazo derecho y sujetó la hoja de la espada de la menina con los dedos desnudos. Ante el asombro de los presentes, el hombre hundió el filo de la toledana en su garganta. Un borbotón de sangre emergió con tal violencia que manchó las botas de Artal y los ropajes de Aurora. Dada su fuerza, unas cuantas gotas llegaron al rostro perplejo de la española.

La menina se levantó rápidamente. Sus ojos negros, desencajados tras el fieltro del antifaz, observaban con horror cómo aquel cuerpo se retorció entre

estertores y paroxismos, cómo parecía estar ahogándose por su propia sangre. El suelo se tiñó de rojo, el silencio se adueñó del lugar, roto a intervalos por los quejidos del moribundo. Pronto, los ojos del ladrón quedaron fijos en un punto indefinido sobre su cabeza; su boca, torcida en una sonrisa terrorífica que dejaba ver la hilera superior de sus escasos dientes, bajo su descuidado bigote. Entonces, todo volvió a quedar en calma. Solo se escuchaba el crepitar de las llamas bajo las copas de los árboles que les servían de refugio.

—Ha preferido morir antes que confesar... ¿Qué podía ocultar?

Fue Pierre el primero en hablar.

Artal meneó la cabeza, como si no se creyera lo allí acontecido. Envainó su arma.

—Debía ser mercenario. Solo alguien acostumbrado a luchar no teme a la muerte hasta el punto de lanzarse a ella sin vacilación —dijo Artal, como para sí.

Aun así, la atención del menor de los Briand se centraba en su futura esposa, que seguía mirando el cadáver con ojos inexpresivos. Cualquiera otra mujer, en su situación, se habría desgañitado ante la horrorosa visión de aquel charco de sangre, que se extendía cada vez más y trazaba figuras imposibles sobre el suelo. Parecía, por su palidez, que iba a derrumbarse de un momento a otro. Conocía la repulsión de la joven por la muerte, su reticencia a matar si no era necesario, sus esfuerzos por preservar la vida de sus adversarios; un esfuerzo que, en aquella ocasión, se había visto traicionado, al propiciar el escape de uno de sus agresores. Parecía que pronto gritaría, que se culparía por lo acontecido; que se derrumbaría... Sin embargo, no fue así.

Aurora se agachó y, apoyando el pie en el cuerpo del muerto y sujetando la empuñadura de su toledana, la extrajo con fuerza. La sacudió y volvió a introducirla en su vaina con una tranquilidad que asustó a los hombres.

Luego, ante el asombro de Artal, se arrodilló junto a él y, echando a un lado

su casaca de cuero, examinó la herida que momentos antes había sufrido.

—¿Te duele? —preguntó la joven.

Él negó con la cabeza.

Se deshizo del antifaz, que desapareció tras uno de los bolsillos de sus pantalones, y dejó al descubierto su bello rostro, que brillaba con los resplandores azulados de la noche.

—Pierre —lo llamó—, más abajo, creo que corre un arroyo. Si puedes, ve a llenar las cantimploras. Necesito agua para curar a Artal...

El gascón quiso protestar, mas la mirada de la menina le hizo desistir de cualquier tipo de disconformidad. Sus cejas negras estaban fruncidas bajo su ondulante flequillo castaño. Por alguna razón, estaba disgustada, y algo le decía que era más prudente hacerle caso y retirarse. Además, lo estaba tuteando, y la joven jamás se dirigía así a nadie que no fuesen su mellizo o Artal.

Sin mediar palabra, Pierre reunió todas las cantimploras y, tras coger una rama encendida de la hoguera, se dirigió al lugar del que provenía el sonido del agua.

Artal abrió la boca para preguntarle el porqué de su petición, pero se encontró con que la mano de Aurora descargó una violenta bofetada en su mejilla. El mosquetero se tambaleó un poco y se llevó la mano a la zona dolorida, que comenzó a enrojecer.

Miró a Aurora. La menina permanecía inmóvil ante él, con ambos puños apretados y mordiéndose el labio inferior. Sus ojos, enrojecidos y prestos al llanto.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó.

Por toda respuesta, Aurora volvió a abofetearle. La dureza del golpe fue mayor al anterior, aunque esta vez el mosquetero guardó el equilibrio,

manteniéndose erguido y tratando de guardar algo de su compostura militar.

—¿Por qué te has interpuesto antes? —preguntó la menina de la reina Ana, jadeando.

Artal no entendía.

—¿Por qué has tenido que intervenir? —volvió a preguntar—. ¡Idiota! ¿Acaso no recuerdas que sé defenderme? Y si se da el caso, también sé matar.

Ahora recordaba: se refería a la estocada que le había ocasionado uno de los bandidos hacía pocos momentos. Y más concretamente, aquel que había intentado atacar a Aurora por la espalda y que había acabado hiriéndole a él por interponerse.

—Aurora, no he hecho nada de lo que un caballero pueda avergonzarse. Ese hombre iba a matarte.

—Y a cambio, quien ha resultado herido eres tú —dijo ella—. Artal, sabes perfectamente que podría haberme encargado de él.

—¿Y arriesgarme a perderte? No, Aurora; la mujer con la que voy a casarme no será herida ante mis ojos.

—¿Por qué sigues viéndome como una mujer? ¿Cómo puedo hacer que comprendas que cuando uso este antifaz soy Philippe y soy tan hombre como tú? ¿Cómo puedo hacerte ver que no existe debilidad en mí?

Intentó golpear una vez más a su prometido, mas las manos de Artal se cerraron como tenazas en torno a sus muñecas. El hombre sintió el temblor de los miembros de la joven, cuyos ojos iban y venían alternativamente entre la cara del mosquetero y el tajo que se dejaba ver bajo la rotura de su camisa. Sabía que la reacción de Aurora se debía más a la impotencia por creerse culpable de aquel accidente que al hecho de que la siguiera viendo como una damisela digna de protección.

Sus pestañas negras comenzaron a perlarse por sendas lágrimas que

iluminaron sus pupilas, su boca se contrajo en una mueca de tristeza. Enterró la cabeza en el pecho del hombre, que rodeó su cintura y acarició su espalda con dulzura.

—Podían haberte matado por mi culpa, Artal...

—Sabes que eso es imposible. Jamás me dejaría matar sin haber cumplido una misión.

Intentaba bromear, lo sabía, pero en nada la confortaba.

—Por favor, no vuelvas a hacerlo —pidió ella—. No vuelvas a ponerte en peligro por mí, y menos por un error mío.

—Aurora, ¿cuál es la regla de oro que se aprende en toda batalla?

—No dar la espalda a un enemigo... —reconoció Aurora—. En ese momento, nuestras posibilidades de derrota se incrementan y solo la muerte puede ser una salida.

—Y, ¿quieres morir?

—Estoy preparada para ello...

—No te he preguntado eso. —Le sujetó el mentón y la forzó a mirarlo—. ¿De verdad quieres morir aquí?

—Yo...

—Aurora, como dije antes, soy un soldado. He sido entrenado para cumplir con mi cometido, incluso si este me lleva a la muerte, pero no estoy dispuesto a morir. Hay mucho en juego en este viaje, mucho por lo que luchar y mucho por ganar. Es nuestro futuro lo que está al final del camino.

La besó en los labios con suavidad. Apenas un roce, apenas una caricia...

Un extraño calor anidó en el vientre de Aurora. La misma sensación que la recorría cada vez que él la tocaba, esa calidez que amenazaba con quemarla y que la hacía temblar cuando él la besaba o rozaba su cuerpo. Aunque fuera una caricia... Aunque nada buscara...

Se separó un poco de él y le quitó la casaca. A continuación, comenzó a

desabrochar los botones de su camisa uno a uno hasta dejar a la vista la herida. Era un corte recto, limpio, sin que hubiera llegado a hurgar en la carne o hubiera tocado un hueso. Se situaba bajo la última costilla y la pelvis. Restos de sangre rodeaban la cuchillada, mas no tenía mal aspecto: apenas sangraba y su color rojizo y brillante no denotaba peligro de infección. Palpó la herida con delicadeza, temerosa de que cualquier contacto físico pudiera afectar al militar. Artal no se quejó, salvo por un leve fruncimiento de los labios.

—¿Cómo lo veis, curandera? —preguntó el mosquetero, con chanza.

—Además de lo escandalosa que resulta la sangre y de limpiar la herida para desinfectarla, no creo que vayas a necesitar sutura. Un apósito de lavanda y en unos días estarás como nuevo, aunque no podrás dormir sobre el lado izquierdo durante unas cuantas noches.

—Ya sabes que me gusta dormir de lado... —Artal frunció el ceño, contrariado.

—Dormirás boca arriba —sentenció la joven—. Y yo dormiré sobre ti para impedir que te muevas.

Artal sonrió.

Ana de Austria sacó por enésima vez su cabeza por la ventana del carruaje. Sus cabellos rubios, cubiertos por una caperuza de color azul, se encontraban artísticamente peinados en un moño bajo que aseguraba con peinetas de nácar a ambos lados de la coronilla. Los lóbulos, libres de pendientes, se confundían tras los rebeldes mechones que habían escapado de su prisión, que de tan rubios parecían casi blancos. Junto a ella, doña Estefanía la compelió a volver dentro, recordándole que era una actitud impropia de una reina el sacar la cabeza para contemplar el paisaje. La Habsburgo siempre le contestaba con

una risa de niña que amortiguaba el traqueteo del coche, que se desplazaba a gran velocidad.

Era la primera vez en mucho tiempo que viajaba sola fuera de París. Y, ni más ni menos, que al Palacio de Chambords, del que tantas maravillas había oído hablar. Un castillo en cuyo diseño había participado el genio italiano de Leonardo Da Vinci, según afirmaban los lugareños con no poco orgullo. Recordaba que el rey, en los tiempos en que aún departían de forma amigable, le había contado que la Corte francesa había tenido como centro neurálgico aquel palacio, que había servido como refugio de caza de Francisco I, más en consonancia con sus gustos arquitectónicos al ser más similar a construcciones medievales que renacentistas; pero, por alguna razón, el resto de los reyes franceses lo habían olvidado y el castillo había caído en desuso. Y era una suerte para ella puesto que, gracias a ese desuso, podría dedicarse a traer al mundo a la criatura que crecía en sus entrañas sin temor a ojos maledicentes.

Giró la cabeza. Junto al carruaje, Héctor cabalgaba a pocos metros de la cabina, mirándola de cuando en cuando. Ofrecía una estampa realmente magnífica, tan erguido y gallardo a lomos de aquel caballo de largas crines grises que le servía de montura. Sus cabellos castaños, más largos que de costumbre, ondeaban sin ningún cuidado sobre sus hombros, bajo el ala ancha de su sombrero parduzco, que contrastaba con el brillo de su pelo. Tras él, Aristide e Isaac también la custodiaban, aunque no demostraban tanta apostura como su querido capitán, pese a no desmerecerlo un ápice. Esos dos gigantes rubios, tan idénticos, parecían más descendientes de los hombres del norte que de aquellas tierras de Francia. Los llamaban *los gemelos vikingos*, no solo por sus cabellos, sino por su fiereza en el combate.

La voz de doña Estefanía llamándola al orden y la leve risita de madame de Motteville volvieron a importunarla, mas no cejó en la contemplación de aquel nuevo mundo que la rodeaba. Se cruzó de brazos en el hueco de la ventana y apoyó la cabeza sobre ellos.

A lo lejos, tras rebasar una hilera de bosques, apreció la fachada blanca del

castillo, coronada por ocho torres circulares que terminaban en un tejado en punta. Tras la construcción, un lago artificial era iluminado por los rayos vespertinos de un sol que pronto dejaría de calentar. Un poco más allá, otra extensa arboleda. La reina se movió en su asiento, emocionada.

El carruaje ingresó en el patio interior acompañado por el eco de los cascos de los caballos. Unos pocos criados, que no llegaban a veinte, estaban dispuestos en dos filas y vestidos con libreas que mostraban la flor de lis de los Borbones en oro sobre campo azul. A simple vista, la reina contó unas diez mujeres e igual número de hombres, entre camareros, doncellas, lacayos y personal encargado de los establos. No esperaba más, por lo que, en su interior, agradeció al rey aquella deferencia mostrada para con ella. Habría de escribirle para darle las gracias...

La poterna se abrió y la siempre tranquilizadora presencia de Héctor volvió a erguirse ante sus ojos, presentándole la mano para hacer más cómodo su descenso. Ana de Austria sonrió. Al poner el segundo pie en tierra, se arrebujo un poco más en su capa de viaje al sentir cómo un viento frío hacía acto de presencia y, de igual modo, para cubrir su cada vez más abultado vientre.

Alzó un poco la vista. El patio, de planta cuadrada, estaba rodeado por cuatro alas de tres pisos sobre rasante (una de ellas, abuhardillada), donde quedaban situadas las habitaciones y los salones. A lo lejos, para acceder a los niveles superiores, pudo vislumbrar la famosa escalera de doble hélice, construcción merced al genio de Da Vinci, según decían. Se acercó a ella, para verla mejor. Los dos tramos estaban adornados por un pasamanos marmóreo y dispuestos en espiral, de tal modo que los usuarios de una escalera veían a los del otro sin necesidad de cruzarse. Ana de Austria se asomó al hueco, deseosa de llegar hasta el final de esta. Nuevamente, la voz de su aya la trajo de vuelta a la realidad y le recordó lo fatigado del viaje y la necesidad de que reposara.

—No estoy cansada —protestó la soberana.

—Sí que lo está —díjole la castellana.

La de Motteville, nada dijo; solo se limitó a mirar a la hija del Tercer Felipe con ojos comprensivos y un leve encogimiento de hombros. Tras sus damas, Héctor la miraba con sus ojos de gato.

Suspiró y procedió a subir; su mano, sobre el frío pasamanos. Al llegar a un recodo, torcieron a la derecha y se dirigieron a las habitaciones que la servidumbre había dispuesto para ella.

Nada ostentoso había allí y todo parecía haber sido organizado con prisas: algunos tapices traídos expresamente desde París adornaban las paredes de piedra desnuda, cuya simpleza era rota por la presencia de una chimenea de piedra, situada en el ángulo opuesto de la habitación, que lucía en el frontal el blasón de Francisco I; una gran cama con un baldaquín de terciopelo rojo se situaba en el centro y, a sus pies, un arcón de madera finamente labrada; junto a la ventana, un escritorio y una silla; al otro lado, un armario de reducidas dimensiones y una puerta que conectaba a una habitación anexa que hacía las veces de vestidor y salón de estar. Nada más... Todo sencillez... Nada había allí que le recordara al elegante y casi asfixiante Louvre.

La reina paseó por las estancias, observándolo todo con sus ojos azules muy abiertos, encantada de encontrarse, por fin, alejada de la Corte.

—¿Está a vuestro gusto, Majestad?

Era la frase manida, casi mecánica, del mayordomo, que permanecía bajo el dintel de la puerta de entrada a los aposentos. Ana de Austria no pudo evitar fijarse que, sobre las hojas, se encontraba un medallón con el emblema de la salamandra: el escudo de Francisco I. La reina guardó silencio, mas su dama de confianza se encargó de despachar al hombre y, haciendo una seña a la de Motteville, se aprestó a salir de la habitación para dar las últimas instrucciones al respecto del equipaje de su señora.

Al tiempo que salían sus damas, ingresó Héctor. Sintiendo la pesadez de sus piernas, Ana de Austria se sentó sobre el blando colchón de plumas, que se hundió bajo su peso y se deshizo de la gruesa capa que ocultaba su redondeada

figura.

—¿Todo bien, Majestad? —preguntó Héctor.

—Todo bien, Héctor.

—Siento mucho que los aposentos carezcan de las comodidades del Louvre, pero creo que han hecho cuanto han podido y que la cama ha sido traída expresamente de París.

—No os preocupéis, Héctor. —Se masajeó el vientre, con movimientos circulares—. Es lo que buscaba: tengo todo lo necesario para no pasar frío y la servidumbre también será suficiente. En cuanto al alumbramiento...

—No debéis preocuparos por eso, Majestad. En breve llegará el galeno judío enviado por vuestra hermana y permanecerá junto a vos hasta el momento de dar a luz.

—Es un alivio saberlo...

En ese momento, una suerte de crujido metálico procedente de un lateral de la chimenea atrajo la atención de reina y vasallo. Ante sus ojos asombrados, el mármol de la chimenea pareció hacerse a un lado con un giro casi mágico, dejando al descubierto una puerta secreta por la que emergió una figura embozada en negras vestiduras. Ambos suspiraron con alivio al comprobar que se trataba de Philippe.

—Dios Santo, Philippe, ¡qué susto nos habéis dado! —dijo la reina, llevándose una mano al corazón.

El español sonrió, satisfecho por el efecto que su entrada había causado. Sabía que no debía dar esos sobresaltos a su señora pero, por otro lado, ingresar en las habitaciones de la Habsburgo sin ser visto, era cuestión harto difícil por muy exigua que fuese la servidumbre. Los ingeniosos pasadizos de Chambord se habían convertido por ello en sus grandes aliados.

Una de sus manos agarró un candelabro situado estratégicamente en la pared

y, al girarlo, accionaron un nuevo ingenio mecánico que hizo que la chimenea tornase a su lugar original.

—Ya veo que habéis tenido tiempo de inspeccionar el lugar —dijo Héctor.

—No tanto como me hubiera gustado, en verdad, pero no puedo negar que he hecho grandes descubrimientos que pueden jugar a nuestro favor —confirmó Philippe.

—Tengo entendido que fue el gran Leonardo el que construyó este palacio, y es gracias a su ingenio todo lo que en él se encuentra —intervino la reina, tratando de iniciar conversación.

—Mi reina, lamento contrariaros, pero no creo que el artista pudiera haber intervenido en la construcción de este castillo, salvo en su diseño. —El español frunció el ceño, bajo lo oscuro de su antifaz—. Por desgracia, el gran Leonardo falleció antes de que el rey Francisco iniciara la construcción de Chambords.

—Pero... La doble escalera... Los pasadizos...

—No os digo que no puedan ser fruto del ingenio de Da Vinci, pero debo rebatiros en cuanto a la romántica idea de que fue el florentino quien lo construyó. —Suspiró—. Ojalá, pero no.

Callaron.

En ocasiones, el genio de Aurora escapaba por boca de su hermano, mostrando cuán parecidos eran, incluso en ese afán de conocimientos y el saber el más allá de las cosas, de lo que se veía y de lo que no.

El español alzó la vista y se encontró con los ojos verdes de Héctor fijos en él.

—¿Sabéis algo de Aurora? ¿Han llegado ya a las Españas? —preguntó la reina, intentando cambiar de tema.

—Precisamente, esta mañana he recibido una carta suya. Me la envió desde Burgos, por lo que, estimo, ya deben haber llegado a la Villa de Madrid.

—¿Y qué os cuenta? —preguntó la reina Ana.

Philippe miró a Héctor, quien asintió, mostrando también interés por conocer las cuitas de la menina.

El enmascarado suspiró y, obviando el protocolo, se sentó sobre el frío suelo de piedra, a los pies de la reina. Héctor permaneció en pie, apoyado sobre una de las columnas del baldaquino, con piernas y brazos cruzados. Ana de Austria se desplazó unos centímetros, quedando muy cerca de Héctor.

Philippe comenzó la lectura:

Hermano mío:

Comenzando esta carta, espero que a su llegada esta os encuentre a salvo y que Dios tenga con bien guardaros a vos y a nuestra señora. Acabamos de llegar a la ciudad de Burgos. Disculpad si no he podido escribiros antes, pero los avatares del viaje y la escasez de postas a lo largo de este lo han hecho imposible. Sé que no es excusa alguna para ello, pero, hasta no encontrar a alguien de confianza que pudiera remitiros la presente, no me he atrevido a hacerlo.

Primero de todo, ¿qué tal está nuestra señora? Recordadle que, si llevare el futuro en su vientre y en contra de lo que opine el vulgo, no se trata de que coma por dos, sino de que coma para vivir y que la criatura crezca. Nada ha de pasarle a esta nueva hoja del árbol, pues somos muchos los que velamos por él. Mas, por favor, advertidle prudencia.

¿Y Héctor? Dadle recuerdos de su hermano y decidle que ambos estamos deseando regresar a París para volver a abrazarle, aunque temo que nuestra estadía en las Españas se demore un tiempo. Las rutas comienzan a ser intransitables debido al gran número de mercenarios que están viajando a tierras de Flandes y a las inclemencias del tiempo, que pronto bloqueará la ruta de los Pirineos y hará que la mar se encabrite.

Como decía al inicio, el viaje no ha estado exento de avatares. Pese a habernos alejado de las rutas principales, nos encontramos con unos salteadores de caminos al llegar a tierras aragonesas. Salvo algunos rasguños que sufrimos por su causa, quedad tranquilo al saber que ellos

corrieron peor suerte que nosotros.

Nuestra llegada a Burgos ha sido apacible para alegría de Pierre, que estaba deseando llegar a una posada y dar buena cuenta de la comida española. ¡Este gascón no tiene arreglo! Aunque no voy a engañaros al negar que mi cuerpo también estaba falto de un buen lecho y una buena comida. ¿Sabéis, Philippe? Al llegar a Burgos he llorado... No por la vuelta a las Españas, ni mucho menos; sino porque, cuando hemos ido a ver el Arco de Santa María, me he sentido observada por el Cid[10] y por los Jueces de Castilla. ¡Tantos grandes hombres inmortalizados en la piedra, tantas hazañas calladas! Parecían hablarme, parecían estar reprendiéndome, sin que yo supiera el porqué. Y, a pesar de todo, es el rostro de don Rodrigo el que me ha transmitido mayor desazón. Parecía estar hablándome, mirándome desde lo alto, previniéndome ante los peligros venideros y pidiéndome fortaleza. ¿Será acaso, Philippe, ese Cid Campeador quien guíe nuestros destinos?

¡Qué difícil es mantener la mentira de lo que soy! ¡Qué distinto sería todo si te tuviera a mi lado! ¡Qué distinto, hermano, si volviéramos a caminar juntos!

Philippe calló. Sus dedos sostenían la carta, que temblaba entre ellos. Una lágrima rodó por su mejilla de niño hasta caer al suelo.

Un pie de la reina rozaba su muslo con disimulo; una de las manos de la Habsburgo, entre las de Héctor. Los tres se miraron. La reina temblaba al percatarse de haber sido descubierta en cuanto a la dualidad de sus afectos, mas Philippe no hizo gesto alguno.

—Parece que Aurora se encuentra bien... —dijo la reina, soltando a Héctor y separando su pie de Philippe.

No solo quería desviar la atención de su persona, sino que también deseaba tranquilizar su propia conciencia. Los dos hombres la miraron. Philippe alzó la vista, sus ojos, nublados tras el antifaz; Héctor, por su parte, la bajó, con sus

cejas rubias fruncidas.

—Al contrario, Majestad. Aurora no está bien... No solo por el malestar que dice sentir, sino por lo que cuenta entre líneas.

—¡Madre de Dios, Héctor! ¿Cómo podéis ser tan negativo? En su carta...

—Es una trampa. Los vigilan —siguió el amante de la reina, con calma—. Y la escasa importancia que parece dar a la emboscada es símbolo más que patente de que no han sido simplemente asaltados. No, han debido pasarlo realmente mal —explicó Héctor.

—Entonces, ¿está en peligro?

—Lo ha estado siempre... —dijo Philippe en un susurro.

Héctor y la reina lo miraron.

El español rompió la carta en pedazos con furia, mordiéndose el labio inferior.

—Lo hemos estado desde siempre...

Capítulo VII: El Madrid de los Austrias.

Encuentros esperados y adioses

Villa de Madrid, 18 de septiembre de 1624

Pierre alzó una mano a modo de visera para paliar un poco la fuerza de los rayos del sol. Tal como le había dicho Aurora, las Españas tenían un sol diferente al que disfrutaban en Francia: más brillante, más cálido... Era extraño, pese a estar iniciado el mes de septiembre. El cielo tenía un brillante color azul celeste, ninguna nube lo empañaba y el sol calentaba mucho más, hasta tal punto que tuvo que remangarse su camisa de color ocre.

Su nueva montura cabeceó nerviosa, forzando a que el gascón tirase de las riendas para darle a entender quién era el amo de los dos. Había comprado aquella yegua a precio de oro en tierras aragonesas, a la mañana siguiente de haber sufrido aquella emboscada. Si bien era un gran ejemplar andaluz, no habían conseguido entenderse. Palmeó con suavidad el cuello del animal y, cuando se tranquilizó, volvió a poner su mano sobre sus ojos.

Artal lo imitó, al tiempo que se echaba hacia atrás sus cabellos oscuros.

Los cascos de los caballos resonaron en el empedrado pavimento de adoquines que daban la bienvenida a los viajeros a la famosa Villa de Madrid, capital del Reino de las Españas. Ante ellos, el río Manzanares circulaba escaso por un cauce donde los juncos y las adelfas se habían hecho los dueños y señores de su usual hábitat. Los mosqueteros no pudieron evitar el estirar el

cuello para observar mejor el carente caudal que Aurora les había descrito. A lo lejos, cruzando el ahora exiguo torrente, vislumbraron un puente de nueve arcos de medio punto, realizado en granito. Y un poco más allá, como entre nubecillas y situado sobre un gran promontorio, una gran mole rojiza y de tejados azules que dominaba el paisaje desde su especial situación.

—El Alcázar... —dijo Aurora, señalándoles el regio edificio.

Los caballos cabecearon nerviosos cuando sus pies tocaron el Puente de Segovia. Por este, y dada la hora del día, circulaban un sinfín de personas: algunos eran comerciantes, que avanzaban a lomos de un asno o tirando de él, con las alforjas bien repletas de productos que venderían en el mercado más cercano; otros eran viajeros que, como ellos, iban y venían en pos de un destino más o menos incierto; también estaban las amas de casa que, portando una cesta, pretendían dirigirse a una de las riberas del río para lavar la ropa; o, simplemente, los que paseaban y curioseaban por puro ocio. El ir y venir de gente era un continuo bullir y las voces de los comerciantes anunciando sus productos se confundieron pronto con las risas de los niños que jugaban por las calles. La escolarización era un privilegio reservado a unos pocos y no era extraño que los niños, a temprana edad, ya estuvieran ayudando a sus padres a sacar el negocio familiar adelante (si es que eran afortunados de tener uno) o, la mayoría, eran empleados como aprendices en talleres u oficios en condiciones más o menos nefastas, a costa de un ínfimo sueldo. De cuando en cuando, la plebe se echaba a un lado para que un carruaje o una silla de mano se abriera paso en medio del bullicio; las más de las veces, y aunque no resultara necesario, el cochero o el palafrenero avisaban a voz en grito que un noble hacía acto de presencia y, dado su rango, todos le debían pleitesía. Las diferencias entre estamentos parecían ser comunes a todas las naciones, con independencia de su procedencia. Nada parecía ser diferente a París. Nada, salvo aquella alegría que parecía inundar el ambiente. Pese a ser un pueblo pobre, casi todos los habitantes de la Villa sonreían. Hablaban entre ellos de

su suerte más o menos dispar, sintiéndose afortunados de poder alimentarse y de poder vivir.

—No les entiendo demasiado bien —confesó Pierre a su amigo—, pero se les ve gente amable y simpática.

Artal asintió con una sonrisa. Sabía que su compañero apenas entendía el castellano, mas él había podido escuchar algunas conversaciones entre los vecinos, no solo haciendo referencia a su situación, sino hablando de su monarca. Miró a Aurora.

La joven avanzaba a lomos de *Relente* luciendo su particular disfraz. A ojos de los ciudadanos, aquella apariencia no despertaba su curiosidad, pues parecía ser frecuente el hábito de lucir capas y máscaras entre la nobleza para ocultar su identidad. O, al menos, eso les había contado la menina.

Ella mantenía sus ojos negros fijos en la imponente mole del Alcázar, que se encontraba al final de una empinada cuesta por la que habían comenzado a ascender hacía escasos instantes. Si la proliferación de personas no hubiera sido tal, habrían recorrido aquellos metros en poco tiempo, espoleando a sus soberbios corceles, mas tal opción no era la adecuada, por lo que sus monturas iban al paso.

Pronto, las altas torres del Alcázar ocultaron el sol, cubriéndolos con la sombra que proyectaba su regia figura. Aurora abrió mucho los ojos al apreciar los numerosos cambios habidos en la construcción desde su partida a Francia: la fachada había ganado en simetría y en ostentación; un gran arco se abría en medio de esta para posibilitar el paso de carruajes de grandes dimensiones y, coronando la portada, el escudo del Cuarto Felipe. Habían añadido a un lado un edificio que, a todas luces, parecían ser las caballerizas reales, a juzgar por el gran número de equinos que entraban y salían de este. A Dios gracias, la Torre Dorada, el lugar donde estaba aquella biblioteca en la que tantos ratos había pasado durante su infancia, seguía intacta. Suspiró hondamente. Su prometido no dejaba de mirarla, mientras acariciaba el

pescuezo de *Guadiana*.

—¿Sucedo algo? —preguntó Artal.

—No... Es decir, sí. Es que... ¿Tanto tiempo ha pasado como para que lo encuentre todo tan cambiado?

—No sabría decirte. Al fin y al cabo, eres tú la única que puede juzgarlo.

—Vuestro rey no se caracteriza precisamente por la puntualidad —terció Artal, mirando un reloj de pared. A lo lejos, las campanas de la cercana iglesia de la Encarnación comenzaron a sonar, marcando el mediodía.

—La puntualidad es el mejor rasgo de un inglés, mi buen Artal. Nunca pidas a un español que sea puntual o lo considerará un insulto a su persona —bromeó Pierre.

Sabido era el reposo de los españoles y su afición a sestar tras una buena comida. No pretendía con ello insultar a los paisanos de Aurora, a pesar de que la muchacha guardó silencio.

Los habían conducido directamente al despacho del monarca, una habitación situada en la Torre Dorada, una egregia construcción iniciada por Felipe II desde la que se dominaba el valle del Manzanares y la Sierra de Guadarrama. Los mosqueteros habían permanecido en pie, junto a la mesa de caoba, sosteniendo sus chambergos. Sus ojos parecían escrutarlo todo: desde los azulejos que decoraban las paredes hasta el terciopelo de las cortinas. A diferencia de los palacios franceses, el Alcázar destacaba por su austeridad y simpleza. Nada había de grandioso u ostentoso en su decoración. Las líneas eran simples, el terciopelo rojo de las cortinas contrastaba con las maderas de los muebles y los baúles; las ventanas no tenían elementos decorativos, salvo unas balconadas realizadas en metal sobredorado.

Aurora, desprovista de su antifaz y su sombrero, se encontraba apoyada

sobre uno de los balcones, contemplando el horizonte con ojos soñadores. Una leve brisa meció su flequillo castaño, que comenzó a bailar sobre sus ojos. Hasta hacía pocos instantes, había estado hojeando alguno de los libros que el Cuarto Felipe poseía en aquellas dependencias. Casi todos, manuales de guerra o simples libros de carácter político. Tal vez el que más le llamó la atención fue un ejemplar de *El Príncipe*, una obra del florentino Nicolás Maquiavelo que, según se decía, había escrito basándose en la figura de Fernando el Católico, al que identificaba como el gobernante más perfecto de la cristiandad. A Aurora no le sorprendió: entre los Austrias era un afán, casi una obsesión, parecerse a tan gran rey guerrero que finalizó la Reconquista y que, junto a su católica esposa Isabel, abrió las puertas de las Españas al Nuevo Mundo.

De pronto, la puerta se abrió. Tres hombres vestidos con ropajes oscuros hicieron acto de presencia. El más joven era alto, de cabellos rubios y ojos claros; el labio inferior, mucho más grueso que el superior, destacaba sobre su blanquecina piel. Sonreía ampliamente y sus ojos brillaban con intensidad. Tras él, un hombre mucho más bajo, de cabellos cortados a tazón sobre unas espesas cejas negras y unos ojillos oscuros pequeños y maliciosos. Su boca, casi tan gruesa como la del más joven, apretada en un rictus de suficiencia.

El grito de la menina al ver al tercer hombre llenó la sala. Un remolino de ropajes oscuros cruzó la estancia para acabar en brazos del recién llegado. Era alto, con esa apostura y majestad que dan el paso de los años. Sobre una cabeza en la que la plata cubría unos cabellos que habían sido negros como ala de cuervo, se apreciaba una incipiente calva que hacía que su frente fuese aún más ancha. Sus ojos oscuros aparecieron velados tras un sinnúmero de arrugas que los rodearon, al tiempo que su boca se curvaba, estirando un bigote y una perilla perfectamente recortados. Unas tímidas lágrimas asomaron a los ojos del hombre, cuyas manos no dejaban de acariciar los cabellos de la joven.

Artal sonrió. No había duda de la identidad de aquel caballero en cuyos

brazos Aurora habíase derrumbado. No podía ser otro que don Pedro de Guzmán, conde de Teba y marqués de Ardales; aquel noble, bajo cuyos cuidados el Tercer Felipe había encomendado a la joven y a su hermano.

—Tío...

—Mi niña... ¡Cuánto habéis crecido!

Se separaron un poco. Él enjugó sus lágrimas con su pulgar. Aurora observó las marcas que el tiempo inmisericorde había depositado en las manos de su tío; observó cómo la piel comenzaba a arrugarse, hasta asemejarse a un trozo de papel. Ella también le acarició la mejilla, feliz de poder ver su rostro amado, tratando de cerciorarse de que no desaparecería, como aquellas primeras noches en París en que se despertaba llorando, llamando a su tío.

—Mi niña... Sois una mujer... —volvió a repetir don Pedro, mirándola complacido.

El carraspeo del rubio visitante los devolvió a la realidad. Se separaron y la menina ejecutó una profunda reverencia ante la atónita mirada de los mosqueteros.

—¿Acaso no van a arrodillarse ante el rey de las Españas? —preguntó el hombre cejijunto.

Los militares miraron asombrados al aludido. Jamás hubieran sospechado que el rey de las Españas tuviera aún la apariencia de un muchacho apenas salido de la adolescencia: sus mejillas eran sonrosadas, en consonancia con sus labios; su piel, tersa como la de un niño, y tan blanca que parecía porcelana. Contrastaba su palidez con las calzas de tisú que lucía, así como por su jubón dorado. Mas no había en su vestimenta, a diferencia de lo que sucedía en el caso del rey Luis XIII, nada que lo identificara como sucesor de los Austrias mayores.

Pierre y Artal se arrodillaron ante él, presurosos. Aun así, el rey ni siquiera

les prestó atención. Muy al contrario, pasó ante ellos como si fueran invisibles y cubrió los metros que lo separaban de la muchacha vestida de hombre. Se arrodilló ante ella y la abrazó fraternalmente.

—Casi no os reconozco, Aurora. —Tomó la barbilla entre sus dedos y la obligó a mirarlo—. Siempre habíais sido una niña encantadora y, fijaos, ahora os encuentro convertida en una atractiva damisela.

—Y vos seguís siendo el niño lisonjero que siempre trataba de ganarnos a su hermana y a mí con piropos. —Rio ella.

—¿Recordáis nuestras carreras por estas galerías? —El rey se incorporó, a la vez que la menina—. Aun hoy, me gustaría volver a correr como entonces. —Y luego, entre susurros—: Corred conmigo, Aurora; escapemos de quienes nos guardan. O mejor, vayamos a las caballerizas y robemos dos caballos. Escapemos al Retiro...

—Os daré ventaja, don Felipe, pues de lo contrario no conseguiríais seguir mi ritmo.

Prorrumpieron en una carcajada. En sus retinas, evocaron sus juegos de niños en aquel Alcázar, sus paseos a orillas del Manzanares, sus charlas sobre el futuro... En aquella época, eran solo dos niños que desconocían su destino, pero que habían sido educados para enfrentarse a él: uno, como rey; la otra, como menina, guerrera y espía. Buena prueba de ello eran sus ropajes de hombre.

Se separaron un poco. Sus manos, unidas. El rey Felipe la miró de arriba abajo, con expresión divertida en su rostro.

—Jamás imaginé que en nuestro primer encuentro os hallaría vestida de hombre...

—Es una larga historia, Majestad —dijo la menina.

—Historia que no tiene justificación —intervino el otro hombre—. Creo, jovencita, que ninguna dama debe presentarse ante su rey de esta guisa. ¿No sabéis que esto va en contra de las Sagradas Escrituras?

Aurora soltó los dedos de Felipe IV.

—Supongo que me encuentro ante don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares y valido de nuestro rey Felipe.

—Suponéis bien, muchacha. Y creo no errar al identificaros a vos como la famosa menina de Ana de Austria, protegida del Tercer Felipe y espía del rey.

—¿Espía?!

La exclamación de Pierre y Artal resonó en el despacho, atrayendo sobre sí los ojos de los españoles. Incluso Pierre, que apenas entendía el castellano, había podido descifrar el significado de aquella palabra, tan similar a la expresión francesa. La menina los miró un momento y se encogió de hombros.

Olivares rio, contento de lo que consideraba una indiscreción por su parte. La joven irguió la cabeza, mirando desafiante al futuro conde-duque, quien la rodeó con parsimonia. La observaba... Lo sabía... No podía dejar de mirarla con descaro. Su mirada recorría cada línea de su cuerpo, tratando de poner forma a aquello que la blanca camisa y el resto de los ropajes oscuros ocultaban. No solo se estaba cerciorando de su naturaleza femenina, sino que intentaba explicarse el porqué era tan importante para su rey. Y también intentaba encontrar en ella algo de especial que justificase aquella fama que había atravesado las fronteras. Empero, no vio más que a una niña que parecía jugar a ser soldado.

—Opino que un vestido os sentaría maravillosamente, mi señora —observó el conde, con malicia.

—La ropa que llevo ahora es la adecuada para viajar, mi señor. Si encontráis algo mejor que no vaya en contra de las leyes de la Iglesia o acorde con vuestra moral, decídmelo, que estaré encantada de usarlo.

—Vuestra insolencia no tiene cabida en el salón del trono, muchacha. Tened esa lengua, no vayáis a perderla por vuestra torpeza.

Aurora no pudo evitar sonreír, sabedora de estar enfadando al valido del

rey. Buena prueba de ello fue que el noble apoyó la siniestra en la empuñadura de su espada. Sin embargo, todo intento quedó en simple conato... Sin saber cuándo, los mosqueteros se situaron entre él y Aurora con los floretes desenvainados y el mirar desafiante. Don Gaspar retrocedió un poco al contemplar a aquellos dos hombres, de altura y fortaleza superiores a la suya, enfrentándose al hombre más poderoso de las Españas.

Un juramento emergió de labios del valido de Felipe IV, quien, con los brazos cruzados tras la espalda, no perdía ripo del espectáculo. Parecía divertirse, a juzgar por la curvatura de sus gruesos labios.

—Hídeputas franceses... —dijo Olivares.

—Ni se os ocurra, monsieur. Estaríais muerto antes de intentarlo —le advirtió Artal.

El conde de Olivares se mordió el labio inferior, conocedor de su inferioridad. La mirada de aquel francés lo decía todo. Ni siquiera una llamada de auxilio a los guardias le garantizaría sobrevivir a aquel percance. Sabía de la destreza del cuerpo de mosqueteros, sabía de su fiereza... Aquellos hombres no eran meros aficionados. Hombres, al fin y al cabo, que parecían sentir por aquella insignificante joven algo más que el simple deber de protección.

Aurora se coló entre el hueco que los cuerpos de ambos dejaban y volvió a colocarse frente a Olivares. Con delicadeza, puso ambas manos sobre las puntas de los floretes y los forzó a bajarlos.

—Caballeros, sabéis que no necesito que nadie me defienda —les dijo a sus amigos en francés—. No será este petimetre quien me asuste.

Por el rostro de don Gaspar, sabía que no había entendido ni una de sus palabras. Sin embargo, el rey Felipe sí que hablaba francés y prorrumpió en una estruendosa carcajada que acompañó con grandes aplausos.

—¡Bravo, Aurora! ¡Seguís con el mismo carácter de mil demonios que os caracterizaba! —Se acercó a la mujer y volvió a coger sus manos—. Celebro saberlo.

La muchacha sonrió divertida mientras le guiñaba un ojo. Tras ella, don Pedro alternaba su mirada preocupada entre su sobrina y los mosqueteros, que envainaron sus armas.

—Es una gran suerte contar con vuestra presencia en la Corte, y más en estos momentos de especial incertidumbre —comenzó a decir el rey.

—Majestad, las noticias de Breda llegaron a París hace varias semanas. Lamento mucho el trance que atraviesa nuestro reino —manifestó Aurora.

—Lo sé, Aurora, mas sabéis que no es ese el motivo por el que os he hecho venir.

—¿Acaso necesitáis una menina para vuestra esposa?

—Aunque no es eso lo que tenía en mente, no es menos cierto que me gustaría contar con vuestra presencia en la Corte, como espía o como menina de mi mujer. —Río con afectación—. Lo cierto es que Isabel se encuentra triste en este país, aunque es tan... ¿cómo decirlo? majestuosa que se niega a admitirlo. Echa de menos Francia, lo sé; y, aunque la llegada de una dama francesa con la que puede hablar desde hace un par de meses le ha aportado un cierto consuelo, pienso que las noticias que podáis traerle de su reino podrían contribuir a alegrarla.

—Entiendo... —Aurora se llevó la mano al mentón—. ¿Creéis conveniente que me presente en sus aposentos?

—No, Aurora, por Dios. Ya sabéis que aquí las cosas no se hacen en esos términos —intervino su tío, con temor.

—Ya llegará el momento de las presentaciones —intervino el Cuarto Felipe, tranquilizador—. Además, cuestiones mayores requieren nuestra atención.

—Deduzco por vuestras palabras que sabéis algo que yo ignoro. Algo que queréis que sepa.

—Podría ser —confirmó el rey, sonriendo—. Mas no creo que sea el momento ni el lugar para hablar de ello: las paredes oyen, querida Aurora. —Lanzó una significativa mirada de reojo al futuro conde—duque—. Lo mejor es que vayáis con vuestro tío y descanséis. Seguramente, estaréis fatigados por tan largo viaje.

—Mentiría si dijera lo contrario. —Miró a los mosqueteros—. ¿Y mis compañeros? ¿Podrían...?

—Cualquier amigo de mi sobrina será bienvenido en nuestra casa —dijo don Pedro de Guzmán, inclinándose ante los franceses.

Artal y Pierre correspondieron al anciano caballero con igual cortesía.

El rey atrajo a Aurora contra sí, estrechándola fuertemente entre sus brazos.

—Pronto hablaremos, mi dulce menina... Mi hermana...

Sin dar tiempo a que Aurora lo mirase, el rey Felipe la besó en los labios. Los ojos negros de Aurora quedaron fijos, en tanto el rubor coloreaba su rostro de niña.

La boca de Artal se torció y sus cejas se frunció con furia. Sabía que la menina no había provocado a su soberano ni tampoco había hecho nada por propiciar aquel beso; muy al contrario: se había mostrado mucho más seria que de costumbre. Por un momento, su principal impulso fue acercarse al monarca para separarlo de su prometida y derribarlo de un golpe. Tuvo que rogar a Dios ayuda para no perder los estribos ante los allí presentes. Su autocontrol y la mano de Pierre, que se cerró en torno a su muñeca, deteniéndolo, evitaron que allí se forjara la catástrofe.

Al separarse, el Cuarto Felipe sonreía ampliamente, igual que un niño que sabe que ha cometido una travesura. Aurora, por su parte, solo se limitó a limpiarse la boca de los restos de saliva que el ósculo había dejado. Sus labios, herméticamente cerrados y un leve mohín, denotaban su turbación e incomodidad. Hacía años que no la veían, pero tanto don Pedro como el rey sabían que aquel acto había molestado a la joven. Indignada, se aprestó a salir

de la habitación, acompañada por las ondas que su capa negra describía a su paso, sin tan siquiera despedirse. Mas, nuevamente, la voz de Olivares hizo que se detuviera.

—¿Tenéis pensado visitar a don Alfonso de la Quadra para hacerle partícipe de la muerte de su sobrino?

Las botas de Aurora resonaron un instante sobre el suelo de loza antes de contestar.

—Infiero por vuestro comentario que ya ha sido advertido del óbito y solo queréis ponerme en un brete, don Gaspar.

—No, ¿por qué habría de hacerlo? —Rio—. Tan solo se trataba de mi fiel colaborador y del hombre designado para casarse con vos. ¿Qué importancia habría de tener que yo se lo anunciara?

—El mismo que tiene el hecho de que consideréis su muerte como culpa de mi hermano y mía...

—¿Acaso no lo es?

—Puedo juraros por mi honor que tanto Aurora como Philippe hicieron todo lo que estuvo en sus manos por atender la seguridad de vuestro hombre de confianza —intervino Artal, colocándose tras la joven.

La menina no pudo evitar mirar a Artal con arrobó, mirada que no pasó inadvertida a los ojos curtidos de don Pedro.

—¿Insinuáis que la muchacha no deseaba el matrimonio? —rugió el valido.

—No es ningún secreto —suspiró don Pedro—. Yo mismo me oponía a ese enlace...

—Entonces, dudo mucho que...

—Es suficiente, caballeros —llamó al orden don Felipe.

Volvió a acercarse a Aurora con paso lento y gesto divertido. Esta vez, no pudo tocarla, puesto que aquel mosquetero de rizos oscuros se colocó ante

ella, a modo de escudo protector.

—Tranquilizaos —díjole en francés, evitando que don Pedro y don Gaspar entendiesen sus palabras—. No pienso hacer nada a vuestra dama.

Aurora abrió la boca para decir algo, mas el rey la interrumpió.

—Don Alfonso se encuentra en las dependencias inferiores. En los últimos meses, su estado ha empeorado bastante. No creemos que le quede mucho tiempo y, dado que sus parientes se encuentran en Cataluña y aún no han podido venir, decidimos cuidarlo en atención a los servicios prestados a la Corona —explicó el rey, con calma.

Acto seguido, apartó a Artal y besó a Aurora con dulzura en la frente.

—Id con él, Aurora. O puede que sea tarde.

No le hizo falta saber más. Sin cerciorarse de si Artal o Pierre la seguían e ignorando las normas mínimas de cortesía, la menina salió precipitadamente del despacho, con dirección desconocida. Ni siquiera las voces de Pierre y Artal, pidiéndole que se detuviera, ni los gritos de Olivares criticándola, hicieron que voltease su cabeza.

No le había costado mucho dar con la alcoba indicada por el rey. Todos en el Alcázar conocían a don Alfonso y eran pocos los que, en su juventud, no habían disfrutado de su magistrales clases de esgrima. Muchos eran los que visitaban al anciano caballero en su alcoba, en los momentos en que la lucidez hacía acto de presencia y possibilitaba mantener una conversación. Mas estos eran cada vez más insignificantes.

Al abrir la puerta de la habitación, un extraño olor a enfermedad y a muerte

le hizo taparse la nariz con el dorso de la mano. Las sombras eran dueñas de la alcoba y, aparte de la cama, un escritorio con su silla correspondiente y una tina de porcelana en la que se adivinaban restos de agua, no había nada que indicara que allí reposaba uno de los mayores espadachines de Madrid. Nada, salvo una toledana, que pendía con su vaina de un clavo de la pared. ¿En eso había quedado todo? ¿Era aquello lo que le esperaba?

Se acercó al lecho.

Le costaba reconocer en aquel bulto cubierto por sábanas blancas a aquel que un día había destacado por su fortaleza. Tan solo podía ver un cuerpo pequeño y marchito, apagado por la mano de la muerte, que había comenzado a dejar su huella indeleble en su rostro. Sus manos, tan finas y arrugadas, reposaban sobre la cama a ambos lados; sus párpados, casi ocultos tras las huellas cárdenas que se habían instalado en torno a ellos.

La joven se arrodilló junto a él, tomó una de sus manos entre las suyas y la besó con ternura.

Los ojos hundidos de don Alfonso se abrieron, mostrando su brillo azulado.

—Habéis venido... —dijo con voz apagada.

La joven asintió.

—No podía dejaros... —dijo ella.

—Os esperaba desde hace tiempo... Mucho habéis tardado en venir a buscarme... —siguió el anciano. El hombre apretó con debilidad las manos de la joven, que correspondió a la opresión con dulzura—. Siempre tuve miedo de vuestra visita. Os esperaba sombría, envuelta en una capa negra, igual que la que lucís, pero nunca esperé que fueseis tan hermosa. Así, no tengo miedo a caminar con vos.

Hablaba para sí, como si aún estuviera en ese estado en el que el sueño y la vigilia eran la misma cosa. Como si realmente viviera en las ensoñaciones que su propia debilidad le causaba, ajeno a la realidad.

Aurora tragó saliva, intentando contener las lágrimas.

—Lo único que siento... —siguió el anciano.

Una tos seca lo interrumpió. Con cada expectoración, lanzó pequeñas bocanadas de sangre. Los ojos de la menina se empañaron al ver el estado de aquel que había sido su maestro y mentor. Vio cómo sus cabellos de plata, que una vez fueron de oro, se mecieron con sus espasmos; cómo el dolor acentuaba las arrugas de su rostro; cómo sus manos se iban enfriando cada vez más. El hombre se incorporó sobre el lecho, mientras la menina le sostenía la espalda, sujetándolo para que no cayera.

—Por favor, no habléis. Guardad fuerzas —rogó la joven.

—Lo único que siento... —siguió—. Siento no haber vuelto a ver a Felipe y a Aurora...

—Sí que la estáis viendo —confesó la menina, con amargura—. Don Alfonso, soy yo. Soy Aurora.

El anciano forzó una sonrisa.

—Puede que ella luzca como vos ahora: igual de bella, igual de fuerte... Mas lo sé perfectamente. No sois Aurora. Está muy lejos. Y también Felipe... —respiró hondamente.

Cada bocanada, resultaba un suplicio. Cada expectoración, un infierno. Se iba... Se apagaba...

—Tal vez mi sobrino, al verlos, comprendió todo lo que yo sentí: eran dos seres excepcionales, mis mejores alumnos. Jamás hubo nadie como ellos.

—¿Acaso no os molesta que vuestro sobrino haya muerto por su causa? —preguntó ella.

—Conociendo a Aurora, no hubiera sido feliz con él. Y conociendo a Felipe, él lo hubiera matado si así libertaba a su hermana de un destino que

ella no había elegido. —Rio.

La menina no pudo evitar sonreír. Notó cómo las lágrimas comenzaban a recorrer sus mejillas.

—Estoy listo. Llevadme con vos...

—¿Sabéis quién soy?

—Sí. Vos sois aquella a la que he estado esperando, aquella a la que todos temen, aquella que puede darme paz...

Un nuevo ataque de tos lo sacudió, haciéndolo casi descoyuntar. Aurora lo abrazó con fuerza, intentando contener los temblores que azotaban aquel cuerpecillo.

—Sí... Abrazadme... Llevadme con vos... —la miró—. Dios, ¡cómo os parecéis a ella! Cómo os parecéis a su madre...

—¿Su madre? ¿Quién era su madre? Decidme, don Alfonso, ¿qué sabéis? ¿Quién soy?

—Vos sois... Vos sois... La Muerte...

Y, diciendo eso, expiró.

Los brazos de Aurora depositaron con suavidad aquel cuerpo inanimado sobre el colchón, para después trazar sobre la frente de quien había sido Alfonso de la Quadra la señal de la cruz.

Contempló sus ojos azules desmesuradamente abiertos, fijos en un punto que estaba mucho más allá de lo que la menina podía ver. Trató de cerrarlos, mas sus párpados estaban rígidos, como si se negaran a ocultar la mirada de aquel hombre que siempre había destacado por su fortaleza y su sabiduría. Sus labios, entreabiertos, trazaban una tétrica sonrisa que hizo que el ánimo de Aurora se quebrase.

—*Requiescat in pace*[11]... —dijo una voz a sus espaldas.

Se volvió.

Un hombre joven, de cabellos castaño-rojizos y cortados a la altura de las orejas, había ingresado en la alcoba sin delatar su presencia. Vestía ropajes elegantes en los que la seda y el tisú combinaban el color dorado y el azul. A un lado, una toledana pendía en su vaina de cuero. Las calzas, más largas de lo que se estilaba en la Corte española, le llegaba hasta las rodillas, cubriendo las piernas con unas botas altas de montar de cuero marrón. No lucía barba ni bigote. Aurora se fijó en sus ojos, de un color azul verdoso, y tan brillantes como un mar en calma.

El recién llegado se acercó a la joven y tomó sus manos.

—Siento no haber llegado antes...

Fue todo lo que dijo. No pudo encontrar otras palabras.

La menina alzó la mano y recorrió con sus dedos su rostro: cada línea, cada recodo; sintió el picor de una incipiente barba que había sido afeitada esa misma mañana, a juzgar por la tersura de su piel. Era un hombre, un hombre alto y gallardo; eran dos desconocidos que, en el pasado, no lo habían sido. Vio en sus ojos al niño que un día fue y sabía que él la había reconocido también.

—Albert... —dijo ella, con voz entrecortada.

No pudo decir más. Cayó llorando en sus brazos.

En ese momento, Artal y Pierre ingresaron en las estancias a la carrera. Solo pudieron ver a una desconsolada Aurora que escondía el rostro tras el abrazo de un hombre joven y a otro que yacía exánime en el lecho.

Capítulo VIII: El amargo sabor de la vuelta a casa

—¿Por qué demonios debe quedarse aquí?

Una voz de mujer resonaba colérica en los pasillos del palacio de don Pedro de Guzmán. Desde su llegada, el silencio que parecía imperar siempre tras aquellos muros, se había tornado en un aluvión de improperios hacia su persona. Ante él, una mujer bajita y regordeta, ataviada con un vestido de seda negro y una toquilla de encaje blanco sobre los hombros, no dejaba de moverse, retorciendo un fino pañuelo de batista. Su rostro no aparentaba más allá de los veinticinco años, pero su figura rotunda y sus brazos marcados por las estrías y la celulitis le daban una apariencia prematuramente envejecida, resultado de los muchos embarazos (la mayoría, sin éxito) y de los excesos.

El anciano caballero se sentó en un sillón próximo, acariciándose la cabeza con fruición.

—Bajad la voz, mujer. No querréis que nuestros invitados se aperciban de vuestro comportamiento.

—¡Y un cuerno, si así lo hacen! —chilló ella—. ¿Acaso yo no soy nadie en esta casa? ¿Eh? Os recuerdo que una parte de vuestra fortuna procede de mi dote.

—Sí, mujer, bien lo sé —dijo con hastío—. Mas esta es la que vivís es mi casa, y soy yo quien dispone quién puede venir a visitarnos y quién no.

—¡Eso será por encima de mi cadáver! —Cogió un jarrón y lo arrojó con

furia al suelo.

Don Pedro de Guzmán se incorporó violentamente, haciendo que la silla cayera al suelo con un estrépito. Sus manos, cerradas en puños, temblaban presa de la agitación.

—Teneos, Juana, o juro que no respondo de mí.

—¡Vamos, pegadme si tenéis valor! —Tiró la toquilla al suelo y abrió los brazos, desafiante.

—Estáis loca...

—Con permiso... —dijo una voz a sus espaldas.

Ambos se volvieron.

Aurora había entrado en las estancias de su tío con lentitud, procurando que la puerta no crujiera bajo el peso de sus manos. Había cambiado sus ropas oscuras por otras, también de hombre, que combinaban una camisa roja con un chaleco negro que ajustaba a su fino talle con un cinturón de cuero. Sus piernas, enfundadas tras unas botas altas de montar y unos pantalones igualmente negros, se dibujaban esbeltas tras sus ropajes. Sus cabellos, castaños y brillantes, ondearon libremente sobre sus hombros. Ninguna joya orlaba su cuello, ningún pendiente sus orejas. No le hacían falta para resaltar.

Doña Juana torció el gesto, incómoda por su poca femineidad, indignada por descubrir su aspecto, herida en su amor propio al descubrir cómo aquella joven parecía ajena a modas o costumbres.

—Tía, para nada quiero importunaros, solo he venido a presentaros mis respetos y a daros las gracias por vuestra hospitalidad —dijo Aurora, ejecutando una grácil reverencia.

Doña Juana bufó como si de un toro bravo se tratase. La menina contuvo una carcajada ante semejante similitud, cayendo en la cuenta de que solo le faltaba agachar la cabeza y comenzar a patear el suelo. Seguro que sería capaz de

levantar polvo.

Sabía de la rivalidad que sentía la noble para con ella. No en vano, ambas tenían una edad parecida cuando Juana Enríquez desposó con su tío; y, aunque este pretendiera que ambas se llevaran bien para que su joven esposa no encontrase insulsa su vida de casada, pronto quedó patente que el carácter caprichoso y altanero de la mujer no propiciaba relación alguna. Para ella, nadie más que ella misma podía ser el centro de atención, tanto de las miradas como de la conversación. No despuntaba por inteligencia, tampoco por su belleza; por eso, se sentía intimidada por Aurora, muy superior a ella en todos los sentidos y varios años más joven que ella.

La noble se acercó a su sobrina, mirándola con suficiencia.

—Alzaos —ordenó.

Aurora obedeció, con la mirada baja. Observó cómo la rodeaba. El crujido de sus enaguas de tafetán llegó a sus oídos y el eco de sus escaarpines sobre el pavimento enlosado acentuó cada uno de sus pasitos cortos. Su tía parecía haber envejecido prematuramente a lo largo de aquellos años. Nunca había sido una beldad, pero las cremas y aderezos de la época le habían hecho resaltar en aquellas reuniones que se producían en los salones madrileños de las familias más adineradas.

La noble rio, atrayendo las miradas de su esposo y su sobrina.

—No puedo decir que vuestra visita me sorprenda, aunque sí que me sorprende vuestro atuendo. ¿Tan atrasados estáis en la Corte de Francia como para ignorar las modas?

—Francia aventaja a España en ese ámbito y su reina, Dios la halle en buena hora, es la cabeza de la elegancia y el buen gusto por linaje y por belleza —dijo su sobrina, con calma.

—Entonces, si estáis al lado de personas tan principales, ¿cómo es que no vestís de mujer?

—La ropa que llevo ahora mismo es la adecuada para pasar desapercibida

—contestó la menina.

—¡Válgame Dios! ¡Si ahora resulta que estoy ante un personaje principal! Perdonadme, «Majestad» —y al decirlo, su tía ejecutó una teatral y exagerada reverencia, abriendo mucho los brazos e inclinando la cabeza hacia un lado.

La joven se limitó a cruzarse de brazos. Sus ojos recorrieron el cuerpo orondo de la esposa de don Pedro, sin poder evitar hacer una comparación indolente entre ambas. Aun así, la compadecía: era como todas las de su género. Una loba en celo dedicada al parto y a la crianza de sus cachorros, a lucir siempre perfecta y a despotricar cuando la ocasión lo requería. Suspiró hondamente.

—Si es su atuendo lo que os inoportuna, Juana, perded cuidado: he hecho llamar al sastre de la Corte para que le tome medidas y le confeccione unos vestidos a su altura —intervino don Pedro—. Y no os preocupéis, que ya he hecho que le lleven un par de vestidos a su dormitorio para que sus ropas de hombre no os provoquen aspavientos.

—¿Al sastre de la Corte?! —gritó la mujer.

Se acercó a su marido y se inclinó con furia sobre él.

—¿Cómo osáis! ¿Acaso no veis que aún la distinguís más a ella que a mí? ¿Soy inferior a ella? ¿Acaso yo no merezco la misma deferencia?

—Si es la visita del sastre y los vestidos lo que os enfada, no os preocupéis, tía: no me hacen falta. Podéis gozar vos de su arte, que yo me apañaré con ropajes menos lujosos —y luego, a su tío—: Tío, si estimáis que mi presencia puede ser un inconveniente en esta casa, perded cuidado: permaneceremos aquí hasta que hallemos acomodo en otro sitio. No quiero ser una carga para vuestra vida conyugal.

—¿Cómo lo sabéis, pequeña rata!

—¡JUANA, CALLAD!! —rugió el noble.

Se estiró ante su mujer, que retrocedió unos pasos asustada. A pesar de la vejez y el hecho de que los años lo habían encorvado, aún conservaba su apostura y la planta que había hecho retroceder a muchos, ya fuesen jóvenes o ancianos, nobles o plebeyos. Su primer impulso fue golpear a su esposa; sin embargo, el brazo extendido de Aurora se lo impidió. La menina negó con la cabeza. El anciano tragó saliva. ¿Quién era aquella mujer? ¿Dónde estaba la niña que siempre había huido de su tía, la que siempre entraba a sus trifulcas hasta que una de las dos salía llorando?

Aurora hizo una última reverencia y se apresuró a abandonar las estancias, no fuese que su presencia siguiera caldeando el ambiente. La puerta se abrió y ella salió al pasillo, seguida por el eco de unos pasos apresurados que no se detuvieron hasta que la alcanzaron. Unas uñas se clavaron en su antebrazo, hundiéndose en la carne, hasta intentar hacerle sangrar. No le hizo falta girarse para saber quién era la que la agredía, la que estaba intentando llevarla hasta un límite que hace años hubiera alcanzado con una simple palabra.

—¿Acaso en Francia no os han enseñado educación, niña?

La muchacha sonrió.

—Extraña observación, viniendo de vos.

Se deshizo de aquellos dedos uno a uno, sin prisa, como si saboreara el momento. Alzó el brazo para observar el daño causado, aunque nada más allá de unas marcas rojas que no llegaron a perforar su carne, pese a la largura de las uñas de la que el destino había dispuesto como su tía.

—¡Muchacha insolente! ¡Yo os enseñaré!

Alzó la mano con la intención de cruzarle la cara. Aurora fue más rápida: no solo esquivó el golpe con un simple movimiento de cabeza, sino que también le sujetó ambos brazos sin darle tiempo a decir amén. Los ojos oscuros de doña Juana se abrieron como platos, manteniendo sus pupilas fijas en el rostro

de Aurora. Se fijó en sus facciones: seguía teniendo aún cierta redondez en la barbilla, aunque sus mejillas se habían delineado sinuosamente, dándole apariencia de mujer. Mantenían el color rosado, al igual que unos labios vibrantes que resaltaban sobre una piel de nácar. Juana sintió envidia de aquella tez al recordar que ella, para aclarar la suya, debía recurrir a polvos y cosméticos de dudosa procedencia. Tampoco pudo evitar lanzar una mirada a su figura, que cubría con ropas anchas de hombre que, sin embargo, no podían ocultar una cintura estrecha que resaltaba sobre el ancho de sus caderas.

La menina sintió cómo los miembros de su tía temblaban. Tras la rabia que sentía se ocultaba la pena que le daba. La perspectiva de haber podido acabar como ella, anclada en un matrimonio sin amor con alguien mucho mayor, presa de las cadenas de la costumbre, era un miedo que no se le iba de la cabeza. Tal vez devuelto a la vida por el fallido proyecto con don Álvaro... Tal vez olvidado por la expectativa de un futuro con Artal...

—Escuchadme bien —comenzó Aurora con calma—, no voy a haceros daño en esta casa, pues le debo respeto a don Pedro por todo lo que ha hecho por mi hermano y por mí, pero que sea la última vez que tratáis de agredirme. —La soltó—. Sabéis que no tenéis oportunidad contra mí y puede que la próxima vez mi temple no alcance a mi espada. —Para dar más énfasis a sus palabras, dio varios golpes a la empuñadura de su toledana, que pendía a un lado de su cintura.

—Bien le debéis respeto a vuestro tío y también a mí. No en todas las casas de buena reputación se avienen a recoger bastardos.

—Vuestra lengua de víbora no conseguirá que pierda los estribos...

—¡Y pensar que podríamos habernos aprovechado de nuestra situación! ¡Y pensar que habríamos podido obtener prebendas, más títulos! Y el tonto de vuestro tío se negó...

—A Dios gracias, mi tío es noble; no solo por título, sino también por sus actos.

—Un tonto —repitió Juana Enríquez, retorciendo su falda.

Tras ellas, se escucharon los ecos de los pasos acompasados de don Pedro, quien, previendo lo que podría acontecer, había salido de los aposentos, siguiendo la estela de su mujer y de Aurora.

—Sí, sois un necio que no supo sacar partido de un secreto real

—¿De qué habláis, mujer? —preguntó su esposo.

—¿Creíais que eráis el único que sabía la verdad? —Rio la descarada—. ¡Iluso! El propio rey nos lo confesó a mi padre y a mí antes de que contrajera matrimonio con vos. Decía que la verdad nos ayudaría a que entendiéramos vuestra misión. ¡Pobre imbécil!

—No os atreváis a hablar mal del Tercer Felipe —pidió Aurora. Mas su voz dejaba entrever que no era petición, sino mandato.

—Vuestro buen rey... Sí, un buen rey: por el día, un caballero piadoso, encerrado en sus reliquias; por la noche, un putero y un jugador que llevó al país a la bancarrota que hoy sufrimos.

— Por Dios, Juana, no sigáis —pidió el caballero—. No nos corresponde a nosotros...

—¡Habríamos podido ser ricos si hubiéramos amenazado al rey con hacer pública la historia! —chilló ella.

—¡Callad, Juana! ¡Nada sabéis!

—Dos bastardos reales... Dos hijos de puta nacidos de un capricho... ¡Lo hubiéramos hundido!

El silencio pareció instalarse en aquel pasillo.

Don Pedro apenas podía moverse, presa de uno de los múltiples ataques que le azotaban por aquella época. Era como si un gran pánico se apoderase de él e inmovilizara sus miembros hasta el punto de perder el control sobre ellos. Temblaba, sus manos se movían espasmódicamente, resaltando su palidez sobre el negro de sus ropajes.

Doña Juana, por su parte, mantenía el cuello tieso, el mirar desafiante; los brazos, en jarras sobre su cintura, que apenas era un recuerdo de su pasada

juventud. Su boquita se curvó triunfante. Rio. Sus carcajadas se escucharon en todo el palacio, una risa tenebrosa que helaba la sangre en las venas de la servidumbre y que parecía resonar hasta la última y más apartada buhardilla.

Sin embargo, Aurora seguía impertérrita. Su mano, aún sobre la empuñadura de su espada, manteníase inmóvil; su boca, herméticamente cerrada. Un silencio que parecía imposible romper, salvo por ella misma, al decir:

—Nada me habéis dicho que no supiera. Tratad de asombrarme con algo mejor que eso.

Sin darles tiempo a contestar, la joven abandonó al matrimonio a paso ligero. Las cabriolas de su capa se perdieron tras un recodo, compitiendo con el ondear de su corta melena castaña, que brillaba con los brillos del sol que se colaban por los cristales de la galería.

El marqués de Ardales miró gravemente a su mujer, quien, por toda respuesta, agachó la cabeza.

—¿Qué habéis hecho, mujer? Que Dios os perdone, pues acabáis de destapar la caja de los truenos.

—Llevas varias horas así, Artal. No creo que el nerviosismo sea buen compañero de viaje...

El gascón, echado sobre uno de los dos lechos que había en la habitación, mantenía la mirada fija en su compañero de armas.

Desde que habían llegado a casa de don Pedro, Artal se había encerrado en un hermético mutismo difícil de derribar. Se había despojado de la casaca y había comenzado a caminar por la habitación, arriba y abajo, como si solo andar pudiera otorgarle una calma que en absoluto sentía. De cuando en cuando, sus pasos lo llevaban a uno de los tres ventanales de la pieza y, con

mirar inquieto, contemplaba la calle, atento a cualquier incidencia. Cuando no parecía haber nada de su interés, lo cual era lo normal, giraba sobre sí y volvía sobre sus pasos.

Y así llevaban ya un par de horas.

—Es por Aurora, ¿verdad? —preguntó Pierre.

Artal se llevó una de las manos a la boca y comenzó a morderse las uñas, nervioso, mas sin detener su errático caminar.

El gascón se levantó para dirigirse hasta su posición y detenerle, apretándole el hombro con afecto.

—Artal, entiendo que la presencia de aquel joven español te haya puesto nervioso, pero no debemos sacar conclusiones precipitadas hasta hablar con Aurora.

—Debía ser yo quien estuviera consolándola, Pierre, no ese hombre.

—Nada sabemos sobre él —insistió su amigo—. Podría tratarse de un familiar, de un conocido...

—Ninguna familia tiene Aurora, aparte de Philippe y de su tío, bien lo sabes. Y un simple conocido no mira a una mujer como él la miraba.

—Aurora no es fea, precisamente, y su belleza hizo que el propio rey la mirase de forma lasciva. Creo que eres consciente de ello —dijo, tratando de bromear—. De todos modos, no deberías desconfiar de ella. Sabes que no se entregaría a otro hombre que no fueras tú...

—Y si me quiere, ¿por qué ha decidido ocultar nuestra historia a ojos de todos?

—Artal —Pierre apretó un poco más el hombro de su amigo—, ya te lo explicó en su momento: estamos en una tierra muy diferente a la nuestra y Aurora conoce la cerrazón de los españoles, su apego por las normas y por el qué dirán. Supongo que ha querido esperar a hablar con su tío...

—Sí —reconoció Artal—. Sí, de hecho, me dijo que iría a hablar con él...

—¿Es por eso por lo que nos ha pedido que la esperemos?

—Eso dijo...

—Pues fíjate, ya sabes más que yo —dijo Pierre, alegremente.

El gascón se dirigió nuevamente hacia la ventana, seguido por su compañero, que se situó en el ángulo opuesto.

—Creo que, aun así, deberíais andar con más cuidado a la hora de mostrar vuestro afecto, sobre todo ante el rey Felipe. —Miró a Artal—. A decir verdad, no me gustó su actitud para con nuestra amiga. —Mordiose el labio inferior y apretó el puño—. Qué desfachatez...

—Estoy seguro de que tanto el rey como don Pedro se percataron. Y eso me intranquiliza... —confesó el mosquetero—. Ya has escuchado sobre la fama de mujeriego del Cuarto Felipe. De cómo recorre los burdeles y corralas de la Villa en busca de mujeres de baja estofa y actrices. Se rumorea que mantiene un idilio con una famosa actriz de teatro...

—¿Temes que Aurora engrose su larga lista de amantes?

—En absoluto: estoy seguro de que su primer impulso fue el de golpearle, mas el respeto que le debe por su condición de rey fue más grande que la tentación.

Sí, era muy cierto. Conocían de los arrestos de la muchacha, sabían que no dejaba que nadie la dominase, fuera quien fuese. El beso que el descarado Felipe IV le había dado ante tantos testigos había sido un insulto para ella, pues debía sentirse como un premio que se ganaba o perdía a voluntad de un voluble hombre acostumbrado a alargar la mano y tomar lo que quería. Aun así, no era el monarca quien intranquilizaba a Artal, sino aquel joven desconocido que vio en las habitaciones de don Alfonso de la Quadra. Ella le había llamado Albert, y así se los había presentado cuando se percataron de su presencia. No sabía cuántos minutos llevaban abrazados, tampoco cuánto tiempo habían permanecido a solas en la penumbra de la cámara mortuoria. Se culpaba a sí mismo por haber tardado demasiado en llegar, por haberse demorado a la hora de abandonar el despacho del rey en pos de la menina; se

maldijo por no conocer los entresijos del regio Alcázar y haber tenido que esperar al anciano don Pedro para que él los guiase hasta el lugar adecuado. Recordó cómo había cerrado sus puños con furia, apretando las uñas hasta hacerse sangrar. Prueba de ello era la hilera de medias lunas que mostraba la palma de su siniestra. Había pronunciado el nombre de la joven no solo para llamar su atención, también para provocar una respuesta en ella; para separarla de aquel hombre que la rodeaba con sus brazos, enterrando su rostro lampiño en el cuello de la menina. Y lo consiguió... A Dios gracias, así pasó. Mas la reacción de Aurora no fue de sorpresa o estupor. Muy al contrario: la menina se había agarrado a su brazo, apoyando la cabeza en su hombro y rogándole en francés: «Llévame a casa». No había podido reprenderla como fuera su primera intención, no había podido afearle su conducta, pues en sus ojos negros no había culpa alguna: había dolor, había rotura... Había muerte... «Muerte soy», decía, sin que Artal comprendiera bien lo que quería decir.

No habían intercambiado palabra alguna hasta llegar a la casa señorial de don Pedro, cuyo carruaje siguieron a lomos de sus monturas. Durante el trayecto, sus ojos se habían fijado en Aurora, encorvada sobre *Relente* por el peso del dolor que la pérdida de su maestro le había ocasionado. Muchas eran las anécdotas que la joven le había contado sobre don Alfonso y sabía que se sentía culpable de su muerte al pensar que se debía al asesinato de su sobrino. Nada más lejos de la realidad... Don Pedro quiso entablar conversación con ellos, pero, entre que Pierre solo entendía algunas palabras del castellano y el propio Artal no tenía ganas de hablar, el recorrido, de apenas un cuarto de hora, le pareció una eternidad.

Al llegar, la acompañó hasta sus aposentos y allí aprovechó para besarla. Con furia. Con ansia. Ella no se había resistido. Muy al contrario: lo necesitaba, lo buscaba... Casi parecía necesitar las caricias apremiantes del mosquetero más que un baño, como le había ofrecido su tío. Aun así, lo separó dulcemente, recordándole donde se encontraban. «Te quiero», dijo él. «Yo también», siguió ella, «pero le debemos respeto a mi tío». Sintió su mano

suave y fresca sobre su mejilla barbada, sintió su caricia dulce; vio cómo acercaba su boca a la suya una vez más. Escuchó sus palabras: «No te preocupes, hablaré con él. No puedo vivir una mentira. Otra más, no». Y, besándolo, le pidió que la dejase.

Y habían pasado dos horas desde aquello. Dos horas interminables en la que ambos mosqueteros habían disfrutado de una buena ducha y un buen tentempié a base de vino, uvas y queso. Un refrigerio que trajo a la mente de Artal unos recuerdos dulces vividos más allá de aquellas cálidas tierras; el recuerdo del primer beso, de las primeras promesas, de una comparación que le había sacado una sonrisa.

El relincho de un caballo pareció sacarlo de su ensimismamiento. Abrió la ventana con brusquedad y se asomó. Pierre lo imitó. Los gritos de los criados se confundieron pronto con el cabalgar furioso de un frisón que cruzó la calle a gran velocidad. Sobre él, una figura grácil y delicada envuelta en una capa negra y con los cabellos al viento.

—¡¡AURORA!!—gritó Artal.

Ella no se volvió. El impetuoso trote de *Relente* se los llevó pronto fuera de su vista.

—Artal... —lo llamó Pierre.

—¡Voy tras ella!

Diciendo un juramento y armándose con su florete, el mosquetero se precipitó fuera de los aposentos, con dirección a las cuadras.

El gascón sabía que no podía detenerlo y se limitó a ver cómo partía desde la ventana. Se apoyó sobre el alféizar, con los dedos entrelazados y se dispuso a esperar a la pareja observando el ir y venir de plebeyos y cortesanos. Sus ojos se detuvieron en una esquina...

Unos ojos parecían observarlo, un rostro oculto tras una caperuza de color verde que escondía una presencia que vigilaba la casa. Por la aparente

tranquilidad de la figura, debía llevar allí poco tiempo como para que la gente ya reparase en ella. Y, sin embargo, algunos criados de la hacienda de don Pedro miraban al embozado de vez en cuando, suspicaces, recelosos. Sus miradas se cruzaron un momento. Apenas unos segundos. El tiempo suficiente como para que el uno reparase en el otro. Se observaron... Se estudiaron... Una extraña sensación anidó en el pecho de Pierre, que pareció removerse inquieto sobre el poyete en el que reposaban sus manos. La capucha cayó unos centímetros hacia atrás, descubriendo la fisonomía del desconocido, mas pronto volvió a ocultarse tras la capa de tela. Los miembros de Pierre se sacudieron y apoyó ambas manos sobre el quicio de la ventana, con los brazos extendidos.

—Creía que... Pero no... —musitó.

Se frotó los ojos con la manga, como si dicha acción le aclarase la vista y confiando que, una vez que la retirase, sus dudas se disiparían. Se cercioraría de si lo que había visto era verdad o ilusión.

Nada vio... Solo la sombra de un muro y el polvo que levantaba el viento.

Los pocos edificios de las afueras habían pasado a su lado sin que se diera cuenta. Las voces de los lugareños llamándole la atención y conminándole a que se detuviera no habían sido suficientes para refrenar el paso de *Guadiana*. La yegua corría a una velocidad tan endiablada que parecía que estuviera sobrevolando los adoquines del Camino de Segovia. Le parecía haber visto correr a Aurora en esa dirección, hacia la misma entrada por la que habían entrado en la Villa de Madrid esa misma mañana. O al menos, confiaba en que así fuera.

El puente pareció crujir bajo los cascos del frisón cuando lo atravesó. Espoleaba a su montura y le indicaba el camino que debía seguir más guiado

por su impulso, por un presentimiento, que por indicios racionales.

Azuzaba, gritaba, apretaba los dientes... Se aferraba con ambas piernas al lomo del animal, al que de cuando en cuando picaba espuelas, forzándolo a acelerar. No hacía falta decírselo, pues la yegua no necesitaba menores pruebas para lanzarse a una veloz carrera. Era tan parecida a *Relente* que hasta en eso podrían competir en igualdad de condiciones; si bien la yegua tenía un carácter mucho más impetuoso. Parecía un demonio salido del infierno, con sus crines negras al viento y lanzando espumarajos blancos por la boca.

«¿Dónde estás? ¿Por qué te has ido?», se preguntaba. Preguntas sin respuesta que sobrevolaban su mente.

Un grito en francés lo detuvo. Tiró fuertemente de las riendas de *Guadiana* para forzar su detención. La yegua cabeceó enfadada, abriendo mucho sus orificios nasales en señal de disconformidad. Artal palmeó su cuello, intentando tranquilizarla; sus ojos, buscando al autor de la llamada. A lo lejos, un caballero envuelto en una capa de color azul se acercaba a su posición a lomos de un soberbio ejemplar andaluz tordo. El animal, de porte orgulloso y cuello arqueado, más parecía un halcón que un equino, dada la curva del pescuezo y su arrogancia en los andares, tan majestuosos que parecía danzar sobre el terreno. El jinete se asemejaba a tan regio ejemplar en lo que respectaba a su apostura. Lucía ropajes que combinaban el tisú y el lino azul (prenda esencial para aguantar las altas temperaturas de aquella tierra); ocultaba sus cabellos castaños tras un sombrero de ala ancha de color azul, tocado con una gran pluma de color blanco. Sus ojos azulados brillaron al ver al mosquetero.

Artal reconoció en él a Albert, el desconocido que había abrazado estrechamente a Aurora.

—*Bonjour, monsieur* —saludó el español, llevándose una mano al sombrero—. *Comment allez vous?* [12]

—*Ça va bien, merci*[13] —Artal calló un instante—. Veo, con satisfacción,

que conocéis mi idioma, mas yo también conozco el vuestro. Podéis hablarme en vuestra lengua, si lo preferís.

—Celebro saberlo —confesó Albert, alegremente—. Así nuestras conversaciones serán más fluidas.

Apoyó ambas manos sobre el borrén de su montura, mirando a Artal con fijeza. En sus labios, una sonrisa.

—¿Qué os trae por aquí, caballero? —preguntó Albert—. Estáis lejos del palacio de don Pedro, y no creo que estéis contemplando el paisaje.

—Sois observador, monsieur. Aunque, ¿tan extraño os resulta que un francés salga a cabalgar por placer?

—Y tanto —bromeó el recién llegado—. No tenéis precisamente buena fama, y tampoco es que toméis a los españoles en consideración.

—Las simpatías de los españoles para con los franceses no son legendarias en Francia. «Franchutes» nos llamáis, ¿no?

—Y también «gabachos» —confesó Albert, riendo.

Artal sonrió también. Pese a los celos que había sentido al verlo con Aurora, debía reconocer que no parecía un mal tipo.

Albert se fijó en el caballo del mosquetero, que aún piafaba. Poniendo su montura cercana al frisón, alargó la mano y acarició a la yegua, que retiró la testuz, malhumorada.

—Hermoso animal. No se ven muchos de su clase por estos lares... —observó el español.

—No erráis, monsieur. Son más propios del norte.

—Creo recordar que don Pedro encargó de esas tierras dos frisonas para que sirvieran a sus sobrinos. Creo no errar en reconocer en este a uno de esos dos ejemplares. —Volvió a palpear el cuello del animal que, esta vez, se dejó acariciar, mucho más calmado.

—Entendéis de caballos, por lo que veo.

—Me he criado entre ellos, pese a mis orígenes. —Calló un instante—. Ahora en serio, ¿qué os trae por aquí? Debo admitir que llevo un buen rato siguiéndoos y aún no he podido adivinar el porqué de vuestra carrera.

En un primer momento, el francés no iba a confesarle la razón de su incursión por campos españoles. Sin embargo, pensó, no conocía aquellos parajes y, por mucho que espoleara a su yegua, desconocía dónde podría haber ido la menina. Optó por decir la verdad.

—Estaba buscando a Aurora...

—¿Ha tenido algún problema con su tía?

Artal abrió unos ojos como platos. El español permanecía tranquilo sobre su montura, arreglando una simulada arruga en sus guantes de ante, como si no quisiera dar importancia al hecho en sí.

—¿Cómo...?

—Cuando era más joven y su tío contrajo matrimonio con doña Juana, era frecuente que ambas damas chocasen. —Se estiró sobre el caballo, alzando la vista hacia el cielo—. Aurora era una niña y, aunque su tía era dos años mayor que ella y podía considerarse una mujer, era mucho más inmadura y se enfrentaban las más de las veces por un vestido que doña Juana estimase más lujoso que el suyo, por un comentario que creyera inapropiado, por la educación que recibía Aurora... Y menos mal que ella pasaba más tiempo en el Alcázar que en la vivienda familiar.

—Fue educada con la reina Ana, según me comentó.

Albert asintió.

—Una educación exquisita, si se me permite decir, impropia de una mujer de orígenes tan inciertos. Aunque el destino que trazó el rey Felipe para ella requería eso y mucho más. —Miró al francés—. Las pocas veces que permanecía en casa, se ocultaba en la biblioteca, donde no hacía más que leer. Siempre

que la visitaba, la encontraba allí, entre montañas de libros y rollos de pergaminos. —Hizo una mueca con la boca y chasqueó la lengua—. Rehuía la presencia de doña Juana, pero esta siempre se las apañaba para buscar a Aurora y sacarla de sus casillas. Ya sabréis que no tiene un carácter fácil.

—Lo sé...

Artal se acarició la mejilla derecha, recordando la bofetada que la menina le había propinado en tierras de Aragón.

—Por respeto a su tío, Aurora solía coger un caballo y venía a cabalgar por estos parajes. Así, evitaba peleas innecesarias y descargaba su furia. Cuanto más furiosa estaba, más lejana era la carrera.

—¿La conocéis desde hace mucho? —preguntó Artal, con vivo interés.

—Desde que don Pedro la acogió. Soy unos años mayor que ella y, dada nuestra similar condición, surgió pronto la amistad entre nos; al igual que con su hermano Felipe.

—¿Vuestra condición?

—También soy un bastardo —confesó Albert—; aunque, en mi caso, mi padre sí que me ha legitimado. No gozo de la primogenitura, algo entendible, pues chocaría contra toda moral; pero sí me ha criado y disfruto de unas ventajas que otros en mi situación no disfrutaban. Tal vez, por eso, siempre he sentido que debía proteger a Aurora.

—Entiendo...

—De todos modos, no puedo decir que la conozca bien. Más bien, creí conocerla... Desde su partida de las Españas, apenas hemos intercambiado unas letras y todas datan de la primera etapa que pasó en París. ¿Qué hizo allí? Lo desconozco. Aunque creo que vos lo sabréis mejor que yo.

—Puede ser...

—Me gustaría que algún día hablásemos del tema. Tal vez en el Alcázar, al que últimamente soy bastante asiduo.

—Os hablaré de todo lo que pueda hablar, aunque no me pidáis que os narre

cuitas que le atañen a ella personalmente.

—Creo que no entendéis, señor mío: todo lo que ataña a Aurora es de mi máximo interés. Por orden real, así debe ser, no importa cuál sea o haya sido su historia.

Al decir esto, miró a Artal de manera indefinible. Sus ojos celestes parecían traslucir un brillo de dureza, una luz diferente a la amabilidad que su voz y sus palabras le habían transmitido.

Albert tiró de las riendas de su montura y lo forzó a girar sobre sí.

—Os llevaré junto a ella. Creo saber dónde puede encontrarse.

El menor de los Briand no osó discutir con él. Se limitó a seguirle.

Ella permanecía sentada, con sus cabellos castaños al viento y el rostro libre de cualquier antifaz que ocultara su carita de rosa. Se acomodaba sobre una prominencia rocosa que, por arte de la naturaleza y por acción de las inclemencias del tiempo y la erosión, habían formado una especie de sillón de piedra, con su asiento y reposabrazos. Las piernas, abiertas; los brazos, cruzados sobre sus rodillas. La vista, al frente. Sus ojos negros estaban fijos en la gran mole gris que se veía al fondo, casi tan difusa que parecía una aparición; sus altas torres sobresalían entre la vegetación que rodeaba la construcción y se alzaban orgullosas hacia el cielo. Muchos decían que tenía forma de parrilla invertida, evocando el martirio de San Lorenzo; santo, bajo cuya advocación el Segundo Felipe había mandado construir la formidable mole que era el Monasterio y Palacio de San Lorenzo del Escorial. Malas lenguas decían que se encontraba en la mismísima boca del Infierno y que el hijo de Carlos V había dispuesto su construcción para evitar que el diablo emergiese de sus profundidades.

Un ladrido hizo que bajara la vista. Ante ella, un perro negro parecía observarla. No tenía manchas en su pelaje, tan brillante que parecía recién bañado. Quiso abrir la boca para llamarlo, mas el can abrió las fauces y enseñó los colmillos. Sus ojos, de un intenso color verde brillante, parecieron perderse bajo un hocico que se frunció. Espumarajos blancos emergieron pronto de su boca, sus colmillos brillaban al sol. Solo la veía a ella... En nada tenía más interés... Agachó el morro y gruñó.

La joven tragó saliva, mas sus miembros no se movieron. Parecía estar esperando que el can se lanzara sobre ella, que le sesgase la garganta con aquellos dientes afilados para, después, degustar su carne y beber su sangre. No era una perspectiva muy halagüeña en aquellas tierras de las que se contaba que eran morada de diablo. Rio para sí, avergonzada de tales pensamientos, más propios de la cerrazón y de los supersticiosos que de una mente tan aguda como la suya.

A lo lejos, los cascos de unos caballos se aproximaban a su posición. Escuchó voces de hombre que se acercaban. Se levantó y volvió a mirar al lugar en el que estaba el perro. Había desaparecido...

—¡Aurora!

Sin verlo, reconoció la voz de Artal, quien, descabalgando antes de que su montura frenase y olvidando por completo que no estaban a solas, recorrió la distancia que los separaba en un abrir y cerrar de ojos hasta envolverla con sus brazos. La menina asomó la cabecita por encima del hombro del mosquetero. Se asombró al ver allí también a Albert, que la saludaba con la mano en alto. Sonreía. Podía ver la hilera superior de unos dientes blanquísimos. La sombra de su bigote incipiente se perfilaba sobre su labio superior, aunque no le daba un aspecto sucio o zafio. Muy al contrario.

El abrazo de Artal se hizo más estrecho, estrujando el cuerpo de Aurora como si creyera que iba a desvanecerse. La joven cerró los ojos y rodeó la cintura del mosquetero con sus brazos. Aspiró su olor a cuero y a salvia, el

olor varonil que siempre le rompía sus esquemas y que se le había quedado grabado.

—Por Dios, Aurora, no huyas así otra vez —susurrole Artal—. Temía que te hubiera sucedido algo.

La joven no pudo responder. Unas pocas lágrimas se adhirieron a sus pestañas negras y sonrió feliz, enterrando su faz en el pecho del mosquetero.

El carraspeo del español los devolvió a la realidad. Los amantes intercambiaron una mirada, aflojando un poco el abrazo que los mantenía unidos, mas sin separarse.

—Esto me hace sospechar que los rumores sobre la muerte de don Álvaro son algo más que eso. —Albert descabalgó y dio unos pasos hacia ellos—. Decidme, ¿acaso tuvisteis algo que ver?

—No —dijo Aurora rápidamente—. Aunque no puedo negaros que, si no hubiera muerto, Philippe hubiera estado dispuesto a matarlo con tal de liberarme del compromiso.

—¿Philippe? —Albert enarcó una ceja—. Os referís a Felipe, ¿no?

—Así es —confirmó la joven—. Ambos afrancesamos nuestros nombres con el fin de integrarnos mejor en la Corte.

—Y ya veo que os integrasteis perfectamente... —observó el español, dando un suspiro y mirando al militar.

Artal la miró. La joven se deshizo de su brazo, acercándose un poco más a Albert.

—De nada vale ocultarlo ante vos, Albert, mas os pido discreción para con mi tío. —Miró a Artal.

—Aurora, aún sois joven. Diablos, ¿sois casi una niña! ¿Y si vuestro lugar no está en Francia?

—Lo desconozco... Desconozco el lugar al que me llevarán mis pasos,

hacia dónde se dirige mi vida... Por eso he venido a las Españas: para descubrir quién soy.

—¿Sigue siendo ese vuestro único interés? Aurora, a veces es mejor no saber.

—El conocimiento nos hace libres, Albert, y solo descubriendo de dónde vengo podré alcanzar la paz. —Bajó los párpados lentamente y miró de reojo al mosquetero. Un súbito rubor tiñó sus mejillas—. Eso y... poder caminar junto a quien amo —dijo, con voz ronca, sin poder evitar mirar a Artal de reojo.

Albert enarcó una ceja. Aurora no pudo asegurarlo, pero le pareció que los ojos de su antiguo amigo miraban con recelo a Artal, con la desconfianza propia de un hermano mayor. Su boca se había torcido en un rictus de incredulidad que no le restaba un ápice de encanto a su rostro; es más, los dos hoyuelos que aparecieron en torno a su boca le daban un aspecto de niño malo que, de niña, siempre la encandilaba.

—Tal vez a quien tengas que convencer sea a otro y no a tu tío de eso a lo que llamas *tu camino*—observó Albert, en alusión al rey—. Tiene un raro interés por vos, Aurora. Os aprecia de un modo que no acierto a entender. Es como si le pertenecierais, como si fueseis para él algo más que una simple menina al servicio de su hermana. Como si...

El español volvió a ajustarse los guantes en un gesto que, Artal adivinó, le era muy peculiar, especialmente cuando estaba nervioso o contrariado. Se acercó a ellos con paso lento, sin aparente prisa, hasta quedar próximo a la menina.

—No, es algo que va mucho más allá de vuestro buen hacer. Es como si... No sé... Debo confesar que a veces no entiendo a nuestro rey.

—Yo sí... —Giró el rostro. Sus cabellos volvieron a mecerse con el viento—. Hace tiempo que creo entender por qué...

Los ojos azules de Albert miraron hacia el Escorial, hacia el lugar que antes contemplara la muchacha.

—Siempre veníais aquí de pequeña —comenzó a decir Albert—. Siempre solíais sentaros en este sillón de piedra y observabais el monasterio como si nada más os interesara. En ocasiones, casi me recordabais al propio Felipe II, del que, se decía, solía venir aquí para contemplar la evolución de su gran obra.

—Dudo mucho que el rey viniera aquí para supervisar las obras —observó la menina—. La visión del Escorial es muy parcial y difusa y, aunque el Gran Felipe tuviera vista de águila, no creo que lograra apreciar cada detalle o cada supuesto error.

—Aun así, parecíais una reina sentada en su trono...

Alargó la mano y cogió un mechón de pelo de la joven para besarlo. Artal sintió un leve temblor en su cuerpo, temblor que cesó al sentir cómo los dedos de Aurora se entrelazaban con los suyos y le daban un cálido apretón. Aun así, su respiración se tornó agitada. Instintivamente, llevó su siniestra al lugar en el que reposaba la espada.

—Tal vez vuestra importancia se deba a eso: a que sois una reina sin corona, la reina que Felipe hubiera gustado desposar y a la que quiere tener cerca de sí —sugirió el bastardo del conde de Elda.

Aurora no contestó. Se limitó a liberarse del abrazo de Artal y a bajar con lentitud las improvisadas escaleras que el paso del tiempo habían ocasionado en la roca. Silbó. Su fiel frisón acudió presto a su llamada, con sus crines rompiendo el viento. La muchacha se agarró al borrén de la silla para tomar impulso y montó sobre su caballo.

Los hombres descendieron de la Silla de Felipe II con sus ojos clavados en la muchacha. Ella mantenía su mirada fija en el cuello de su fiel equino, que se encontraba erguido, listo para iniciar la cabalgada cuando ella le diera la

señal. Los miró. Su rostro, más pálido que de costumbre, exhibía una tristeza difícil de ocultar; una melancolía que iba más allá de lo que su mente pensaba, un secreto imposible de decir.

—Es tarde. Regresemos —dijo.

Era cierto. A lo lejos, los últimos rayos del sol pintaban con brillos aloques el cielo de las Españas. Parecían haber pasado días desde su encuentro con el Cuarto Felipe y, sin embargo, había sucedido esa mañana.

Picó espuelas a *Relente*, que inició la marcha a gran velocidad.

No bien los hombres iban a seguirla y habiendo recorrido el frisón varios pasos, observaron horrorizados cómo la joven caía del caballo. Su cuerpo impactó contra el suelo con fuerza, cayendo como un pesado fardo que hubiera salido despedido de una carreta. Ambos gritaron y corrieron junto a ella. Artal, más rápido que Albert por su condición militar, llegó primero; el bastardo, tardó un poco más.

Un filo hilillo de sangre recorría las sienas de Aurora, que permanecía tendida boca arriba, sobre un suelo veteado de pasto y cardos secos que parecían clavarse en la piel de la menina, de forma indiscriminada. Sus ojos negros, fuertemente cerrados; su boca, entreabierta. Había perdido el conocimiento y yacía como si estuviera muerta. Artal se deshizo de los guantes, se arrodilló y la cogió entre sus brazos, alzándole la cabeza y examinándole la herida de la frente, de la que manaba un reguero de sangre.

—Es extraño... —dijo Albert, llegando a la carrera—. Aurora jamás se ha caído de un caballo desde que tenía seis años...

Artal mordiose los labios. Recordaba aquella vez en que, haciéndose pasar por Philippe y herida en el muslo a consecuencia de una bala que iba destinada a él mismo, había caído de lomos de *Relente*, víctima del agotamiento y la pérdida de sangre ocasionada. Es cierto que jamás la había visto desfallecer, que podía permanecer horas y horas cabalgando sin mostrar

síntoma alguno de cansancio. Entonces, ¿por qué?

A lo lejos, *Relente* se había detenido y pastaba tranquilo, buscando con el hocico los escasos brotes de hierba que crecían tiernos entre la maleza.

Capítulo IX: Secretos y verdades.

La conjura de Versalles

—Aurora, no entiendo cómo habéis podido huir de esa manera. Creía que habíais madurado, pero ya veo que hay cosas imposibles de cambiar. Ya conocéis a vuestra tía: es grosera y egoísta por naturaleza, estáis curada de espantos en ese aspecto.

La voz de don Pedro de Guzmán sonó preocupada; sus ojos oscuros, perdidos bajo las arrugas de su amplia frente. El anciano caballero permanecía sentado sobre el lecho de su sobrina, a la que habían acomodado en su antigua habitación. Sus manos ásperas apretaban con fuerza la siniestra de la menina, que yacía recostada, con un par de grandes almohadones que le permitían incorporarse.

Aurora se limitó a hacer una mueca con la boca, con la que dejaba patente su incomodidad por saberse el centro de atención y por ser el objeto de aquella reprimenda por parte de su tío. Ya hacía rato que había recuperado el conocimiento y, por más que juraba y perjuraba encontrarse bien, Artal y Albert se mostraron inflexibles a la hora de emitir su diagnóstico: había sufrido un golpe en la cabeza y podía haber peligro de una leve conmoción, por lo que el reposo era lo más adecuado. Dado que la muchacha se había negado a que un médico la reconociera, tuvo que acatar las recomendaciones

que Artal, en calidad de galeno, impartió.

Sus ojos negros recorrieron la habitación, mientras el militar le aplicaba un paño humedecido en agua fresca sobre la frente, tratando de contrarrestar la hinchazón producto de la contusión. Reconoció objetos familiares de su adolescencia, tales como elementos de tocador (un cepillo, una polvera...) y algunos cuadros pintados por ella misma, con trazos infantiles, donde trataba de reflejar los ambientes propios de su niñez. Junto a la cama, una estantería bien provista de libros de variado tipo: el *Amadís de Gaula*, *Tirante el Blanco*, las obras de Garcilaso... Creyó reconocer en uno de ellos el que había estado leyendo días antes de su partida a Francia, pues sus páginas estaban separadas por una cinta encarnada que señalaba el punto de la lectura. Suspiró. ¿Cuántos años habían pasado desde aquel día? ¿Qué quedaba de aquella niña? Solo unos dibujos y libros con páginas marcadas...

Don Pedro interrumpió sus membranzas para acariciarle el rostro. Notó el tacto áspero de la mano de su tío, ajada por el paso del tiempo. No pudo evitar fijarse en las manchas oscuras que la edad había dejado en el dorso.

—Aurora, creo recomendable que os examine un médico —dijo su tío.

—Don Pedro tiene razón —afirmó Albert, en pie tras don Pedro—. Una caída de un caballo no es algo que deba tomarse a la ligera, y menos siendo mujer.

—Por favor, olvidad mi condición por un instante —protestó la joven—. Estoy acostumbrada a montar desde pequeña y puedo aseguraros que no soy la primera ni seré la última en caer de un caballo.

—Insisto, Aurora, en que es recomendable que os visite un galeno... — reiteró Albert.

—Artal tiene conocimientos médicos suficientes como para tratar una caída de este tipo —. Miró al mosquetero—. Si ha conseguido extraer balas o coser heridas de arma de fuego, dudo que no pueda hacerse cargo de algo tan baladí.

El aludido no pudo evitar mirarla de reojo, mientras depositaba la gasa sobre una palangana de metal. Sus ojos se encontraron con los de la joven, que

seguía observándolo, rogándole en silencio que se hiciera partícipe de aquella pantomima, pidiéndole que quitara importancia a algo que no revestía mayor gravedad... «Sácalos de aquí», parecía decir. Sabía que aquel inesperado formalismo se debía a sus propios deseos por no manifestar aún la naturaleza de su relación a ojos de su tío, punto en el que no estaba de acuerdo, pero que acataría hasta que ella estimara llegado el momento oportuno.

—Don Pedro —comenzó el francés—, es cierto que apenas soy un aprendiz, pero si el estado de vuestra sobrina revistiera algún tipo de gravedad, yo sería el primero en hacer llamar a un médico.

—Si vos lo decís... ¿Qué aconsejáis, entonces?

—Sería repetirme con respecto a lo ya dicho: que repose y comprobemos cómo pasa la noche y, con base en su evolución, ya decidiremos. Por lo pronto —la miró—, permaneceré junto a ella esta noche, observándola. Así podré atenderla en caso de que hubiera algún problema o avisar al galeno si yo no pudiera hacer más. Creedme, no hablo como amigo ni como hombre; hablo como médico y, como tal, es mi deber atender a mi paciente en todo lo que precise.

—Señor, estimo que no es conveniente que un mosquetero permanezca a solas con una dama —musitó don Pedro—. No dudo de vuestra honorabilidad, mas la fama de libertinos de los de vuestro cuerpo ha llegado hasta las Españas.

—Mi señor, ninguna oscura intención me guía. Conozco a vuestra sobrina y hemos compartido largas jornadas de viaje en las que jamás he osado ponerle un dedo encima.

—Aun así, los temores de don Pedro parecen razonables, caballero Artal —intervino Albert—. Al fin y al cabo, esta es una casa de buena reputación.

—Y seguirá siéndolo —lo cortó Artal, con firmeza—. Tengo conocimientos médicos y ya he tratado antes a Aurora en lo que a curas se refiere —miró a la joven—, y nada más que su bienestar es lo que me guía.

Aurora tragó saliva con evidente incomodidad y desvió la mirada.

Frente a la cama, la puerta estaba abierta, con Pierre apoyado en el dintel. El gascón mantenía brazos y piernas cruzados, mas su mirada permanecía atenta a cualquier movimiento que se produjera en aquella alcoba. Tras una ventana, pudo vislumbrar cómo en el cielo comenzaban a diluirse los tonos de azafrán del atardecer para cubrirse con los colores añiles de la noche. Algunas estrellas comenzaban a titilar débilmente, siendo apenas leves presencias de sí mismas, lejanos espectros de su brillo verdadero.

Volvió a mirar a Artal, que permanecía erguido, expectante, con ambas manos colocadas en sus caderas. Su mirada, fija en Albert y don Pedro. De cuando en cuando, miraba a la joven, esperando una respuesta por su parte, una autorización. Aurora pareció darse por vencida.

—Podéis estar tranquilo, tío. Si osa ponerme un dedo encima, gritaré —dijo la joven—. Además, ya sabéis que no soy presa fácil.

Estas palabras, lejos de tranquilizar a don Pedro, motivaron un pequeño temblor en sus manos. Aun así, sabía que de nada servía discutir con su sobrina: ya de pequeña era cabezota, por lo que siendo ya adulta creía inútil llevarle la contraria. Suspiró y, tras besar a la menina en la frente, se aprestó a abandonar los aposentos. Albert le siguió de cerca, mas, antes de abandonar la habitación, tuvo tiempo de volverse y decir:

—Cuidado con lo que hacéis, Aurora. Tened presente lo que el rey espera de vos. Lo que yo espero...

No le dio tiempo a posible réplica, pues salió apresuradamente ante los ojos de los mosqueteros y la menina.

—Os dejo solos. Me aseguraré de que nadie os moleste —dijo Pierre.

Y cerró la puerta a sus espaldas.

Ambos quedaron a solas por primera vez en mucho tiempo, inmersos en un

silencio incómodo que solo era roto por el traquetear de las ruedas de los escasos carruajes que circulaban a esas horas por la calle. A lo lejos, las voces de la ronda se dejaron oír, anunciando la calma o dando el alto a algún transeúnte sospechoso. Luego, el silencio... Otra vez... Y así, un bucle infinito.

El mosquetero se sentó junto a ella, rodeando sus hombros con el brazo. La joven recostó la cabeza sobre su pecho y entrelazó los dedos de su siniestra con los de Artal.

—¿Estás bien?

Aurora asintió, entrecerrando los ojos y esbozando una sonrisa. Tranquila, feliz...

—Deberías haberte dejado reconocer por un físico. Tengo ciertos conocimientos, no lo niego, pero en temas propios de tu sexo soy un negado.

—No ha sido más que una caída, Artal; deja de preocuparte. —Lo miró—. Solo es el cansancio del viaje. Mañana estaré bien para iniciar la misión que nos ha traído aquí.

Artal torció el gesto.

—¿De verdad? Me da la sensación, Aurora, de que nos ocultas algo y de ahí tu reticencia.

—Por Dios, Artal, ¿qué habría de ocultar? —Rio—. Habéis estado conmigo durante todo el viaje y nada ha habido de extraño en mi comportamiento.

—Si tú lo dices... —El mosquetero hizo un mohín de hastío—. Aun así, opino, Aurora, que deberías tomarte unos días de descanso. Deberías recuperar fuerzas, comer en abundancia... Ya habrá tiempo para averiguar lo que sea que te preocupa.

—Tiempo es lo que menos tenemos, Artal.

Y era cierto: el embarazo de la reina seguía su curso, a juzgar por las cartas que recibieron por parte de Héctor y Philippe, y todo hacía presagiar que el

alumbramiento tendría lugar antes de final de año. Su alejamiento de Francia, de su señora, podía suponer problemas; y saber a Ana de Austria sola ante semejante trance no era plato de buen gusto para la menina, quien siempre había estado junto a ella.

El mosquetero no contestó. Tan solo sonrió y, dándole un beso en la frente, procedió a recostarse en el suelo, sobre una alfombra situada junto a la cama.

—Intenta dormir, Aurora. Velaré tu sueño durante toda la noche, si es preciso.

—Artal, deberías dormir también. —Se incorporó, sacando las piernas del lecho—. De nada vale que pases una noche incómoda si mi estado no reviste peligro.

—Jamás podría dormir tranquilo sabiendo que podrías sufrir algún tipo de recaída.

— Al menos, usa tú la cama —dijo ella, ocupando un lugar en el suelo junto a él—. No me perdonaría que no pudieras pegar ojo.

Quiso seguir con sus divagaciones, mas no pudo...

Sin verlo venir, los fuertes brazos de Artal la levantaron en volandas y la depositaron suavemente sobre el colchón. Su cuerpo, cubriendo parcialmente el de la joven; el rostro del mosquetero, tan próximo al suyo que podía sentir su respiración cálida sobre la piel. Tragó saliva, sintiendo cómo sus mejillas se encendían.

—Un hombre de verdad jamás podría permitir que una mujer durmiese en el suelo, Aurora.

La menina abrió la boca para protestar, mas no pudo... Súbitamente, los labios de Artal se cerraron sobre los suyos, acallando cualquier conato de queja. La joven se revolvió un poco, mas pronto se sintió desfallecer bajo el fuerte abrazo de su amante, que rodeó su fino talle y la atrajo hacia sí. Casi no podía refrenar los latidos apresurados de su corazón, ni el calor que la

embargaba cada vez que el cuerpo de Artal rozaba el suyo. Sintió cómo, de manera inconsciente, sus cuerpos se frotaban el uno contra el otro.

—Artal... —musitó su nombre, con los labios húmedos.

Lo empujó suavemente con ambas manos al caer en la cuenta de dónde se encontraban, forzándolo a retirarse. Artal jadeaba, igual que la menina. Sus rostros, cubiertos por el rubor; sus labios, brillantes por la saliva.

Él sujetó sus manos y comenzó a acariciarlas. Su mano se movió sobre el pecho de la joven, acariciando con movimientos pausados la parte de piel que el recatado camisón dejaba a la vista. Bajó un poco la cabeza y besó su cuello con dulzura, aspirando la suave fragancia que emanaba del cuerpo de aquella mujer.

—Artal... —su voz sonó ronca. Consciente de lo que allí pasaba, se echó a un lado y señaló el hueco que había junto a ella—. Esta cama es suficientemente grande para los dos y... —casi no le salían las palabras—. El calor de tu cuerpo siempre ha sido mi mejor medicina...

La menina agarró al militar por la cintura y lo forzó a que se recostara junto a ella. Sus caras, muy próximas, apoyadas sobre la misma almohada. El mosquetero le retiró un mechón que le cayó sobre el rostro, lo que provocó que una sonrisa aleteara en los labios sonrosados de la mujer.

—¿Y si nos descubren? —preguntó el mosquetero, rozando su mejilla con los labios.

—Pierre vigila. Si alguien viene, nos advertirá de ello. —Sus dedos comenzaron a desabrochar uno a uno los botones de su camisa.

—Aun así, decías temer a que tu tío supiera la verdad... —Deshizo con inusitada habilidad el femenino lazo que cerraba el frontal del camisón.

—Sabes que a nada temo. Y, de todos modos, no hacemos nada malo: estamos prometidos. Y, aunque hubiera algo malo en ello, ¿qué perderíamos si

nos descubrieran?

— Nada... —confesó él—. Hace tiempo que lo ganamos todo...

Camisa y camisón pronto se vieron en el suelo.

Los ojos azules del cardenal permanecían bajos, fijos en la punta de uno de sus mocasines, que asomaba por debajo de la túnica. Parecía jugar con una pequeña margarita que, descarada, había osado florecer en aquel vasto campo que rodeaba el que un día sería el Palacio de Versalles. Con cuidado de no romperla, la movió subrepticamente, temeroso de que sus zapatos pudieran mancharse con los restos de savia y rocío que perlaban las briznas de hierba. Su ensimismamiento se vio turbado por una detonación que sonó muy próxima a él y, seguidamente, por los ladridos de una jauría de perros que empezaron a correr despavoridos en una dirección concreta. Al girar sus ojos, la risa de Luis XIII lo recibió.

Habían acudido a Versalles, como en tantas otras ocasiones, auspiciados por uno de aquellos cambios de humor que atenazaban al monarca cuando la vida en París se le antojaba demasiado asfixiante. No en vano, había hecho construir aquella residencia de tejados de pizarra azul para huir del calor de la urbe y gozar de una de sus aficiones más famosas: la caza.

El rey, ataviado con pantalones y chaleco de paño pardo, y una camisa blanca de lino, se afanaba en otear el horizonte, con las manos sobre las caderas. Su cabeza de rizos negros, cubierta con un sombrero de ala ancha de color verde, adornado con una gran pluma roja. La jornada matutina se le estaba dando bien y ya había abatido no menos de veinte perdices en una hora. Aun así, estaba ansioso por matar algún jabalí o algún faisán, por lo apreciado de su carne y por la posibilidad de disfrutar de una opípara comida cazada por él mismo.

Su mozo le tendió la escopeta, ya cargada, que el rey volvió a orientar en dirección a unos matorrales que creyó que se movían. Un ojo abierto, otro cerrado; trataba de precisar su puntería y estar preparado ante cualquier presa que se le presentara. Daba igual su clase, daba igual su origen. Era su rey, su dueño, y todas valían para él, grandes o pequeñas.

Una nueva detonación que hizo que los perros volvieran a lanzarse en una endiablada carrera amortiguó los pasos de una recién llegada que, protegiéndose del calor del sol con una sombrilla, se aproximaba a Su Majestad. El cardenal miró al rey y, discretamente, le advirtió de aquella presencia con un leve movimiento de su cabeza.

—¡Mi querida Henriette! —dijo el rey, abriendo los brazos para acoger a la visitante.

La aludida se arrodilló, olvidando por un momento que el césped podía acabar con la pulcritud de su vestido de satén de color azul. Aun así, los brazos del rey la alzaron rápidamente para estrujarla contra su pecho, sonriendo con calidez.

Se separó un poco para poder observarla bien. Era una dama. Más bien una niña. Tenía las mejillas sonrosadas y la piel tan blanca como la leche, formas de muñequita crecida por sorpresa y labios rojos. Por la tersura de su tez y por lo redondeado de la barbilla, quedaba claro que la dama en cuestión no podía tener más de quince años. Tampoco su voz había adquirido la tonalidad definitiva, pudiendo sonar a veces grave y a veces aguda; y, en algunos puntos de su frente, lucía las marcas del acné que la inmisericorde mano de la pubertad dejaba a su paso cuando el cuerpo humano se aprestaba a dar el salto de niña a mujer. Henriette mantenía sus ojos negros gachos y se movía con ademanes torpes, propios de la inexperiencia de los pocos años. Aun así, su presencia no estaba exenta de la majestad y elegancia que caracterizaban a aquellos Borbones que tanta fama cobrarían a lo largo de la historia. Y en su carita de niña se atisbaba una mínima parte de la belleza que la haría famosa

cuando alcanzara la edad adulta.

Luis XIII sonrió, contento de los encantos de su hermana menor y se aprestó a besarla en ambas mejillas.

—¿Estáis contenta, hermana?

Henriette no contestó. Apenas un murmullo salió de sus labios, similar a un aliento entrecortado.

—Celebro que hayáis acudido a Versalles para informaros de los pormenores de vuestro matrimonio, Henriette. Hay mucho que hacer todavía y estimo que os queda aún mucho por aprender de la Corte inglesa.

—Muy poco sé, en verdad, de Inglaterra, Majestad —acertó a decir Henriette, con voz ronca—. Aun así, las cartas de mi prometido me animan a seguir aprendiendo y me llenan de certeza con respecto a mi destino.

—Un destino que es muy posible que se os presente antes de lo que esperáis.

Los ojos oscuros de la princesa se abrieron como platos. Una mortal palidez la cubrió.

Comenzaron a caminar. La menor, asida al brazo que gentilmente le ofreció su hermano el rey. Richelieu y el resto de los vasallos, unos pasos por detrás, respetando la privacidad que la charla merecía.

—¿T... tan... tan pronto habré de... pa... partir? —dijo temblando como una hoja.

—No, mi querida hermana —la tranquilizó el rey—. A decir verdad, es probable que el viaje se demore aún unos meses. Como ya sabréis, el rey Jacobo está aquejado de una misteriosa enfermedad que le impide ocuparse de los asuntos de gobierno, por lo que es Carlos quien se ocupa del buen funcionamiento del reino. No le queda mucho tiempo de vida, por lo que es posible que, lejos de lucir la diadema de princesa de Gales, ostentéis una

corona de reina.

Henriette tragó saliva. Sus pasos, vacilantes, se tornaron aún más, forzando a su hermano a acortar sus largas zancadas, con el fin de acompañarse a las pisadas inseguras de su hermana.

—¿Acaso no os complace?

En los iris oscuros de su hermana creyó ver la sombra del miedo por vez primera. Ciertamente era que Henriette nunca había destacado por ser ambiciosa u osada; a decir verdad, ninguna de sus hermanas había sido arrojada en asuntos matrimoniales. Si acaso, tal vez Cristina, la mediana, casada a los trece años con Víctor Amadeo de Saboya, había demostrado más habilidad para el juego de la política y había sido más inclinada al lujo que la discreta Isabel y la siempre tímida Henriette. No obstante, era la menor, aquella niña que no dejaba de temblar, la que habría de enfrentarse a un destino que solo creía oculto entre nubecillas, más allá de sus ensoñaciones de palacios de cuento y vestidos de muselina.

Luis XIII quiso hablar, mas, para su sorpresa, la voz de su hermana se dejó oír clara y segura:

—Madre siempre me educó para reinar. A todas nosotras se nos hizo la promesa de alcanzar la gloria a través de nuestros matrimonios, ya fuese como reinas o como simples duquesas de algún territorio lejano cuya situación favoreciera a Francia. Me enseñaron que en este tipo de elecciones el corazón poco o nada juega, por lo que me considero afortunada de saberme amada por Carlos. —Lo miró—. Aún soy joven, Luis, y sé que no sé nada de la vida, pero espero y deseo que mis súbditos me recuerden siempre con cariño y que, cuando me presente ante Dios el Día del Juicio Final, pueda hacerlo con la cabeza alta y segura de que jamás hice mal a nadie de forma consciente.

A Luis de Borbón le sorprendió aquel aplomo por parte de su hermana más joven, que agarraba su brazo con fuerza, resistiéndose a soltarlo, como si lo

estimara el único punto de apoyo que la unía a aquellos jóvenes años en que aún no tenía que preocuparse por el futuro o por las relaciones políticas que decidirían su destino. Bien sabía que la hora había llegado, que pronto dejaría de ser una niña para convertirse no solo en una mujer casada, sino en la madre de todo un pueblo, cuyas costumbres y religión no eran las suyas. ¿Aceptaría el cambio? Carlos había sido a ese respecto muy claro cuando se fraguaba su matrimonio con la infanta María Ana de las Españas, por lo que temía que Henriette habría de convertirse a la religión anglicana. Y, sin embargo, ¡era tan joven! Quince años eran muy pocos para casar a una niña que apenas se había despegado de las faldas de su madre...

La miró. Henriette sonreía con tristeza, manteniendo sus ojos oscuros bajos; sus dedos blancos azotados por un imperceptible temblor que solo el roce con el brazo de su hermano podía percibir.

—Aun así, hermano mío, quisiera pedir os una última gracia antes de partir.

—Sea cual sea, consideradla concedida.

—Hay... Hay ciertos temas que no pueden ser consultados a una madre por razones de decoro y por el respeto que le debemos; ante la ausencia de mis hermanas, me preguntaba si permitiríais que me entrevistara con vuestra esposa.

—¿En qué podría ayudar os la reina Ana?

—Ella es mujer y extranjera en una Corte que no es la suya, como yo lo seré en Inglaterra —. Arrodillose ante él y apretándole las manos, suplicó—: Por favor, Majestad, permitid que vuestra esposa me instruya...

Luis XIII apenas si pudo hablar, dada la turbación que le produjo aquella petición. Que su hermana pequeña preguntase a su esposa acerca de secretos de alcoba y de las artes empleadas en el lecho marital, podría sacar a la luz sus desavenencias conyugales que iban más allá del simple alejamiento. Aun así, estimaba que Henriette tenía razón. Y ya había dado su palabra. Desdecirse. Le hacía perder credibilidad como rey y símbolo de la justicia.

El rey asintió, palmeando las manos de su hermana, que sonrió y, considerando finalizada la entrevista, se aprestó a volver al refugio de caza, envuelta en su nube de gasas celestes.

Sin hacer ruido, el cardenal se acercó al rey.

—¿Va todo bien?

—Un pequeño contratiempo nos ha importunado, pero nada que no pueda arreglarse.

Comenzó a andar en dirección a un estanque artificial donde se estaban realizando obras hidráulicas. El olor a agua estancada competía con el olor a los primeros brotes de hierba del otoño. El cardenal le seguía de cerca.

—¿Y vos? ¿Tenéis algo que contarme?

—Poca cosa, Majestad, excepto los vientos de guerra que vienen de las Españas. El flujo de mercenarios es continuo por los Pirineos, aunque es probable que pronto se envíen tropas oficiales.

—¿Son fiables vuestras fuentes?

—Las mejores. —El cardenal estirose con orgullo, acariciándose su largo y puntiagudo bigote.

—¿Y qué hay de Chambords?

—Sobre ese particular, hemos recibido misiva de uno de nuestros espías. Todo avanza según lo estipulado, aunque hay un elemento subversivo que podría descubrir nuestra tapadera.

—¿Es prescindible?

—¿Quién no lo es?

—Pues decidle a vuestro hombre que actúe en consecuencia.

El rey se inclinó y cogió un guijarro del suelo. Lo miró detenidamente, como si no hubiera nada más interesante en el mundo para él. Lo acarició con la yema del pulgar, le dio vueltas en su mano...

—Ya no me hace falta y, cuando alguien deja de ser necesario o supone una amenaza, se elimina.

Lanzó el guijarro con todas sus fuerzas al estanque. Un plop rompió el espejo que de sí mismo le devolvían las aguas, describiendo varias ondas.

Había abierto los ojos cuando sintió cómo los primeros rayos de sol se colaban a través de las cortinas. Se pasó la mano por la cara, resistiéndose a despertarse, tras una noche en la que los besos y el calor parecían haber dado algo de calma a su ánimo. Extendió un brazo y, con no poca sorpresa, palpó la superficie de la cama. Se incorporó, cubriendo su cuerpo desnudo con la blancura de las sábanas del lecho, moviendo su cabeza en todas direcciones, inspeccionando cada centímetro de la alcoba. ¿Dónde estaba? Creía que, al despertar, los ojos oscuros de Artal la saludarían con su brillo feliz, evocando lo allí vivido durante la noche.

Unos golpes en la puerta sonaron, forzándola a mirar en aquella dirección.

—¿Sí?

—Aurora, noticias de Palacio. Debéis ir a presencia de la reina.

Era la voz de Pierre la que sonaba desde el pasillo, devolviéndola a la realidad. ¡Casi había olvidado su entrevista con la reina!

Rápidamente, se aseó y se vistió con un sencillo vestido de color azulado y complementos de encaje de color crudo, que cubrió con una capa de color verde oliva. Se miró al espejo y trató de atusarse los cabellos castaños con los dedos, obviando el cepillo que había sobre la superficie del tocador. Suspiró. No podía evitar aquellas pequeñas muestras de coquetería femenina que tanto trataba de ocultar. Dio una vuelta sobre sí misma para valorar su aspecto por última vez y, haciéndose con un hatillo de viaje no demasiado abultado,

procedió a abandonar sus aposentos.

La puerta cedió bajo el empuje de su mano, mostrándole la siempre afable presencia de Pierre, quien la recibió con una sonrisa.

—¿Cómo os encontráis esta mañana? —preguntó el gascón.

—Como una rosa —bromeó ella.

—Celebro que los cuidados de vuestro médico personal hayan contribuido a ello —dijo Pierre, guiñando un ojo.

Una risa traviesa se escapó entre los labios de la menina, confirmando así las sospechas de su amigo. Comenzaron a caminar, atravesando la amplia galería que conducía a la escalera principal.

—A propósito, ¿dónde...?

—Artal recibió también un aviso de Palacio. Por lo visto, el rey Felipe quería hablar con él.

—¿Y no me ha despertado?

—No quería molestaros, Aurora. Estaba bastante preocupado por vuestro percance con el caballo.

—No fue nada... —dijo ella, quitándole importancia.

—¿De veras?

El gascón enarcó una ceja y se detuvo, mas no Aurora, que había comenzado a descender de forma pausada la escalinata. Fingió buscar algo en su hatillo, desviando así la mirada de Pierre.

El gascón apoyó una de sus manos en el mentón, en tanto que se apoyaba con el brazo derecho sobre el pasamanos de granito que delimitaba uno de los bordes de la escalera. Hacía tiempo que conocía a Aurora. No en vano habían trabajado juntos en varias misiones de las que siempre habían salido con bien. Y, a pesar de que el tiempo transcurrido era breve, sí resultaba suficiente como para percibir que la menina ocultaba algo. No era la primera vez, ciertamente; Aurora siempre había sido una muchacha enigmática, que sabía

guardar sus emociones bajo llave, aunque pensaba que, con la llegada de Artal, aprendería a abrirse a los demás. Estaba claro que aún faltaba mucho camino por recorrer en ese punto...

Suspiró. Sus ojos, fijos en el aleteo que la capa de Aurora describía al descender los escalones. Sus cabellos castaños, libres de toda cinta o aderezo, flotaban sobre su caperuza, reflejando los rayos del sol que se colaban por los cristales de los amplios ventanales. Volvió a suspirar y comenzó a bajar lentamente, en pos de la joven.

—¿Vais a alguna parte, sobrina?

La voz de don Pedro retumbó en las paredes del zaguán.

La muchacha se giró y miró a su tío. El anciano caballero permanecía fijo en el ángulo opuesto de la pieza, con sus manos cruzadas tras la espalda y la cabeza descubierta. Sus ropajes negros acentuaban la ya de por sí asombrosa palidez de su piel, lo cual le daba un aspecto enfermizo y parecía doblar su edad.

—He recibido un aviso: la reina Isabel quiere verme.

—Por lo visto, hoy toda la realeza necesita de los habitantes de esta casa. Uno de vuestros acompañantes también ha sido llamado al Alcázar.

La menina simuló sorpresa.

—¿Os imagináis quién puede ser?

—Sabiendo que es el único capaz de hablar en castellano, solo puede tratarse de Artal.

Don Pedro sonrió.

—Parece que ese mosquetero ha impresionado a Su Majestad.

—No me extraña: es uno de los mejores de París.

—¿Así pensáis, Aurora? Parecéis conocerlo bien...

—Hemos vivido muchos trances juntos y nos ha ayudado a Felipe y a mí en varias ocasiones.

—¿Solo eso?

La menina desvió la mirada. Con evidente incomodidad, se colgó el hatillo de un hombro y se aprestó a cubrir su rostro con el embozo de la capa. Tras ella, el francés la imitó, ocultando sus cabellos morenos bajo el ala ancha de su sombrero color marrón.

Percatándose de sus intenciones de marcharse sin ser preguntada, don Pedro la detuvo, agarrándola con suavidad de la muñeca. Los ojos de la joven se clavaron en los de su tío, que la miraba con aspecto grave.

—Aurora, soy ya un hombre anciano, pero mis ojos han visto mucho...

—No lo dudo, mi señor tío.

—Por eso, por la perspectiva que me conceden mi edad y mis canas, debo advertiros.

Don Pedro de Guzmán hizo que la joven se volviera y apoyó ambas manos sobre sus hombros. Aurora notó una leve presión sobre su piel, acción similar a aquellas muestras de cariño que su tío le confería en el pasado, cuando los ojos escrutadores de su tía no estaban presentes. Unos pasos más allá, Pierre aguardaba con los ojos fijos en el suelo y ambas manos sobre las caderas.

—Niña mía, sabéis bien que vuestro destino no os pertenece...

—Es algo que me habéis repetido hasta la saciedad toda mi vida, tío. Incluso cuando me escribíais a París y esperaba encontrar en vuestras cartas palabras cariñosas, vuestros consejos estaban siempre llenos de recordatorios y hasta de reproches. —Suspiró—. Decidme, ¿qué valor tengo de verdad? Y, por favor, no tratéis de hablar con acertijos, pues la tía Juana ya lo dejó claro el otro día.

—Sobrina, vuestra tía no tiene ni la más remota idea. Tan solo se ha hecho eco de unos rumores que siempre han circulado en la Corte en torno a vuestro

hermano y a vos.

—Si eran solo rumores, ¿por qué el rey nos cuidó tanto? ¿Vais a negar que el cariño que nos profesaba a Felipe y a mí no obedecía a que ambos somos sus hijos? No entiendo más camino que este...

De los grandes ojos de Aurora afloraron dos lágrimas que se deslizaron rebeldes por su sonrosado rostro. Un sollozo emergió de sus labios. Los temores infantiles parecieron abrirse paso, mostrándose por primera vez en años. Creía que la lejanía del país en que nació contribuiría a cerrar aquellas heridas. Ahora veía que se equivocaba...

Don Pedro acarició la mejilla, tratando de confortarla. Pierre también se acercó.

—Aurora, no me compete a mí deciros la verdad, creedme; pero debéis tener presente que sois mucho más importante de lo que pensáis. Vuestro destino corre paralelo al de las Españas, y la nobleza de vuestra sangre podría rivalizar con la de un rey. —Enjugó su llanto con el pulgar—. Por eso, no debéis uniros a cualquier hombre, solo a alguien que tenga vuestra grandeza.

La joven se retiró bruscamente, dando un salto hacia atrás. Sus labios se contrajeron en un rictus de furia que endureció por un instante sus facciones de niña.

—Tío, si hay algo que me enseñasteis y que tanto Philippe y yo hemos tratado de aplicar durante toda nuestra vida, es que a un hombre no se le mide por sus orígenes. La nobleza se mide por los actos, no por la sangre que corre por nuestras venas, que es igual de roja para todos.

—Aurora, queréis respuestas y tal vez no sea yo el indicado para dáros las. Pero hay alguien en el Escorial que podría...

Los ojos de Aurora brillaron.

—Lo que buscáis... No debéis buscar la clave en los vivos, sino en los

mueertos.

—¿En los muertos...?

—Buscad en el oro que no es oro, buscad en los ojos que parecen mirar a Dios, pero realmente miran al hombre. Ahí encontraréis la verdad...

La menina frunció el ceño, concentrada en memorizar las palabras que el marqués de Ardales acababa de pronunciar. Palabras que aparentemente carecían de sentido alguno, frases que parecían motivadas por la demencia que la edad podría producir, por la incomodidad por saberla fuera de su control.

—Pensad, Aurora. Id más allá. Que la ira no os ciegue.

—Es tarde y me esperan en el Alcázar —se excusó la joven—. Si me disculpáis...

Don Pedro no osó hablar, conecedor como era del carácter de la menina. Sabía que, cuando las mujeres daban por finalizada una conversación, era asunto baldío seguir hablando. Una retirada en el momento oportuno era una victoria; ya habría tiempo para las palabras.

Aurora abandonó el zaguán con dirección a las caballerizas. Sin embargo, Pierre se demoró algunos minutos para volverse a don Pedro y decir:

—Yo no tomaría tan a la ligera a vuestra sobrina, don Pedro. Alberga más valor que cualquiera de los hombres que he conocido.

El gascón pudo ver cómo los ojos del anciano caballero se abrían con sorpresa. ¿No había dicho Aurora que no sabía hablar el idioma de las Españas? Creía que no entendía ni una palabra... Y, pese a todo, helo aquí, hablando el castellano con un marcado acento francés en el que no se distinguían las erres de las ges.

—Señor, os aseguro que no conocéis de la misa la mitad...

—Solo conozco a Aurora, Monsieur. —Se tocó el ala del sombrero a guisa de despedida—. Y ella merece decidir su propio camino.

Capítulo X: El pecado de Ana de Austria

Se llevó la mano disimuladamente a la boca, tapando un nuevo bostezo producto del aburrimiento. Junto a ella, doña Estefanía se entretenía en tañer las cuerdas de su guitarra, entonando una melodía de las soleadas tierras andaluzas. Aquellas tierras donde el mar se tornaba uno con el cielo y donde el campo era un poco más verde y el cielo más brillante. Tierras que solo conocía a través de canciones y romanzas, tierras hechas de música, de leyendas... Tierras que tan solo la voz de Aurora conseguía convertir en realidad en aquellas zonas alejadas de las Españas. Un poco más allá, madame de Motteville se afanaba en el bordado de un pañuelo que parecía no avanzar. Como siempre, callada; como siempre, sonriendo en el momento preciso, hablando cuando era preguntada. Símbolo de la discreción y la fidelidad, jamás había hecho nada que la contrariase. No pudo evitar comparar a ambas damas con Aurora. Aurora... ¡Qué lejos estaba! Ahora se daba cuenta de lo mucho que la echaba de menos...

Depositó su misal sobre una mesilla cercana y se levantó trabajosamente. Sus piernas cada vez estaban más hinchadas; su vientre, cada vez más redondo, era ya casi imposible de ocultar bajo el verdugado, una especie de armazón de alambres de madera (similar al guardainfantes español), que le daba a la falda la apariencia acampanada tan de moda en la Corte de Francia.

—Majestad, no deberíais... —comenzó a decir su dama española.

Ana de Austria la calló con un movimiento de su mano. Con pasos lentos y llevándose instintivamente la mano a los riñones, se acercó a la ventana más cercana. Fijó sus ojos azules en el exterior. El frío de aquellos días iba acelerando la caída de las hojas. Los bosques de abedules habían perdido ya casi todas sus hojas y los colores ocres y anaranjados parecían bailar en las últimas hojas que adornaban sus copas.

Suspiró. Los días pasaban uno tras otro, iguales y anodinos. No había diversión en Chambord, nada de bailes, nada de noticias... Ni tan siquiera las cartas que llegaban de París parecían alegrarla. Aunque el rey no era aficionado a la escritura, Richelieu se encargaba de ponerla al tanto de los asuntos de Estado que pudieran resultar o no de su interés. Sabía que lo hacía para hacerle ver que su mano podía llegar hasta más allá de Versalles, que su presencia era más férrea que la suya; que era el auténtico hombre fuerte en la Corte, el verdadero conocedor de sus vicisitudes. Mal demonio se llevara a ese clérigo, que tan poco le importaba.

Sin embargo, ese día era diferente. Esperaba una visita...

Un galopar de caballos en el patio principal y el traqueteo de una carroza hizo que abriese los cristales y se asomase, ignorando el viento frío tan característico de aquel valle del Loira. Una figura femenina, tocada con un sombrero de ala ancha adornado profusamente con flores y plumas, emergió del vehículo y se aprestó a ingresar en el castillo.

Ana de Austria sonrió.

—¿Es ella? —preguntó la de Motteville.

La reina asintió, acercándose a sus damas con paso lento.

—Mi señora, recordad lo que os advirtió Aurora y yo misma suscribo: tened cuidado con lo que comentáis.

—Es mi amiga... —dijo simplemente la Habsburgo.

—Puede ser muchas cosas, desde luego, pero no es amiga vuestra: recordad que siempre busca su propio beneficio. Ignoro las razones por las que ha

acudido a visitaros; y más, desde que se conoció su relación adúltera con el embajador inglés –siguió, tranquilamente, su aya–. Majestad, os ruego ser prudente. Ya que no podemos ocultar vuestro estado a sus ojos, por lo menos no digáis más de lo necesario.

La reina hizo un mohín de desagrado.

Tan solo demoraron unos pocos segundos antes de que la recién llegada hiciera acto de presencia en los aposentos para fundirse en un estrecho abrazo con la reina de Francia ante la mirada siempre atenta de sus servidoras.

—Mi querida Marie, ¡cuánto os hemos echado de menos!

Marie de Rohan, conocida como madame de Chevreuse por matrimonio, se deshizo de su recargado sombrero de ala ancha. Pese a ser otoño, la coqueta francesa había usado tal aderezo para complementar su atuendo, mostrando una elaborada decoración vegetal en la que los azulados jacintos combinábanse con ramos de lavanda. Al deshacerse de él, mostró un minucioso peinado que recogía su abundante cabellera hacia atrás, en varios moños trenzados con joyas. Su vestido, de un intenso color verde, contrastaba con el brillo de sus ojos y su blanca piel.

La recién llegada sonrió y saludó al resto de damas de la reina, mientras depositaba el sombrero sobre una mesa cercana.

—Mi querida Marie, vuestra presencia es un soplo de aire fresco. ¡Son tan aburridos los días en el campo! –dijo la reina, procediendo a sentarse en su sillón.

—Mi señora, debo admitir que la noticia de vuestra partida me sorprendió, mas ahora veo el porqué de su premura –dijo la aludida, señalando al vientre de la reina con la barbilla.

La Habsburgo no pudo evitar reír, mientras se masajaba su redonda barriga.

—Sí, es cierto. Como comprenderéis, no sería nada conveniente que alguien se percatara de ello...

—De lo que deduzco que no es hijo del rey. —Madame de Chevreuse se sentó sin ningún tipo de miramientos en la silla que antaño hubiera ocupado doña Estefanía, quien frunció el ceño.

—Si tan solo hubiera podido acceder a su lecho, mi fiel duquesa, habríamos tenido una coartada.

—Mi señora —intervino la española—, me permito recordaros que no deberíais poner tales conocimientos en boca de Marie de Rohan. —Miró a la aludida—. Bien sabéis que la discreción no está entre sus virtudes.

—¿Acaso insinuáis, madame, que no sé guardar secretos? ¿No he sido una amiga fiel de la reina?

—No, mi señora; no lo insinúo. Lo afirmo categóricamente. Vuestra presencia siempre ha hecho más mal que bien a Su Majestad.

—Es suficiente, doña Estefanía.

Ana de Austria alzó la mano, poniendo fin a las recriminaciones de su aya, quien no pudo evitar emitir un bufido de contrariedad. Con un apenas perceptible movimiento de la cabeza, indicó a la española y a la de Motteville que debían retirarse. Ambas damas intercambiaron una significativa mirada, alternando sus ojos entre la reina y la de Chevreuse, que sonreía complacida y orgullosa de la deferencia que le mostraba la soberana.

Sabiendo que cualquier reticencia era inútil, las dos mujeres abandonaron la sala, escondiendo sus pasos tras el crujido de sus pesadas enaguas de tafetán. No pudieron hacer igual con sus gestos, torcidos ante la presencia de una mujer que parecía traer únicamente chismes y malestares.

—Ya estamos solas, mi reina —advirtió la de Chevreuse, al ver cómo se cerraba la puerta—. Ya podéis hablar sin coacciones.

—¿Cómo sabéis que os quiero decir algo? —Rio la Habsburgo.

—Es obvio; si no, no me hubierais llamado a vuestra presencia. Y más,

teniendo en cuenta que vuestro esposo, Luis XIII, declaró mi presencia como *non grata* al conocer mis devaneos con el embajador inglés.

—¿Tan grandes amantes son los ingleses como para olvidar a vuestro esposo, Marie?

—Bueno, no puedo quejarme. Bien es cierto que sus encantos no llegan a los niveles del duque de Buckingham, mas no puedo negar que me encuentro plenamente satisfecha a su lado—. Guiñó un ojo con picardía.

—Otra vez Buckingham... —Resopló—. ¿Por qué siempre ha de estar ese inglés envuelto en todas las historias?

—Mi señora, tal vez si supierais las noticias que traigo de Inglaterra, podríais ver a los ingleses desde otro punto de vista.

Ana de Austria la miró sin comprender, enarcando una ceja. Sabía que lo que iba a contarle no podría considerarse como mero cotilleo...

—Bien sabido es por todos que las relaciones entre Francia e Inglaterra van a estrecharse a través del matrimonio entre el heredero y vuestra cuñada Henriette.

—No es ningún secreto. Mi suegra se ha encargado de difundirlo por doquier, así como también de retratarse a sí misma como artífice de tal unión. —Suspiró, al sentir una nueva patada de la criatura que portaba en su vientre.

—Y hace bien en resaltarlo, pues es muy posible que, lejos de ostentar la tiara de princesa, ostente una corona de reina.

La reina no pudo evitar dar un grito de sorpresa.

—¿Tan grave es la enfermedad del rey Jacobo?

—Mi señora, su debilidad es tal que apenas abandona el lecho, salvo en contadas ocasiones. Y aun así, su mal aspecto acentúa ante todos que su vida se apaga. De hecho, son el príncipe Carlos y George Villiers quienes llevan el peso del gobierno, pues su demencia se acrecienta de día en día.

—Es su hijo y heredero, al fin y al cabo —se apresuró a justificar la reina.

— Es por ello por lo que debemos atraernos el favor de Inglaterra, Majestad.

—Querida Marie, deduzco que no conocéis el contenido de las capitulaciones matrimoniales de Jacobo y Henriette por las que se garantiza nuestra alianza. Algo que no me complace, si os soy sincera.

—No hablaríais así si os dijera que Inglaterra estaría a favor de fortalecer las relaciones con Francia si el rey Luis XIII les ayuda en su guerra contra las Españas.

El asombro volvió a reflejarse en los ojos azules de la descendiente de los Austrias.

—Eso supondría traicionar a mi hermano Felipe y el Tratado de Fontainebleu... —musitó la Habsburgo.

—Un precio pequeño si eso os asegura el respaldo de Inglaterra para conservar vuestro trono.

—Mi padre ya se aseguró de ello... —se defendió la reina.

—Majestad, permitidme recordaros que estáis encinta de otro hombre. Y, si se me permite adivinar, creo que se trata de alguien muy cercano a vos. ¿Tal vez vuestro atractivo capitán?

Un sudor frío recorrió las sienes de la reina al recordar el cuerpo de Héctor sobre el suyo.

—Eso... No es de vuestra incumbencia. —Tragó saliva y, alzando el mentón, trató de recuperar su dignidad—. Mi querida Marie, no hagáis por desviarme del tema por el que os he hecho llamar.

—Como siempre, a vuestro servicio...

—Vos habéis pasado largas estadias en la isla... Decidme, ¿cuáles son sus intenciones?

—Son bastante claras, Majestad: venganza contra las Españas. Aunque, si entrara en detalles, Majestad, traicionaría a mi gran amigo, el conde de

Holland.

—Querréis decir a vuestro semental inglés...

Marie de Rohan no se ofendió por las palabras de Ana de Austria. Muy al contrario: se sintió halagada, pues sabía que la Habsburgo envidiaba su libertad y la facilidad que tenía para deshacerse de sus amantes como si cambiara de corsé.

—Llamadle lo que queráis, madame. No estoy en disposición de traicionarlo: su protección, ahora que el rey Luis XIII quiere desterrarme, me es muy cara. Más bien —bajó la voz—, soy yo quien precisa cierta información sobre los planes de vuestro marido y vuestro hermano.

—Si accediera a vuestros deseos, traicionaría a mi país de acogida y a la sangre de mi estirpe.

—Pero os ganaríais el favor real. Ya sabéis que las inclinaciones del rey por Inglaterra son cada vez mayores. George Villiers estima que es una oportunidad de oro para acercar posiciones...

La Habsburgo abrió unos ojos como platos. Marie de Rohan extrajo de su pronunciado escote una carta que no tenía sello alguno, tal vez para no verse en problemas en caso de que la descubrieran. Se la tendió a la reina, guiñando un ojo, divertida.

Ana de Austria la tomó con manos temblorosas y la abrió. A medida que la lectura iba avanzando, su rostro iba mudando de color, pasando del rosado a una palidez casi cadavérica, hasta devenir en un rojo intenso que contrastaba con su habitual tono marfileño. ¡Descarado! Pues no osaba el maldito alabar su belleza y decir que ella era la excepción a la maledicencia de su hermano.

La de Chevreuse carraspeó.

—Jamás hombre alguno se había atrevido a tamaña descortesía... —musitó la hija del Tercer Felipe.

—Mi señora, alabar la hermosura no es pecado; y os conozco lo suficiente

como para saber que tales muestras de afecto son un pequeño consuelo en vuestro matrimonio.

—Aunque mis relaciones conyugales sean inexistentes, eso no le da derecho a afrentar a la reina de Francia.

—Madame, puede que vuestra boca diga una cosa, pero vuestros ojos dicen lo contrario...

La francesa agarró una de las manos de la española y la acarició.

—Sé muy bien que, desde que visteis el retrato del duque, vuestra mente no ha podido dejar de imaginar escenas tórridas a su lado —susurró.

La reina hizo ademán de decir algo, pero su dama se lo impidió, apoyando la otra mano en su boca.

—Vuestras relaciones con Héctor os consuelan, sí, prueba de ello es el hijo que portáis. —Se levantó—. Pero debéis de reconocer que, cuando él folga con vos, no es su rostro el que veis: es el de George Villiers.

Se colocó tras la reina y, agachándose, puso su boca tras la oreja, de forma que casi podía rozar su lóbulo con los labios. Marie de Rohan bajó el tono de voz, hablando entre susurros, asemejándose al viento que, en el exterior, mecía las ramas de los árboles.

—Imagináis cómo os acaricia, cómo lame vuestro cuerpo, cómo os hace mujer...

—Callad... —dijo la reina, desfallecida.

—Aunque Héctor sea quien copule con vos, es a Buckingham a quien desearíais tener en vuestro lecho, tocando vuestros senos...

Tratando de escenificar sus palabras, la de Chevreuse deslizó una de sus manos por el escote de la reina, bajando poco a poco. La reina sujetó su mano, tratando de retirarla de aquel lugar prohibido, mas la de Chevreuse se mantuvo firme, bajando cada vez más. Sus dedos trazaron círculos veleidosos sobre sus

senos llenos, pellizcando de cuando en cuando sus pezones hasta hacerlos endurecer. Ana de Austria cerró los ojos y gimió con abandono, sintiendo como su intimidad se humedecía, al evocar aquellas imágenes que la lujuriosa marquesa dibujaba en su mente.

—Os conozco, Ana; conozco de sobras vuestra fortaleza, pero también vuestras debilidades. ¿Acaso no soñáis con él?

—Sí... —admitió la española.

—¿Queréis que venga a vos? ¿Queréis conocerle? ¿Queréis sentir... lo mismo que yo?

—¡Sí!

Gritó mecánicamente al sentir el apretón de las manos de la de Chevreuse, cuyos dedos se clavaron en su carne. Su propia imprudencia la devolvió a la realidad, valiéndole una sonrisa de satisfacción por parte de su otrora dama, quien se sentía triunfadora por el sentimiento del deber cumplido para con su país de acogida. La reina sintió cómo se sonrojaba. Mordiose el labio inferior y se aprestó a recomponer su aspecto, al escuchar pasos que se aproximaban.

En ese instante, la puerta volvió a abrirse, dejando paso a Héctor que iba acompañado por un joven de cortos cabellos castaños, que se mecían sobre un chaleco de cuero negro. Los recién llegados apenas tuvieron tiempo de ver la impropia acción de la favorita de la soberana de Francia, que se aprestó a retirarse y a adoptar una actitud de digna indiferencia ante tan inoportuna intromisión. Por su parte, la reina tragaba saliva, ocultando su rostro tras un pañuelo.

Los ojos de la francesa se fijaron incrédulos en el recién llegado.

—Me dijeron que estabais en las Españas, Aurora. Sabía que erais extraña, mas nunca esperé encontraros así, vestida de hombre.

El aludido no contestó, tal vez prefiriendo seguir la broma. Por toda respuesta, torció la cabeza hacia un lado y sonrió a la dama.

—¿Deseabais algo? —preguntó Ana de Austria.

—Majestad, ha llegado una misiva urgente procedente de las Españas —comenzó Héctor, descubriéndose—. Aunque tal vez preferáis que os lo contemos en otro momento.

—Podéis hablar libremente, mi buen Héctor. Madame de Chevreuse está al tanto de mi estado. —Apoyó ambas manos en su vientre—. Ya poco puedo hacer por mantenerlo en secreto...

El joven vestido de negro y Héctor se miraron, visiblemente incómodos por tratar tema tan importante ante tan gran embaucadora como era la de Chevreuse.

—El galeno está a punto de llegar y nos conminan a preparar todo lo que concierne al parto para que este se lleve en el más absoluto de los secretos —dijo Héctor.

—Entiendo... —Se llevó la mano al mentón y, pesadamente, se levantó.

—La hora del alumbramiento está cercana y toda precaución es poca —siguió el amante de la reina, ante la mirada de la fingida Aurora.

—No debéis recordármelo —dijo Ana de Austria—. Este niño tiene una prisa increíble por salir y no creo que espere a Navidad para hacerlo.

La Hasburgo miró al joven enmascarado, al que Marie de Rohan había confundido con su menina.

—Supongo que la tarea de traer la correspondencia ha sido cosa vuestra. Os doy las gracias... Aurora... —dijo la reina.

La improvisada menina nada dijo, solo se limitó a inclinar la cabeza, en señal de sumisión.

—Marie, podéis marcharos. Doña Estefanía se encargará de acomodaros como corresponde a vuestro rango. Más tarde seguiremos hablando y me pondréis al tanto de vuestras cuitas.

—Será un honor, Majestad.

Ni tan siquiera se despidió de los presentes. Sus escarpines taconearon sobre la superficie del suelo, perdiéndose posteriormente en los anchos pasillos de Chambord, resonando en las altas galerías.

—Al fin se marchó... —musitó Héctor.

—No ha sido difícil —reconoció la reina—. Es lo bastante lista como para saber cuándo sobra. Aunque os confieso que vuestra presencia me ha pillado de improviso. Aun así, el error de la Chevreuse es justificado —al decir esto, miró a Philippe.

Un suspiro emergió de los labios del mellizo de la menina.

—Pese al parecido con mi hermana, os pediría que no me obliguéis a usar ropajes de mujer, aunque bien es cierto que tal similitud nos ha librado de más de un brete —comenzó a decir Philippe.

—Jamás hombre alguno consiguió tamaño engaño, Philippe; y tal vez ese parecido se acentúe más debido a que vuestra hermana no usa afeitado alguno.

—Ni falta que le hace —reconoció la reina, algo contrariada—. ¿A qué debo vuestra visita?

—Majestad, hemos tenido conocimiento de que vuestra suegra desea visitaros...

—¿Esa...?! —sus labios exclamaron un insulto.

Sus guardianes la llamaron al orden, tratando de apaciguarla con las manos.

—Bajad la voz, Majestad. Su visita no obedece a cuestiones personales, sino al mero acompañamiento de vuestra cuñada, Henriette.

—La pequeña furcia con aires de grandeza...

—Ana María, ¿acaso todo lo relacionado con los Borbones os produce urticaria? —preguntó Philippe, tratando de hacer la chanza.

La Habsburgo trató de reír sin conseguirlo.

—Lo siento mucho, mi buen Philippe, pero lo acontecido en el Louvre está aún demasiado reciente como para poder perdonar. Aun así, entiendo que, dada la juventud de la princesa, sea su madre la que la acompañe en este viaje.

—La reina madre no tiene prohibido pisar el Loira, donde es querida —indicó Héctor—. Tal vez sea esa inclinación la que complique nuestros planes.

—No creo que sea esa la mayor de nuestras preocupaciones, Héctor.

Reina y mosquetero miraron al enmascarado, quien se había desplazado imperceptiblemente hacia uno de los ventanales de la estancia y fijaba sus ojos oscuros en el exterior. Su mirada parecía haberse perdido en aquellos negros nubarrones que comenzaban a cubrir las altas torres azuladas del palacio, en tanto que a lo lejos se escuchaba cómo la tormenta se aproximaba.

—No, nuestra mayor preocupación tiene nombre de mujer, pero no nombre de reina sin corona ni de reina coronada. —Miró a la reina de forma indefinible—. Y ese nombre de mujer, puede verse manchado por el nombre de un varón sin escrúpulos.

Ana de Austria tembló. Philippe sabía demasiado. Ciertamente, las paredes oían...

Llovía... Pequeñas gotitas comenzaron a impactar contra uno de los cristales de la galería, recorriendo su superficie. En el exterior, el viento mecía las copas desnudas de los árboles, apenas orladas por unas pocas hojas de color ocre.

Apoyado contra una columna, deslizó un dedo a lo largo de la superficie del vidrio, trazando figuras sin forma propia, movido por uno de esos impulsos

infantiles que sentía cuando era niño. Próximo a él, Héctor permanecía erguido junto a la puerta, con la cabeza alta y el mirar desafiante, siempre presto a actuar si la ocasión lo requería. Los ojos verdes del mayor de los Briand se fijaron en Philippe, más entretenido en el dibujo que en la reunión que tras aquellas puertas se estaba desarrollando.

Unos pasos sonaron en la lejanía... Aristide e Isaac, con las cabezas descubiertas, se aproximaban a su posición, mientras mantenían una animada charla en la que las carcajadas se intercalaban con gestos de haber compartido una buena comida.

—¿Hay noticias? —preguntó Héctor.

—El galeno enviado de las Españas está a punto de llegar —confirmó Aristide. Extrajo un pliego doblado de debajo de su casaca—. Aquí se nos remiten sus instrucciones, con el fin de hacer que el entorno para el parto sea propicio.

—Sssssh, baja la voz —lo llamó al orden su gemelo—. Sabes que no debemos comentar nada al respecto en lugares donde puedan oírnos.

—Estamos solos —dijo su hermano, tranquilo.

Los cuatro miraron en derredor. Efectivamente, la galería estaba vacía. Solo se escuchaban las voces de los criados que, atareados, trataban de retirar del patio cualquier tipo de útiles o sacos que pudieran sufrir daños con la lluvia. Philippe seguía encerrado en su mutismo, contemplando cómo la lluvia caía y regaba el solarío, cerrado por un claustro de piedra marmórea.

—Daré a Su Majestad las instrucciones pertinentes para ello —confirmó Héctor—. Ahora no puede ser importunada, pues tiene visita.

—¿Tiene el descaro de recibir a Madame de Chevreuse, aun contraviniendo una orden real? —preguntó Isaac, con cierto malestar.

Héctor se encogió de hombros.

—Desde que se halla en Chambords, no ha tenido oportunidad de charlar con damas de alcurnia, aparte de las de su séquito —comenzó el mayor de los Briand—. Y, pese a sus deslices, Marie de Rohan siempre ha sido una muy cara amiga para nuestra reina.

—Pero es una espía de Inglaterra, Héctor —observó Isaac—. Es la nación enemiga...

—Nada prueba que lo sea, Isaac. Guardad la lengua, que puede perderos.

—Héctor, es de sobra conocido que mantiene una relación extramarital con el conde de Hellon. Eso la convierte en dos cosas: una puta de alcurnia y una espía del enemigo.

—¿Enemigo? La boda de la princesa Henriette los convierte en nuestros aliados de facto. ¿Qué prefieres? ¿Apoyar al partido español, encabezado por la Médicis?

Al sentirse aludido, Philippe alzó la vista y los miró. Sus brazos se cruzaron sobre el pecho y apoyó su cabeza sobre el marco oscuro de la ventana. El calor de su aliento oscurecía con su vaho el cristal, ocultando las figuras que antaño trazara.

Los ojos verdes de Héctor se cruzaron con los del español, advirtiendo su incomodidad por medio de un leve fruncimiento de sus labios rosados. Sabía que hablaría en cualquier momento, mas la prudencia y no el miedo eran los que lo conminaban al silencio.

—Caballeros —dijo Héctor, conciliador—, recuerden que somos soldados y, como tales, cumplimos órdenes de nuestro rey. Inglaterra, las Españas... ¿Qué importa de quiénes seamos aliados si eso nos lleva a una paz duradera?

—Estamos hablando de nuestros enemigos naturales, Héctor. —Las cejas de Isaac se fruncieron.

—Las Españas e Inglaterra siempre han sido rivales naturales de Francia, ya sea por cuestión de fronteras o por el comercio de ultramar —observó el jefe de la guardia de la reina, con calma—. No hay nada nuevo bajo el sol.

—Aun así, la tregua con las Españas nos ha beneficiado siempre de cara a tener a raya al turco —observó Aristide—. La reina María hizo un buen movimiento casando a nuestro rey Luis con Ana de Austria: así se aseguraba la protección del Mediterráneo.

—Siempre tan conformista, Aristide. ¿Acaso no tienes criterio propio? ¿Y si nos estamos equivocando al apoyar al Cuarto Felipe?

—Explicaos —quiso saber Philippe, hablando por vez primera.

Isaac lo miró. El español permanecía con las piernas y brazos cruzados, con el cuerpo apoyado sobre la columnata del arco que daba forma al ventanal. Había retirado su dedo enguantado de la superficie, en la que se veían trazados curvilíneos y una caligrafía que empezaba a empañarse. Sus ojos negros, parcialmente ocultos tras el antifaz y el ala de su sombrero, brillaban sobre el oscuro fieltro, fijos en los ambarinos ojos del gemelo. El rubio mosquetero tragó saliva antes de contestar, haciendo acopio de todo su valor.

—Las Españas están en pleno declive: Breda ha caído, los portugueses claman por su independencia... Y, para colmo, aún pretenden retener la zona del Rosellón y la Cerdeña.

—Esa zona que vos reclamáis como francesa, monsieur, fue territorio de la Corona de Aragón desde tiempo inmemorial —dijo el español, bruscamente.

—Antes fue territorio francés. El gran Carlomagno lo conquistó para sí...

—Y Alfonso el Casto lo recuperó al poco tiempo.

Philippe había abandonado su inicial posición, descruzando brazos y piernas y dirigiéndose al militar con andares pausados. Ni tan siquiera su capa osaba moverse, temerosa de restar a su apariencia aquella magnificencia que solo podía dar su autocontrol. Su diestra, apoyada sobre la empuñadura de la toledana, se movía de cuando en cuando, tamborileando con los dedos, siendo el único vestigio de su enojo.

Isaac tembló. Si aquel niño se parecía a su hermana, tendría todas las de perder en una batalla dialéctica, pero su orgullo francés pesaba más que la

cautela.

—Peor fue la postura de vuestro rey Juan cuando vendió los terrenos a Luis IX.

—No los vendió, señor mío: los empeñó. Aragón carecía de caudales y el único reino capaz de suministrarle el sustento necesario para ganar guerra contra los remensas de Cataluña era Francia.

—Muy mal rey tenía que ser para depender de otros y cuando no pudo defender por sus propios medios lo que decía pertenecerle. —Rio—. Parece que todos los españoles piensan que todo lo que huelga a francés les pertenece por derecho propio. Tal vez, por eso, la reina piense más en hurgar en braguetas francesas que en dar hijos a la Corona.

No pudo seguir hablando...

Un sonido fuerte retumbó en la oquedad que formaban las altas bóvedas de crucería del pasillo. El puño de Philippe se descargó con violencia sobre su mejilla, haciéndole perder el equilibrio y acabar con sus huesos en el suelo, sobre el cual cayó pesadamente, con un golpe seco. Isaac hizo ademán de levantarse para contraatacar, valiéndose de su mayor envergadura, mas no pudo defenderse. El español había caído sobre él antes de decir amén, con la vizcaína rozando su garganta. Philippe apretó un poco, haciendo que unas pocas gotas de sangre manasen de la piel oscura de Isaac, humedeciendo el cuello de su camisa. La mirada del gemelo iba de forma alternativa de la afilada hoja a los iris oscuros del enmascarado. No había temor en aquellos ojos, no había vacilación... Sabía que si tenía que matar, mataría; pero sabía que no se arriesgaría a hacerlo en aquel lugar.

Una mano se apoyó sobre el hombro de Philippe, apretándolo con firmeza. El español volvió el rostro, sin cejar en la presión que ejercía sobre el cuerpo de su prisionero, que no dejaba de tragar saliva, ante el nerviosismo que le producía el saberse inferior a su contrincante.

—Es suficiente, Philippe —dijo Héctor—. Creo que Isaac ha comprendido...

—Héctor, ha ofendido a Ana... —masculló el español entre dientes.

El jefe de la guardia de la reina no pudo evitar un respingo de asombro. Philippe, lejos de dirigirse a Su Majestad con los formalismos propios, se había referido a ella como Ana, por su nombre de pila. Sabía de la cercanía que los unía desde la más tierna infancia, sabía que su misión estaba orientada a guardarla, a protegerla... Sin embargo, el español no había reaccionado cuando Isaac profería insultos contra su país; tampoco cuando exponía las supuestas razones políticas que refrendaban el derecho francés sobre los condados catalanes; no, muy al contrario: habíase revuelto cuando uno de los gemelos había ultrajado a la reina.

El joven español y el francés cruzaron sus miradas, sabedores de lo que aquello significaba.

Sin mediar palabra, el enmascarado devolvió su daga al comfortable lecho de su vaina, incorporándose. Fruto de su noble naturaleza, extendió el brazo y ayudó a Isaac a levantarse. El francés no se opuso: sus dedos se cerraron en torno al antebrazo de Philippe y alzose.

—Ruego me disculpéis por mi proceder anterior, monsieur —dijo Philippe, inclinándose ante Isaac—. No volverá a repetirse...

No les dio tiempo a hablar. Girando sobre sí mismo, echó a andar con rumbo desconocido, acompañado por el eco de sus pasos y el ondear de su larga capa negra.

Los mosqueteros se miraron. Isaac, aún dolorido, se acariciaba la mejilla enrojecida que había recibido la rabia de Philippe. Aristide, próximo a su hermano, aún parecía estar paralizado a consecuencia de lo allí acontecido. ¿Acaso el miedo lo había bloqueado? ¿El temor a la ira de un muchacho había nublado sus sentidos? No podía ser posible... Era un soldado curtido en mil batallas, acostumbrado a las riñas de taberna, de las que siempre salía victorioso; hecho a los lances en los que había tenido que defender a su hermano del mal hacer de contrincantes de variada estofa. Y, sin embargo, algo

en los ojos de Philippe, algo en sus ademanes, lo había paralizado. Héctor también lo había percibido. Sabía lo que era... Conocía aquella sensación. Empero, le sorprendía aquella reacción tan impropia del hermano de Aurora.

—Caballeros, habremos de tener cuidado con lo que se dice de aquí en adelante —dijo—. No creo que monsieur Philippe se halle ahora en condiciones de aguantar tibiezas de nadie. —Suspiró—. La situación es crítica, no solo en la ciudad de Breda: la tensión se respira en el ambiente y lo único que se necesita es una leve chispa para que todo vuele por los aires. Empero, es un problema entre Inglaterra y las Españas del que debemos quedar al margen.

—Solo he dicho lo que pensaba... —se justificó Isaac, indignado por la llamada al orden.

—No te enfades —díjole su hermano—. Él estaba también en su derecho de defender su postura. No debes olvidar que, por muchos años que lleve en Francia, es español.

—Quería matarme...

—Y lo habría hecho —reconoció Héctor—. Ha acabado con hombres menos acalorados y con el florete más ligero que el tuyo. Aun así, sus pensamientos no justifican su proceder. —El mosquetero se rascó la cabeza.

Isaac sintió cómo su hermano le daba unas palmaditas amistosas en la espalda.

—No le des más vueltas, Isaac. Seguro que la próxima vez que nos encontremos, se comportará como siempre contigo.

—No es eso lo que me preocupa —admitió Isaac—. Lo que me preocupa es lo que os he planteado antes. ¿Y si realmente estamos equivocados? ¿Y si no estamos haciendo lo correcto?

Héctor y Aristide se miraron. Los ojos ambarinos de Isaac seguían interrogándolos, tratando de hallar la respuesta que parecía inquietar su alma desde hacía tiempo, una cuestión que alargaba sus noches en vela y le impedía

conciliar el sueño.

Agacharon sus testas, tocadas por sus chambergos de ala ancha. Ojalá supieran qué era realmente lo correcto...

Capítulo XI: Las sorpresas del alcázar

Las suaves notas de la mandolina parecían impregnar el ambiente, dando a los tapices que colgaban de las paredes tal expresividad que casi parecían cobrar movimiento. En ocasiones, la melodía se veía interrumpida por leves risitas de mujeres, que levantaban la vista de sus quehaceres para compartir bromas o cotilleos. Por sus ropajes, de ricas telas y profusos bordados, denotaban su cercanía a la familia real española, poseedora del regio Alcázar en el que se encontraban.

En aquellos aposentos, sencillos dentro de la ostentación real, siempre había cabida para las lecturas piadosas, el bordado y comentarios sobre las noticias que llegaban de ultramar. Allí se citaban no solo las damas de alcurnia que custodiaban a la reina, sino caballeros de alto rango que veían en aquellas estancias una oportunidad de oro para encontrar esposa o para ganarse los favores de la mujer de Felipe IV. Esa tarde, nada parecía ser diferente; ni tan siquiera los ataques de melancolía de su regia ocupante...

Junto a la ventana, dominando el Manzanares, una bellísima mujer de largos cabellos oscuros recogidos en un alto moño sobre su cabeza contemplaba con nostalgia las tierras que parecían ocultarse más allá de la Sierra de Guadarrama. Sus ojos, tan negros como su melena, parecían haberse nublado tras la cortina de sus largas pestañas negras; y, de cuando en cuando, sus jugosos labios rosados se abrían para dejar escapar un leve suspiro que pasaba inadvertido a los oídos de sus damas de compañía. *Meninas* les

llamaban en aquella Corte en la que ya llevaba casi once años. Todas pensaban que en esos momentos se dedicaba a musitar oraciones en francés; nada más lejos de la realidad: la tristeza y no la piedad era la que escapaba por su boca.

Volvió a suspirar, al tiempo que los goznes de la puerta de entrada crujían para dejar paso a su mayordomo, quien se dirigió a ella con apresurados ademanes.

Susurrole unas pocas palabras al oído, tras las cuales la reina dijo, con marcado acento francés:

—Está bien, hacedle pasar.

El hombre ejecutó una exagerada genuflexión y no dejó de inclinarse ni de mirar a su señora hasta que salió de las estancias, siempre dando la espalda al exterior.

No habían pasado ni cinco minutos cuando la puerta volvió a abrirse y una joven de unos veinte años penetró en los aposentos de la reina, inclinándose ante ella nada más entrar. Cubría sus cabellos castaños con una capa de satén de color verde oliva, cerrada al cuello por un broche dorado con forma de lirio. Cuando la soberana de España le permitió alzarse, pudo ver que era propietaria de los ojos negros más magníficos y brillantes que jamás había visto en su vida. Su carita de niña, aún ligeramente redondeada en la barbilla, le daba un aspecto frágil y delicado. Al incorporarse, la capa se desbocó en la parte frontal, dejando a la vista un vestido de color azul marino, con gran falda abullonada y con cuerpo de encaje y puños del mismo tejido en color crudo; un cinturón de cuero negro se acomodaba en torno a su fina cintura, delineándola sinuosamente.

Isabel de Borbón sonrió a la recién llegada y alargó la mano, presta a que la besara.

—Al fin nos conocemos. Mi esposo me informó acerca de vuestra llegada y, desde ese momento, toda mi atención se centró en propiciar este encuentro.

—Mi señora —dijo la joven, sujetando la mano de la francesa—, en mi ánimo estaba el haber acudido junto a vos mucho antes, mas una inoportuna indisposición ha impedido mi visita.

—Confío en que os encontréis mejor, mademoiselle, y que podáis traerme con bien noticias de mi hermano, el rey Luis.

Aurora asintió, al tiempo que besaba respetuosa la blanquísima mano de la mujer del Cuarto Felipe. Era blanca y tan delicada que parecía poder romperse en cualquier momento. La palidez nacarada de su piel se veía acentuada por las vestimentas de terciopelo oscuro que vestía. En la parte frontal, el vestido se cerraba por medio de una botonadura dorada, rodeada por filigranas vegetales tejidas en oro.

La falda de la reina crujió al levantarse de su sillón.

—Mis damas no entienden el francés, el cual creo que habláis como si hubierais nacido en mi patria —susurró la francesa—. Creo que, por tanto, no os incomodará que mantengamos nuestra conversación en ese idioma desde este momento.

Aurora sonrió, lo cual le valió una sonrisa de alivio por parte de la reina.

—Cuando me escuchan hablar de mis hermanos o mi madre, me miran como si fuera una extraña; como si el hecho de haberme casado con Felipe supusiera la renuncia a toda mi vida anterior. —Suspiró—. Nada puedo hacer por cambiar mi pasado, ni tampoco por mutar los sentimientos que siento por mi familia, por mucho que sus acciones sean reprobables. No sé si vuestra señora, doña Ana, siente igual que yo...

—Mi señora, os asombraríais al descubrir cuántas semejanzas existen entre ambas.

—¿De verdad? —Rio afectada—. Espero que no tantas y que su marido la trate con la deferencia que merece una mujer destinada a traer herederos al trono.

Las damas de la reina entornaban los ojos e inclinaban el cuello, deseosas de no perder ripio alguno de la conversación mantenida entre su señora y la recién llegada, mas el uso de una lengua desconocida para ellas dificultaba la tarea. Bisbiseando, trataban de hacer conjeturas de la conversación, sin advertir la mirada pícaro de la reina de las Españas.

Aurora frunció el ceño.

—Mi señora, el lecho de doña Ana permanece tan vacío y tan carente de los afectos de vuestro hermano que dudo que así sea llegada la hora en que Francia tenga un delfín.[14]

—¿Acaso mi hermano adolece del vicio de los hombres de hurgar en piernas ajenas a las de su esposa?

—¡Si solo fuera eso!

Isabel de Borbón enarcó las cejas, sorprendida por el comentario de la menina del Louvre. Por lo que parecía, su hermano Luis no solo obsequiaba a su esposa con desplantes, sino que también parecía pecar en otros lechos en formas que la Iglesia hubiera considerado escandalosas. La expresión en los ojos de aquella española la delataban, por mucho que posteriormente apareciese turbada y consciente de haber hablado en demasía.

La reina se santiguó.

—Esperemos que Dios le ilumine para que deje a un lado su senda de lujuria y vuelva al camino del deber.

Dio unos pasos en dirección a la puerta.

—¿Paseáis conmigo?

Aurora asintió.

Los alabarderos, dispuestos en el exterior, abrieron mecánicamente la puerta al escuchar el eco de los escarpines, que resonaban sobre el enlosado del suelo. Ni tan siquiera osaron mirar a su señora cuando emergió majestuosa

de sus aposentos, seguida por una joven embozada que mantenía la distancia debida al rango de la reina. Unos pasos más atrás, y visiblemente molestas, las damas de Isabel de Borbón las seguían, entre el crujir de sus enaguas y tafetanes.

Al salir, Pierre, que se encontraba apoyado junto a la balaustrada que delimitaba el claustro alto, realizó una inclinación, al tiempo que se despojaba del sombrero. La reina ni siquiera se detuvo en saludarle, manteniendo sus andares majestuosos y el mirar altivo. El francés se limitó a suspirar hondamente, siguiendo de cerca los pasos de Aurora.

—Malos tiempos son estos para las mujeres, ¿no os parece? —comenzó a decir Isabel—. Hace tan solo unos años, se nos permitía adentrarnos en el conocimiento de la política, hasta el punto de sustituir al rey durante sus ausencias.

Giró el rostro y miró a una serena Aurora, que la seguía a corta distancia. La muchacha la escuchaba con el mirar bajo y la cabeza ligeramente inclinada a un lado. Sus manos se mecían a ambos lados de las caderas con la misma delicadeza que los pliegues de su amplia falda.

—He oído que incluso el Gran Felipe II tenía como pintora en la Corte a una mujer, una tal Sofonisba. Hay cuadros suyos en el Alcázar y en el Escorial, los he visto. Sin embargo, ¿qué ha quedado de entonces? ¿En qué punto estamos? Se nos exige ser complacientes, hacer oídos sordos y ser ciegas ante las aventuras de nuestros maridos; incluso, si las amantes son nuestras propias damas de compañía, debemos soportar tamaña afrenta. Decidme, Aurora, ¿todos los hombres son así?

—¿Qué esperáis escuchar, Majestad? —preguntó la menina poniéndose a su paso, ante el asombro de su séquito.

La reina no contestó. Estaba claro que en el fondo de su alma esperaba que todos los hombres fueran infieles a sus mujeres, que fuese lo normal en todas

las sociedades, en todas las Cortes. Se mordió los labios, consciente de aquella muestra de celos e insatisfacción por su parte.

Aurora miró de reojo a Pierre, que le seguía de cerca. Ambos sabían perfectamente que pensaban lo mismo: tanto Ana de Austria como Isabel de Borbón vivían ancladas en matrimonios desgraciados que, lejos de alzarlas como mujeres poderosas, las habían hundido en la soledad y en la apatía.

Sin darse cuenta, seguían hablando en francés, como si quisieran ocultarse de los maledicentes oídos de una Corte que, al igual que la francesa, parecía estar al acecho en cada recodo de los pasillos.

—Decidme, ¿qué os trae a las Españas? —preguntó la reina Isabel, intentando cambiar de tema.

—Vuestro esposo, el rey, solicitó mi presencia no hace mucho.

—Según comentó, estima muy en alto vuestros servicios —dijo la reina—. Es de las pocas conversaciones que hemos tenido en los últimos tiempos. Y debo admitir que no solo Felipe habla bien de vos: su hermana María Ana se refiere a vuestra merced en grandes términos. Extraño, tratándose de una mujer...

La joven desvió la mirada, como si algo en el patio inferior hubiera llamado su atención.

—Es normal, Majestad; el rey, vuestro esposo, siempre me ha tenido en gran estima. En cuanto a la infanta María Ana, no es de extrañar que guarde buen recuerdo mío: compartimos juegos infantiles y siempre nos seguía a los mayores en nuestras andanzas. No es rara, por tanto, tal confianza, teniendo en cuenta nuestra crianza.

—Aun así, es raro que traten así a alguien del servicio. Tales preferencias no se estilan en Francia, a no ser que compartáis con el rey algo más que una mera camaradería...

—Si lo que os preocupa es que las apetencias del rey puedan tener su réplica en mí, Majestad, habréis de perder cuidado: hace tiempo que tengo dueño.

Isabel de Borbón abrió unos ojos como platos. No se esperaba tamaña confesión por parte de una joven que acababa de conocer.

—¿En Francia...?

Aurora asintió. Comenzaron a descender la gran escalinata de granito, que daba acceso a la planta inferior.

—Pero... Aurora, creía que necesitabais del consentimiento de vuestro tío para casaros.

—Perdonad, Majestad, si he dado a entender otra cosa: no estoy casada, aunque sí prometida, y el motivo de mi viaje es conseguir el beneplácito de mi tío y del rey Felipe, para lo cual espero contar con vuestro apoyo.

La reina Isabel chasqueó la lengua. Sus dedos estrujaron la seda de la falda, cuyas enaguas crujían con cada uno de sus movimientos, a medida que descendía uno a uno los peldaños de la escalinata. Su actitud confundida no pasó inadvertida a los ojos perspicaces de Aurora, que no dudó en girar la cabeza para mirar directamente a la soberana, obviando el protocolo.

—Aurora, creo que no está en mi mano concederos tal deseo. Es más, creo que deberíais hablar de ello con el rey, mi esposo. Deberíais saber algo que os atañe especialmente. Algo que puede cambiar vuestro futuro, y no del modo que deseáis...

Aurora quiso decir algo, mas las palabras murieron en su garganta antes de hacerse patentes. Algo había llamado su atención de forma poderosa, hasta el punto de paralizar sus miembros y forzarla a detenerse en la escalera, cuando apenas si quedaban un par de peldaños para llegar a la planta baja. La reina contempló cómo la menina quedaba inmóvil, crispada, con sus ojos negros fijos en un punto indeterminado y la boca semiabierta, mostrando la hilera superior de dientes. Junto a ella, el mosquetero que la custodiaba también parecía haberse quedado petrificado, pendiente de algo que, al igual que la

menina, lo había asombrado sobremanera. Isabel de Borbón giró su cabeza de rizos oscuros, tratando de hallar la razón de tamaño estupor.

En el extremo opuesto del patio, Felipe IV departía amigablemente con el bastardo del conde de Elda que, en poco tiempo, parecía haberse convertido en uno de los colaboradores más cercanos de Olivares, situado en un segundo grupo próximo al monarca y siempre portando su carpeta de documentos. Tras el rey, un hombre desconocido, ataviado con los ropajes propios de los mosqueteros del rey Luis. El ceño, fruncido; los ojos, brillantes bajo unas espesas cejas oscuras que no restaban atractivo a un rostro curtido en el que se adivinaba alguna cicatriz que otra. Su cabeza, descubierta ante el monarca, lucía unos cabellos rizados de color castaño oscuro que le llegaban hasta casi los hombros. Pero lo que más asombró a la reina fue que sus ojos se alternaban entre la contemplación de Aurora y unas miradas nada amigables que intercambiaba con el hijo del conde de Elda.

—Aurora... —la llamó la reina.

Pero la muchacha no estaba mirando a aquel mosquetero ni tampoco a Albert, que no mostraba el menor reparo en lanzar indiscretas miradas a la menina. No, sus ojos permanecían fijos en una tercera persona que acompañaba al rey. Una persona que no dejaba de reír y mover seductora su cabeza, haciendo que de sus largos pendientes de brillantes emergiesen destellos irisados. De cuando en cuando, abría y cerraba su abanico con no poca coquetería para, posteriormente, cerrarlo sobre un escote que mostraba más que lo que el decoro de la Corte española permitía. Tal vez, por eso, atraía sobre sí las miradas indiscretas de Albert, Olivares y del propio rey. Sabía cómo moverse, sabía cómo reír para resultar más seductora, sabía cómo debía mecer sus cabellos para que el sol los hiciera brillar como el oro.

Isabel de Borbón pudo observar cómo Artal volvía a mirar a Aurora e intercambiaba un leve gesto con ella, además que tuvo su réplica por parte de la menina y de Pierre.

—Dime que no es cierto, Pierre.

—Mucho me temo que lo es.

Y es que, tras aquellos ropajes, tras aquellas risas y tras aquel coqueteo, reconocieron un rostro del pasado. Un semblante que imaginaban oculto tras los barrotes de una oscura mazmorra, una mente que presumían atrapada, sin posibilidad de volver a causar daño alguno.

—Eugenie... —musitó Pierre.

Aurora nada dijo. Tan solo sintió cómo su antigua rival se percataba de su presencia y sonreía.

Artal se encontraba de pie, próximo a uno de los balcones de la Torre Dorada, desde la que se divisaba el Manzanares y parte de la Villa de Madrid. Sus dedos jugueteaban con su sombrero, dándole vueltas una y otra vez, mientras sus ojos se paseaban por las estanterías que albergaban miles de libros. Le resultaba curioso que el Cuarto Felipe hubiérale citado en la biblioteca del Alcázar, aunque fue la premura de su misiva lo que más le había asombrado. Hacía rato que esperaba. El caballero ujier le había comunicado que el rey se encontraba tratando asuntos importantes con el conde de Olivares; adivinaba que serían noticias sobre el sitio de Breda, que aún permanecía, pese a los intentos de los tercios españoles por liberarlo.

Con hastío, deslizó uno de sus dedos por los lomos de las encuadernaciones de cuero que tenía más próximas. Apenas si se fijó en los títulos... Cogió uno al azar y comenzó a pasar sus páginas de forma mecánica. Una escritura que no conocía, de trazos estilizados, poblaba las hojas y se alternaban con dibujos en los que el colorido mostraba escenas orientales. Los hombres llevaban turbante y las mujeres aparecían cubiertas. Solo el tono moreno de su piel los

diferenciaba de él, además de sus ropajes.

—Calderón, Maimónides, Aristóteles, el Rey Sabio... Ningún hombre podrá presumir de poder si no cuenta en su haber con una buena biblioteca —dijo una voz a sus espaldas.

Los rizos de Artal apenas se movieron cuando se volvió para ver al rey Felipe. El monarca había ingresado en las estancias sin ser visto, acompañado por Albert, que lo seguía a corta distancia. El bastardo del conde de Elda sonrió quedamente al mosquetero, quien se aprestó a soltar el libro para ejecutar una inclinación que acompañó con un movimiento de su sombrero.

Felipe IV se acercó al mosquetero, las manos tras la espalda. Sin embargo, Albert permaneció en el lugar en que se encontraba, en actitud falsamente tranquila. A Artal no le hacía falta conocerlo en profundidad para saber que, desde aquella posición, le era más fácil observarlo sin que se percatase de ello.

—Todos los hombres tenemos una misión en esta vida —comenzó a decir Felipe IV—. Se dice que, desde el mismo momento de nuestro nacimiento, un libro se abre en el cielo con nuestro nombre y nuestro destino. —Deslizó la punta de su dedo por una de las estanterías, eliminando un polvo imaginario—. El de un rey, en concreto, pasa por garantizar la paz de su país y el bienestar de sus súbditos. Creo que el de un mosquetero es similar.

—Un mosquetero, sire, ha de servir a su rey y su país. —Se alzó—. Somos soldados. Seguimos órdenes sin importarnos dónde nos lleven. Incluso a la muerte.

—Loable actitud. Ojalá tuviera a hombres así en mis filas...

—Tenéis a Philippe y a Aurora. Jamás he conocido a soldados más valientes que ellos —se atrevió a decir el mosquetero, con vehemencia.

—¿Philippe? Ah, ya; os referís a Felipe. —Rodeó al mosquetero—. Debo confesar que no me sorprende viniendo de él: siempre fue muy avisado. Pero de Aurora... Parece mentira que una mujer cause tal impresión en un soldado.

El rey de las Españas guardó silencio, deteniéndose un instante frente al mosquetero. Observó su casaca de cuero, abierta por la parte frontal; sus botas de montar, que llegaban hasta un poco más abajo de la rodilla; de su cinturón pendían un florete, un pistolón y una faltriquera. Bien parecido, eso sí. Atractivo, debía reconocerlo. En apariencia, era alguien vulgar y corriente, aunque bien era cierto que él no podía juzgar a un hombre por su aspecto.

Felipe de Austria sonrió, llevándose el índice a los labios.

—Os llamabais Artal, ¿no? Bien... Creo que fuisteis testigo presencial de lo acontecido en París. Fuentes de mi total confianza aseguran que la familia real estuvo implicada en el asesinato de don Álvaro de la Quadra. Y también que, en un primer momento, vos fuisteis condenado como sujeto ejecutor.

—Mi inocencia fue probada, sire —se defendió Artal, alzando el mentón—. Y desafío a todo aquel que dude de ello.

—No dudo que vuestra espada puede ser más rápida que vuestra lengua —reconoció el rey—, aunque la intención de esta visita no es poner en cuestión vuestra honorabilidad. Muy al contrario.

El rey se detuvo junto a uno de los balcones, fijando sus ojos celestes allá donde el cielo se fundía con la línea que delimitaba las montañas. El gris de los altos picos parecía confundirse con el verde de los bosques de pinos que poblaban la sierra.

Fue entonces cuando Albert, acercándose en silencio, tomó la palabra.

—Necesitamos vuestra ayuda, Artal. Debemos saber cuáles son las intenciones de Felipe y de Aurora.

—¿Sus intenciones? Creo no entenderos...

—Hablaré más claramente. —El rey entrelazó las manos, llevándose las al mentón—: ¿Por qué Felipe permanece en Francia y por qué Aurora está aquí?

Artal aguantó con estoicismo la mirada de los ojos claros de Albert.

—Creo que es fácil: vos la hicisteis llamar.

—Caballero Artal, cierto es que los hice llamar, mas siempre ha sido Felipe quien ha acudido a mi llamada y Aurora la que permanecía en Francia al cuidado de mi hermana. Sé muy bien que sus habilidades son iguales o superiores a las de su mellizo y en nada, salvo en el género y el tono de su voz, se diferencian —dijo el rey—. Pero mi orden fue que ambos se presentaran ante mí. Decidme: ¿por qué no ha sido así? Y, si existe algún problema, ¿por qué Aurora y no Felipe?

Artal desvió la mirada, fijando sus ojos oscuros en las losas del suelo.

—Caballero, es el rey quien os está pidiendo respuestas —intervino Albert—. No estamos aquí de chanza, ni tampoco para acertar enigmas: queremos respuestas, no más circunloquios ni secretos.

—Tampoco yo. Por eso os digo que, si queréis saber, debéis preguntar a Aurora, no a mí.

El rey sonrió. Le gustaba aquel francés: demostraba una valentía y orgullo más propios de sus fieros soldados de los tercios que de los remilgados franceses. Sabía mostrarse firme cuando debía, sin que sus emociones nublasen su sesera o sin que las amenazas lo forzasen a desenvainar la espada.

—Seguidme —dijo el rey.

Emergieron de la biblioteca, uniéndose al exterior a un grupo de hombres que encabezaba el futuro conde—duque. Como siempre, don Gaspar de Guzmán mantenía los labios contraídos en un rictus de suficiencia, mas sus ojillos oscuros seguían alerta, atentos a cualquier movimiento. Sus oídos, aunque prestos a las cuestiones de mayor o menor calado que los nobles le planteaban, no perdían ripo del resto de las conversaciones que se mantenían a su alrededor. Tal vez, por eso, su mirada se clavó en el grupo del rey, formado por el mosquetero y por el bastardo del conde de Elda. Extraña

reunión...

El monarca avanzaba con el rostro erguido, dejando que el sol se lo acariciara a través de los grandes ventanales de la galería que conducía al Patio del Rey. Haciendo un gesto con el dedo, Felipe IV invitó a Artal a que se acercara. Una sonrisa curvaba sus gruesos labios, mientras sus ojos azules brillaban pícaros.

—No voy a andarme con medias tintas con vos: sé que la deseáis —susurrole el hijo del Tercer Felipe.

Artal ni siquiera cambió el gesto. Seguía caminando, sin perder un ápice de su dignidad.

—Mas he de advertiros que ella no os pertenece: está previsto que una su vida a alguien de más rango.

El Cuarto Felipe giró el rostro y miró a Albert, quien hizo un gesto con la mano, sonriendo ampliamente. Artal frunció el ceño. Todo estaba más claro... Incluso la actitud de Albert.

—Es normal que os moleste: yo también lo estaría. De hecho, lo estoy. Fue mi amor en la niñez, mas mi destino como rey me unió a Isabel. Y el único método que tengo para tenerla cerca es por medio de su boda con Albert. —Comenzó a descender en dirección al patio inferior—. Sus servicios me resultarían valiosos en esta Corte, no solo como espía, sino también en otros términos —susurrole Felipe IV.

—Tenéis en muy poca valía a Aurora si creéis poder usarla como meretriz —espetó Artal, con brusquedad—. Jamás se vendería al favor real por obtener recompensas.

—Puede... —admitió el rey, sin dejar de sonreír—. Aunque a vos puede interesaros lo que voy a decir.

Mosquetero y monarca se detuvieron al pie de la escalera. La mirada de uno

clavada en la del otro. El menor de los Briand estrujaba el ala de su sombrero, mas su rostro permanecía inmutable, como si no le interesara lo que el rey quería decirle.

—Trabajad para mí, señor. Necesito entre mis filas a hombres valientes como vos y es de sobras conocida la fiereza de los mosqueteros. Mis ejércitos están perdiendo la ferocidad que antaño los hizo famosos: necesito sangre nueva entre mis capitanes.

—¿Qué gano yo con eso, salvo la traición a Francia y convertirme en desertor?

—Ganáis quedaros en las Españas con el rango de capitán, con la mujer que amáis –apoyó una mano en su hombro y se lo apretó–. Tomadla como amante si queréis: os la doy. Folgadla cuanto queráis. Yo consiento...

Artal dio un paso atrás, asombrado ante lo que el rey le proponía. Sin querer, chocó contra Albert, más próximo a ellos de lo que sospechaba. Un simple cruce de miradas hízole entender que lo había escuchado todo. Y, dado el rictus adusto de su semblante, parecía no estar muy de acuerdo con la perspectiva de convertirse en un marido cornudo.

—Majestad, con todos mis respetos, lo que proponéis atenta no solo contra el honor de la dama, sino contra las leyes de Dios –dijo Artal, a media voz.

—Caballero, tengo al reino de las Españas en una mano y a Dios en la otra. Vuestros pecados serían perdonados si consintierais en servir a la Corona y en convencer a la dama de quedarse.

—Majestad, esto no era lo acordado –intervino Albert–. Y, como contraparte y futuro esposo, jamás consentiría en compartir a mi mujer con otro, aunque fuese por orden real.

—Albert, haréis lo que se os diga. Ya sabéis lo que os jugáis en esto...

El bastardo tragó saliva ante la mirada aún atónita de Artal. Ninguno de los dos estaba de acuerdo con lo sugerido por el rey. ¿Cómo dos hombres que

parecían rivalizar por la misma dama, podían compartirla como si fuera un objeto? ¿Un lecho a tres? No entraba dentro de cabeza humana semejante razonamiento...

—¿Qué esperáis conseguir con eso? —preguntó Artal—. Porque dudo que vos no ganéis con semejante trato...

—Sencillo: gano los servicios de un mosquetero, el buen hacer de una espía y mantengo a raya a dos obstáculos que podrían importunar el buen curso de mi reinado.

—¿Os referís a Aurora y a Felipe? —preguntó Albert, con evidente interés—. Eso no hace sino dar credibilidad a los rumores que hay sobre ellos...

—Son algo más que rumores —afirmó el Cuarto Felipe.

—Lo siento, Majestad, pero ni siquiera el bienestar del reino es razón suficiente para abusar de Aurora como si fuera una meretriz —dijo Artal, visiblemente enfadado.

—Caballero Artal, no puedo creer esta aparente indignación que demostráis. Bien sé que sois experto en romper matrimonios y en disfrutar de mujeres ajenas —le interrumpió el rey.

—¿Cómo sabéis...?

—Una persona que bien os conoce me ha contado que vuestra fama como amante en París es bien grande, hasta el punto de haberos acostado con la misma reina, mi hermana.

Los músculos de Artal se pusieron rígidos de pronto. Sus ojos oscuros, fijos en el rey. Un sudor frío recorrió sus sienes, deslizándose por su rostro hasta empapar el vello de su barba. Se llevó la mano al cuello y se ahuecó la camisa que lucía bajo la casaca abierta, intentando que el aire corriera por su piel para paliar aquel súbito malestar.

Una risa de mujer se oyó a su diestra, haciendo que los tres hombres se volvieran. Un remolino de sedas azuladas, brocados y rizos rubios corrió ante sus ojos, envuelta en una mantilla de color crudo. Los brillantes que orlaban

sus orejas emitieron destellos irisados cuando la luz del sol se coló entre sus mechones dorados. Un aroma a flores emanó de su voluptuosa figura, colándose por los orificios nasales de Artal. Un olor conocido...

La mujer cayó en brazos del rey, que la abrazó efusivamente, ante un autoimpuesto desinterés por parte de los cortesanos que poblaban el patio ataviados con ropajes oscuros. Ni siquiera el cejijunto Olivares pareció incomodarse por aquella acción, acostumbrado como estaba a tamañas acciones por parte de su rey.

—Hablando del diablo, aparece envuelto en seda —comentó el monarca en francés, alegremente—. Caballero Artal, permitidme presentaros a...

—No es necesario proceder a las presentaciones, monsieur. El mosquetero Artal y yo nos conocemos de sobra —dijo la mujer, inclinándose excesivamente y mostrando un escote que dejaba ver sus pechos de forma indiscreta.

Artal asintió y, con evidente incomodidad, procedió a sostener la mano de la recién llegada para besarla con cautela. Los ojos verdes de la mujer miraron con fijeza a Artal, que no pudo evitar lanzar una indiscreta mirada a los senos redondos que parecían querer escaparse de su vestido, en busca de unas manos que memorizaran sus veleidades.

—Mademoiselle Eugenie...

La aludida sonrió, abriendo un abanico de nácar que comenzó a mover con no poca coquetería. Acto seguido, se acercó a Albert y susurró unas pocas palabras cerca de su oreja; palabras que hicieron que el joven sonriera. Unas arruguitas rodearon el contorno de sus ojos, mientras unos hoyuelos aparecieron en sus mejillas. Él también musitó unas palabras al oído de la francesa. Por un instante, Artal creyó que el valenciano le mordía la oreja al finalizar, dando al traste con la imagen de puritanismo que tenía con respecto a la Corte española. Pronto la francesa se colgó del brazo del rey y comenzó a hablar.

Súbitamente, los ojos de Artal se encontraron con unas pupilas negras conocidas. Un vestido azul que envolvía una figura grácil que se había detenido en el extremo opuesto del patio, al final de una de las escaleras que conducían a este. Junto a ella, un hombre ataviado con los ropajes propios de los mosqueteros miraba en su dirección.

Pronto, el grupo formado por Pierre, Aurora y la reina llegaron hasta su posición. Eugenie ejecutó una exagerada reverencia, que se vio correspondida igualmente por la de Pierre y Aurora; la menina, sin dejar de mirar a la francesa.

—Señor... —saludó Isabel de Borbón—. Celebro veros tan bien acompañado por mi nueva dama de compañía.

Aurora cruzó una fugaz mirada con los mosqueteros. ¿Dama?

Felipe IV sonrió sin disimulo, asiendo la mano de su consorte.

—Parece que don Gaspar ha tenido esta vez en cuenta los gustos de sus reyes, ofreciéndonos a ambos el mejor regalo para ornamentar nuestra morada. —Miró complacido a la francesa—. Jamás habría estado más de acuerdo con él.

Los ojos de Isabel de Borbón parecieron nublarse tras el velo de la tristeza. De su boca, emergió una sonrisa de desconsuelo, fiel reflejo de la soledad que sentía en el lecho y de saberse una mujer mancillada por la lujuria más que aparente de un esposo al que cada vez entendía menos.

Aurora no pudo evitar hacer una comparación entre la reina y Eugenie: ambas eran bellas, jóvenes; la una tenía esa belleza serena, que solo ansiaba saberse querida; la otra, una hermosura salvaje, propia de las que se saben el objeto de atención de los hombres. La dignidad de la reina contrastaba con el atrevimiento de la francesa. Aun así, ambas se sabían parte de una misma historia, caras de una misma moneda. Ambas eran necesarias, imprescindibles.

Artal apoyó su diestra sobre el hombro de la menina, que alzó la vista.

—Creo que debemos irnos... —Miró al Cuarto Felipe—. Ya está todo dicho.

Aurora lo miró sin comprender.

El mosquetero se giró y despidiose de los reyes de las Españas con una profunda inclinación.

—Majestades, un honor.

—Pensad en lo que os hemos propuesto, caballero Artal —le recordó el rey.

El militar no contestó. Se limitó a apretar los labios, mientras trataba de encaminarse hacia las caballerizas reales, con clara intención de hacerse con su caballo.

—¿No vienes, Aurora? —preguntó Pierre, dispuesto a abandonar también el patio.

—Ahora os alcanzo...

Obviando cualquier intento de detenerla, Pierre se aprestó a seguir los pasos de su amigo, demasiado indignado como para percatarse de que Aurora no los seguía.

La española hízole un gesto apenas perceptible a Eugenie, con el fin de que la siguiera a un lugar más apartado, bajo el arco que formaba el hueco de las escaleras, donde nadie se percatase de su presencia. La francesa no hizo el más mínimo ademán de huir o negarse, pues el eco de sus escarpines pronto siguió la estela de los pasos apresurados de la menina, que pasó ante los ojos extasiados de Albert como una exhalación.

—No voy a preguntaros por qué os encontráis aquí ni merced a qué malas artes os habéis valido para abandonar la prisión en la que deberíais encontraros.

—Vaya, Aurora, ¿es esa la forma de saludar a una vieja amiga? —Sonrió la rubia—. Creía que vuestro recibimiento sería mucho más cordial...

—No puedo demostrar amabilidad a una mujer que estuvo a punto de acabar

con el hombre al que amo.

—Veo con deleite que bajo esa apariencia de estatua de hielo late un corazón caliente —Rio, divertida—. Decidme, ¿os ha desvirgado? ¿O ese honor le correspondió a Lambérte?

Eugenie no lo vio venir... Con un rápido movimiento, Aurora extrajo una daga de una de las mangas de su vestido y, tras empujar el cuerpo de su oponente de forma brusca contra el muro, la colocó muy próxima al blanco cuello de la francesa. Por un instante, creyó ver el terror reflejado en sus pupilas verdes y una leve película de sudor que empapó sus clavículas. Aun así, los labios rojos de la rubia se abrieron en una risa irónica, dejando entrever unos dientes blanquísimos que brillaron como perlas. La menina enarcó una ceja, sin cejar por un instante en la presión que ejercía sobre la desvergonzada.

—Cuidad vuestra lengua, Eugenie. Sabéis que puedo mataros en un abrir y cerrar de ojos sin que nadie se percatara de ello y no dudaré en hacerlo.

—Querida, veo que seguís tan impetuosa como siempre. —Alzó un dedo y acarició la punta de la cuchilla—. En cierta ocasión, me amenazasteis con la muerte, pero vuestra debilidad me dejó huir.

—Y no sabéis cuánto me lamento por ello. —La menina aumentó más la presión, acercando su cuerpo al de la rubia.

—No lo dudo, puesto que fuisteis vos la que me condenó a estar en una cárcel española.

—Culpa vuestra por traicionar a doña Ana. Aunque aún no me explico cómo habéis salido de esa celda que jamás debisteis abandonar. —Apretó el mango entre sus dedos—. Debí mataros cuando tuve oportunidad...

—Lo de mi salida es una larga historia que ya os contaré en otra ocasión —comentó Eugenie—. De todos modos, parece ser que vuestro destino era volver a verme. Nuestros caminos van paralelos, aunque eso pueda molestaros. ¿Acaso no os dijo nada el cardenal?

Los ojos de la menina se abrieron desmesurados, brillando como carbones encendidos sobre la brasa de sus mejillas, que relucieron sobre la mortal palidez que cubrió su tez de nácar.

Eugenie comenzó a recomponerse en el momento en que la joven española bajó ambas manos y dio unos pasos atrás. En tanto que con una mano acomodaba sus grandes senos bajo el cuello redondo del vestido, con la otra atusaba sus largos cabellos rubios, que a consecuencia del ataque habían perdido su habitual compostura.

—Vos sois la agente del cardenal...

No era una pregunta: era una afirmación. Richelieu ya le había advertido que en la Corte de las Españas encontraría a un agente encubierto que le informaría sobre los pormenores de la misión que debía desarrollar. Aun así, lo último que se esperaba es que esa espía fuera Eugenie. La daga bajó.

—No entiendo... Vos estabais con la Médicis...

—Estoy con quien más pague y satisfaga mis aspiraciones, Aurora. —Dio una vuelta sobre sí misma, haciendo que la falda de su vestido flotase, mostrando la excepcionalidad del tejido—. Richelieu me paga por obtener información, sí; pero también recibo favores del rey Felipe IV y otros hombres de la Corte. De lo contrario, ¿cómo tendría el rey conocimiento de vuestras relaciones con Artal?

—Ni siquiera os molestáis en negar tal vileza... —Aurora no parecía sorprendida.

—No voy a negarlo: me conocéis bien y sabéis que siempre actúo en pro de mi beneficio.

Aurora se volvió y se llevó una mano al mentón.

—¿Qué ventaja puedo ofreceros yo, si parecéis estar a la vuelta de todo?

—Es sencillo, querida: como sabréis, no sé leer ni tampoco escribir, y mis

conocimientos del castellano son muy rudimentarios. De hecho, he podido moverme en esta Corte porque los nobles saben hablar mi idioma[15]; pero, en cuanto a las cartas recibidas desde Francia, tuve que recurrir a un escribiente que pudiera recibir las noticias y remitir mis cuitas. Sin embargo, ya no puedo hacer uso de sus servicios...

—Le habéis matado ante la perspectiva de que pueda denunciaros —dijo Aurora.

Los labios de Eugenie se curvaron.

—Vuestra perspicacia, Aurora, es tan impresionante como siempre. Sí, hube de matarlo. Sabía demasiado...

—Luego, queréis que ahora sea yo quien remita al cardenal vuestros informes y os transmita sus órdenes.

La francesa asintió y avanzó unos pasos en dirección a la menina, hasta colocarse a su siniestra.

—Sé que no siempre hemos estado de acuerdo en cuanto a nuestras motivaciones, pero conocer los designios del Cuarto Felipe ayudarían a que Francia adoptase una postura en lo que respecta a la guerra que se avecina. Y, cómo no, nos beneficiaríamos de ello.

—Actuar como agente doble de las Españas y de Francia es algo a lo que estoy acostumbrada —reconoció Aurora, entrecerrando los ojos—. Mas debéis saber que no está en mi ánimo permanecer en las Españas...

—Eso no podéis saberlo, Aurora. —Acercó su boca al oído de la menina—. Puede que os sorprenda, pero el Cuarto Felipe no desea que os vayáis. Muy al contrario, desea teneros cerca y controlada.

—No es un panorama halagüeño. —Aurora frunció el ceño—. ¿Y qué gano yo con todo esto, Eugenie?

—Mi apoyo. Os asombraríais de los contactos que he hecho en esta Corte, y también del poder que he alcanzado como amante del rey en poco tiempo. No

toma una decisión sin consultarme. Además, da la casualidad de que fue el conde de Olivares quien me colocó en el tálamo real con la esperanza de tener al rey entretenido en otros menesteres que no fueran la política o la guerra. Esas son materias que don Gaspar quiere tener en sus manos, sin que el que ha calificado como «Rey Pasmado» se inmiscuya. –Rio–. De todos modos, el rey tampoco es que se interese mucho por otras realidades que no sean las piernas de una mujer. En todo caso, y pese a la intervención de Olivares, debo reconocer que una oportuna carta de Richelieu a la Corte tachándome de espía, inclinó al buen conde a tomarme bajo su protección. –Rio–. Los enemigos de sus enemigos son sus amigos; tal es su lema.

Aurora asintió. Mal que le pesara, la rubia tenía razón.

—No dudo que así podríamos garantizar la paz entre Francia y las Españas. —Alzó la vista y miró el cuadrado de cielo que se dejaba vislumbrar en el patio—. No me apetece trabajar con vos, pero estimo que tenéis razón.

El sol comenzaba a descender. El mediodía hacía tiempo que había pasado. Había olvidado hasta la hora del almuerzo y, aun así, nada había que indicara apetencia de alimento en su ánimo.

Repentinamente, su visión se nubló. Extrañas luces multicolores desfilaron ante sus ojos, perdiendo la capacidad de distinguir objetos o formas. Un ardor se instaló en su estómago, haciendo que se doblara sobre sí misma. Gimió y soltó la daga con la que antes había amenazado a Eugenie. Por un instante, el rostro de la francesa reflejó algo de humanidad al ver cómo de la boca de Aurora emergía un súbito vómito que manchó el adoquinado grisáceo del patio. A pesar de todo, la menina no perdió el equilibrio, recomponiéndose al instante. Lo único que denotaba su repentino malestar era una leve capa de sudor que cubrió su pálida tez y su respiración entrecortada.

—Querida, ¿no os encontráis bien? —la francesa hizo ademán de ayudarla.

—Quedaos donde estáis, pues nada hay digno de cuidado —dijo Aurora, con

voz vacilante—. Es una leve indisposición provocada por una caída de un caballo. Pasará...

—Si vos lo decís... —Eugenie se irguió—. Entonces, ¿qué decidís?

—Odio admitirlo, pero no veo otra opción que no sea trabajar juntas en esto. Creo que, aunque tengamos objetivos diferentes y nos muevan intereses contrapuestos, compartimos el mismo camino. Es hora de aunar fuerzas...

—Y yo veo que nos vamos entendiendo, Aurora. Además, prefiero teneros como aliada antes que como enemiga.

Aurora asintió. «Los enemigos de mis enemigos, son mis amigos», se repitió a sí misma, con ambas manos en el vientre.

—¿Vas a decirme ya lo que te pasa, Artal?

La voz de Pierre se dejó oír, amortiguada por los cascos de sus monturas. Habían abandonado el recinto del Alcázar inmersos en un incómodo silencio motivado por el malestar del menor de los Briand, al no ver a Aurora. Inicialmente, quiso ir a buscarla, mas Pierre se lo impidió. El gascón sabía que su compañero estaba molesto con él, aunque también intuía que aquel enfado se debía a la conversación que había mantenido con el monarca español.

El militar se inclinó un poco sobre el cuello de *Guadiana* y lo palmeó, caricia bajo la cual la yegua cabeceó, meneando sus crines negras. Al paso del frisón, todos se apartaban, pues era tal su envergadura que no podía atravesar calles estrechas sin chocar con otros transeúntes o equinos. Sin embargo, hacía rato que se habían internado por un estrecho callejón por el que, pensaban, llegarían antes a la morada de don Pedro de Guzmán.

Pierre alzó la mano para asir las riendas de la montura de Artal, forzándolo a detenerse. Su amigo lo miró con gesto adusto.

—Hablemos, Artal. No entra en mis planes estar a mal contigo...

—No estoy enfadado contigo, Pierre, sino conmigo mismo.

—¿Acaso el Cuarto Felipe ha atentado contra ti?

—No tanto contra mí...

—Entonces, es Aurora...

Artal asintió.

—Pretende casarla con Albert para retenerla en las Españas y me ha ofrecido un puesto en sus filas, garantizándome que yo también disfrutaré de sus favores.

—¿Insinúas que quiere usar a nuestra amiga como una vulgar puta?

—No lo insinúa, Pierre: lo ha afirmado categóricamente. Incluso ha argumentado que podría conseguir una dispensa eclesiástica para ello.

—Eso atenta contra toda moral, Artal; y es increíble que un rey, que es el defensor máximo de la fe, insinúe tal infamia. —Pierre se mordió los labios—. ¿Y Albert? ¿Ha dicho algo al respecto?

—Albert afirma que no podría compartir a su esposa con otro hombre, punto en el que estoy del todo de acuerdo con él.

—No es para menos: yo tampoco podría hacerlo. —Calló un instante—. ¿Les has hablado de vuestro compromiso?

—No ha habido opción a ello. Tan solo piensan que somos amantes.

—Creo que pronto vais a tener que tomar una decisión, Artal. —Frunció el ceño—. Y... Bueno... No quería comentarlo contigo, pero creo que Aurora no está bien.

Artal bajó la cabeza, asintiendo repetidamente. Sus manos estrujaron las riendas de *Guadiana* con fuerza, refrenando de forma involuntaria el paso de la yegua.

—Lo sé, Pierre. Me preocupa la caída del caballo.

— ¿Temes que algún mal pueda aquejarla?

Artal guardó silencio. Sí, sus temores parecían ser fundados y el aspecto de Aurora, cada vez más pálido, le hacía temer lo peor.

Iba a decir algo cuando una especie de estruendo resonó en la estrechez de la calle. Parecía venir de las alturas y pasó rozando el rostro del menor de los Briand, ocasionándole un leve rasguño. La sangre comenzó a manar de la herida levemente, deslizándose por la mejilla del mosquetero, hasta finalizar en el poblado bosque de su bien recortada barba. Al tratar de desviar la mirada para hallar el origen del disparo, alguien cayó sobre él, obligándolo a descabalar. Notó cómo caía al suelo y cómo la sombra de su yegua lo cubría. *Guadiana* relinchó nerviosa, acompañada por el grito que escapó de los labios de Pierre.

Rodaba sobre el pavimento enfrentándose a un enemigo al que no vio venir, tratando de detenerlo sujetándolo por los antebrazos. Pronto, se dio cuenta de que luchaba a brazo partido con un hombre que ocultaba el rostro tras un pañuelo de color rojizo. Sus cabellos sucios de polvo y sudor le caían sobre la cara, y sus manos enguantadas trataban de aferrar el cuello de Artal sin éxito. El mosquetero tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para propinarle un rodillazo en el estómago, que hizo que cayera a un lado, momento que aprovechó Pierre para dispararle y descabalar. El disparo fue certero, acertando en la cabeza del agresor de Artal. Restos de sangre y masa encefálica fueron a parar contra las paredes de ladrillo visto de una de las viviendas asentadas en el callejón. Artal miró a Pierre, llevándose la mano a la mejilla para limpiarse.

A lo lejos, algunos curiosos se asomaban a la calle para, después, prorrumpir en gritos llamando a la guardia de la villa. La algarabía se veía acentuada por los relinchos de sus corceles, que corrían despavoridos en direcciones opuestas, presas del pánico que la detonación había ocasionado, y por el traqueteo de los carros, que algunos comerciantes trataban de llevarse consigo y otros abandonaban a su suerte en la vía principal.

En unos segundos, Pierre y Artal se vieron rodeados por cinco

desconocidos que se acercaban a ellos armados con espadas y palos. Todos embozados, todos ataviados con ropas viejas y raídas; todos fijando sus ojos en los franceses.

Los mosqueteros se acercaron, uniendo espalda con espalda; las armas y los pistolones, en ristre, apuntando a aquellos que osaban importunar su marcha.

—Nos superan en número... —dijo Pierre.

—Ya me había dado cuenta. —Lo miró y le preguntó con guasa—. ¿Acaso tienes miedo?

—Olvidas que provengo de La Gascuña, compañero. ¿Cuándo has conocido a un gascón que huya de la batalla?

Artal sonrió ante el comentario. Los gascones eran famosos por ser los más fieros entre los mosqueteros, aunque también los más vanidosos en cuanto a sus habilidades.

Sin comerlo ni beberlo, se vieron envueltos en una pendencia que no habían buscado. Los tiros se confundían con los gritos, el sonido metálico de las espadas, con los golpes que producían los puñetazos y patadas. Por la anchura de la calle, no había escapatoria alguna y, dada su inferioridad en número, debían combatir a un par de enemigos cada uno. En el extremo opuesto, había un quinto hombre que observaba la escena impasible, cubierto tras una capa negra que le ocultaba parcialmente el rostro y un sombrero de ala ancha. Apoyaba una mano sobre la cintura, en tanto que con la otra descansaba sobre un mosquete de grandes dimensiones, preparado para disparar si osaban escapar por allí.

En un momento dado, uno de sus oponentes consiguió desarmar a Pierre y herirlo en un muslo. El gascón gritó, cayendo al suelo con evidentes muestras de dolor. Artal también gritó, tratando de atraerse la atención de sus adversarios para motivar la huida de Pierre, pero sus rivales no le dejaban el más leve respiro para así ayudar a su amigo. Estaban solos... O eso creían.

Una sombra descendió de las alturas con un magistral salto. Cierto era que

las casas no eran demasiado elevadas y el salto no implicaba riesgo alguno, pero lo sorprendente de aquella presencia hizo que todos se volvieran a contemplar al recién llegado. Iba ataviado con una capa de color negro y un sombrero de ala ancha del mismo color adornado por una pluma azul. Lucía una camisa blanca que complementaba con un chaleco de cuero y unos pantalones igualmente negros. Su rostro, oculto tras un antifaz; sus cabellos castaños, asegurados en una coleta baja. Sus ropas recordaban a los atuendos de la Corte francesa, dada su apariencia y la elegancia que parecía emanar de su figura, entallada gracias a una perfecta confección del chaleco. Alzó la vista. Unos ojos tan negros como la noche brillaron sobre el raso de su antifaz. Con singular parsimonia, el desconocido desenvainó una toledana de grandes dimensiones y empuñadura dorada que orientó hacia los embozados. No habló, no los amenazó; tan solo hizo un gesto con la cabeza, haciéndoles ver que allí tenían a su contrincante.

Uno de los acosadores se dirigió a él, espada en ristre. El misterioso desconocido permaneció inmóvil, impertérrito, como si esperara el ataque. No hubo enzarzamiento, no hubo lucha... El grito de su rival resonó en el estrecho pasadizo al sentir cómo el filo de la toledana se hundía en su estómago. El enmascarado siguió apretando hasta que la afilada hoja emergió por la espalda del hombre. Bastaron unos segundos para que su enemigo cayera al suelo y el misterioso joven sacase la espada de aquel cuerpo, que se retorció entre estertores que lo aproximaban a la muerte.

Miró a los allí presentes: amenazante, a los unos; tranquilizador, a los otros.

En breves instantes, Artal se encontraba luchando mano a mano con el recién llegado. Ambos se compenetraban a la perfección. Un leve gesto o una simple mirada les bastaba para entender que debían agacharse, echarse a un lado o incluso saltar utilizando la espalda del compañero como trampolín. El joven embozado era realmente un maestro, pues usaba con singular maestría la toledana y la vizcaína, que iba alternando con no poca destreza; y tampoco era manco en el arte de dar patadas o puñetazos. Su agilidad, pasmosa: lo mismo

esquivaba los envites de los aceros de sus contrarios que se deslizaba con facilidad para atacar. En pocos segundos, se habían desecho de sus enemigos. A lo lejos, el que parecía vigilante cargó el mosquete al hombro y procedió a detonarlo. Artal gritó, tirando al enmascarado al suelo y quitándolo de la trayectoria de la bala. Se escuchó un juramento seguido de una carrera y el trote de un caballo. Aquel hideputa estaba huyendo del lugar y solo pudieron ver cómo se alejaba. Pierre bramó, mas no pudo detenerlo dadas sus heridas.

Artal alzó la vista y recorrió con la mirada los cuerpos de los que yacían muertos a su alrededor. Los restos de la batalla parecían querer confundirse con la sangre que manaba de las heridas de aquellos hombres, que en nada parecían ser personas principales, sino simples mandados que solo deseaban ganarse un sustento. A juzgar por sus atuendos, meros cazarrecompensas, o incluso campesinos sin formación guerrera. La historia de siempre...

—Parece que he llegado a tiempo...

La voz de Aurora hízole inclinarse sobre ella. La joven permanecía tendida en el suelo, con el peso del cuerpo del mosquetero sobre el suyo. En su mano derecha, aún sostenía su toledana; su vizcaína, por el contrario, había caído un poco más allá a consecuencia de la imprevista acción de Artal. Su prometido se incorporó, al tiempo que le daba la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Quiénes eran? —preguntó Pierre, masajeándose la zona herida.

—Ni idea —reconoció la enmascarada Aurora, recogiendo su daga del suelo.

Artal se dirigió al gascón para examinar su herida de batalla. Aparte de lo escandaloso de la sangre, no parecía ser un corte importante: el tajo era limpio y no había dañado el hueso o alguna vena importante. Lavar la herida y una simple compresión contribuirían a su sanación. Ni siquiera los puntos serían necesarios para cerrarla. La naturaleza haría su trabajo. Diligente, extrajo de su faltriquera un pequeño bote con alcohol, una pequeña gasa y una venda

enrollada, dispuesto a ejercer su labor.

—¿Se habrán equivocado? —volvió a preguntar Pierre, incrédulo por lo allí acontecido.

—No lo creo: han aprovechado esta calle, que solo tiene dos posibles vías de acceso, para tenderos una emboscada —dijo Aurora, observando el trazado—. Y doy gracias a Dios por haberme decidido a última hora a tomar el papel de Philippe y no seguir mi camino como Aurora. —Envainó sus armas, que volvieron a sus respectivas fundas con un sonido metálico. Acto seguido, los miró y dijo con voz grave—: No ha sido un encuentro fortuito, querían mataros. De eso estoy segura.

—¿Y por qué habrían de querer matarnos? Acabamos de llegar a la villa, nadie nos conoce... ¿Qué amenaza pueden suponer dos mosqueteros?

—Puede que supongamos una amenaza para ciertas personas —dijo Artal.

Sus manos, hábiles, se movían por el muslo de Pierre, haciendo girar la venda para comprimir el tajo. Entonces, sus ojos se volvieron a Aurora, que no pudo evitar una maldición. La menina se volvió y dirigió sus ojos negros al cielo del atardecer. A lo lejos, los gritos habían dado paso al silencio. Artal ayudó a Pierre a levantarse, no sin algún quejido por parte del gascón, al sentir como la tirantez de la piel del muslo parecía abrir más su herida.

—Ahora solo hay que descubrir para quién. O para quiénes... —siguió Artal.

—Está visto que nuestra especialidad es meternos en problemas —bromeó Pierre—. Ya estábamos acostumbrados en Francia, ¿por qué no en las Españas?

Los militares estallaron en gran algarabía, haciendo que los ecos de sus carcajadas retumbasen en el estrecho pasadizo. Aurora, por el contrario, permaneció seria, con su vista puesta en el mismo punto.

Capítulo XII: Cuestión de fe. El mosquetero del Alcázar

*C*astillo de Chambords, Francia, octubre de 1644

Doña Estefanía había terminado de ahuecar los últimos almohadones de plumas tras la espalda de su señora, tratando de que esta adquiriera una postura lo más cómoda posible. Sus pies, tan hinchados que parecían morcones, se alzaban sobre el lecho con sendos cojines, tratando de favorecer la circulación de unas piernas cada vez más rotundas que apenas podían sostenerla. La castellana dirigió una mirada de reojo a un hombre que, ataviado con una especie de delantal blanco, se lavaba las manos en una jofaina próxima a la cama. No muy alto, de cabellos grisáceos que otrora fueran negros como ala de cuervo y ojos oscuros como el carbón; su piel atezada y su nariz aguileña evidenciaban su ascendencia sefardita, además de sus ropajes, de rico terciopelo oscuro. Estaba tan ensimismado en sus menesteres que parecía que no había ninguna otra cosa que le interesara más en el mundo. Y, sin embargo, su auténtica misión había sido desarrollada hacia escasos minutos...

La dama española había tenido que tragarse todo su pundonor cuando vio que aquel hombre hizo que su señora separase ambas piernas y alzara el camisón hasta la cintura, mostrando aquellas intimidades que reina alguna habría osado descubrir. Y menos ante un desconocido como lo era el recién

llegado. Aun así, y para su sorpresa, el misterioso viajero había actuado con una delicadeza y un recato tal que no parecía de aquel tiempo. Para hacer más llevadera la vergüenza de su señora, había procedido a taparse con una sábana, mientras procedía a inspeccionar a la reina.

Ana de Austria había apretado los dientes ante la prueba que estaba a punto de sufrir, agarrando con ambas manos el embozo de la cama, que crujía entre sus dedos cuando sus molestias aumentaban. Un sudor frío perlaba su cutis de porcelana, apenas teñido por el rojo de sus mejillas, más producto de la vergüenza que del dolor. Una vez que se retiró, la reina se dejó caer, aliviada, sobre el suave colchón de plumas. Sus rizos rubios, extendidos sobre las sábanas de seda. Apenas podía ver más allá de su protuberante barriga, mas creyó percibir una figura ataviada con ropajes negros que, discretamente, se había sentado en el suelo junto a la chimenea, fijando sus ojos negros en las llamas que engullían los gruesos troncos del hogar. Al cerciorarse de su presencia, la reina sonrió.

—¿Qué pensáis? —preguntó doña Estefanía, interrogando con la mirada al hombre.

—Opino que no hay de qué preocuparse: todo va según la naturaleza —dijo—. La hinchazón de sus piernas es debido al peso que ha ganado en las últimas semanas. Pese a que la sabiduría popular indica que debéis comer por dos, una dieta rica en frutas y verduras no os hará mal alguno, Majestad. Además, estimo conveniente que sustituyáis la carne de caza por el pollo o la ternera.

—¿Cómo? ¿Acaso queréis convertir a mi señora a vuestra religión?

—Doña Estefanía, yo no discutiría con monsieur Abraham. Tengo entendido que los galenos judíos son los más avezados en el campo de la Medicina y, según la infanta María Ana, nuestro buen físico sabe lo que se hace.

La voz de Philippe sonó en la lejanía, resonando con fuerza en el hueco de la chimenea y dándole a sus palabras un tinte espectral.

La dueña no pudo evitar mirar al español, quien no había abandonado en

todo el rato que duró la exploración su actitud apática frente a la chimenea. Estaba de acuerdo en sus labores de guardia y custodia, pero ¿era propio que un hombre pudiera espiar de ese modo la desnudez de su reina? No pudo evitar dar un bufido.

—Ya está bien, doña Estefanía. Haced todo lo que monsieur Abraham os indique —dijo Ana de Austria, fatigada. Y luego, al judío—: ¿Cuándo estimáis que se produzca el parto?

—Si todo va según lo previsto, calculo que para vuestra Navidad. —Secó sus manos—. Permaneceré con vos hasta ese momento.

—Ordenad lo que consideréis necesario a doña Estefanía. Ella procurará que nada os falte en vuestra estadía en Chambords. —Dio un hondo suspiro—. Seréis recompensado...

—Majestad... —El sefardita se llevó una mano al pecho, inclinando la cabeza servilmente.

La nieta de Felipe II sonrió e hizo un gesto con la cabeza, símbolo que identificó el galeno como venia para retirarse. Asiendo la bolsa que contenía todos sus instrumentos, se aprestó a abandonar las habitaciones precedido de doña Estefanía que, muy a regañadientes, se disponía a dejar sola a su señora.

Cuando la puerta se cerró, los ojos celestes de la reina se fijaron en Philippe. El joven seguía sentado junto a la chimenea, con ambos brazos rodeando sus piernas y el mentón apoyado sobre las rodillas. El fulgor naranja de las llamas se reflejaba en las oscuras pupilas del español, que parecían estar consultando en el calor de las brasas misterios solo por el conocidos. Tal vez preguntaba por el futuro... Tal vez por su propio ser... ¡Y es que era tan misterioso!

Ana de Austria carraspeó, atrayendo sobre sí la atención del español, que alzó la cabeza con indolencia. Con un ademán de su blanca mano, la reina le indicó que se sentara junto a ella. Philippe no osó contradecirla, si bien tampoco cumplió con la petición de forma rauda. Se incorporó tranquilamente

y, de forma reposada, se situó junto al lugar en que su señora descansaba; su sombrero de ala ancha, abandonó pronto su testa para situarse entre sus dedos.

La reina alzó una de sus manos y, tomando la siniestra de Philippe, la acarició con ternura.

—Hoy apenas habéis hablado...

—Tenéis damas que pueden desempeñar tal cometido para vuestro divertimento —contestó el enmascarado.

—Siempre tan seco... —La Habsburgo rio—. A veces me pregunto si os divertís alguna vez o si siempre mantenéis la guardia.

—Mi reina sabe que hay momentos en que la debilidad me ha podido. — Agarró su mano y la estrujó—. Tales momentos de flaqueza no deben ni pueden repetirse.

—¿De veras? ¿Quién lo dice?

—Lo dicen las Sagradas Escrituras cuando mandan: «No codiciarás a la mujer de tu prójimo»...

—Si entendéis al rey, mi esposo, como el prójimo, creo que erráis, Philippe. —Volvió a reír—. Máxime, cuando ese que dice ser mi esposo no visita mi lecho ni me trata como su legítima mujer.

—Puede ser —convino el español—, pero no es menos cierto que estáis preñada de un hombre al que respeto por encima de todo. Y a ese hombre, sí que considero mi semejante.

Los ojos de la Habsburgo se abrieron como platos, consciente de las palabras de su ángel guardián.

—¿Tan pronto habéis olvidado a Héctor, Ana? —preguntó Philippe—. ¿Tan mudable es vuestro cariño y tan obnubilada estáis por Buckingham que ya no recordáis quién es el padre del bebé que lleváis en vuestro vientre?

—Yo... Esto... ¿Qué tiene que ver Buckingham?

Philippe se sentó a su lado y, obviando cualquier norma de etiqueta, se

inclinó sobre ella. Su cara, muy próxima a la de Ana de Austria, separándolos tan solo un palmo. Su mano se posó sobre el vientre de la reina. Sintió un lejano tictac bajo la superficie de su piel, apenas un leve zumbido; de cuando en cuando, algún que otro golpe que hacía que el cuerpo de la mujer se arqueara un poco, en parte por la sorpresa, en parte por el dolor.

—Esta vida, Ana María, os la ha regalado Héctor, y ha sido Héctor quien ha velado cada sueño, cada paso de Vuestra Majestad. —Cogió un mechón de cabello y se lo llevó a los labios—. Mi veneración por vos, el amor que os tengo... Puede que sea tan grande como el que Héctor os profesa, pero es un amor contra natura.

—Philippe...

—Ana María. —Le sujetó el mentón—. Dios sabe que os amo por encima de todas las cosas, que deploro ver cómo os rendís a las ensoñaciones que Marie de Rohan os mete en la cabeza con ese inglés, pero no es menos cierto que hay alguien a vuestro lado que cumple a la perfección con el papel de hombre que vuestro esposo no ha sabido ejercer para vos. Y ese hombre...

Su voz sonaba ronca, insegura, como si le costase asumir la dolorosa verdad. Una verdad que se había negado por muchos años y que, pese a todo lo que ordenasen las buenas costumbres y las leyes, había llegado a negarse.

—Ese hombre, Ana, es para mí como un hermano. —La miró—. Jamás volveré a traicionar su confianza, por muy grande que pueda ser mi amor por vos.

—Felipe... —pronunció su nombre en español, evocando los recuerdos de niña—. Felipe, creo que en ese aspecto debo ser yo quien elija. Sois fuerte, noble, valiente... Cualidades que no desmerecen las del propio Héctor. —Acercó el rostro al suyo; su boca, a pocos centímetros del embozado—. Dios sabe que me gustaría separarme de ti, aunque es verte y... Recuerdo aquella noche y...

Quiso besarle, mas Philippe se retiró bruscamente, separándose de ella de manera ostensible.

—Os lo ruego, Majestad, no sigáis. Dejadme permanecer a vuestro lado como vuestro ángel guardián, sintiéndome orgulloso de la reina y la mujer que sois. Por favor, Majestad, no compliquéis más las cosas. No compliquéis más lo que siento...

—Felipe...

—Majestad, no vayáis por el mal camino. Sabéis que andáis por terreno peligroso. No solo vuestro embarazo y vuestra historia con Héctor pueden traeros la desgracia. No, Majestad; dejad de jugar al juego de tronos.

—¿A qué os referís?

—Sé que Buckingham os ha hecho una propuesta: el derrocamiento de vuestro esposo y vuestro alzamiento como reina absoluta y propietaria.

El rostro de Ana de Austria, ya de por sí tan blanco como la porcelana, adquirió la misma apariencia de la muerte. ¿Cuánto sabía Philippe? ¿Había escuchado su conversación con Marie de Rohan?

—Os recuerdo que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas, Philippe.

—Y yo os recuerdo que le debéis fidelidad a vuestro esposo y a las Españas, aunque os obstinéis en negároslo.

—Fidelidad que él mismo se encargó de romper. —Se puso en pie y comenzó a caminar nerviosa por la habitación—. Estoy harta de que Aurora y tú no dejéis de sermonearme. Os colgaría si de mí dependiera.

—No lo haréis porque sabéis que llevamos razón. Tened cuidado, Ana María, estáis jugando con fuego.

Los ojos de Ana de Austria parecieron chispear con rayos azules. Jamás Philippe la había visto en tal estado como aquella vez.

—Pues si es así, me quemaré.

Y, sin darle tiempo a asombrarse, arrancó el antifaz que cubría el rostro de niño del enmascarado.

—Arderéis todos conmigo. Todos a quienes un día quise, todos en quienes confié... Todos los que me hicisteis daño —dijo, arrojando con saña el trozo de fieltro a las rojas llamas—. Arderemos en el infierno.

Philippe suspiró y, con andares pausados, se dirigió hacia la chimenea, accionando la puerta oculta que había tras la marmórea construcción. Sabía que los ojos celestes de la reina seguían fijos en las lenguas de fuego que asolaban con los troncos y engullían el secreto de su rostro. No obstante, no se volvió, a pesar de que su primer impulso fue hacerlo y abofetear a la soberana, como castigo a tan infantil renuncio.

—Arderemos, Ana María; vos por infiel, y yo por traidor.

—¿Por qué nos habéis traído aquí?—preguntó Artal.

La Plaza Mayor de la villa bullía con el ir y venir de gentes de distinta clase y condición. En su centro, habían instalado tres tribunas de madera en las que se aposentaban los nobles; en la central, resguardada de aquel sol de otoño por un baldaquino de terciopelo rojo, se encontraba el lugar destinado a la familia real. Prueba de ello era el gran escudo de los Austrias que habían dispuesto tras los grandes sitiales destinados al rey y a su esposa. Junto al estrado, Albert, Artal y Pierre permanecían en pie, en calidad de invitados de honor a tal acontecimiento. Los dos franceses observaban todo con asombro, fijando su atención en la plataforma instalada en el centro, en torno a la cual se disponía el público asistente.

Artal repitió la pregunta.

—Vais a ver un auto de fe —respondió Albert con calma.

—¿Cómo...?

Albert calló. Artal tragó saliva.

—Van a ajusticiar a alguien públicamente por hereje —susurrole en francés.

Pierre abrió los ojos como platos.

—¡Estarás de chanza!

—No, Pierre —intervino Albert—. No lo está. —Lo miró—. ¿Acaso en Francia no castigáis a los herejes?

—Ciertamente, se hacen ejecuciones. —Se rascó la sien—, mas no en público.

—Aquí se usan como entretenimiento del vulgo. Dados los grandes impuestos a los que son sometidos, es de recibo que presencien un buen espectáculo cada cierto tiempo. Y vaya si les gusta... —confesó Albert.

—No me parece un gran espectáculo tratar la muerte de un hombre como una atracción de circo —espetó Artal, frunciendo el ceño.

Una sonrisa burlesca aleteó en los labios de Albert, quien se tocó la nariz con despreocupación.

—En este caso, una mujer, monsieur. De todos modos, opino que subestimáis en demasía la vida de unos herejes.

—Y yo opino que vos subestimáis la vida humana —le cortó Pierre—. ¡Cómo se nota que jamás habéis luchado por ella!

—Y espero que jamás me sea necesario hacerlo —confesó el bastardo.

Artal quiso decir algo, mas el sonido de las trompetas interrumpieron cualquier conato de conversación.

Un carronato de color negro que lucía el escudo de los Austrias en ambas poternas ingresó en la plaza atravesando uno de los arcos de medio punto que

daban acceso a esta; y más concretamente, el arco que daba acceso a la carrera de San Isidro. Los gritos de la multitud parecieron confluír en uno solo, lanzando *vivas* al rey.

Una vez que se detuvo, Felipe IV descendió con parsimonia del vehículo. Sus cabellos rubios, libres de todo sombrero, brillaron al sol; sus gruesos labios se curvaron en una sonrisa, agradeciendo al pueblo sus vítores. Alzó una mano para saludar, provocando que el jolgorio de la plaza se tornase en un grito ensordecedor. Tras él, descendió Isabel de Borbón, ataviada con un sencillo vestido de terciopelo verde oscuro, complementado con una gola de encaje y puños blancos. La dulzura de su sonrisa y su serena belleza cautivaron a los presentes, que no cejaban en su empeño de mostrar sus simpatías por sus jóvenes reyes. Avanzaron lentamente hacia el estrado principal donde Olivares, siempre de negro, siempre ceremonioso, los recibió con una profunda y exagerada reverencia que secundaron los restantes miembros de la nobleza. Al tomar asiento en sus sillones, los mosqueteros advirtieron que el rey alternaba su mirada entre las gradas y una de las damas de la reina.

—¿Quién es? —preguntó Pierre, señalando a la mujer de las gradas.

—Juana Calderón, «la Calderona». Es una famosa actriz de teatro y también es famosa por otras artes.

—¿Cuáles? ¿El canto? ¿La danza?

—Entretener al rey. —Rio Albert—. Respecto a la otra dama...

—Podéis ahorraros la explicación. Conocemos a la dama por su reputación —intervino Artal—. Sabemos que el entretenimiento es también su oficio.

—¿Ah, sí? —El bastardo del conde de Elda enarcó una ceja, divertido—. ¿Acaso habéis podido gozar de sus favores?

—Yo no, mas mi amigo Pierre, aquí presente, sí que disfrutó de ellos.

Una sonrisa de triunfo hizo que el bigote perfectamente recortado de Pierre se curvase.

—No lo niego, pese a que nuestra despedida no fue... ¿cómo decirlo? todo lo placentera que hubiera deseado.

—Me sorprende que no haya podido satisfaceros...

—¿Quién dice que no lo haya hecho? Solo digo que su ambición ensombreció la pasión.

—Puede que sea esa ambición la que enturbie su fama. —Albert la miró—. Jamás conocí a hembra más fogosa ni más orgullosa de ser puta.

—Veo que vos también la conocéis bien —señaló Pierre.

—Tan bien y tan profundamente como vos, me atrevería a decir.

Artal quiso hablar, mas un nuevo sonido de las cornetas lo interrumpió, forzándolo a mirar en dirección al sonido, aunque no fueron los instrumentos los que atrajeron su atención, sino el ademán del futuro conde-duque. Olivares, en pie junto al rey, mantenía el brazo derecho en alto, con la palma extendida, ordenando silencio. A un nuevo gesto del valido, la muchedumbre se hizo a un lado formando un pasillo por el que, como si de una aparición se tratase, avanzó un desvencijado carronato de madera, tirado por un burro. Ni Artal ni Pierre sabían de dónde venía, ni cuándo había llegado, a pesar de que todo indicaba que procedía de la Real Cancillería. Miraron a Albert, como si este pudiera poner un poco de luz a sus dudas; por toda respuesta, el valenciano les indicó que mirasen a Olivares.

El traqueteo de las ruedas del carro sonaba contra el empedrado de la plaza con el crujido seco y cascado tan característico de la madera vieja. Cuatro guardias, ataviados con ropajes negros y amarillentos, custodiaban el lento caminar de la carreta, en cuyo tosco y descubierto habitáculo se hallaba una mujer de unos cuarenta años. Iba ataviada con ajados ropajes que en otro tiempo fueron un vestido de lino blanco; sobre su cabeza, una especie de capirote; sus manos, atadas tras la espalda; su espesa cabellera, otrora de color azabache, vetada por hebras de plata; su rostro, que habría sido hermoso, curtido por los sinsabores de la cárcel. Bajó pesadamente del carro, tratando de mantener erguido su dolorido cuerpo, como si quisiera conservar

en su hora final algo de una pasada dignidad, mas sus piernas parecían no querer sostenerla por más tiempo, hasta el punto de que tropezó con los peldaños del cadalso, incapaz de seguir avanzando por sí misma. Sin ningún tipo de miramiento, dos soldados la agarraron de las axilas y la hicieron subir arrastrando los pies.

Pierre y Artal contuvieron la respiración.

La voz del heraldo real resonó en el espacio al leer la fatídica sentencia. Bruja. Herejía. La pena de muerte. La hoguera como purga de sus pecados.

—¿Es eso cierto? —inquirió Pierre.

Albert se encogió de hombros.

—¿Importa acaso?

—Claro que importa —dijo Artal, con brusquedad.

—Puede que sí, ya que esa mujer usaba hierbas desconocidas para curar siguiendo tratados moriscos, prácticas penadas por la Iglesia.

—A ver si lo he entendido bien: es la Iglesia y no vuestro rey quien dictamina tal atrocidad.

—La Iglesia, Olivares... ¡Qué más da! El valido cumple con su venganza al acabar con aquella que salvó la vida de su puta, la Iglesia consigue que los fieles teman más al Infierno y el pueblo obtiene su espectáculo. En resumen, todos contentos.

—Y vos disfrutáis con ello —dijo Artal.

Albert sonrió, guiñando un ojo. Noble era. Bastardo, pero noble.

Las cornetas volvieron a sonar, como si quisieran amortiguar los pesados pasos del verdugo que, con una tea encendida, se aprestaba a acabar con la improvisada bruja, que gritó al ver cómo su muerte se aproximaba.

Entonces, algo pasó...

El grito del ejecutor se confundió con el de la condenada, cuya voz pareció

morir en su garganta. De la mano de aquel que iba a matarla, manaba abundante sangre que regó de manera indiscriminada la madera del cadalso. La tea cayó al suelo, apagándose por el mismo impacto, sin llegar a prender la superficie de leña alquitranada que habían dispuesto bajo los pies de la prisionera. Por su parte, el sayón sostenía su mano herida con la sana, en medio de agudos gritos de dolor. A sus pies, una flecha ensangrentada.

—¡Mirad allí!—dijo una voz.

Una nueva flecha cortó el viento, atravesando la plaza de lado a lado y yendo a clavarse en una de las fachadas de los edificios colindantes, dejando a su paso la estela parda de una cuerda. Por un momento, el pueblo creyó ver cómo, ante aquel tórrido sol de mediados de octubre, se recortaba una figura oscura envuelta en una capa. Una figura que, como una mancha negra, pareció deslizarse a lo largo de la soga para ir a parar de un salto a los pies de la prisionera.

El pueblo prorrumpió en un grito de asombro.

El recién llegado alzó la vista. Su rostro, oculto tras un antifaz y el ala ancha de un sombrero negro que apenas dejaba a la vista unos pocos cabellos castaños; su cuerpo, envuelto en una capa de color negra que no conseguía disimular su juventud, traducida en una corta estatura y una aparente fragilidad. Mas su voz sonó fuerte y segura, impropia para alguien de tan pocos años, y uno de sus dedos señaló acusador al palco real.

—Ningún hombre, por poderoso que sea, tiene derecho a decidir sobre la vida de otro, y menos argumentando delitos imaginarios amparados en un Dios que solo quiere misericordia.

—Blasfemia... —murmuró Olivares, en un tono de voz únicamente audible para el rey.

—A vosotros, oh, pueblo, os entretienen con muerte mientras os matan de hambre y matan a vuestros hijos. Y, mientras, clero y nobleza os hablan de Dios y de muerte. Ella —señaló a la mujer—, ha curado a vuestras mujeres y

niños aun a riesgo de su vida. ¿Debe ser quemada por haber dado vida ante aquellos que os la quitan?

—¡¡NOOOOOOOOOO!! —estalló el pueblo, como si fuera una sola voz.

Dicho esto, el recién llegado soltó las ligaduras de la mujer con un certero corte de su espada, al tiempo que de sus labios escapaba un silbido. Un frisón negro cruzó rápidamente la plaza, haciendo que en su furiosa carrera las gentes se echasen a un lado; sus crines, flotando en el aire como hebras de seda negra; sus cascos, casi volando sobre el pavimento. Solo detuvo su cabalgar al llegar junto al cadalso, donde refrenó su trote hasta detenerse por completo, sin dejar de piafar ni de cabecear por un momento.

El enmascarado empujó a la mujer sobre el caballo.

—Huye con él. No te preocupes. Sabrá encontrarme —susurro.

—Tú eres...

—Alguien como tú.

A la bruja no le dio tiempo a protestar, pues, a una señal de su salvador, el frisón hizo una cabriola que la hizo caer sobre su lomo. El animal echó a correr como alma que lleva el diablo, igual que un torbellino oscuro que portaba a sus grupas a aquella a quien la Iglesia y Olivares parecían haber condenado.

—¡Apresadle! —gritó Olivares.

A su llamada, los guardias de corps allí presentes, en número no superior a veinte, rodearon el tálamo mortuorio con las lanzas en ristre y en tres hileras de cinco, diez y quince hombres. Todos uniformados con los colores negro y oro, todos con la determinación y la incertidumbre pintada en el rostro.

—Ese hideputa no escapará —masculló Olivares, mesándose la barba.

—¿Vos creéis, conde? —preguntó Felipe IV.

—Solo un loco se atrevería a desafiar al poder real.

—Un loco o un genio, don Gaspar.

El valido quiso protestar, mas la actitud del monarca hízole desistir. Se encontraba con la cabeza apoyada en su mano, con los ojos celestes fijos en la figura embozada que, casualidad o no, vestía un atuendo muy similar al que lucían los mosqueteros de la Corte de Luis XIII. Sus gruesos labios esbozaban una sonrisa que alternaba entre las damas objeto de sus pasiones y el espectáculo que allí iba a desarrollarse.

Los guardias avanzaron un poco, con precaución.

—¡APRESADLE, LE QUIERO VIVO! —gritó Olivares, indignado ante la actitud del rey.

—Los estáis enviando a morir —dijo el enmascarado, orientando su toledana en dirección a los guardias.

Los hombres gritaron al abalanzarse sobre él. Las mujeres gritaron excitadas al saberse espectadoras de una lucha a la que no estaban acostumbradas.

Pronto, el sonido metálico de la espada del enmascarado se confundió con el ir y venir de la guardia, que iban avanzando uno a uno, como si temieran herirle. Mas la altura le daba ventaja al improvisado libertador, quien daba certeras estocadas a uno y otro lado, desarmando a sus enemigos. Su aparente fragilidad y juventud eran su mayor baza, pues eran tan solo una máscara que ocultaba sus verdaderas habilidades. Ni tan siquiera fallaba al avanzar o al retrasar sus pasos, como si estos fueran producto de bailes aprendidos en la infancia, como si estuviera acostumbrado a pelear desde siempre. Y, ciertamente, era un maestro con la espada. No solo desarmaba a los que tenía cerca, sino que también consiguió desarmar a base de patadas y estocadas a los que se encontraban más alejados de su posición. Ni una lanza fue capaz de rozarle, ni una cuchilla pudo herirle, pues sus movimientos felinos parecían ponerlo siempre fuera del alcance de sus captores con una velocidad tan pasmosa que escapaba al ojo de los allí presentes.

En pocos minutos, los guardias habían sido desarmados y observaban a su presa con el pasmo reflejado en sus rostros. ¿Cómo un niño podía hacerles frente con tan inusitada habilidad? Y allí seguía, blandiendo su espada, sin una gota de sudor que perlase sus sienes, como si nada hubiera pasado.

—¡Qué bárbaro! —dijo Albert— Jamás había visto nada igual.

Artal se revolvió nervioso y echó mano a la empuñadura de su florete.

—No —dijo Pierre, deteniéndole.

—Hay que hacer algo...

—Si haces algo, lo sabrán todo.

—Y si no hacemos nada, puede ser peor.

El gascón negó con la cabeza y miró al Cuarto Felipe.

—Fíjate en el rey: ni la huida de la bruja, ni esta improvisada batalla lo han sorprendido. Es más, parece que disfruta con el espectáculo. Yo diría que lo esperaba...

Artal miró al rey. Efectivamente, el Rey Planeta parecía disfrutar de lo allí visto, a juzgar por sus dedos cruzados y la sonrisa de complacencia. Sus ojos celestes, fijos en el embozado, que parecía estar súbitamente incómodo por alguna razón inexplicable.

—¡Arcabuceros! ¡Que vengan los arcabuceros!

A la voz del futuro conde-duque, la anterior algarabía que reinaba en la plaza, entre gritos de ánimo al enmascarado, mutó en gritos de miedo. Sabían por propia experiencia que la presencia de los arcabuceros no presagiaba nada bueno, pues en más de una ocasión su puntería había calado en el pueblo llano a la vez que en el supuesto malhechor.

Un sudor frío se deslizó por las sienes de Artal, cuya mirada se posó en el joven de la tarima, que aún permanecía erguido, con el mirar desafiante y su

boca cerrada en una mueca de determinación. ¿O era dolor? ¿Por qué, si no había recibido daño alguno, se llevaba una de sus manos al vientre? Algo no encajaba...

Dando un salto y aprovechando la presencia de la cuerda que le había servido para hacer acto de presencia, el embozado se deslizó por ella, cual si anduviera por el suelo firme, sobrevolando las cabezas de los circunstantes, que no pudieron evitar proferir un grito de asombro. Al llegar a los tejados, se volvió y, deshaciéndose de su sombrero de ala ancha, hizo una reverencia al público; su silueta, recortada al sol. Artal no pudo evitar reír ante aquel gesto tan sumamente teatral que arrancó nuevos vítores y aplausos por parte del vulgo. Nunca antes habían presenciado un espectáculo semejante en el que una condena se tornase en rescate y, a la vez, en lucha contra el poder establecido. No era de extrañar que, ante tan gran escenificación, estallara en una explosión de júbilo.

—¡Disparad! —gritó Olivares.

Mas antes de que los soldados pudieran cumplir con la orden, el enmascarado desapareció tras los tejados de los edificios y la estela negra de su capa con un nuevo salto.

—Maldito hideputa... —masculló Olivares.

Miró al rey. Felipe IV aplaudía desaforado, haciéndose eco del sentir del pueblo y acompañando sus aplausos con una enorme sonrisa que dejaba ver las dos hileras de dientes.

—Majestad, guardad las formas —le conminó el valido.

—¿Por qué, don Gaspar? No podemos negar que ha sido algo digno de verse —y luego, señalando al populacho—: Todos han disfrutado con la maestría de ese mosquetero enmascarado.

—¿Cómo sabéis que es un mosquetero?

—No lo sé, mas su vestimenta, su forma de luchar... Cierto es que su acero es una toledana, aunque su estilo de lucha me recuerda a los franceses.

Al decir esto, sus ojos azules buscaron a Pierre y a Artal, que se encontraban a escasos metros acompañados de Albert. Al igual que el propio rey, ninguno de ellos parecía sorprendido por lo allí sucedido. Más aún, parecían estar bastante acostumbrados a tales acontecimientos. Aun así, aquel mosquetero llamado Artal de Briand parecía nervioso.

Sus ojos oscuros alternaban entre el tálamo del verdugo y la dirección por la que había desaparecido el desconocido salvador. Entonces vio unas pequeñas marcas rojizas sobre la madera, inapreciables a simple vista y diferentes a la sangre derramada por el verdugo. Era sangre, mas de color oscura...

—Algo anda mal... —dijo Artal.

—Nada ha ido mal. Muy al contrario —dijo su amigo.

Pero un extraño presentimiento cruzó la mente de Artal quien, sin esperar a su amigo ni despedirse del rey, bajó del estrado a todo correr, con rumbo desconocido.

—¿Qué le sucede? —preguntó Albert.

—Nada, no os preocupéis.

Y sin embargo, Albert sabía que algo pasaba....

La puerta de la casa—palacio de don Pedro de Guzmán se había abierto con un estrépito, dejando pasar los últimos rayos de sol de aquel día de otoño. Bajo el dintel, la figura apuesta de Artal de Briand jadeaba mirando en derredor por todo el zaguán. En un principio, pensó en alzar la voz, en llamarla por su

nombre, mas la deferencia debida a la familia del marqués de Ardales hízole desistir de su primer impulso. No sabía por qué había acudido allí, ni tan siquiera sabía si la encontraría, mas algo en su interior, llamémosle sexto sentido o corazonada, le indicaba que estaba en el lugar correcto.

Subió el tramo de escaleras corriendo y casi parecía que sus pies no tocaban el suelo. La carrera desde la Plaza Mayor hasta la cuesta de San Isidro, donde el marqués tenía su morada, había perlado su piel de una brillante capa de sudor que hacía que sus cabellos castaños se le pegasen al cuello y al cuero de su casaca. Pero a él no le importaba correr, no le importaba el sudor; le importaba saber si sus temores eran ciertos o no.

Al llegar a la habitación de Aurora casi pensó en darse la vuelta, afeándose su poca confianza en la menina. Acababa de verla en acción, acababa de presenciar la superioridad de la joven con la espada, muy superior a aquella veintena de hombres que la habían cercado. Y, si realmente estaba herida, ¿no era más lógico que se ocultase en otro lugar que no fuera la morada de don Pedro? Tal vez debiera ir a casa de Albert. Un gemido sordo se dejó oír tras las maderas. En un principio, parecía el maullar de un gato, aunque pronto escuchó un llanto, el quejido sordo de una voz de mujer que parecía querer ahogar sus lágrimas en la soledad de la habitación.

No se lo pensó dos veces... Abrió la puerta...

—No te acerques, Artal.

La voz de Aurora se dejó oír entrecortada por los hipidos del llanto, que le impedían hablar y casi respirar.

Un extraño olor a sangre flotaba en la atmósfera, acentuado por la cerrazón de las ventanas y de la puerta. Las cortinas también se hallaban corridas impidiendo que luz alguna pudiese delatar el dolor de la menina. Fue debido a aquella oscuridad impuesta por lo que, en un primer momento, no la vio, pues se encontraba hecha un ovillo a los pies de la cama. Todavía lucía los ropajes oscuros que la caracterizaban como Philippe, a excepción de los pantalones,

que se encontraban encima de la cama. Su rostro de niña, libre del fieltro del antifaz, aparecía surcado por lágrimas que, al contacto con el polvo, habían dejado a su paso unas huellas oscuras que contrastaban con la blancura de su piel. Sus cabellos castaños aparecían sueltos, ocultándole parcialmente el rostro. Sus manos, sobre sus ojos. Lloraba... ¿Por qué lloraba?

Se acercó a ella lentamente. Sus ojos iban acostumbrándose poco a poco a la oscuridad de la cámara, pudiendo percibir cada vez mejor las formas y los colores. Al llegar a la altura de la joven, se arrodilló junto a ella y le acarició su melena.

Aurora levantó la cabeza y lo miró.

—Lo siento, Artal...

El mosquetero quiso preguntar el porqué de aquella frase, mas cuando sus ojos se posaron en las piernas de la menina lo comprendió todo.

La blancura de sus miembros se veía empañada por una gran cantidad de sangre que había manchado el suelo y su ropa interior. Un poco más allá, un pequeño hatillo de sábanas, que en un principio debieron ser blancas como la nieve, empapadas en sangre. Intuyó algo envuelto en ellas, no mucho mayor a la palma de una mano. Un pequeño cuerpo sanguinolento...

Instintivamente, rodeó el cuerpo de Aurora con sus fuertes brazos y comenzó a acunarla, como si fuera una niña pequeña.

—Lo siento, Artal... —repitió.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Quería esperar a que mi tío nos diera su bendición... —Lo miró. Sus ojos, arrasados en llanto—. Ahora nada queda... Nada importa. Empezó como un pinchazo, como algo que tirase de mí... Ha sido muy extraño: un momento lo tenía, y al otro ya estaba fuera. Me desgarré por dentro, me desangré por fuera... Sabía que se iba, Artal; lo supe desde aquel malestar que sentí en los Pirineos.

Artal sabía que no hablaba para él sino para sí. Estaba desahogándose de todo aquel peso que había sentido antes y después de salir de Francia, de aquella carga que no había sido tal. Sabía que el brillo en los ojos de Aurora cuando volvió significaba algo mucho más allá de la alegría de volver a verlo. Sabía que ocultaba un secreto, y, sin embargo, ¿por qué ninguno de los dos dijo nada?

—Es el castigo por mi pecado, el castigo por quererte fuera del matrimonio... —seguía ella—. Pero, si debo ser castigada, ¿por qué Dios no me castiga a mí en vez de a algo tan pequeño, aunque fuera fruto de mi pasión?

Y Artal no supo qué decirle...

Seguían abrazados cuando Pierre y Albert llegaron a la casa y descubrieron a la menina ensangrentada y al mosquetero con el dolor reflejado en el rostro.

Capítulo XIII: El misterio del Escorial.

Los secretos del hábito

—Sabía que vuestra sobrina traería la desgracia a esta casa, Pedro; lo sabía y vos no me hicisteis caso.

Juana paseaba nerviosa su embarazo arriba y abajo, sin preocuparse del peso que la criatura que llevaba en su vientre la obstase en manifestar su malhumor, algo que cansaba sobremanera a su paciente esposo.

—Y para colmo, no solo os afrenta con un embarazo, sino que atenta contra la voluntad del rey, nuestro señor, de casarla con el bastardo del de Elda.

—Mujer, bajad la voz.

—No será esa rata ramera quien me haga callar.

—Ella no, pero yo sí.

Se volvieron. Bajo el dintel de la puerta de entrada al salón se encontraba el francés que siempre seguía los pasos de Aurora, aquel al que llamaba Artal. Era él y no otro quien había descubierto el aborto de Aurora tras el percance de la Plaza Mayor y, dados todos los indicios, el padre de aquel bastardo.

Mosquetero y noble cruzaron una rápida mirada, tan elocuente que la marquesa de Ardales, con un bufido, supo que estaba de más allí. Salió de la estancia echando maldiciones.

—Creo que os debo una disculpa, don Pedro.

—Monsieur, dada mi experiencia, que es bastante, los actos que merecen explicación son los que, por sí solos, no son lo bastante irreprochables.

—Y, aun así, creo que debo hacerlo —dijo el mosquetero, arrodillándose ante el curtido caballero. El marqués de Ardales no se movió, atento a cualquier ademán del joven—. Don Pedro, perdonadme por no haber sido franco con vos. El amor y el respeto que debo a vuestra sobrina me forzaron al silencio.

—Caballero Artal, no sé qué clase de respeto es ese que os da derecho a folgarla sin haber pasado por la vicaría.

—Entiendo vuestro enfado y en absoluto puedo eximir mi culpa: no hay excusa en ello. Mas creedme cuando os digo que mi única razón al venir a las Españas era pedir la mano de vuestra sobrina en matrimonio. —Sus ojos oscuros se vieron, de repente, ocultos tras una fina cortina de lágrimas que su hombría se negaba a derramar—. Si hubiera sabido del embarazo de Aurora, ni siquiera vuestro permiso me habría hecho falta para desposarla.

Don Pedro no dijo nada. Tan solo se levantó del asiento que antaño ocupaba y se acercó a una de las ventanas de la estancia. Artal no osó cambiar de postura, observando al curtido caballero.

El marqués de Ardales parecía encontrarse a kilómetros de aquella morada, tal vez en los tiempos en que tanto Aurora como Philippe eran meros infantes puestos a su cuidado. Sus recuerdos, fijos en aquella noche ya pasada...

Monasterio del Escorial, 12 de junio de 1603

Don Pedro de Guzmán paseaba nervioso arriba y abajo de la antecámara. Sus cabellos oscuros como ala de cuervo se mecían sobre sus orejas, algo separadas del rostro. Bajo sus cejas, los inquisitivos ojos iban

alternativamente desde la contemplación del temporal que se desarrollaba fuera hasta la puerta de marquetería que daba paso a las estancias de la familia real.

Un grito de mujer se dejó oír al mismo tiempo que un trueno estallaba, acompañado del fulgor azulado de un relámpago. Como si de un mal augurio se tratase, un crujido se oyó en el exterior, al tiempo que un fogonazo anaranjado iluminaba la estancia. Se acercó con miedo a una de las ventanas y vio con no cierto terror que aquel relámpago había impactado contra uno de los árboles del jardín, partiéndolo por la mitad y quemándolo en el acto. La visión del árbol ardiendo bajo el manto oscuro de la noche y la fría mano de aquella lluvia de verano hizo que un sudor frío perlase sus sienes.

Una de las puertas de ébano se abrió dando paso a dos personas, hombre y mujer, un fraile y una monja, ambos cercanos a la treintena. En sus manos, dos fardos envueltos en sendas toquillas de color blanco.

Don Pedro se acercó, interrogándolos con la mirada.

—¿Han sido dos?

La monja asintió, persignándose, a lo que el fraile confirmó de viva voz lo que era una evidencia.

—Dos, don Pedro: hembra y varón.

—¿Y la madre...?

—Descansa en su alcoba.

—¿Sigue adelante?

—Nada la ha hecho mudar en su decisión, ni tan siquiera la visión de sus hijos.

—¡Qué conflicto! —dijo el noble, mesándose la frente, que mostraba signos de una incipiente calvicie—. ¡Si tan solo pudiéramos encontrar el documento que los legitima!

—La señora manifiesta que está a buen recaudo y que será desvelado en el momento oportuno. Mas es vital que nadie sepa de la existencia de los niños.

—¿Y el rey Felipe? ¿Está de acuerdo? —preguntó don Pedro, no sin cierto temor.

—La idea partió de él, don Pedro.

El marqués de Ardales contempló un instante a los bebés: niño y niña, sí, pero tan idénticos que era imposible distinguirlos, con excepción de su sexo, tan evidente en la desnudez.

Una voz de mujer los llamó de vuelta a la alcoba, algo que hicieron lenta y silenciosamente.

Tras el esfuerzo titánico del parto, la recién estrenada madre se encontraba descansando sobre grandes almohadones de plumas. Sus cabellos castaños, desparramados sobre las blancas sábanas y empapados por el sudor. A sus pies, una segunda monja se afanaba en limpiar la sangre que aún manchaba sus muslos y en retirar las sábanas que mostraban los restos de aquel alumbramiento doble.

—Mi señora...

—Don Pedro, lamento haberos hecho llamar desde Madrid a hora tan intempestiva. Y más, con semejante tiempo.

—Señora, bien sabéis que estoy a vuestro servicio. Y antes que vos, bajo el de...

—Callad, don Pedro —dijo, alzando una pálida mano desprovista de anillos—. Las paredes oyen...

Tal vez no lo dijera por los religiosos, ni tampoco por el propio don Pedro, a pesar de no haber más personas allí que los presentes. De sobra era sabido que el Escorial gozaba de puertas y puertas. Unas a la vista. Otras, no tanto.

Con un débil ademán, la dama pidió que le acercaran a las criaturas. No manifestó intención de tomarles en brazos como hubiera hecho cualquier primípara en su casa. Muy al contrario: besó a ambos niños en la frente y los bendijo, imponiéndoles a cada uno una pequeña cruz de madera atada a un cordel.

—Algún día, será la cruz la que os muestre el camino, hijos míos. Esa cruz os revelará vuestra verdadera grandeza. Esa cruz amparada en San Lorenzo será vuestra guía...

—¿Qué nombres habéis decidido imponerles, señora? —preguntó el fraile.

—Aurora y Felipe —dijo sin vacilar.

Mirando a la niña, dijo:

—Aurora, porque fue la primera en abrir los ojos y ver la luz de este mundo, porque ella será luz, será amanecer...

Y luego, al niño:

—Felipe, como el más grande de los reyes.

Al decir esto, miró un cuadro que colgaba de uno de los laterales de la habitación. Un cuadro que mostraba a un hombre aún joven ataviado con armadura y bastón de mando. Sobre una frente despejada, unos rizos de ese rubio que oscurece con los años. La boca, de labios gruesos. Labios de Habsburgo... Los labios de los Austrias.

—Felipe... Como su padre... Como mi padre...

Los ojos de don Pedro de Guzmán parecían haber recobrado por un instante el brillo de los días pasados, evocando ante sí el recuerdo de aquella dama que había renunciado a sus hijos por el propio honor y el de la patria. La realidad de la presencia del mosquetero pareció sacarlo de aquellas ensoñaciones.

No le gustaba aquel hombre. ¡Para qué negarlo! Aunque, ¿qué hombre le gustaba para Aurora? Era su perla, su bien máspreciado, y hubiera dado cualquier cosa por que fuera su hija de verdad. Paseó nervioso por la estancia.

Los ojos de Artal seguían fijos en él, como si esperasen algo.

—Don Pedro...

—¿Qué preferís que os diga, monsieur? ¿Una palabra amable o un insulto? ¿Un *bienvenido a la familia* o un duelo a muerte para reparar el honor de mi sobrina?

—Estaríais en todo vuestro derecho de elegir cualquier opción. Lo único que quiero es vuestro perdón.

—Caballero Artal, el perdón es fácil de otorgar, mas difícil de merecer. — Suspiró—. No, caballero; no soy yo quien debe concederos ese perdón. Al fin y al cabo, Aurora no es cosa mía realmente. Pedid ese perdón a Aquel que todo lo ve y a mi sobrina, pues es su honra la que habéis mancillado.

—Era mi intención, don Pedro, mas desconozco su paradero. Al despertar, no había rastro de ella en casa, pese a que el médico le recomendó no menos de una semana de reposo.

Don Pedro lo miró un instante para, a continuación, posar sus ojos en la pintura de un monasterio que colgaba de una de las paredes de la pieza.

—En eso, tal vez yo pueda ayudaros...

Siempre supo que aquella imponente mole gris, construida en plena Sierra de Guadarrama, había sido instada por el modelo del propio Felipe II: una parrilla invertida que conmemoraba el martirio de San Lorenzo y que no era sino una paradoja del martirio del propio Rey Prudente. La gota fue solo el último castigo por el que tuvo que penar al final de su azarosa vida tras un camino lleno de luces y sombras. Sus historiadores conocían más su leyenda negra por mor de plumas inglesas, mas esta se le había antojado aún más oscura al rey por los infortunios de su propia vida: viéndose desprovisto de su

bella madre Isabel a una edad temprana, tuvo que lidiar siempre con el recuerdo y la grandeza de su padre, el emperador Carlos V, al que siempre pretendió emular y superar; igualmente, hubo de presenciar cómo su heredero, Carlos, caía en la vorágine de una locura que alternaba episodios de inapetencia con soberbios atracones, accesos de ira homicida y melancolía profunda, que finalizaron en una muerte en oscuras circunstancias (¿suicidio?, ¿asesinato?, ¿muerte natural?); un marido atormentado por el fantasma de sus cuatro esposas, todas muertas antes que él, solo una capaz de darle el ansiado heredero.

El Escorial, aquella inmensa mole gris de piedra caliza, era a la vez pecado y penitencia del Segundo Felipe, su última morada en vida, la morada eterna tras la muerte.

Las crines de *Guadiana* se mecían suavemente a medida que se acercaban con paso lento a la puerta de entrada occidental del monasterio. Conforme se aproximaban, el mosquetero sentíase cada vez más pequeño en comparación con el mastodóntico templo. Al llegar a la gran explanada, Artal descabalgó y buscó una argolla para atar a su yegua. Un poco más allá, *Relente* cabeceaba tranquilo, sin que cuerda alguna obstaculizara sus movimientos. Haría lo mismo con *Guadiana*. La dejaría libre.

Aurora no debía estar muy lejos. O eso creía...

Una vez flanqueadas las enormes puertas y llegado al patio interior, de construcción cuadrangular, los grandes reyes y profetas del Antiguo Testamento parecieron darle la bienvenida. Sobre la puerta de entrada a la basílica, David y Salomón, con los rostros bajos, miraban al visitante como si quisieran advertirle que flanquear aquellas pesadas puertas suponía dejar su vida terrena atrás para adentrarse en un mundo donde solo Dios era el único Señor al que debía servir.

Un extraño sentimiento hízole temblar... Aun así, entró...

Los altos techos de la iglesia parecían querer tocar el cielo, delimitados por arcos de medio punto y bóvedas de crucería que se entremezclaban como si se

abrazaran. Un frío intenso se coló por los pliegues de su casaca nada más contemplar el soberbio altar mayor, donde se combinaba el trabajo en madera y metal sobredorado, y rematado por un crucifijo. El silencio era abrumador. Tanto que tan solo el eco de sus pasos al resonar en la oquedad alteraban por momentos el ambiente recogido de la gran iglesia. Casi podía escuchar el sonido de su propia respiración.

Un sonido procedente de las alturas, similar a un crac hizo que alzara la vista.

Sobre su cabeza, galerías superiores que conducían a la zona del coro alto y a las dependencias palaciegas destinadas a la familia real. Un auténtico laberinto de pasillos que confundían el lujo de la vida terrenal con la austeridad de la comunidad dominica que allí residía. Aguzó la vista, tratando de discernir alguna forma humana, mas nadie había allí. Suspiró, tornando nuevamente su atención a la magnificencia del templo.

Mas sí había alguien...

Tras una de las columnas que delimitaban la galería del claustro superior, una forma envuelta en una capa parecía ocultarse de los ojos avezados del mosquetero, cual si creyera que su mera presencia obstaculizaría sus verdaderas intenciones. Observó atentamente los movimientos de Artal, que avanzaba tranquilo por la iglesia, deteniéndose de cuando en cuando en cada capilla que encontraba, bien para observar la arquitectura, o bien buscando algo que desconocía. Cuando tuvo la certeza de que el militar no se fijaría en su presencia, se arrebujo un poco más en su caperuza y avanzó por la intrincada madeja de pasillos que le conducirían a su destino.

Tuvo que avanzar durante largo tiempo para llegar al tan ansiado punto, la gran biblioteca, aquella que contenía los más valiosos códices del mundo conocido, propiedad privada del mismo Felipe II. Tratados árabes, hebreos y castellanos se agolpaban en sus estanterías en amorosa entente, encuadernados en cuero o, simplemente, enrollados en grandes fajos de pergaminos y atados con cuerdas. Diferentes lenguas conocidas confraternizaban con otras menos

habladas. El Rey Sabio parecía departir con Maimónides, en tanto que en el centro de la estancia varios globos terráqueos se disponían sostenidos sobre patas de ébano y bronce.

El visitante paseó sus manos por los estantes, acariciando subrepticamente los lomos de los ejemplares. Sus ojos oscuros se paseaban entre ellos como si buscaran algo que solo sus amados libros pudieran mostrarle. Al fin y al cabo, ¿qué saber no estaba escrito? Se asombró al ver junto a los textos religiosos algunos de origen ocultista. Volúmenes que habrían sido tachados como herejes por la Iglesia católica. Era paradójico que aquel saber penado estuviera custodiado por monjes en un recinto que presumía de sagrado.

—El saber nos hará libres, dijo un gran sabio.

El visitante volvió la vista. Tras él, un monje de unos cincuenta años se encontraba parado bajo el dintel de una de las dos puertas de acceso a la sala. Lucía el hábito blanco y marrón de los jerónimos, manteniendo sus manos cruzadas bajo el escapulario. Una cabeza de cabellos grises lucía libre de caperuza, en tanto que unos ojos azules relucían bajo unas espesas cejas aún oscuras que resaltaban sobre la ceniza de su barba y bigote. Lo observaba. Sin duda, resultaba extraña la presencia de un visitante a hora tan temprana. Y, aun así, cualquier visita a aquella biblioteca que no fuera la de los propios monjes, guardianes del saber, era una novedad.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó el fraile, acercándose al recién llegado.

—Gracias. No lo creo...

—Parecéis estar muy interesado en esta biblioteca —observó el religioso.

—No puedo negarlo. Mi vida ha transcurrido siempre paralela a los libros —acarició el tomo de un códice cercano—. De hecho, debo confesar que, siendo infante, muchas de mis correrías me acercaban a este monasterio para colarme aquí y pasar las horas muertas entre estas estanterías. —Agarró el libro más cercano, hojeándolo subrepticamente—. Fueron mis primeros amigos. Tal vez, los únicos.

—Hace años, dos muchachos solían visitarnos, hembra y varón. Ambos tan parecidos que podríamos haberlos confundido sin que su sexo fuera una traba —dijo el monje, de repente—. Desde entonces, pocas visitas, salvo las del rey, han honrado a estos ejemplares, fuente del saber, con su presencia. Tal vez, con la vuestra, las tornas cambien.

—Pudiera ser...

El monje sonrió de forma indefinible y, a continuación, alzó una mano con el puño cerrado, a los ojos del embozado. Los ojos del intruso se fijaron en que de ellas pendía una sencilla cruz de madera atada con un cordel que se mecía ante él. Instintivamente, sus dedos se dirigieron a la cruz para sostenerla por un instante.

—Creo que vuestra visita encierra mucho más de lo que dais a entender —dijo el monje—. Y entiendo que solo yo tengo en mi haber la clave de vuestra búsqueda... Felipe... O tal vez, Aurora.

Aurora tragó saliva, sintiendo que su tez se cubría de un tenue rubor al saberse descubierta.

—¿Cómo sabéis...?

—Sé mucho sobre vos. Aunque vos tal vez no sepáis que yo estuve presente el día en que visteis la luz y os di el bautismo.

Los labios de Aurora se abrieron con asombro. Instintivamente, echó hacia atrás la caperuza de su amplia capa negra y se deshizo del antifaz que cubría su rostro de niña. El monje sonrió, complacido.

—Os parecéis a ella, no tanto en lo físico como en la fuerza de vuestra mirada. Tal vez más de lo que pensáis.

—Todos dicen lo mismo: que soy igual que mi madre, mas nadie jamás me ha dicho quién era.

El religioso volvió a sonreír y, con una seña, le indicó que le siguiera. Aurora no osó protestar, apretando la cruz que le había tendido contra su pecho.

Caminaron largo rato en silencio hasta llegar a la galería de retratos, allá donde se encontraban los cuadros de la familia real, desde los Reyes Católicos hasta los Austrias. El sobresaliente mentón de Carlos V parecía rivalizar con la belleza de la rubia Isabel de Portugal y con la juventud de la reina Isabel de Valois, la tercera esposa del Segundo Felipe. Un poco más allá, la Reina Católica cubría sus trenzas rubias con la cofia blanca de las desposadas ante la atenta mirada de su marido Fernando II, que la observaba desde el otro ángulo de la habitación. Ocupando el lugar de honor, un retrato de Felipe II en plena juventud, ataviado con armadura oscura y dorada. Sobre una frente despejada, unos rizos rubios lucían en perfecta compostura; sus ojos azules, herencia materna, miraban al espectador con el orgullo de saberse rey y soberano. Su mano izquierda, descansando sobre el muslo; la diestra, sosteniendo el bastón de mariscal de campo. A lado y lado del retrato del rey, disponíanse otros dos más pequeños que mostraban a dos damas de singular belleza. Ambas de ojos negros y tez sonrosada. Ambas con labios gruesos típicamente Habsburgo y cabellos oscuros. Sabía quiénes eran: las hijas de la malograda Isabel de Valois, aquella reina francesa que trajo un poco de luz a la vida de Felipe y que alegraron con el parecido a su madre la vida del Rey Prudente.

Los ojos negros de Aurora alternaron entre una y otra. Ambas, al igual que su madre, habían tenido un destino no elegido. Catalina Micaela, la menor, había sido dada en matrimonio al duque de Saboya y había muerto en el alumbramiento de su último hijo, emulando la muerte de su malograda madre. Su pronto deceso aceleró el decaimiento y posterior óbito de su padre. Isabel Clara Eugenia, por su parte, fue durante mucho tiempo candidata al trono de las Españas, al verse su padre privado de herederos varones. Sin embargo, el nacimiento de su hermano, el Tercer Felipe, la dejó relegada a ser moneda de

cambio y pasto de políticas de alianzas con los Países Bajos. Isabel aún vivía, y puede que en una posición mucho más ventajosa que otras mujeres de su época, merced a su cultura y a su buena preparación político–militar.

—Hermosa, ¿no os parece? —dijo de pronto el monje, refiriéndose al retrato de Isabel Clara Eugenia—. Una dama de los pies a la cabeza, al igual que su madre, que Dios tenga en su gloria, aunque no tan bella como su hermana menor. Digna heredera del trono de los Austrias. Debió ser ella la única reina de las Españas y no ese incapaz de su hermano, ¡Dios me perdone!

—Guardad vuestra lengua, fraile, y no oséis manchar la memoria de Felipe III.

—No trato de manchar nada, Aurora, y menos en vuestra presencia, pues sé del cariño que le profesáis. Muy al contrario. Lo único que digo es que Isabel estaba mejor preparada para ser reina que Felipe. No en vano, su padre la preparó para ello desde la cuna. —Miró a la hija de Felipe II—. Era ella y no su hermano la idónea para regir nuestros destinos. Y era ese el auténtico deseo de su padre.

Aurora quiso hablar, mas sus ojos se fijaron por un instante en los dos retratos de Catalina e Isabel. De sus cuellos pendían sendas cruces de madera, igual que la que ella sostenía. Era extraño, pues lo más característico de aquel tipo de pinturas era dar protagonismo a los tejidos y joyas, especialmente cuando eran mujeres las protagonistas.

Sin poder contenerse, alzó la mano para acariciar aquellas pinturas, ante la atenta mirada del fraile. Entonces, vueltos sus ojos hacia el cuadro de Felipe II, descubrió que, sobre el pectoral de su armadura, había una cruz de idéntica factura que las de madera que lucían sus hijas.

—¿Qué significa esta cruz, padre? ¿Y por qué sabéis mi nombre?

—Tal vez esas respuestas no debáis buscarlas en mí, Aurora, sino en los muertos.

—Sois la segunda persona que me dice esas palabras y aún no acierto a

entender el porqué...

El jerónimo guiñó uno de sus ojos azules y, acto seguido, dirigió sus pasos hacia una de las ventanas de la habitación, aquella que daba a la fachada sur, sobre los jardines y el estanque. Algunos de sus compañeros de oraciones paseaban, inmersos en sus jaculatorias; otros, se afanaban en el cuidado de los árboles y plantas que allí crecían. Sabía que tenía que darle una respuesta a aquella joven, que el momento había llegado y que, pese a todas las amenazas, debía hacerlo.

—Preguntáis mucho y necesitáis saber, Aurora. Como os he dicho, la respuesta debéis buscarla en los muertos. Buscad en el oro que no es oro, en los ojos que miran a Dios y no al hombre. Buscad en la grandeza hecha polvo. —La miró—. Y si luego os restan ganas de conocer, buscadme en el bosque que hay más abajo, ya enfilando el camino a la Villa de Madrid. Allí os diré lo que tanto ansiáis conocer.

No le dio tiempo a replicar. Tan misteriosamente como había aparecido en la biblioteca, el monje accionó un mecanismo oculto en la pared, que se abrió con un crujido metálico, y desapareció tras un pasadizo secreto. Aurora quedó sola, merced a la mirada fría de los reyes y reinas del pasado y de aquellos que un día lo habían tenido todo y ahora se pudrían bajo los fríos suelos de aquel edificio que el genio de Juan de Herrera había creado.

—Has tardado en encontrarme...

La voz de Aurora desde las alturas atrajo la atención de Artal, quien había ingresado en la basílica por segunda vez, tras una primera búsqueda infructuosa de la menina en la que alternó el recinto sagrado con el Palacio de los Austrias.

Sentada en el lateral izquierdo del altar mayor, a los pies del cenotafio de Felipe II, mecía una de sus piernas embotadas en el vacío. Sus dedos enguantados jugueteaban con una cruz de madera, mientras su mirada vagaba perdida por la inmensa bóveda de la iglesia. Por un instante, sus ojos parecieron posarse en la figura de Artal, que se acercó con paso ligero al altar mayor, lo más cercano posible a la posición de Aurora.

—¿Llevas mucho tiempo ahí?

—El suficiente como para que las estatuas y yo nos hayamos hecho amigas – bromeó Aurora—. ¿Y tú? ¿Te ha costado mucho dar conmigo?

—Demasiado... Llegué al mediodía y el sol está ya próximo al ocaso.

—¿Tanto tiempo? –extrañose la joven—. Pensé que acababa de llegar...

—Aurora, me gustaría saber por qué estás aquí.

—Estaba siguiendo una corazonada...

—¿Una corazonada? No conozco esa palabra en francés. ¿Qué quiere decir?

Aurora se levantó y se apoyó en la columna más próxima a las esculturas de la familia del Segundo Felipe. Su mirada, baja.

—Digamos que tenía que seguir un presentimiento...

Paseó entre las estatuas, acariciándolas con manos temblorosas, fijándose en cada uno de sus rostros, en sus expresiones. En honor a la verdad, el escultor Pompeo Leoni había conseguido reflejar con bastante aproximación la belleza de la joven reina francesa que llenó el corazón de Felipe II. No le extrañaba que el príncipe Carlos, en medio de su locura sádica, albergase sentimientos amorosos por la esposa de su padre, no solo alentado por su belleza sino también por su gran corazón. En cuanto a María Manuela y Ana María, nada había en aquellas reinas de especial, al margen de haber sido las madres de los únicos hijos varones del Segundo Felipe. Acto seguido, miró al príncipe Carlos. A diferencia del rey y sus esposas, cuyos ojos estaban fijos en el altar mayor, los ojos del malogrado príncipe miraban al espectador como

si estuvieran indicándole ser portador de un secreto o quisieran captar la atención sobre el grupo.

Las palabras de su tío y del monje resonaron en su mente como furiosos aldabonazos: «Buscad en el oro que no es oro, buscad en los ojos que parecen mirar a Dios, pero realmente miran al hombre». Los ojos que miraban a Dios: Felipe II y sus esposas, Carlos I y su familia. Y el príncipe Carlos... No, el príncipe no miraba a Dios. El príncipe parecía mirarla a ella misma, a Aurora. Su boca parecía estar a punto de abrirse, como si quisiera decir algo.

Por un instante, la cruz pareció temblar entre los dedos de Aurora y cayó sobre el mármol en el que se aposentaba el grupo escultórico, muy próxima a las rodillas de Felipe II. La menina se agachó a recogerla. Al alzar la vista, un sudor frío perló su rostro al observar que, sobre el pecho del Segundo de los Austrias, yacía una especie de hueco de traza similar a la cruz que portaba en su mano. Sin pensárselo dos veces, introdujo el crucifijo en aquella ranura mientras Artal subía hasta su posición aferrándose al saliente de la epístola. Con una especie de chirrido, el cenotafio se desplazó unos centímetros, dejando a la vista una cavidad en el suelo que albergaba un cofre de ébano. Aurora se agachó y, abriéndolo, extrajo un pergamino de las entrañas del baúl.

—¿Qué dice, Aurora?

La menina tardó unos minutos en descifrarlo, arqueando de cuando en cuando las cejas y frunciendo los labios a medida que avanzaba su lectura. Al llegar a un punto, los dos dardos negros que tenía por ojos parecieron abrirse aún más, quedando fijos en la inmensidad de aquel cielo hecho tierra. Artal le arrebató con delicadeza el pliego de papel y leyó subrepticamente el contenido del legajo hasta llegar al punto en que Aurora parecía haber perdido la noción de la realidad, poco antes de descubrir la rotura de la hoja, que quedaba incompleta.

*Et filia Isabella Clara Eugenia, Hispaniarum regno heres esto. Parvulos.
Et filios filiorum suorum.*

Ego Philippus Rex.[16]

Y un añadido:

Gemini geminos quaerunt.

—Los gemelos se buscan mutuamente... —tradujo Aurora—. Mal halla en quien los separe...[17]

Artal la miró sin comprender al ver que temblaba.

La noche había extendido su negra mano sobre la Sierra de Guadarrama. Los altos pinos veían oscurecidas sus copas y el aroma a hierba se confundía con el frescor nocturno. Un poco más allá, las altas torres del Escorial se alzaban orgullosas hacia el cielo, recortándose sobre la figura plateada de aquella luna de mediados de otoño. El suelo, tapizado por las agujas que eran las hojas de los pinos y los restos de piñas que las ardillas no habían querido devorar, parecía crujir bajo la suela de sus botas, que avanzaban con cautela por aquella ladera.

Habían preferido internarse en el bosque a pie en vez de a caballo, tal vez por la ventaja del anonimato y el avanzar sin despertar sospecha que les otorgaba el proceder sin sus cabalgaduras. Él avanzaba delante, antorcha en mano, girándose de cuando en cuando para observar a Aurora, que le seguía los pasos. Desprovista del antifaz y con los cabellos sueltos cubiertos por la caperuza de la capa, la menina tenía un aspecto muy misterioso desde que habían abandonado el lugar de reposo de los reyes de las Españas. Tal vez los fantasmas del pasado se le habían aparecido con más crudeza de la cuenta. Tal vez porque ocultaba algo que él aún no acertaba a descifrar.

Nada se habían dicho desde que abandonaron el monasterio... Ni un roce había habido entre ellos desde la cruenta noche del aborto de la joven. Se

evitaban... Estando juntos, parecían estar a miles de kilómetros de distancia. Artal lo sabía. Aurora lo sabía.

Al llegar a un claro, se detuvieron. El fraile que había citado a la menina no debía tardar en llegar. Máxime, teniendo en cuenta que debía volver al monasterio sin ser visto, amparándose en la nocturnidad y en los rezos de sus compañeros.

—¿Estás segura de que te citó aquí, Aurora?

—Es el único claro lo bastante cerca como para salir sin que se percaten de su presencia.

A lo lejos, la campana del monasterio resonó en la noche, marcando las doce. La hora de las brujas... La hora de los espectros...

Artal caminó nervioso, clavando la antorcha en el suelo. Su mirada se paseaba entre los huecos de los árboles, yendo de abajo arriba de la ladera. ¿Dónde estaba el monje? Sintió cómo algo le mojaba la cara y se pasó la mano por la frente, secándose aquella humedad con mal fingido enfado.

—Fantástico... Y ahora, para colmo, comienza a llover.

Aurora enarcó una ceja y miró al cielo. Ni una nube empañaba aquella luminosa noche de luna.

Entonces sus ojos se fijaron en algo que había sobre la cabeza de Artal, oculto entre las copas de los altos árboles.

—Artal... —le dijo—. Me temo que no es lluvia...

El mosquetero la miró sin comprender, mas, lejos de quejarse, se fijó en que la menina le señalaba algo con el dedo. Sus ojos se volvieron en aquella dirección. Apenas pudo ahogar un grito de asombro. Allí, entre dos pinos, con el cuerpo lleno de arañazos sangrantes, la boca entreabierta y el rostro echado hacia atrás, yacía crucificado cabeza abajo el jerónimo con un tajo en la garganta.

Capítulo XIV: Mascarada.

A tí me prometo. Lo prometo

13 de diciembre de 1624, Palacio del Pardo

El ir y venir de carruajes era un continuo. Las antorchas iluminaban el camino que subía hasta el sitio del Pardo, al tiempo que un gran número de alabarderos se disponían a lado y lado del camino, custodiando el lento caminar de los vehículos. Alejados de la Corte de Madrid, el rey Felipe gustaba de desplazarse al pardo para disfrutar de largas jornadas de caza, descansando en la soberbia construcción que su padre había restaurado antes de morir. No era muy común celebrar bailes allí, salvo cuando estos tenían una temática que pudiera ir contra la Iglesia. O cuando el rey quería ocultarse de los maledicentes ojos de la Inquisición. Como aquel día...

Artal y Pierre, a caballo y en compañía de Albert, eran unos de los que habían ignorado el carruaje por considerarlo propio de mujeres. Los tres, jóvenes y apuestos, atraían las miradas de las féminas allí congregadas, que no pudieron evitar una exclamación de asombro al ver a los dos franceses en compañía del apuesto bastardo del conde de Elda.

—Paréceme, caballeros, que vuestra presencia puede producir un conflicto internacional.

Pierre sonrió, consciente de su atractivo y de que su sonrisa siempre le abriría muchas puertas. Artal, por el contrario, concentraba su atención en

buscar algo. O a alguien.

—Repetídmelo otra vez, Albert —comenzó el mosquetero, quitándose los guantes—. ¿Es cierto que Felipe IV ha requerido los servicios de Aurora? ¿Con qué fin?

—Mi buen Artal, hay veces en que ni siquiera los más cercanos podemos descubrir las intenciones del rey. Mas no temáis, pues la dama no caerá en las redes de Su Alteza.

Artal tragó saliva. Recuerdos y temores del pasado parecieron volver a su mente, haciendo que una fina película de sudor recorriese su cuello.

Junto a ellos, damas y caballeros iban y venían ataviados con sus mejores galas. Hacía frío, pero a las damas no les había importado hacer uso de sus mejores galas ni de los más atrevidos vestidos para lucir sus encantos. Las plumas y los encajes habían sustituido al serio terciopelo oscuro que caracterizaba el oscurantismo de la Corte española. A la entrada del palacio, habíanse dispuesto una serie de mesas donde se encontraban máscaras de todo tipo. Era bien sabido por todos que al joven Felipe IV gustábanle los bailes de salón y las mascaradas. El jugar a ocultarse, el burlar a la guardia sin ser visto, para correr a otros brazos más cálidos que los de su joven y bella esposa, era su divertimento particular. Hasta ese momento, ninguno de los dos franceses se había dado cuenta de que incluso los ropajes de los nobles parecían hacer juego con los antifaces que portaban. Los grandes felinos y los grandes pájaros, como el águila, el cóndor o incluso el buitre, parecían ser los predilectos de los caballeros; las damas parecían decantarse por los pájaros de grandes plumajes y colores, como el pavo real, o felinos como el gato.

Los franceses tomaron cada uno un antifaz, instigados por Albert, quien, a su vez, se hizo con uno que representaba a un león. Artal, tras la faz de un cuervo, oteaba todo cuanto allí se desarrollaba. Cada falda de seda, cada melena parecía atraer su atención. Sabía que Aurora estaba allí, el propio Albert se lo había confirmado. Desde que ambos descubrieron el cadáver del fraile en los

cercanos bosques del Escorial, apenas habían cruzado palabra. A decir verdad, casi no habían hablado desde el incidente del aborto, cuando una casi catatónica Aurora parecía haber perdido la razón. La menina parecía evitarle cada vez que lo veía, desaparecía durante horas y algunas veces ni tan siquiera la veía volver a casa. Pierre también lo sabía; sin embargo, él sí que sabía por dónde se movía Aurora. O con quién...

El sonido de las trompetas y los tambores anunciaron la llegada de los reyes, ataviados con sus mejores galas y portando sendas máscaras que simulaban el sol y la luna, fiel reflejo de su condición como monarcas absolutos de las Españas. La bella Isabel de Borbón, con sus cabellos perfectamente peinados en un moño sobre la cabeza, lucía perlas que se entrelazaban con las hebras de ébano de su pelo. El rey, ataviado con un sombrero de plumas, lucía la gran perla Peregrina sobre el pecho. Ambos vestían de plata y oro. Sus manos, unidas en alto, donde todos pudieran verlas. Mas era todo fachada. Pronto, el rey abandonaría a la reina para solazarse en otros brazos, para buscar otros labios, para acariciar otros senos... Mas no en ese momento.

Tomando asiento bajo un porche de columnas de mármol, los reyes observaron a sus invitados. Junto a ellos, el siempre vigilante Olivares miraba de reojo todo cuanto allí acontecía. Un poco más allá, Eugenie permanecía apoyada sobre una de las columnas de mármol, con capitel de estilo jónico, jugueteando con uno de sus rizos rubios. De cuando en cuando, su mirada felina se cruzaba con la del rey, con quien intercambiaba alguna sonrisa traviesa, tal vez rememorando escenas de cama no muy lejanas, tal vez presagiando lo que aquella noche sucedería.

De repente, el rey alzó una mano. Se hizo el silencio entre la concurrencia, cuya atención estaba fija en el camino, bajo los grandes alcornos que rodeaban la construcción, de patio cuadrangular y corte palaciego, con torres terminadas en punta de pizarra azul, de factura muy similar al Alcázar. Los instrumentos comenzaron a sonar al unísono: de viento, cuerda, percusión,

alguna gaita... Todos se unieron en una sinfonía que comenzó de manera tenue para, progresivamente, convertirse en una melodía donde los timbales tenían el mayor protagonismo. De fondo, las gaitas y las flautas, en aguda danza, entremezclando sus sonidos estridentes. Unos hombres aparecieron portando antorchas que iban volando sobre sus cabezas, trazando círculos y figuras de fuego. En más de una ocasión, los concurrentes pensaron que las teas caerían provocando el consabido incendio, mas la habilidad de los malabaristas era tal que incluso se las intercambiaban en pleno vuelo.

Entonces, como si de una aparición se tratase, una figura ataviada con una capa de color granate hizo su entrada. Sus andares, lentos y felinos, denotaban su identidad: una mujer. La capa voló pronto, dejando al descubierto unos cabellos castaños, que relucieron con brillos rojizos con el fulgor de las teas. Era solo un elemento decorativo de su atuendo, un vestido escarlata, flotante, donde las sedas y los tules combinábanse en su falda, alternando los colores rojo y dorado. El fulgor del fuego se reflejaba con tonalidades anaranjadas en su cuerpo de alabastro, cuyos senos dejaba ver parcialmente a través de un escotado corpiño que se ajustaba a su talle sinuosamente. Caminaba segura, haciendo que su melena ondease sobre sus hombros con cada uno de sus andares; sus ojos negros brillaban con los colores de la noche; sus brazos, cubiertos por sedas de color rojo, se alzaron sobre su cabeza, como si quisieran tocar el cielo, describiendo movimientos circulares sobre su cabeza, trazando figuras imaginarias que solo los ojos más avezados podían ver. Su rostro, parcialmente oculto por un antifaz donde el color del fuego y el brillo del oro combinábanse, permanecía hierático, fijo en el horizonte.

Comenzó a cantar con voz clara:

Candelas de fuego prenden la oscuridad,
luces del gentío en la noche de San Juan.
Gritos de fe, calderas de sal,
akelarre de sorguiñas
en prado de Eperlanda.

Llamada a la hoguera, ritos de Leviatán.
Gozo vil de sombras que allí se levantarán.
Diosa Maddi de tierra y de mar
a las almas de este lugar
hechiza con tu cantar.[18]

Al tiempo que cantaba, sus brazos seguían moviéndose; y no solo sus brazos: también sus caderas, que se mecían de lado a lado, en sensuales movimientos que recordaban a los bailes de las concubinas de los otomanos. Sus ropajes se mecían ahora con dulzura, ahora con violencia, y ella se movía arriba y abajo, simulando que sus brazos eran las alas que la llevaban al cielo. Casi parecía que estaba embrujada, que la música y su propia canción la había poseído y que no era dueña de su propio cuerpo. Que su voz era solo un hechizo aprendido en otros tiempos, un hechizo que era en sí mismo una blasfemia contra todo lo que creía.

Y sentía que se perdía en la música, sentía que se perdía en la noche...

Para ella misma, para todo lo que amaba, ya se había perdido hacía mucho tiempo... Sabía que aquella noche, ante ella, había mil ojos que querían verla caer, ojos que deseaban su fin y que, con aquel baile, no hacía sino ponerse en bandeja de plata. ¿Por qué lo hacía? No lo sabía.

Un sudor frío recorrió el cuerpo de Artal al verla moverse de aquel modo, con aquella sensualidad. Nunca antes hubiera sospechado que aquella mujer que tan tímida se mostraba en sus brazos pudiera despojarse de sus miedos para mostrarse de aquella forma: vestida de manera tan provocativa, moviéndose de forma tan sensual, cual ave fénix que quisiera alzar el vuelo, alzándose sobre las alas de su propio coraje. Porque, en honor a la verdad, aquella danza parecía la danza de un fénix, el ave legendario que renacía de sus cenizas para brillar con más fuerza. Aurora era fuego. Era hielo. Era el fénix...

La música cesó y ella cayó al suelo de rodillas. Su pecho subiendo y bajando a consecuencia del baile. Sus cabellos se le pegaban al cogote a

consecuencia del sudor. A su alrededor, un aplauso ensordecedor que correspondía su actuación con piropos y gritos de admiración. Entonces, una mano apareció frente a ella con los dedos extendidos. Alzó la vista y se encontró con un rostro conocido, oculto tras una máscara de cuervo. Ella agarró sus dedos y se incorporó.

—Si había algún hombre que aún no estuviera loco por ti en las Españas, esta noche has conseguido rendirlos a todos con tu danza –susurró una voz de hombre, próxima a ella. No había reproche en sus palabras. Había calidez y también preocupación—. Aun así, creo que te has expuesto demasiado.

—Ha sido idea de Felipe, no mía. Quería que bailara como nos enseñó una esclava morisca traída de Granada en nuestra infancia. –Suspiró—. Ojalá no hubiera cedido a sus deseos...

—Olivares no parece muy complacido –observó Artal, mirando al valido.

—Olivares solo está contento cuando hay sangre de por medio –puntualizó Aurora.

—Pudiera ser que ha encontrado un modo de derramar la tuya.

—Pudiera ser...

—Aurora... ¿No crees que deberíamos hablar?

—Artal, ahora no es el momento. Hay algo... Algo que debo hacer...

—Está bien. –El mosquetero soltó su mano, no sin fastidio—, pero estoy harto de que me ocultes cosas, Aurora. Creía que confiabas en mí.

—Artal...

Ella quiso hablar, mas su voz pareció morir en su garganta. Un sollozo sacudió su pecho, que se movió bruscamente. Suspiró y movió la cabeza.

—No puedo, Artal. De veras que no...

No le dio tiempo a decir nada. La menina desapareció de su vista dejando al mosquetero desolado.

Un poco más allá, Eugenie seguía apoyada en la columna, observando cómo

la joven española parecía haber tenido una seria conversación con su enamorado. Aprovechando la cercanía que le otorgaba su posición y el hecho de que Aurora iba a pasar cerca suyo, aprovechó para abordarla:

—Siempre supe que erais una dama de virtudes y talentos ocultos. Hete aquí que también domináis la danza. Seríais la mejor meretriz si aprovecharais esos talentos en pro del goce de la carne.

Aurora se detuvo y la miró.

—Creo, *ma chérie*, que habéis dado a Olivares un motivo para encarcelaros por herejía. ¿Dónde se ha visto combinar bailes moriscos con una apología a los aquelarres?

—Eugenie, si Olivares quisiera detenerme, ya lo habría hecho —dijo Aurora—. Que no soy santo de su devoción es algo que sé de buena mano; mas también sabe que, si me pone un dedo encima, estará muerto antes de decir amén. Y no solo por mi propia mano.

—Os dais demasiado tono, querida.

—Me doy lo que quiero.

—La mocita se envalentona.

—Porque me place.

—¿Tenéis lo mío? —preguntó de repente la rubia.

Aurora miró a ambos lados y, cerciorándose de que nadie las observaba, extrajo de entre los pliegues de su falda un fajo de cartas atadas con un cordel. Algunas eran meras traducciones al francés de otras escritas en español; otras, meros legajos sin aparente valor. Eugenie las cogió con avidez, cual si sostuviera un collar de piedras preciosas. Aun así, para ella, todas aquellas letras y trazos no significaban nada.

—¿Ha ordenado algo más el cardenal? —preguntó la francesa.

—Quiere saber los próximos movimientos del rey Felipe IV en Flandes. A

decir verdad, no creo que el joven rey se atreva a tomar ninguna decisión: tiene a Olivares, que es el verdadero rey en la sombra, y tiene a su tía como gobernadora de los Países Bajos.

—He oído hablar de ella: una gran mujer, con una inteligencia impropia para las artes de la guerra. Se decía que era ella y no Felipe III quien heredaría el trono de las Españas.

—La Ley Sállica es la que prima. Luego, esa cuestión queda fuera de toda duda.

—No hace falta que me lo expliquéis, Aurora. Somos mujeres y debemos aprender a sobrevivir en un mundo de hombres.

—Extraña observación viniendo de vos.

Eugenie sonrió irónica e hizo un chasquido con su lengua.

Un poco más allá, el Cuarto Felipe departía amigablemente con Albert, que lucía una máscara que representaba a un tigre. Rey y vasallo parecían estar bastante enfrascados en una conversación a todas luces seria, pues el monarca escuchaba con las cejas levemente fruncidas y asentía a lo que le decía el joven valenciano de cuando en cuando. En un determinado momento, parecióle a Aurora que Albert le entregaba al rey un legajo hábilmente doblado, de forma que cupiera en la palma de la mano cerrada. Pudo ser una ilusión, pues pronto el objeto de su asombro desapareció.

Bajo los árboles, Pierre y Artal observaban todo lo que allí acontecía. En honor a la verdad, los dos jóvenes mosqueteros, ataviados con los ropajes propios de su rango, no desmerecían en apostura y elegancia a los más arrogantes mozos españoles. La menina se había fijado en que más de una dama, núbil o casada, le dedicaba miradas arrobadas a Artal: un veloz pestañeo, una sonrisa, un jugueteo de abanico... El francés agradecía con una sonrisa las atenciones, mas la suya estaba puesta en Aurora, que no podía evitar dejar de mirarlo. ¡Qué atractivo era! ¿Cómo un hombre así se había fijado en ella, tan insignificante y poco femenina? Él, que podría tener a cualquier mujer con una sola mirada; él, que había recorrido todas las alcobas

parisinas de alta y baja estofa; él, que había conquistado a una reina... Y se había fijado en ella.

—Aurora, perdonad que interrumpa vuestros pensamientos, pero, ¿ha sucedido algo entre De Briand y vos?

La voz de la francesa la devolvió a la realidad. La menina bajó la vista. Sus ojos, ocultos tras el antifaz del fénix, que desprendió brillos dorados bajo el fulgor de las antorchas.

—Sé que lo que voy a decir atenta contra las más elementales normas de educación, pero ya sabéis que yo nunca me he guiado por ellas —y luego en un susurro—: ¿Es por vuestro aborto?

La menina dio un respingo y la miró. ¿Cómo...?

Eugenie encogiose de hombros.

—Ya os dije hace tiempo que tengo mis fuentes en esta tierra, Aurora. — Miró en dirección al rey—. No es solo la del rey la única cama que visito. También duermo en otras más placenteras.

Aurora cayó en la cuenta. ¡Albert!

La rubia amante del Rey Planeta, haciendo desaparecer las cartas tras su falda, se apoyó sobre las columnas, con las manos tras la espalda. Sus ojos verdes, soñadores.

—No voy a negaros que me acuesto con media Corte, Aurora; y tampoco es un secreto para vos que Albert ha gozado de mis favores, pero no es menos cierto que, pese a ser lo que soy, disfruto de unos hombres más que de otros.

Miró a Albert.

—El hijo del conde de Elda es uno de mis... asiduos. Y no puedo negar que es un auténtico semental español. Jamás había tenido entre mis piernas tamaño

etro como el suyo, tan vigoroso y tan...

—Ahorraos esos detalles, Eugenie —la interrumpió Aurora—. No creo que vengan al caso.

—Lo cierto es que, durante nuestro último encuentro, descubrí vuestro percance. Me asombra que os hayáis recuperado tan pronto...

—No ha habido tiempo para el reposo. —Aurora frunció el ceño—. Me debo a mis reyes...

—¿Ese es el motivo por el que huis de Artal?

Aurora dijo un juramento a media voz y desvió nuevamente la mirada. A lo lejos, los músicos estaban tomando posiciones y el rey hacía señas a la menina para que retomara el canto. Disponiéndose a irse, sintió cómo una de las manos de Eugenie se cerraba en torno a su muñeca, obligando a que se detuviera. Los ojos de gata de la rubia, fijos en los de Aurora.

—Sé que no confiáis en mí, del mismo modo que yo no confío en vos, pero aceptadme un consejo, Aurora: guardaos de Albert y de Felipe. No traman nada bueno...

—Os lo agradezco —confesó la española—; sin embargo, hace tiempo que sé que no puedo fiarme de nadie. Ni siquiera de vos.

Aurora se soltó bruscamente de los dedos de la francesa, quien quedó en su posición siguiendo con su mirada la estela de brillos dorados que desprendía la falda de la menina. Con paso lento, esta última había avanzado hasta situarse en el centro del patio, rodeada por los circunstantes y por la orquesta. Alguien había dispuesto una guitarra y un taburete y, pidiendo la venia al monarca, la menina se hizo con el instrumento y comenzó a tañer sus cuerdas. Por alguna razón, no pudo entonar una balada alegre; no cuando la Sierra de Guadarrama, aquella cadena de montañas que tantas guerras e historias había contemplado, los observaba. Recordó su niñez en aquellos bosques, en aquella montaña; recordó sus paseos a caballo acompañada por Philippe, por el rey, por la reina Ana y... también por Albert. Y frente a ella, Artal. Siempre Artal.

En Segovia más de mil siglos atrás
dos hermanos sueñan una dama
en abril diecinueve
en alma, una niña de nieve.

Blanca es dueña un castillo en el pinar
de delirios que habrán de ocultar
de un dolor a doble filo en celo
de sangres y espadas en duelo.

Al sur del atardecer dibuja
tu cuerpo de mujer
estatua de arena y de sal
tendida en la soledad.[19]

La voz de Aurora sonaba clara y fresca, sus ojos entrecerrados, ocultando las estrellas de sus negras pupilas; sus labios, sonrosados y vibrantes, parecían a punto de quebrarse cada vez que los agudos llegaban a su culmen. Sus manos recorrían hábilmente las cuerdas de la guitarra sin mirarlas, tal como si conociera el propio instrumento del mismo modo en que conocía su propio cuerpo. Como si la acariciara... Como si fuera el cuerpo amado de aquel que la hizo mujer y le regaló una vida que su pecado le quitó. El delirio de Blanca era el suyo. El dolor de una vida arrancada a fuego.

Eugenie seguía en el mismo lugar, retorciendo uno de sus rubios mechones entre sus dedos, como si el mundo le fuera ajeno. Ni tan siquiera se percató de que, con paso lento, alguien se situó a su siniestra, apoyado en el lado opuesto de la columna que parecía sostenerla.

—¿Disfrutáis del espectáculo? —le preguntó en francés.

La rubia volviose. Una risa conocida se dibujó bajo un bigote perfectamente recortado. Su piel morena brillaba bajo el fieltro de un antifaz que semejava

un zorro.

—Confieso que disfrutaría más de otros placeres...

—Imagino cuáles serán... —El recién llegado deslizó una de sus manos tras la columna y acarició con disimulo el talle de la francesa.

—¿Osáis tocarme tan a las claras, monsieur?

—No sería la primera vez. —Rio, con aquella risa que ella tan bien conocía—. ¿Cómo os dejaron salir de la cárcel, Eugenie? ¿A quién sedujisteis?

—Aunque os cueste creerlo, no me acosté con nadie, Pierre. —Apoyó la cabeza en la superficie de la columna. Su cabeza, muy cercana a la del gascón—. Estando en prisión, recibí la visita de Olivares. Por lo visto, mi fama para entretener a la nobleza había llegado a sus oídos y pensó que podría entretener al Rey Pasmado.

—¿Pasmado? —El mosquetero enarcó una ceja.

—Así lo llama Olivares, tal vez porque ve unos pechos y los ojos se le salen de las cuencas.

Rieron. De fondo, la canción de Aurora continuaba, narrando los hechos de una leyenda segoviana que, por alguna razón, parecíase a su propia vida.

Súbitamente, Pierre cogió de la mano a Eugenie y la introdujo con fiereza en el recibidor del palacio, donde, tras una cortina, la atrajo contra sí y comenzó a besarla con furia. La francesa no se resistió. Muy al contrario. Le introdujo la lengua entre los dientes y comenzó a explorar su cavidad, frotándose rítmicamente contra el paladar del gascón, que no pudo evitar que cierto apéndice de su anatomía se endureciera de manera ostensible. Sus cuerpos comenzaron a frotarse, sin importarles que el personal del servicio pudiera descubrirlos. Los dedos de la francesa se enredaron en los largos cabellos del cogote del militar, cuyas manos comenzaron a deslizarse bajo la falda de la mujer, que parecía abandonarse por momentos.

—¿Para quién trabajáis, Eugenie? —preguntó Pierre, alzándole el vestido hasta las caderas.

—Ya os lo he dicho: me paga Olivares. —La mano de la rubia desató con inusitada habilidad el cinturón que sostenía los pantalones del mosquetero, que bajaron lentamente.

—No os creo... —Su mano rebuscaba entre sus piernas.

—¿Por qué habría de mentiros? —preguntó ella, al tiempo que daba un salto para aferrarse a las piernas del mosquetero con las suyas.

—Ya hemos pasado por esto otra vez... —Pierre la arrinconó contra la pared y embistió.

—¿Solo una? —Gimió la rubia, con abandono.

—¿Queréis que haya más veces? —preguntó el mosquetero, embistiéndola por segunda vez y mordiéndole la oreja.

—Yo siempre quiero más...

—Y yo...

Eugenie se aferró al hombro del mosquetero y lo mordió, en tanto que el gascón enterraba la cabeza entre las doradas hebras de la dama de Isabel de Borbón.

La melodía del exterior amortiguó los gemidos de los franceses, que se entregaron a un frenesí que parecían haber estado reservando hasta el momento apropiado. Los senos de Eugenie escaparon del corpiño para llenar la boca del gascón, que no podía dejar de moverse entre las piernas de la francesa, cuyos ojos se nublaron con excitación. Sus dientes mordían sus labios y sentía cómo se perdía más y más bajo las embestidas poderosas del gascón. Al llegar al clímax, ambos gritaron, justo en el momento en que la canción de Aurora llegó a su fin. Poco les importaba que los hubieran escuchado en el patio, poco les importaba que Eugenie fuera propiedad del rey de las Españas. A decir verdad, ni tan siquiera les interesaba saber si se habían beneficiado el uno del otro.

Eugenie rio, restregando su nariz contra la del militar, al tiempo que trataba de recomponer su estado. Pierre también rio, mientras se subía los pantalones.

Ya fuese por el mensaje de su canción o por el simple hecho de estar separado de ella estando tan cerca, Artal habíase internado en los bosques que rodeaban el Palacio del Pardo. Ni tan siquiera había esperado a que Aurora terminase su tonada. Pensaba... Pensaba en todo lo que les había acontecido desde su llegada a las Españas. Pensaba en las palabras de Albert cuando tuvo la entrevista con Felipe IV, pensó en la implicación del hijo del conde de Elda en toda aquella historia... Jamás pensó que habría de competir por el amor de Aurora con otro hombre que no fuera su propio hermano. Jamás pensó que su visita a las Españas estaría cargada de tamaños infortunios. Un matrimonio refrendado por un rey que amaba a Aurora y que, si hubiera podido, la habría desposado. Y, de fondo, lo acontecido en el Escorial. Aquel testamento de Felipe II que parecía haber sumido a Aurora en una espiral de dudas.

Un crujido tras unos arbustos lo sacó de su ensimismamiento.

Instintivamente, desenvainó su espada y, sigiloso, se acercó para inspeccionar. Allí, agazapado, se encontraba un varón de unos treinta años. Un poco más allá, otros dos hombres vestidos con ropajes de color pardo observaron al mosquetero, que se colocó desafiante ante ellos, espada en ristre.

—¿Quién va? —preguntó.

Una carcajada se escuchó a su espalda. No tuvo tiempo de volverse: un brazo rodeó su cuello, apretándolo fuertemente, en tanto que otro se cerró en torno a sus brazos. El arma del mosquetero cayó al suelo, sobre el tapiz pardo que las hojas secas de los pinos habían formado. Artal se revolvió nervioso bajo aquella presión, a pesar de que parecía que la fuerza física de su oponente era mayor que la suya.

—Creo, señor mosquetero, que os habéis internado en terreno peligroso —

dijo uno de los hombres, colocándose frente al francés—. Alguien estima que vuestra incursión en las Españas no es todo lo oportuna que pudiera ser y considera llegado el momento en que pidáis confesión.

—No creo que haya llegado mi hora —dijo el mosquetero.

—Señor mío —dijo otro—, no estáis en condiciones de mostraros arrogante. Tal vez, si suplicáis perdón y nos decís cierta información, os matemos de forma rápida.

— ¿Y si me niego?

—Ya conocéis la respuesta... —El primer hombre se acercó al mosquetero, acercando una daga a su cuello—. Decidme, ¿qué habéis hallado en el Escorial? ¿Qué quería aquel monje?

—Eso puedo explicarlo yo —dijo una voz, desde las alturas.

Un remolino de gasas y tules que combinaban el dorado con el rojo cayó lentamente desde la copa de los árboles, describiendo ondas en el aire. Los cuatro hombres siguieron su trayectoria con la vista hasta que se posó suavemente ante el mosquetero. Era una prenda de vestir. Una falda de mujer.

Artal alzó la vista y los miró con aire grave.

—Creo que las tornas han cambiado —dijo Artal.

No les dio tiempo a reaccionar...

Un flecha atravesó la tráquea de aquel que estaba amenazando al mosquetero. La sangre manó a borbotones, manchando el rostro de Artal, quien aprovechó la confusión para descargar un violento codazo en el estómago de aquel que lo aprisionaba. El inicial captor gritó de dolor, torciéndose sobre sí mismo, momento que aprovechó el militar para descargar sobre su rostro una violenta patada que le rompió el tabique nasal. El hombre volvió a gritar, llevándose ambas manos al rostro, que goteaba sangre de forma indiscriminada.

—Mostraos, malnacido —dijeron los otros dos, desenvainando sus aceros.

Una cuerda apareció para cerrarse en torno a los brazos y la cintura del tercer hombre, que gritó asombrado. Sin poder resistirse, sintió cómo era izado hasta las alturas, en tanto que una sombra descendía de estas. Gritaba mientras pateaba en el aire. Gritaba y gritaba... Desde abajo, unos ojos negros ocultos tras un antifaz lo miraban con dureza. Vio también unos cabellos largos que se extendían un poco más abajo de los hombros, un rostro de nácar y una figura esbelta enfundada en unos pantalones negros y un corpiño del color del fuego.

—¿Una mujer? —dijo el que aún quedaba ileso.

La aludida desenvainó su espada y la blandió ante el intruso. Sus aceros pronto chocaron en mitad del bosque, dando por finalizado el silencio de aquella noche sin luna. Las estocadas de la recién llegada eran certeras y, pese a su condición, caían con dureza sobre la espada del hombre, cuyo asombro le impedía reaccionar con acierto. Un poco más allá, Artal había corrido en busca de su espada, con el fin de ayudar a la joven si esta lo requería. No hizo falta, pues su oponente quedó pronto fuera de combate cuando Aurora clavó la punta de su toledana en el pecho del agresor. Ayudándose de la pierna, pisó el cuerpo semiinerte y extrajo con un grito la hoja de la carne.

—¿Estás bien? —preguntó a Artal.

El mosquetero no respondió. Sus ojos estaban fijos tras la menina, mudos de asombro al comprobar cómo aquel al que había pateado el rostro detonaba una pistola que previamente había cargado con abundante pólvora y un balín. Artal saltó sobre Aurora con un grito, tomándola entre sus brazos y tratando de caer de espaldas al suelo para amortiguar con su cuerpo la caída de la joven, quien solo pudo abrir los ojos de modo desorbitado al sentir el abrazo protector de Artal. La bala pasó muy cerca de ellos, llegando a rozar el brazo de la menina, quien no pudo evitar gemir al sentir la quemazón del disparo. No le dolió. Apenas fue una quemadura superficial, aunque lo suficiente para rasgar la gasa

de las mangas.

El militar se incorporó con celeridad y se dirigió, espada en ristre, al agresor, que trataba de cargar rápidamente su pistola sin demasiado éxito. Sin darle tiempo a gritar confesión, el acero de Artal se introdujo en la garganta del hombre, cercenándola de lado a lado. La extrajo con tanta saña que a poco estuvo de decapitarlo, observando con frialdad cómo la sangre fluía del cuello, confundiéndose con la saliva y el propio oxígeno que se escapaba por la herida. El hombre solo podía musitar palabras ininteligibles, similares al quejido que hace una puerta al cerrarse. En pocos minutos ya estaba muerto, con los miembros rígidos y el mirar fijo, más allá de donde los hombres podían ver.

El mosquetero sacudió el florete, esparciendo los restos de sangre y carne que habían quedado adheridos a su superficie. Mientras se secaba el fluido que había manchado su rostro, se dio la vuelta para comprobar cómo Aurora se encaraba con el que permanecía colgado en el árbol.

—Decíais querer saber las intenciones del fraile, mas yo deseo conocer las vuestras —dijo la joven, sin preocuparse en agravar la voz.

—Sois mujer... —musitó su prisionero.

Aurora no pudo evitar sonreír y bajar la vista para señalar los senos que asomaban por el sensual escote del corpiño.

—Es evidente.

Y luego señaló el resto de los cuerpos inertes, con la toledana.

—Si no queréis acabar como ellos, más vale que habléis. ¿Quién os manda y por qué acabasteis con el jerónimo?

—No lo sé... Un hombre embozado nos contrató para matar al fraile y para acabar con ese mosquetero —dijo, señalando con la cabeza a Artal.

—¿Connmigo? ¿Y por qué?

—No lo sé... Yo solo cumplía órdenes...

—¿Y a qué tanto interés por acabar con un siervo de Dios? ¿Acaso no sabéis que podéis arder en el infierno por tamaña herejía? —preguntó la menina.

—¡¡NO LO SÉ!! ¡Nos dijeron que era un traidor a la Corona! ¡Que pretendían colocar a un bastardo en el lugar del Cuarto Felipe!

Aurora y Artal se miraron. El testamento perdido de Felipe II vino a sus mentes, mas la legitimidad de Isabel Clara Eugenia, catalogada en este como heredera universal del trono de las Españas, era algo que quedaba fuera de toda duda. Un bastardo... ¿Tal vez don Juan de Austria? Imposible... El hermano bastardo del Segundo Felipe murió antes que el Rey Prudente.

Mosquetero y menina volviéronse, tornando sus pasos en dirección al Pardo.

—¿Y yo qué? ¿No vais a liberarme? —preguntó el prisionero.

—Esperad pacientemente. Alguien vendrá... —dijo Artal, con sorna.

Avanzaron por el estrecho pasillo que formaban los altos árboles, en su mayoría pinos y encinas. A lo lejos, parecía escucharse el ulular de un búho que, a todas luces, había salido a cazar. Un poco más allá, el resplandor de la fiesta emergía sobre las copas de los árboles, iluminando la negra noche. El sonido de los acordes de una volta viajaba con la fresca brisa de aquellos últimos días del otoño. Un escalofrío recorrió sus cuerpos. El invierno se aproximaba y, con él, la imposibilidad de viajar a Francia.

Caminaban juntos, muy próximos el uno al otro, sus dedos apenas se rozaban. Iban serios, cabizbajos, meditando las palabras que había dicho aquel hombre. Un bastardo en el trono de las Españas, un impostor en el lugar del Cuarto Felipe...

La menina se detuvo cuando apenas faltaban unos metros antes de llegar al patio del Pardo. La visión de los arcos y las antorchas pareció estremecerla, pues Artal apreció un leve temblor en su labio inferior. Lentamente, Aurora se

deshizo del antifaz que cubría su níveo rostro, mostrando sus mejillas sonrosadas. Sus ojos negros, fijos en Artal. El mosquetero la imitó, desatando el nudo que unía su máscara al rostro.

—Aún no te he dado las gracias por haberme salvado nuevamente, Artal — dijo ella.

—Quién habría de dártelas soy yo. No recuerdo las veces que tú lo has hecho...

—Parece que estamos en paz.

Rieron tratando de bromear.

Un silencio se hizo entre ambos. Sus ojos, fijos el uno en el otro.

Aurora suspiró y trató de tocar el rostro de Artal para, repentinamente, retirar la mano, cual si pudiera quemarse con brasas ardientes.

—Lo siento, Artal. Tal vez no quieras que yo vuelva a tocarte.

Artal la miró sin comprender.

—Yo... He pecado contra Dios y contra ti. Si me hubiera comportado como una mujer, tal vez no habría perdido a nuestro hijo y ahora...

No pudo seguir hablando. Los brazos de Artal la atraieron contra sí y su boca se cerró sobre la suya, sellando cualquier oposición. Era un beso brutal, un beso lleno de ira, apremiante; un beso que yacía inquieto en la boca de Artal desde hacía días. El beso del que los labios de Aurora bebieron como si le faltara el aire. El beso que ella había ansiado y que por su maldito orgullo no había querido recibir. La menina cerró los ojos, plenamente entregada a las caricias del hombre, cuyos dedos se enterraron en su espesa melena.

Nunca pudieron determinar cuánto duró aquello. Si un minuto, si segundos... Al separarse, sus rostros estaban ardiendo, al igual que sus propios cuerpos, convertidos en hogueras cada vez que se tocaban.

—¿Por qué no me dijiste nada del embarazo? —preguntó Artal.

—No quería que te preocuparas por mí... —desvió la mirada.

—Parece que no terminas de entenderlo, Aurora: no se trata solo de lo que tú quieras. Creo que yo también tengo arte y parte en ese asunto. Además —le sujetó el mentón, alzándole el rostro—, hace mucho tiempo que no caminas sola.

La menina sonrió y no pudo evitar que el color corriera a sus mejillas.

—Solo se me ocurre una solución a este problema para que estés nuevamente a bien con Dios y conmigo, pero debemos darnos prisa.

—No si antes no me dices de qué se trata...

—La respuesta está en tu dedo anular.

Los ojos de Aurora se posaron en su mano, descubriendo en su dedo el anillo de compromiso que Artal le había regalado antes de partir de Francia.

—¿Y mi tío...?

—¡Al diablo con él! Ni siquiera lo es...

La fiesta había llegado a su culmen. Damas y caballeros habían partido con diferente rumbo. Algunos, a instancias del monarca, habíanse retirado discretamente a algunas dependencias del Pardo, habilitadas al efecto. De las ventanas del piso superior se escuchaban risas, gemidos y crujir de colchones. El desenfreno sexual había sustituido a los bailes, la desnudez a los brocados. Incluso el propio rey, obviando su condición, había corrido a sus habitaciones privadas en pos de dos damas de dudosa reputación, que no vacilaron en bajar sus calzas y gozar del tálamo regio.

Unos pasos resonaron en los pasillos. Pasos veloces, nerviosos. Un hombre de cabellos sucios y morenos avanzaba nervioso. Sus miembros superiores

parecían temblar y una espesa capa de polvo y sudor empapaba el rostro.

Al llegar a una de las estancias, se detuvo ante la entrada, cabizbajo. Nervioso, comenzó a retorcerse los dedos. Llamó a la puerta con toques apenas perceptibles, como si temiera que su intromisión pudiera provocar el enfado del ocupante de aquellas estancias.

La puerta se abrió. Albert emergió ataviado solo con las calzas, mostrando el torso desnudo y el cabello revuelto.

—¿Y bien? ¿Qué hay?

—No lo hemos conseguido. Hubo un problema de última hora.

—¿Qué problema?

—Una mujer. Una mujer mosquetero. Ninguno la vio venir...

Albert se llevó la mano al mentón.

—Es extraño...

—Yo solo os cuento lo que he visto —dijo el hombre, con voz queda.

—¿Quién era?

—Llevaba un antifaz... No pude ver su rostro...

—Está bien. ¿Y tus hombres?

—Muertos...

—Habréis de buscar a otros que puedan terminar el trabajo. Una vez que lo finiquitéis, seréis recompensado.

—Entendido, señor...

Albert no le dio tiempo a continuar la conversación, cerrando la puerta con desgana. Al fin y al cabo, era un palurdo cualquiera, un mercenario a sueldo, más preocupado por obtener su recompensa que explicaciones. Suspiró y miró hacia la cama. Sobre ella, una mujer desnuda se estiraba descaradamente provocadora, mostrando unos senos turgentes y rosados que sobresalían entre los rizos rubios que le caían en ondas sobre el pecho. El bastardo del conde de Elda sonrió y tomó asiento junto a la mujer.

—¿Cómo ha ido?

—Igual que la vez anterior, en la villa. Como tú bien dijiste, ha aparecido un elemento imprevisto.

—Te dije que no debías confiar solo en la fuerza bruta. Aun así, habrás visto que es su punto débil. Si lo cree en peligro, aparecerá. No importa que ponga su propia vida en juego: hará lo que sea con tal de salvarlo.

Albert cogió un mechón de cabello rubio y lo enrolló con el dedo. Con la otra mano, comenzó a acariciar el vientre de la mujer. Ella arqueó la espalda como una gata ante la calidez de sus caricias.

—¿Entraba esto en vuestros planes, monsieur?

—No, Eugenie. Creía que iba a ser mucho más fácil. —Se inclinó sobre ella, cubriéndola por completo—. Aunque creo que, con vuestra ayuda, podré eliminar ese elemento subversivo que se interpone en mi camino.

—Como ya os dije, los conozco bien a ambos. Artal es su debilidad y ella la de él. —Comenzó a jugar con la leve pelusa de vello que salpicaba el pecho del hombre—. Es por eso por lo que siempre evito enamorarme.

—Es demasiado joven para saber lo que es un hombre de verdad. —Albert apretó uno de los senos de Eugenie.

—Sin duda. Aunque es el primero que conoce y puede que, eliminándole a él, la eliminéis también a ella —dijo Eugenie—. Artal no es un capricho pasajero; si no consigue salvarlo, preferirá morir antes que seguir viviendo.

—Eso seré yo quien lo decida.

—Como vos digáis, monsieur.

La francesa separó sus piernas y lo miró fijamente. Era una insinuación clara para que él tomase aquello que estaba a su alcance. Y Albert nunca despreciaba una invitación así...

Eugenie mordió el labio inferior de Albert mientras este acariciaba con sus dedos la zona que se ocultaba bajo aquel triángulo de rizos rubios. La francesa gimió. Pronto, el hombre se deshizo de sus pantalones y se hallaba

embistiendo a la rubia, haciendo crujir los maderos del lecho, que se mecía con vaivenes furiosos. Eugenie gritaba, arañaba, aumentando así el éxtasis de Albert, que la poseía con una furia que jamás vio antes en hombre alguno. El español también gemía, gritaba llamándola de diferentes maneras, algunas imposibles de reproducir. De cuando en cuando, le mordía la oreja o le introducía un dedo en la boca, que la mujer lamía con estudiada lujuria. Pronto, todo pasó, quedando sus piernas entrelazadas entre las sábanas y los cabellos de ella esparcidos sobre la almohada, igual que una madeja de hilos de oro.

Capítulo XV: Demasiado amor, demasiado dolor

—¿Dónde os habíais metido?

La voz de Pierre en el zaguán sorprendió su llegada. El gascón, inquieto por la tardanza de la menina y su compañero de armas, habíase retirado al palacio de don Pedro sabedor de que, si no los encontraba en la fiesta, se dirigirían allí. Aurora llevaba la casaca de Artal, quien la había depositado sobre los hombros de la menina para evitar que el viento de la noche la helase.

—Tuvimos un pequeño contratiempo al finalizar mi canción —explicó Aurora.

—A decir verdad, cuatro contratiempos —siguió Artal. Y luego, a Pierre—: ¿Y tú? Desapareciste pronto y no volvimos a verte.

—También tuve un encuentro. —Guiñó un ojo—. Solo que el mío fue, seguro, más placentero que el vuestro, entre las piernas de una rubia.

Aurora y Artal intercambiaron una mirada de asombro.

—¿Otra vez Eugenie? —preguntó su compañero.

Ante la sonrisa de Pierre, Artal suspiró hondamente y meneó la cabeza, como si quisiera negar la realidad.

—No tienes remedio, Pierre —Artal cruzó ambos brazos sobre el pecho—. Espero que, al menos, hayas sacado algo de provecho de ese encuentro...

—No lo sabes bien, Artal.

—Puedes contárnoslo mientras marchamos a Toledo —dijo Aurora, aprestándose a subir las escaleras—. El tiempo apremia y no me gustaría tener que dar explicaciones a nadie sobre este viaje.

—¿Viaje? —extrañose Pierre.

Aurora no respondió. Intercambiando una sonrisa traviesa con Artal, la joven subió rápidamente las escaleras para dirigirse a su habitación.

El gascón interrogó a su compañero con la mirada, el cual se encogió de hombros y se dispuso a seguir los pasos de Aurora. No obstante, Pierre no era hombre de dejar una conversación a medias, y esa vez no era una excepción. En dos zancadas, se puso a la altura de Artal y le agarró del brazo, forzándolo a detenerse.

—¿De qué viaje habla?

—Sssssh... Baja la voz —le chistó su compañero. Tras cerciorarse de que nadie los oía, díjole—: Vamos a ir a Toledo.

—Eso ya lo habéis dicho. ¿Con qué fin?

—Vamos a casarnos y tú vas a ser el padrino.

—¿Cómo?

Pierre sintió que palidecía súbitamente y que abría la boca de forma exagerada a consecuencia del asombro, provocando la risa de su compañero.

—¿Lo has pensado bien, Artal? Creo que os estáis precipitando...

—Pierre, ya sabes el cariz que ha tomado nuestra relación estos meses y el percance que tuvo Aurora hace unos días. No puedo permitir dejar pasar más tiempo sin hacerla mi esposa.

—Te entiendo, pero... Es un paso muy importante.

—Lo sé.

—Tus días de donjuán habrían terminado...

Avanzaban veloces por el estrecho pasillo que conducía a las habitaciones de los invitados. Un poco más allá, Aurora asomó la cabeza por la puerta de su estancia. Sonreía.

—¿Aún estáis así? Menos hablar y más correr, caballeros.

Artal le devolvió la sonrisa.

—Hace tiempo que esos días terminaron, Pierre —díjole Artal mientras se introducía en su alcoba.

No tardaron demasiado en arreglar los útiles que necesitaban para el viaje (un hatillo con provisiones y algunas limosnas para el oficiante), al igual que sus vestimentas. El cabalgar con los trajes del baile no era demasiado cómodo, por lo que decidieron cambiar aquellas prendas por otras más ligeras: Artal lucía unos pantalones de cuero marrón, camisa blanca y una pesada capa de viaje color pardo; Aurora, por su parte, iba ataviada con los ropajes oscuros propios de Philippe, mas ningún antifaz ocultaba su rostro y mantenía su melena libre del satén del lazo. Pierre, sin embargo, optó por vestir sus ropas de mosquetero.

Con presteza, emprendieron el camino hacia tierras toledanas. No distaban demasiado de la Villa de Madrid, mas era un viaje lo suficientemente largo como para pasar lo que restaba de la noche al galope.

Sus monturas corrieron como el viento. Los mosqueteros, siguiendo la estela de la menina. Al fin y al cabo, era la única que conocía aquellas sendas como la palma de su mano, fuera de noche o de día. Daba igual que fuese uno de los caminos que usaba la Mesta, daba igual que estuvieran ocultos o a plena vista. Aurora los llevaría por sendas seguras.

No pararon. No descansaron. Solo deseaban llegar antes de que don Pedro

o el mismísimo rey se percataran de su ausencia. Debían actuar antes de que alguien, fuera quien fuese, pudiera detenerlos.

Al cabo de cuatro horas y sin pasar por la que un día fuera la capital del reino y lugar de cautiverio de Alfonso VI, se detuvieron junto a una ermita situada en el camino que llevaba a Madrid. Unas pesadas puertas de hierro delimitaban un patio cuadrangular de la estepa castellana, tan árida aquel mes de otoño que apenas se veían algunas vides y encinas salpicadas acá y allá.

La menina descorrió el pesado cerrojo y procedió a internarse en los terrenos del santo lugar. Los mosqueteros la siguieron. Una vez que ingresaron en el patio, vieron que este se encontraba delimitado por dos construcciones donde se disponían las habitaciones del ermitaño y las dependencias para los animales. Buena prueba de ello es que unas cuantas gallinas y cerdos campaban por allí a sus anchas. Un poco más allá, una puerta de madera de doble hoja se encontraba abierta, dando paso al recinto sagrado, de planta cuadrangular y rematada por un arco de medio punto donde se encontraba el altar mayor. Sobre el altar, un Cristo con la mano desclavada de la cruz. Pierre y Artal quedaron impresionados al ver la representación del Redentor, una talla de pequeñas dimensiones y de calidad cuestionable, pero que destilaba una fuerza increíble en sus movimientos.

—El Cristo de la Vega —Aurora pareció presentar al Nazareno—. Cuentan que hace unos meses, a sus pies, una mujer juró que un hombre le había hecho promesa de matrimonio antes de partir a la guerra y Burlarla. Por testigo, puso a este Cristo. —Miró a los mosqueteros—. Cuando quiso probarlo, juez, acusado, religiosos y curiosos acudieron a Sus pies y, sosteniendo las Sagradas Escrituras, pidiéronle que diera fe de lo que la muchacha atestiguaba. —Volvió sus ojos al Rey de Reyes—. El Cristo bajó la mano para posarla sobre la Biblia y dijo: «Sí, juro».

Por alguna razón que no pudieron explicar, los hombres se sintieron embargados por la magia de aquella leyenda, por la fuerza de las palabras de

Aurora. Ante sus ojos, el Cristo permanecía clavado en la cruz, con la mano buscando aquella Biblia sobre la que un día juró, mostrando la fuerza de una promesa.

—Si debemos hacerlo, que sea aquí, Artal —dijo Aurora para, posteriormente, desaparecer.

Quedaron solos ambos mosqueteros, observando a aquel Cristo cuyos labios permanecían abiertos, prestos al habla.

—¿Qué piensas de lo que ha dicho, Artal?

—No suelo creer en leyendas ni en habladurías, bien lo sabes. Pero... No sé...

—Si faltaras a tu promesa, faltarías a Dios.

Pierre se colocó ante su amigo y apoyó ambas manos sobre sus hombros.

—Piénsalo bien, Artal. Una vez que des este paso, no habrá vuelta atrás. Por mucho que te canses de ella, no podrás huir en busca de otros lechos.

—No me hacen falta otras camas ni otras mujeres, Pierre. Lo único que me hace falta para vivir es Aurora.

—¿Este es el fin del legendario Artal? —preguntó Pierre, con sorna.

—No entiendo el porqué de tu reticencia. Ya te he dicho que sí. Además, si no lo hiciera, ella me mataría.

—Cualquiera de nosotros acabaría contigo si le hicieras daño.

Pasearon un poco por la tosca construcción que, aparte del altar, el lugar donde se encontraba la imagen del Redentor, no mostraba ornamentación alguna.

Al cabo de un cuarto de hora, el eco de unos pasos se dejó oír en el atrio, atrayendo la mirada de ambos camaradas. Bajo el dintel de la entrada, un monje franciscano ataviado con el hábito parduzco de la orden se dirigía hacia ellos. Cubría la tonsura rasurada con un solideo color púrpura y habíase

colocado sobre su túnica la casulla morada para celebrar la misa. Entre sus manos, un misal. Mas no venía solo...

Junto a él, Aurora avanzaba envuelta en un vestido de color blanco y mangas hasta el codo que lucía un lazo celeste sobre el pecho. Cubría su melena castaña con una mantilla color crudo. No podía evitar sonreír a medida que se acercaba al altar donde Pierre y Artal esperaban. El menor de los Briand también sonrió al ver que la menina lucía el mismo traje que vestía el día que la conoció.

Al llegar junto a él, agarró una de sus manos. Temblaba...

—¿Estás segura de esto? —preguntó Artal.

—Nunca he estado más segura en mi vida.

El franciscano comenzó con las palabras rituales, refiriéndose a Pierre de vez en cuando en calidad de testigo y padrino. Ninguno de los dos podía dejar de mirarse y, si les hubieran preguntado, tampoco habrían podido recordar todas las palabras del sacerdote, quien pronto los conminó a unir sus manos en apretado abrazo, mientras las cubría. Un escalofrío les recorrió al recordar todo lo transcurrido hasta ese momento: el primer encuentro, las confesiones entre libros, el baile en la biblioteca del Louvre, los primeros besos, la primera vez que se vieron desnudos... Parecían haber pasado mil años y, sin embargo, hacía solo unos meses de todo. Ciertamente era que entre sus planes no se encontraba el casarse en las Españas, pero los acontecimientos lo habían precipitado todo. No solo el aborto de Aurora, sino el haberse dado cuenta de que no podían seguir más tiempo el uno sin el otro.

Primero habló Artal. Luego, Aurora.

—Sí, quiero...

Dos palabras que salieron de sus labios para sellar su historia. Dos palabras simples. Las palabras que siempre habían querido decir. Aquellas que resonaban con fuerza en sus corazones desde el primer encuentro. Siempre

habían sido dos partes de una misma materia, dos partes que el tiempo y la distancia se habían encargado de unir; dos mitades que se buscaban y, por más que intentaran alejarse, siempre acababan unidas. Dos partes que habían luchado contra el destino y alcanzaban el triunfo a los pies de Cristo.

Pierre sonrió. El fraile sonrió. Ellos sonrieron.

Los novios miraron al fraile, como pidiendo su venia. El franciscano asintió, uniendo ambas manos bajo las mangas del hábito. Y un beso selló su historia, su destino. Para la sociedad sería un escándalo el haberlos visto unir labio con labio en recinto tan sagrado como aquel

—¿Ya te has convencido de mi decisión, Pierre?

—Pensaba que te arrepentirías en el último momento...

—¿Por qué pensabas eso?

Pierre le guiñó un ojo y, acercándose al oído de Artal, susurrole:

—Porque si tú no lo hubieras hecho, lo habría hecho yo...

14 de diciembre, Palacio de Chambords, Francia

Héctor no dejaba de pasear por el pasillo. Sus pesadas botas de montar resonaban en los altos techos de Chambord. Sus dedos, libres de guantes, se iban de cuando en cuando a su cavidad bucal, donde los dientes comenzaban a morder las uñas cuadradas del mosquetero. En su mano derecha, una bota de vino que ya estaba vacía y de la que había dado buena cuenta. De vez en cuando, sus pasos eran vacilantes, estando a punto de perder el equilibrio en más de una ocasión, haciendo que su habitual compostura pareciera algo del pasado. Sus cabellos rubios, largos y descuidados, se le pegaban al rostro. A veces, su mirada alternaba entre una de las puertas cerradas y las ventanas de la galería, desde donde veía caer los pequeños copos de nieve que daban la

bienvenida al invierno.

Aristide e Isaac, apoyados contra una de las columnatas que bordeaban uno de los grandes ventanales, observaban a su compañero entre sorprendidos e intrigados.

—¿Está borracho? —preguntó Aristide a su gemelo.

—No creo. Héctor tiene buen aguante y jamás se ha emborrachado estando de servicio.

—Fíjate bien, Isaac. No parece el mismo...

Su gemelo encogiose de hombros, dando énfasis a lo que era una evidencia.

Un grito de mujer emergió de detrás de la puerta, que se abrió con un estrépito, dando paso a Philippe. El enmascarado giró la cabeza, buscando a Héctor a diestro y siniestro, hasta descubrirlo a un lado del pasillo.

Sin mediar palabra, el joven se dirigió al mosquetero y le agarró el brazo con fuerza.

—Ven conmigo...

El mosquetero pareció reacio a seguirle, negando con la cabeza.

—Tienes que venir, Héctor —apremiole Philippe.

—¿Ana...?

—¡Ven!

Al llamamiento del español, Héctor no opuso resistencia, procediendo a seguirle, al tiempo que una de las mujeres que antaño estaban en la habitación salía corriendo de esta, con un hatillo de sábanas ensangrentadas entre sus brazos.

—Mujer, ¿a qué tanta prisa? —preguntole Aristide.

—Debo ir en busca de un sacerdote... —dijo nerviosa, sin detenerse.

Ambos gemelos se miraron alarmados. ¿Acaso la reina...?

Un nuevo grito cortó el silencio. Este, mucho más prolongado y agudo que el anterior. Aristide e Isaac dieron un respingo. Si no pensarán que era una actitud más propia de féminas, habrían corrido a abrazarse asustados ante aquel estertor que congelaba la sangre en las venas. Fuera porque el destino quisiera dar más énfasis a la situación, fuera casualidad, en ese momento un trueno retumbó en la lejanía.

Un hombre ataviado con una sotana de color negro y cubriendo su tonsura con un solideo del mismo color apareció de la nada para, sin mediar palabra, introducirse en las habitaciones de la reina.

Un nuevo grito seguido de un llanto. Al poco tiempo, nada más...

Un rato después, Héctor emergió con el semblante pálido. Temblaba...

—Una niña... —dijo, simplemente.

Con el andar renqueante, se acercó a los grandes ventanales que se extendían a lo largo del pasillo. A lo lejos, las ramas de los árboles se habían ido cubriendo poco a poco de nieve. El suelo, otrora pardo, adquiriría tonalidades blanquecinas que contrastaban con el gris plomizo del cielo.

—Tranquilo. Las niñas no suelen interesar a la Corona. Suelen quedar con la madre, si es eso lo que teme la reina. Esa niña será su amiga.

—Siempre y cuando sea hija del rey —terció Isaac, entrecerrando los ojos.

Héctor lo miró. Sus manos, apoyadas en el alféizar.

—Eso debe estar fuera de toda duda.

—Si tú lo dices, Héctor —dijo Isaac, no muy convencido.

—¿Y qué va a ser de la pequeña?

—A decir verdad, aún no lo sé. —El mayor de los Briand se mesó el nacimiento de los cabellos—. No se ha hablado de ello.

—Tal vez la reina tenga planes para ella. Tal vez Marie de Rohan proponga Inglaterra —sugirió Isaac.

—Siendo como es, española, supongo que la mandarían a su tierra natal —intervino Aristide.

—Es hija de una reina y nieta de reyes. —Héctor apoyó la frente sobre el cristal de la ventana. Al contacto con su piel, la superficie fría del vidrio pareció derretirse, viéndose surcada por gotitas de agua producto de la condensación—. Su sitio está junto a la realeza.

—Eso habrá de decidirlo el rey —dijo una voz a sus espaldas.

Los mosqueteros se volvieron.

A lo lejos, cual si de una estela color granate se tratara, apareció el cardenal Richelieu. Iba ataviado con su característica sotana roja y, para protegerse de aquel intenso frío de diciembre, complementaba su indumentaria con una capa de armiño y guantes de gamuza escarlata.

—Vaya, parece que he llegado a tiempo —dijo Armand du Plessis.

Sonriendo bajo su afilado bigote, el clérigo se deshizo de uno de sus guantes y presentó el anillo que lo investía de su distinción. Isaac se apresuró a besarlo, rodilla en tierra.

—Eminencia Reverendísima...

Aristide y Héctor, ya fuera por la sorpresa que la presencia del religioso había provocado o porque no le tenían especial simpatía, obviaron el saludo reverencial. Richelieu nada dijo. Sabía que su presencia allí no era grata. Y menos para aquellos que proferían simpatías a la reina Ana y veían en él al auténtico artífice contra su felicidad.

Sin mediar palabra, el primer ministro de Luis XIII ingresó en las dependencias de la soberana. Ninguno de los militares pudo detenerlo, ni siquiera el grito apremiante que emergió involuntariamente de labios de Héctor. La puerta se abrió bajo el peso de las manos del purpurado, que paseó su grisácea cabeza por la habitación buscando algo.

Sobre el lecho, una semiinconsciente Ana de Austria respiraba afanosamente. Sus piernas aún se encontraban abiertas, mostrando en su blancura los restos sanguinolentos del alumbramiento. Su larga cabellera rubia se extendía por los blancos almohadones empapados en un sudor que hacía que su rostro, rojo a consecuencia del esfuerzo, brillase intensamente. Sus ojos azules habíanse abiertos desorbitados al reparar en la presencia del cardenal. Lloraba... Junto a su cabecera, Madame de Motteville y doña Estefanía se afanaban en limpiar a su señora y adecentarla para la intempestiva visita. A los pies, un capellán había interrumpido la lectura de su Biblia; entre sus manos, un hisopo. A todas luces, parecía haberle administrado a la parturienta los santos óleos en previsión de una más que probable muerte. Un poco más allá, un varón de unos cincuenta años y de rasgos semitas se lavaba las manos en una palangana de porcelana y limpiaba el instrumental usado en el trance del parto.

Richelieu carraspeó, atrayendo la atención de los presentes.

La reina trató de incorporarse sobre las grandes almohadas, mas sus fuerzas parecían haberle abandonado tras haberlas empleado en el esfuerzo titánico del alumbramiento.

—Eminencia...

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —Se acercó a la reina—. Dicen que habéis dado a luz a una preciosa niña...

—Mi hija...

—¿No vais a presentármela? ¿No queréis que se la presente al rey, su padre?

—Yo... —La reina parecía turbada—. No sé... No sé.. —y luego, a sus damas—: ¿Dónde está la niña? Quiero ver a mi hija... ¿Dónde la habéis llevado?

—Ha muerto.

Era la voz de Héctor. Se apoyaba tambaleante sobre el dintel de la puerta.

Su cabeza de cabellos rubios, desprovista de sombrero, se erguía; su voz, afectada por el alcohol, sonaba más ronca de lo habitual. Se acercó lentamente a la cama, quedando muy cercano a la reina.

—¿Cómo que ha muerto?

—Lo que oís...

—¡NO! ¡No puede ser! Yo misma escuché su llanto.

Miró a Héctor. El mosquetero seguía hierático, apestando a alcohol.

—Dime que no es verdad...

El jefe de la guardia de la reina desvió sus ojos de gato.

El purpurado miró al galeno, que sostuvo su mirada marina sin inmutarse.

—La niña venía de nalgas y he tenido que hacer uso de toda mi ciencia para que el alumbramiento no terminase con la vida de la reina. Desafortunadamente, un parto así no tiene muchas garantías de éxito. Dad gracias a vuestro Dios de que, al menos, he podido salvar a vuestra soberana.

Al escuchar las palabras del médico, la reina gritó como si le arrancasen el alma. Ya fuese por la impresión o por el dolor, se incorporó súbitamente y comenzó a golpear una de las columnas que sostenían el dosel de terciopelo rojo del lecho. Gritó. Gritó desde lo más hondo de su ser, aferrándose con fuerza a las sábanas de la cama. Comenzó a arañarse el rostro con las uñas, presa de la excitación. Sus damas la sostuvieron por los brazos, impidiéndole que siguiera agrediéndose, temiendo que hubiera caído en la espiral de la locura que tanto había perseguido a los Austrias durante toda su existencia. Poco a poco, sus gritos se fueron apagando. El cardenal mordiose el labio inferior, contrariado.

—Bueno, tanto mejor. Así, mi misión es menos dura y ya sabemos que sois apta para dar hijos a la Corona —Y luego, a la soberana—: Francia se encuentra

huérfana de reina. Debéis tornar a vuestras obligaciones cuando creáis estar recuperada; a ser posible, antes de Epifanía. De haber sobrevivido la niña, se os hubiera ordenado deshaceros de ella internándola en un convento. Mas si no ha podido sobrevivir, casi mejor para vos. —Suspiró—. No está en mi ánimo separar a un hijo de su madre, por muy ilegítimo que sea...

Al decir esto, diose la vuelta y salió de la habitación tan misteriosamente como había aparecido.

Aristide e Isaac siguieron sus pasos con la mirada. Por un momento, Aristide creyó que el cardenal miraba a su hermano de manera indefinida, con una complicidad impropia entre un hombre de su rango y un simple mosquetero. Parecía que su hermano sonreía con aquella risa que usaba cuando era portador de un secreto o artimaña que todos desconocían. La misma risa que usaba cuando ambos alternaban sus papeles con mozas de dudosa reputación.

Aun así, lo allí acontecido hacía pocos instantes ocupaba la mayor parte de sus pensamientos. Especialmente un hecho que no había pasado inadvertido a sus avezados ojos.

—Es extraño....

—¿Te parece extraña la presencia del cardenal? —preguntó Isaac.

—No, me parece extraña la ausencia de Philippe. —Miró a su hermano—. Salió para avisar a Héctor y, sin embargo, ahora no está junto a la reina, siendo, como es, su guardaespaldas. —Acto seguido, volvió la vista hacia la alcoba.

Isaac miró al interior. En verdad, la ausencia del español le escamaba sobremanera. Conocida era su capacidad para escapar sin ser visto de los lugares más inverosímiles, mas ¿cómo podía haber huido tan fácilmente con el cuerpo de una recién nacida?

15 de diciembre, Villa de Madrid

—No era esta la luna de miel que había previsto, Aurora, ni tampoco la boda que merecías. Espero que sepas perdonarme...

—No te preocupes, Artal. Todo ha sido perfecto. Jamás hubiera pensado que me casaría en las Españas.

—Debería haber sido diferente: un órgano sonando, nuestros hermanos actuando de padrinos y nuestros amigos formando un pasillo de espadas.

—Sueñas demasiado, Artal —dijo Pierre con sorna—. Creo que Aurora es más realista que tú, amigo.

Menina y mosquetero sonrieron. La joven volvía a lucir las ropas de hombre que habitualmente usaba, mas sus cabellos permanecían sueltos sobre los hombros, moviéndose con cada uno de los paso de *Relente*.

La distancia que mediaba entre tierras toledanas y la Villa de Madrid no era excesiva y habían podido permitirse el detenerse en una fonda del camino a reponer fuerzas. Aun así, pensaban, no debían tentar a la suerte demorándose más de lo debido, pues su ausencia podría ser notada en breve. Así, galopaban veloces por la extensa meseta castellana, con el cielo cubierto por nubes grises que se extendían más allá de donde alcanzaba la vista. Los dos frisonos de Artal y Aurora parecían haber adecuado su paso al caminar del corcel andaluz de Pierre, adquirido a instancias de Albert, quien se lo había cedido de sus caballerizas durante el tiempo que durase su estancia en las Españas.

Al cabo de unas horas, divisaron a lo lejos las altas torres del Alcázar madrileño, que se alzaba orgulloso sobre el Manzanares que, merced a las lluvias del otoño, corría caudaloso entre los juncos y adelfas que bordeaban el caudal. El bullicio de los suburbios y las primeras casas pronto amortiguaron las pisadas de los corceles, que ralentizaron la marcha instintivamente.

—¿Qué vais a decirle a don Pedro cuando lleguéis? —preguntó Pierre.

—Si te refieres a nuestro matrimonio, Aurora y yo hemos decidido no decir nada por el momento. —Miró a la menina—. La conversación que tuve con el rey en el Alcázar no me tranquiliza demasiado por lo que, antes de desvelarlo, debemos analizar la situación.

—Además debemos descubrir quién asesinó al monje del Escorial —intervino Aurora—. Cuando lo descolgamos del árbol, sus heridas no eran las de alguien que hubiera sufrido una emboscada: había ensañamiento. Y la crucifixión... Ningún cristiano condenaría a otro a morir de esa forma...

—Comentaste que le habían degollado —dijo Pierre—. ¿Pudisteis ver algo anormal en sus heridas?

Ambos negaron al unísono.

—No —dijo Artal—. El corte del cuello era limpio, preciso. El que lo hizo sabía perfectamente lo que hacía. Y fue de un solo tajo, no necesitó hacer más.

—Eso indica no solo que se trata de un asesino a sueldo o un profesional, sino que la hoja era especialmente grande —puntualizó Aurora—. Por el tipo de corte, yo me inclinaría por un cuchillo de carnicero.

—¿Y si hubiera sido uno de los monjes del propio monasterio? —preguntó Pierre.

Artal y Aurora se miraron. En honor a la verdad, no habían caído en esa posibilidad. Pudiera ser...

En unos minutos, se encontraron ante la puerta de entrada a la casa—palacio del marqués de Ardales. Las maderas estaban entreabiertas, pudiendo verse algunas luces en el piso superior. Y es que, incluso a las cinco de la tarde en las Españas, el sol daba su último adiós y comenzaba a esconderse tras el valle gris de Guadarrama. Descabalaron rápidamente e ingresaron en el vestíbulo.

—¿Tío?

La voz de Aurora sonó sorprendida al descubrir a su tío paseándose nervioso por el zaguán. El marqués se retorció los dedos nudosos y fijó sus ojos surcados de arrugas en la figura de su sobrina.

—Aurora, mal momento es este para vuestro retorno...

—¿Qué sucede, tío?

—Sobrina, debéis iros de aquí —dijo el caballero, rodeándole los hombros y forzándola a darse la vuelta.

—No os entiendo...

—Don Pedro, por favor, explicaos.

—No hay tiempo, Artal. Debéis iros de aquí y esconderos hasta que todo pase.

—Tío, no entiendo nada, ¿de qué huimos?

—¡Esa es! ¡Esa es la mujer a la que buscáis!

Aquella voz de mujer les hizo alzar la cabeza.

Juana bajaba las escaleras acompañada de unos soldados ataviados con ropajes oscuros y un dominico de barbas negras que ocultaba sus manos bajo el escapulario del hábito. La mujer, cuyo embarazo ya era cosa cierta dado lo abultado de su barriga, señalaba a Aurora con dedo acusador. Su rostro redondo parecía haberse iluminado con una sonrisa de triunfo. Sus ojos, brillantes de malicia.

Los soldados sujetaron a Aurora por las muñecas, llevándole ambos brazos tras la espalda. La menina gritó, más de sorpresa que de dolor, grito que hizo que los mosqueteros desenvainaran sus floretes, prestos al combate que parecía iba a librarse allí mismo.

—¿Vos sois Aurora, sobrina de don Pedro de Guzmán?

—Yo soy —dijo la joven, altiva.

—Tenemos orden de llevaros a los calabozos de la Inquisición.

—¿De qué se la acusa? —preguntó Artal, iracundo.

—Herejía —contestó el monje—. Esta mujer ha violado los más básicos principios de Dios al querer usurpar el lugar de un hombre y haber impedido una ejecución en la Plaza Mayor. —La miró—. Sus ropajes masculinos son prueba más que fehaciente de su pecado. Además, han testificado en su contra.

—No os la llevaréis de aquí sin luchar —dijo Artal.

Pierre asintió. Ambos hombres venderían cara sus vidas antes que dejar que se llevaran a Aurora. Aquellos soldados, que no sobrepasaban la media docena, no eran rivales para unos mosqueteros como ellos, curtidos en mil batallas y avatares.

Avanzaron un poco, dispuestos a matarlos, mas la voz de Aurora los detuvo.

—No —dijo la joven—. No hagáis nada de lo que podáis arrepentiros.

Inclinándose un poco hacia Artal, rozó su mejilla con la suya para susurrarle:

—Todo irá bien. Tal vez estando dentro de la cárcel pueda hacer mis averiguaciones y vosotros las vuestras fuera. — Y luego, a sus captores, en voz alta—: Cumpla usted, padre, con su ministerio. Preparada estoy.

Y sin dar muestras de resistencia, sin dar opción a lucha alguna, Aurora se dejó conducir al exterior, igual que un cordero de camino al matadero.

Artal quiso correr tras ella, abrazarla, subirla a lomos de *Guadiana* y escapar con ella más allá de las fronteras de la villa. No obstante, los brazos de Pierre se cerraron en torno a los suyos por la espalda, impidiéndole cualquier tipo de movimiento. Solo pudo ver impotente cómo Aurora era introducida en un desvencijado carromato con rumbo desconocido.

—No me lo explico... ¿Por qué herejía? ¿Quién la ha acusado?

—Yo.

Una voz de hombre sonó a su diestra.

Apoyado contra la fachada de piedra, Albert jugueteaba con su sombrero de plumas azules. Sus ojos claros se veían más acentuados por el brillo de su capa de terciopelo azul, que cubría su jubón verde. Su perfil griego dibujaba una sonrisa de triunfo.

Artal no podía creerlo.

—Creía que la amabais...

—Y la amo. La amo más de lo que pensáis, Artal, pero sé que ella no me corresponde.

El bastardo del conde de Elda se acercó al francés con paso lento hasta colocarse frente a frente. Sus rostros tan próximos que, de haber querido, podrían haber rozado nariz con nariz.

—Habría sido más sencillo acabar con vos... Podría haber sido sencillo aprovechar su dolor por vuestra muerte para hacerla mía, pero no era suficiente. Una temporada en los calabozos de la Inquisición le harán recapacitar sobre su verdadero papel para con su rey y su esposo.

—Luego el rey Felipe también...

—La idea partió de él, debo reconocerlo. Yo solo di las pinceladas finales.
—Rio.

No le dio tiempo a seguir riendo. El puño de Artal impactó violentamente contra su rostro, rompiéndole en el acto la nariz, que comenzó a sangrar profusamente tras el crujido del hueso. Albert gritó de dolor y llevóse ambas manos al rostro. Su visión pareció nublarse, llegando a perder el equilibrio y dando con sus huesos en el suelo. Artal, no contento con su acción, siguió descargando puñetazos sobre la cara del bastardo, que gemía y maldecía bajo el azote de los nudillos de Artal. El mosquetero no podía dejar de golpearle. No podía dejar de maldecir la suerte que aquel hombre les había ocasionado a la que ahora era su esposa y a él.

La mano de Pierre y la voz de don Pedro parecieron despertarle de un cruento sueño, donde la sangre y la muerte eran los únicos bálsamos para su alma atormentada.

—Debiera mataros...

—Mataríais a un noble y eso significaría vuestra muerte. —Albert parecía satisfecho con esa perspectiva.

—Tiene razón, Artal. Si lo haces, jamás volverás a ver a Aurora —díjole Pierre, conciliador.

—Si hay que entrar en esos calabozos por la fuerza para libertarla, así se hará. —El mosquetero se incorporó, dispuesto a montar en su corcel para cumplir con lo dicho.

—¿Estás loco? ¡No conoces esa prisión! Es demasiada tarea para un hombre solo...

—¡Aurora me rescató de la Bastilla! Y era una mujer...

—No es lo mismo...

—No la dejaré.

—No es necesario que la dejéis. No pueden tenerla encerrada —dijo don Pedro.

Los mosqueteros miraron al marqués de Ardales de hito en hito.

El anciano caballero se había situado junto a ellos. De entre los pliegues de su capa, extrajo un pergamino amarillento por el paso del tiempo. Sus manos temblaban, mas no su voz, que parecía haber recobrado la templanza de la juventud al hablar.

—No pueden detenerla... —repitió.

—Ha cometido blasfemia, Pedro —dijo Juana, desde el recibidor. La mujer había seguido la pelea con el interés propio de las matronas sin otra hacienda que sus labores, mas con la lengua afilada para intervenir cuando así le placiera—. Nadie puede evadir el largo brazo de la Inquisición, salvo la familia real.

—Tú lo has dicho mujer —dijo el marqués de Ardales, desenrollando el pliego de papel.

El rollo se abrió ante los mosqueteros. Artal abrió unos ojos como platos al reconocer en este el testamento de Felipe II, aquel documento que Aurora y él habían encontrado en las tumbas del Escorial, aunque incompleto, porque aparecía roto por el final. Y tras la frase «*Gemino geminos quaerunt*», dos nombres añadidos con letra de mujer: «*Philippum atque Aurorae. Filii Regum*».

—Felipe y Aurora. Hijos de reyes —tradujo Artal.

—Luego, los rumores... —balbuceó Juana.

—Como siempre, mujer, habéis hecho caso a los rumores antes que a la verdad y por vuestra culpa una inocente está penando. —Miró la abultada barriga de su esposa—. Otro en mi lugar os repudiaría, mas por respeto al hijo de mi sangre que os portáis en vuestro vientre, dejaré que sigáis viviendo en esta casa. —Volviose—. Ahora alejaos de mi vista. Vuestra sola presencia me da asco.

De poco le valió su embarazo, de poco le valió su condición. Los años de desplantes, de maltrato, habían aflorado de una vez por todas, haciendo que don Pedro descargase toda la ira que lo consumía por dentro desde el mismo día de su funesto matrimonio con aquella víbora con rostro de mujer. Juana se mordió los labios y se marchó de allí con andar renqueante.

—¿Qué hacemos ahora, entonces? —preguntó Pierre. Y luego, mirando a Albert—: ¿Y qué hacemos con esta... escoria?

—Lo mantendremos en mi casa durante unos días. Creo que ustedes, caballeros, conocen técnicas de interrogatorio que en las Españas desconocemos y pueden ser más efectivas que las nuestras. Me parece que este pájaro tiene información más valiosa de la que creemos —aseveró el marqués, mirando a Albert.

Albert alzó la vista, abriendo mucho los ojos. Al escuchar el crujir de los nudillos de Artal y la risa burlona de Pierre no pudo evitar mirar a uno y otro con cierto temor.

Capítulo XVI: La decisión de Ana de Austria. Adiós, Philippe

8 de enero de 1625, Palacio del Louvre

Los días pasaban lentos, anodinos... Las noticias de las Españas llegaban con cuentagotas. Al parecer, Aurora estaba lo bastante ocupada investigando sus orígenes y actuando como espía para Felipe IV que había olvidado contactar con sus amigos de Francia. A decir verdad, echaba de menos recibir noticias de su menina, e incluso echaba de menos las charlas de Philippe, tan taciturno en los últimos tiempos. Tan solo la compañía de Héctor parecía arrancarle una sonrisa en aquellos sombríos tiempos.

Ya hacía varios días de su alumbramiento. Costaba recuperarse de tan tremendo golpe como era la pérdida de un hijo, mas algo le decía que había de continuar. No le había costado demasiado perder los kilos ganados durante el embarazo, pues la inapetencia le había acompañado largo tiempo. De hecho, sus damas insinuaban que había perdido demasiado peso. Y eso que apenas se había movido... Permaneció durante varios días sentada junto a la ventana de su habitación, en una mecedora, contemplando el paso del invierno ante sus ojos. El sol era menos cálido y los pájaros parecían haber enmudecido. Los pechos le dolían enormemente a consecuencia de la subida de la leche, mas sus damas la instaban a vendárselos, asegurándole que pronto dejaría de lactar. Por las noches, cuando se acostaba, parecía escuchar el llanto lejano de un bebé, de aquella hija sin nombre que el destino le arrebató y que el amor

de Héctor le había dado. Al despertar, aún pensaba tenerla en su regazo, contemplando un rostro en miniatura que le recordaba al suyo propio. Mas la luz de la mañana le demostraba que no era así. Estaba en París. En aquel París que todos identificaban con la luz y que ella identificaba con la oscuridad. Los grandes jardines del Louvre, tan coloridos en primavera, se veían cubiertos por un espeso manto blanco. El agua de las fuentes habíase congelado en los surtidores, guardando la imagen postrera de sus cabriolas pasadas.

Unos golpes en la puerta de su alcoba la sacaron de su ensimismamiento. Con voz lánguida, musitó un *adelante* que apenas se escuchó. Héctor apareció bajo el dintel. Sus ojos verdes, sombríos desde aquel oscuro día, la miraban consternados.

—Majestad, tenéis visita.

—¿Quién es, mi buen Héctor?

—Señora... —El mosquetero ingresó en las habitaciones, cerrando la puerta tras de sí—. Se trata de vuestra cuñada Henriette y vuestra suegra, María de Médicis.

Los ojos azules de la reina lo miraron desorbitados. En otro tiempo, hubiera perdido el color de sus mejillas, el control de sus miembros, pero estaba todavía demasiado agotada, demasiado ahíta de los acontecimientos pasados como para entrar en un loco desenfreno por personas que habían intentado acabar con ella en el pasado.

—¿Lo sabe el rey?

—Mi señora, vienen con un salvoconducto firmado por vuestro esposo.

Ana de Austria volvió a fijar su mirada celeste sobre los tejados de París. Las altas torres de las iglesias aparecían salpicadas aquí y allá, alzándose orgullosas sobre las tejas rojizas y azuladas de las viviendas más o menos altas de los parisinos. Vanidad de los hombres, orgullo de los muertos... Eso eran aquellas construcciones que creían poder alcanzar a Dios con aquellas

agujas que aspiraban a rozar el cielo.

Suspiró y miró a Héctor.

—Hacedlas pasar, Héctor.

El jefe de la guardia de la reina se cuadró y, acto seguido, abrió la puerta para que las regias visitantes pasaran.

Henriette aún no había salido de la adolescencia, conservando el cutis juvenil y sonrosado de los pocos años. Su figura, algo rotunda a la altura de las caderas, dejaba patente su ascendencia italiana, en tanto que sus ojos y cabellos negros eran legado de su padre. Junto a ella, la oronda María de Médicis, mucho más rotunda de formas que la última vez que se vieron en el incidente transcurrido en el Louvre. Sus ojos, ocultos tras las bolsas de arrugas de la edad. Su cuerpo apenas podía moverse, avanzando apoyada en su joven hija. Ambas damas iban ataviadas con ropajes de color negro y sendos velos cubriéndoles los cabellos, tal vez tratando de congraciarse con la desgraciada reina a la que en ese momento visitaban.

Ana de Austria ni siquiera hizo ademán de levantarse. Seguía sentada en su butaca de madera sobredorada, arrebuñada en una recatada bata de color azul que resaltaba aún más el de sus ojos. Hizo un gesto con la cabeza, al tiempo que las dos visitantes se arrodillaban.

—Majestad...—dijeron ambas.

—Celebro veros en el Louvre, Henriette —dijo la reina, obviando deliberadamente a su suegra—. He oído que vuestro enlace con Carlos de Inglaterra es cosa cierta, mas la enfermedad del rey Jacobo ha forzado a su parálisis.

—Majestad, veo que estáis al corriente de mis desgracias —confirmó la joven—. Mi deseo era haberme casado con Carlos antes de terminar el año, mas la maltrecha salud de su padre, que Dios guarde muchos años, mantiene a mi prometido anclado a los asuntos de Estado.

—Creía que era George Villiers y no vuestro prometido el verdadero rey de

Inglaterra –dijo la reina.

—Mi señora, una mujer no sabe de asuntos de gobierno, más que los de su casa.

—Una Borbón, tal vez; una Austria es educada en política desde la cuna. – Ana de Austria se incorporó trabajosamente—. Decidme, ¿no os da miedo renunciar a la fe católica en pos de un matrimonio de conveniencia?

—Carlos dice amarme...

—También decía amar a mi hermana María Ana. –Por un momento, los ojos de la Habsburgo parecieron velarse—. Y no solo rompió su corazón sino que la humilló ante Europa.

—Mi señora, no soy culpable de tales actos...

—¡Claro que no! –exclamó la Médicis, hablando por vez primera—. Jamás conocí corazón más puro que el de mi pequeña Henriette y, al igual que todas mis hijas, está preparada para reinar.

Ana de Austria esbozó una mueca irónica ante las palabras de la italiana. Al fin y al cabo, era su madre, una leona que velaba por la seguridad de sus cachorros del mismo modo que ella lo hubiera hecho por aquella hija sin nombre que la muerte le había arrebatado.

Comenzó a pasearse por la estancia. La cola de su bata le arrastraba por el suelo, igual que el manto real con el que le había retratado Rubens, aquel pintor flamenco del que, se decía, pintaba a todas sus modelos demasiado entradas en carnes. Cruzó los brazos sobre el pecho y comenzó a morderse las uñas. Sin duda, doña Estefanía le habría reprochado aquella conducta tan dispar en una reina; incluso la propia Aurora la habría llamado al orden, recordándole su dignidad. Poco le importaba ya todo... Miró a su suegra.

—Sé, querida madre, lo preparados que están vuestros hijos para acceder al trono y lo ávidos de poder que son. Vuestro hijo Gastón ya me demostró que el ducado de Orleans de poco le vale y que hubiera ostentado el cetro de su hermano el rey, mi esposo, por cualquier medio.

Parecía ver una película de sudor cubriendo la papada de la reina madre al evocar los sucesos ocurridos hacía menos de un año. Los ojos de la italiana brillaron furibundos ante la osada apreciación de la española, que no pudo evitar sonreír rumiando su victoria.

—Vuestro hermano me ha comentado que queráis mi consejo de cara a vuestra próxima boda con Inglaterra —siguió la reina Ana, volviendo a tomar asiento en su mecedora.

Henriette asintió, titubeante.

—Majestad, me caso con Carlos, heredero al trono de Inglaterra —puntualizó la princesa.

—Os casáis con Inglaterra —volvió a decir la reina, con énfasis—. Y recordad mis palabras cuando estéis allí: no os casáis con un hombre, sino con todo un país. Puede que Carlos no os considere su esposa, puede que os considere una infiel por vuestra disparidad de religiones y actúe en consecuencia, puede que os considere un útero al servicio del reino y solo le sirváis para afianzar la Casa Estuardo. Y os sentiréis sola, muy sola. Vuestra madre puede dar fe de lo sola que se puede llegar a estar en el tálamo conyugal.

María de Médicis apretó los labios. No podía decir que no a las palabras de su nuera por mucho que la odiara, puesto que encerraban una cruda verdad que siempre había intentado ocultar a sus hijas.

—Inglaterra es vuestro futuro, y puede que las próximas alianzas de Francia vayan parejas a las de los protestantes, muy a mi pesar —siguió Ana de Austria—. Por eso, estrechar lazos con Inglaterra será tarea vuestra.

—Así lo haré, mi señora —dijo Henriette, inclinándose nuevamente.

—¿Cuándo partiréis a las islas? —preguntó, con cierto tono despectivo en la palabra «islas».

—Cuando Carlos me llame a su lado. El rey me ha comunicado que el duque de Buckingham tiene prevista su visita en París en mayo. Es probable que me acompañe entonces a Inglaterra.

—Que así sea. Os deseo suerte, Henriette.

La princesa quiso decir algo, mas no se atrevía. Su proverbial timidez, propia de los pocos años, le impedía preguntar cuestiones relacionadas con la forma de comportarse en la cama, con lo que deseaban los hombres en el lecho. Y menos estando allí su madre. Sería faltar al respeto que le debía por tal.

Henriette suspiró y, haciendo una nueva reverencia, se aprestó a salir de las habitaciones de la reina. La Médicis la imitó. Sin embargo, una vez que salió su hija, se demoró unos minutos. Apoyando una de sus manos cargadas de anillos sobre el dintel, tamborileó con los dedos sobre la madera; sus ojos erraban por la habitación, como si quisiera memorizar todos y cada uno de los pormenores de aquellas estancias que otrora habían sido suyas. Traidor fantasma es el tiempo.

—¿Estáis segura de esta alianza con Inglaterra, Ana?

La reina desvió la mirada, tornando sus ojos al exterior.

—Me han dicho que las obras de vuestro Palacio de Luxemburgo avanzan a buen ritmo. Decidme, ¿tenéis pensado regresar a París? —preguntó la Habsburgo, obviando la pregunta deliberadamente.

—Así son mis intenciones y así me lo ha permitido el rey, por mediación de su primer ministro. Parece que mi destierro no era definitivo...

—Lo celebro... Por vos.

Las dos mujeres se miraron por un momento, estudiándose, analizando en qué había cambiado cada una desde el momento en que se vieron por vez primera. La una, era ya por entonces una curtida dama, una madre de familia

que acaba de finalizar con un período de regencia que, en su opinión, había durado demasiado poco; máxime teniendo en cuenta la corta edad de Luis XIII cuando ascendió al trono. La Habsburgo era por entonces una niña tímida, obstinada en no hablar francés, consciente de su ascendencia regia, mucho más antigua que la de aquellos Borbones, tenidos en Europa por advenedizos. Aun así, por hache o por be, ambas eran dos mujeres traicionadas por sus maridos, dos mujeres hechas para reinar.

—Os diré algo: sé que la alianza con Inglaterra reportará a Francia grandes beneficios, pero el acercamiento de los protestantes a nuestro reino me preocupa —confesó la Médicis—. No en vano, mi antecesora, Catalina de Médicis, hubo de enfrentarse a la rebelión entre católicos y hugonotes en un baño de sangre sin precedentes. Para poner fin a esa guerra, mi esposo, Enrique, decidió convertirse al catolicismo.

—Lo sé...

—Vos sois la hija del piadoso Felipe, descendiente de los Reyes Católicos por línea directa. Como católica, os preocupará tal hecho.

Ana de Austria sintió cómo un temblor agitaba su labio inferior. El temor a una guerra de religión y a traicionar su fe católica era un lastre que pesaba en su conciencia desde hacía tiempo y las palabras de su suegra no hacían sino dar luz a esos temores.

—Escuchadme, Ana, no podemos dejar que Francia caiga otra vez en manos de los hugonotes. El cardenal piensa que ese es el futuro, pero yo no lo creo. Hacer eso, significaría la guerra con las Españas.

—¿Y qué podemos hacer?

—Tranquilizaos. No ha llegado todavía la hora. En cuanto llegue, me encontraréis. No lo dudéis[20].

Tan enigmáticas palabras se desvanecieron en el aire, ocultas tras el raso oscuro de viuda de la reina María que, con andares pesados y renqueantes,

abandonó la habitación. No podía negarse que su porte, pese a los kilos ganados, seguía siendo majestuoso, imponente; tal vez porque su cabeza dorada se encontraba coronada por un intrincado laberinto de trenzas y perlas hábilmente dispuestas.

Una vez que la puerta se cerró tras la oronda figura de la reina madre, la Habsburgo suspiró tranquila.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó una voz a sus espaldas.

Al volverse, descubrió a Philippe.

Se encontraba recostado sobre la pared, las manos cruzadas sobre el pecho, la pierna izquierda tras la derecha. Su cabellera castaña, otra vez larga y anudada en una coleta baja, se encontraba parcialmente cubierta bajo el ala ancha de su sombrero, que sombreaba la mitad de su rostro, merced a la luz que se colaba por la ventana.

La reina sintió cómo un escalofrío recorría su cuerpo al fijarse en que los ojos de su guardián la miraban con reproche. Diríase que hasta con ira. Su boca torcida en un rictus que jamás le había visto. Ana de Austria volvió la vista y se dirigió a un escritorio que se encontraba a un lado de la pieza, bajo un cuadro alegoría de la primavera. Nerviosa, se puso a garabatear palabras sin sentido en un trozo de papel. A sus espaldas, los pasos de Philippe se oían cada vez más próximos a ella.

—Ana, os dije hace tiempo que estabais jugando con fuego. Si seguís con esa loca pasión vuestra por el duque de Buckingham, si siguen vuestras cartas, ¿no pensáis que el rey acabará enterándose?

—El duque es un buen amigo que palia mi soledad con sus palabras de aliento.

—El duque es un putero que no duda en emplear cualquier ardid para acceder a vuestra cama.

—¡Cómo osas...!

La reina se levantó bruscamente, alzando la mano para abofetearle. Sin embargo, Philippe estuvo más rápido y la sujetó por ambas muñecas con fuerza. La soberana gritó, sin importarle que pudieran escucharla. Tampoco a Philippe le importó demasiado hacerle daño, ni siquiera midió la fuerza empleada.

—Estáis traicionando no solo los principios que os inculcaron vuestros padres o la santidad del matrimonio, Majestad. Nos estáis traicionando a todos: a Héctor y todo el cariño que os ha dado, a Aurora y sus desvelos, a mí...

—Y a ti, ¿qué? Eres mi sirviente, Philippe. Tu misión es custodiarme, velar por mi bienestar. No es tu cometido pensar ni dar opinión. Es más, no tienes ningún derecho.

Philippe dio un respingo al escuchar las palabras que aquella a la que tanto había amado le estaba escupiendo. La reina lo miraba con más dureza que nunca, echando chispas azules por los ojos; chispas con un odio tal que podrían haberlo consumido. El amor que un día parecía haber sentido por Héctor o por él se había consumido en pos de una loca pasión que las palabras de aquel advenedizo inglés habían ocasionado, obviando el hecho de que aquel hombre era el culpable de la desgracia de su hermana.

El español la soltó, dejando caer los brazos a ambos lados de sus caderas. Su figura, siempre ataviada con aquellos ropajes negros, le pareció a la reina Ana mucho más alta y gallarda que nunca. No temblaba. No dejaba traslucir emoción alguna. Quizás una rebelde lágrima asomó a sus ojos negros, lágrima que el fieltro de su antifaz se encargó de recoger, eliminando cualquier rastro de tristeza y debilidad. Porque, como muy bien decía su hermana, no cabía la debilidad llevando aquellas ropas, portando ese antifaz. Separándose un poco de la reina, hizo una reverencia que acompañó con una floritura de su sombrero, muy al estilo español. Por un instante, la reina Ana pareció arrepentirse de sus palabras, de haberle insultado tan ruinmente. Hubiera

pedido perdón, empero su orgullo Habsburgo era más fuerte que cualquier suerte de penitencia.

Philippe volvió a cubrirse con su sombrero y dio media vuelta, hacia uno de los tapices que colgaban de un lateral de la habitación. Al llegar, giró un candelabro de bronce que colgaba de la pared, accionando un mecanismo que ocultaba una puerta secreta tras la tela, que se hizo a un lado dejando ver un pasadizo. Se detuvo unos instantes, meditabundo, con la cabeza gacha y el mirar perdido. Tras unos minutos que parecieron eternos, miró a la reina.

—Ya sé en qué lugar estoy, Ana María. Siempre lo he sabido. Mas siempre me quedó el consuelo de vuestro cariño y respeto, cosas que hoy he perdido. Por eso me despido de vos en este mismo instante. Jamás volveréis a verme, pero seguiré sirviendo a mi país allá donde mi espada sea de utilidad.

—Philippe, yo...

—Hasta nunca, Ana María. Espero que cuidéis a Héctor mejor que a mí.

Y diciendo esto, desapareció tras el tapiz.

—¿Estás loco? No puedes irte así.

Héctor no dejaba de hacerle entrar en razón, de quitarle de la cabeza aquella loca idea de huida que las palabras de la reina habían hecho nacer. El jefe de la guardia de la reina contemplaba con asombro en el cuarto de guardia cómo el español recogía las pocas pertenencias que tenía y las acomodaba en un improvisado hatillo. Ninguna palabra, además de las de sus intenciones, habían salido de boca de Philippe. Siempre había sido hombre de pocas palabras, pero, ¡maldito!, en aquella ocasión hubieran sido bienvenidas.

Aristide e Isaac contemplaban las idas y venidas de Philippe al igual que los intentos infructuosos de Héctor por sacarle información.

—Philippe...

—Dejadle, Héctor. No hablará. Es demasiado reservado y dejaría que lo matasen antes que traicionar sus principios —dijo Isaac, con hastío.

—Tal vez si lo invitamos a una copa y dejamos que se relaje, podría contarnos lo que realmente ha pasado —ofreció Aristide.

—Lo siento, caballeros, pero no es beber mi intención. Nada hago ya aquí...

Isaac suspiró y, levantándose con pausa del banco que ocupaba, asió su espada y la aseguró al cinturón.

—Pues entonces, caballero, os deseo la mayor de las suertes. —Asió la mano de Philippe y la estrechó cordialmente—. Espero encontraros pronto en nuestro camino...

Aristide enarcó una ceja. ¿Encontrarse pronto...? No era una actitud propia de alguien que había compartido noches de confianzas y vino, ni tampoco de un compañero de armas. Le asombró ver cómo su hermano salía de la estancia con paso apresurado y destino incierto. Le inquietaba... Sin mediar palabra ni despedirse, abandonó la habitación ante la mirada impávida de Philippe.

Héctor seguía con ambas manos apoyadas sobre la mesa, girando de cuando en cuando la cabeza para seguir la estela negra de Philippe, que se movía con rapidez, recogiendo armas y útiles de lo más variopintos. Cuando vio que se hizo con un mosquetón y varias bolsas de pólvora, Héctor abandonó su posición y se acercó al español.

—Por última vez, Philippe: recapacita.

—Por última vez, Héctor: pierdes el tiempo. Nada hago ya en París. La reina se ha perdido...

—Su *affaire* con Villiers es pasajero. Pasará igual que han pasado otros en la historia. Igual que ha mutado su amor por mí.

—¿Y tu amor por ella? ¿Ha desaparecido?

Héctor bajó la vista, evitando el contacto con la mirada del español.

—Lo sabía...

—Philippe, por favor, no puedes irte. Haces falta aquí. Además, está Aurora. ¿Qué voy a decirle cuando sepa que no estás?

—No tendrás que decirle nada. Me he encargado de decirle que me marcho y a dónde.

—¿Y adónde vas?

—A Breda —dijo, saliendo al patio, cargado con su hatillo.

Héctor no pudo evitar una exclamación. ¡Breda! ¿No era esa la ciudad sitiada por el ejército de Guillermo de Orange? ¿No venían de allí las noticias sobre asesinatos, muertes y batallas innumerables entre españoles y flamencos? El mosquetero corrió tras él, como si fuera en pos de un oscuro presentimiento tan negro como los atavíos de Philippe, que ya se encontraba a lomos de su corcel.

—Philippe, puedes morir.

—Puede ser, pero lucharé por una causa justa y bajo la bandera de las Españas.

—Philippe, por favor, pensadlo bien. —El mosquetero alzó la mano y se asió a las riendas del caballo, impidiendo que el español le arrease para comenzar la marcha.

—Héctor, en otro tiempo os hubiera pedido que me acompañaseis. Jamás tuve otro compañero de armas mejor, con excepción de Pierre, mi querido amigo. —Apretó la mano de Héctor—. Pero vuestra misión es mucho más importante que la de proteger a la reina. Bien lo sabéis...

Héctor lo miró. Sabía a qué se refería...

Philippe hizo que soltara las riendas y se tocó el ala de su sombrero.

—Adiós, Héctor. Tal vez nos veamos en el cielo...

Y, diciendo esto, picó espuelas a su montura y salió del patio del Louvre. Héctor permaneció allí, erguido, siguiendo los pasos de su amigo y solo la luna pareció acompañarle en su soledad.

Se movió nervioso al escuchar el relinchar del corcel, arrebuándose un poco en su capa, tratando de ocultar el rostro y arrodillado. Amparado por la protección que le daba la columna, extrajo un brillante cuchillo de debajo de la casaca, dispuesto a descargar el golpe fatal en cuanto su presa se pusiera a tiro. El eco de los cascos confundíase con su propia respiración que, a consecuencia del frío de aquel mes de enero, emitía un vaho grisáceo que delataba su presencia.

Se acercaba... El caballo se acercaba más... Lo oía, podía sentirlo.

Se levantó. Debía estar listo para cuando pasara junto a él para, con un rápido movimiento, hacerle descabalgarse, tirarlo al suelo y, aprovechando la confusión, descargar el golpe fatal. Una simple cuchillada en el lugar correcto. Un estoque en el corazón. Era fácil. Lo había hecho muchas veces. Era una más. Una de muchas. Pudo ver su sombra cada vez más cercana reflejada en la pared. Alzó el arma, preparado para atacar.

Alguien se le echó encima justo en el momento en que Philippe pasó junto a él, de forma que el español ni siquiera se percató de aquel hecho, continuando su caminar con total normalidad. Dos hombres comenzaron a luchar a brazo partido. Dos hombres de cabellos rubios. El uno maldecía. El otro juraba. El uno agarró el brazo del puñal con fuerza, mas eran tan idénticos en tamaño como en fortaleza. A decir verdad, incluso sus rostros eran idénticos. El mayor quedó encima del menor. La punta del cuchillo, apuntando su pecho.

—Isaac, ¿te has vuelto loco? —preguntó Aristide, sintiendo el suelo bajo su cuerpo—. ¿Por qué...?

—Son órdenes del rey... —dijo, sintiendo cómo su hermano levantaba el puñal.

Rodaron. Las posiciones cambiaron.

—Jamás hubieras osado atentar contra un amigo. ¿Qué ha cambiado?

—El rey ha ordenado su muerte —repitió—. Cualquier lastre en el camino del poder, cualquier persona es prescindible.

—No Philippe...

—Philippe ha defendido a una adúltera y a una traidora. ¿O piensas que aquella niña era hija del rey?

Aristide dio una patada al estómago de su hermano, haciéndole caer a un lado. Isaac gritó de dolor, mas no soltó su puñal. Su gemelo extrajo de entre sus ropas un arma idéntica.

—Esa niña era hija de Héctor, bien lo sabéis, y a Héctor le debemos lealtad.

—Héctor será eliminado igual que Philippe y yo ocuparé su lugar como capitán.

Chocaron los cuchillos. Sus cuerpos musculosos se entrelazaban. Volaban patadas, puñetazos, cuchilladas al aire. De cuando en cuando, conseguían acertar en el objetivo, rasgando la carne del rival y haciendo que la sangre manase de sus heridas. El cuello del uno, el brazo del otro, ahora un labio partido, ahora una ceja...

—Así que todo se resume a eso: la lucha por el poder —dijo Aristide.

—El poder, junto al sexo, lo es todo, hermano. Deberías entenderlo.

Gritó y asestó un certero golpe al cuello de su gemelo. La afilada hoja se hundió hasta la mitad, atravesando la carne. Un borbotón de sangre manó con fuerza. Sangre negra... La arteria había sido cercenada... La muerte era

cuestión de minutos y Aristide lo sabía.

Se llevó la siniestra al cuello para taponar la herida y, haciendo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban, asestó una certera puñalada al corazón de Isaac. Isaac no lo vio venir. Justo antes de caer al suelo, tuvo tiempo de lanzar una última mirada de asombro a su hermano, quien le sonrió antes de desplomarse también.

Los adoquines comenzaron a teñirse de rojo. La sangre comenzó a circular libremente, confundiéndose con la tierra y las heces que los equinos depositaban en sus calles. Ambos, muy próximos. Aristide extendió los dedos para tocar con ellos el cuerpo de su hermano, quien yacía boca arriba con la mirada fija en el cielo de París, siendo la luna mudo testigo de su muerte.

—¿También fuiste tú quien avisó a Richelieu...? —preguntó Aristide, con voz rota.

—¿Quién si no...? —Un ataque de tos hizole expulsar una bocanada de sangre que acabó por humedecer sus rubios bigotes.

—Traidor... —dijo Aristide.

—Traidor tú...

Y así, entre estertores, muertos por su propia mano; uno, traidor a su reina; otro, a su rey; juntos, muy juntos, tal como llegaron al mundo. Así, cubiertos de sangre, bajo la luz de la luna, con el sonido del Sena por marcha fúnebre, murieron Aristide e Isaac...

Así los encontró Héctor poco después...

Capítulo XVII: Contra los deseos del Rey... ¡A Breda!

El eco de los pasos se confundía con el gritar de los condenados. Los cambios de guardia resonaban en el patio con la misma parsimonia que el gotear del agua entre las rendijas de las piedras. Ella permanecía sentada junto al único ventanuco de su celda, un frío y sucio cubículo de reducidas dimensiones atestado de paja sucia. En un rincón, un cubo que hacía las veces de retrete para usar en caso de necesidad. Hacía ya varios días, tal vez semanas, que se encontraba allí. Al principio, había llevado la cuenta, pero pronto comprendió que era mucho mejor emplear el tiempo en otros menesteres que mantuvieran la mente ocupada y no en computar el paso del tiempo. Alguien más lo había hecho. Prueba de ello, eran las largas líneas trazadas en la pared, en grupos de cinco, que se extendían por todo el mundo. De cuando en cuando, acariciaba los vestigios de aquel morador que un día estuvo en el mismo lugar que ella. Podía sentir la frialdad de la piedra bajo sus dedos, el trazado de aquellos surcos hechos con algo afilado. Incluso había restos de sangre en las paredes.

Los pasos cesaron y se oyó un crujir de los goznes de la pesada puerta de hierro y madera, que cedió bajo el peso del centinela que la abrió. La luz de las antorchas de los pasadizos dejó paso a Albert. El valenciano iba embutido en ropajes de damasco y terciopelo negro, cubierto por una estola de pieles de color parduzco. En su rostro, diversas heridas y moratones que tendían a cicatrizar, excepto el caballete de la nariz, visiblemente torcido, otorgándole a

su perfil griego cierto encanto rudo.

Albert quedó paralizado al contemplar a Aurora. Se encontraba sentada en el suelo, descalza, sucia la camisa de polvo y sangre. El pelo bastante más largo que hacía tres semanas, descuidado y sin brillo. Su rostro surcado de arañazos, mas sus ojos con la determinación de siempre. Le asombró no ver quebrado su ánimo por el tiempo pasado en aquellos calabozos, donde muchos hombres más curtidos que ella habíanse perdido los primeros días.

—¿Qué buscáis, Albert?

—Venía a veros, Aurora.

—Extraño honor, viniendo de vos.

—¿Os tratan bien?

—Todo lo bien que pueden tratar a un reo de blasfemia. —Volvióse hacia él cruzando las piernas—. Lo cierto es que me asombra que no se hayan ensañado más por mis pecados, dada la dureza de la Inquisición.

— Os sabrán cercana al rey...

—O el mismo rey les ha dicho que tengan cuidado conmigo, so pena capital. —Miró a Albert—. En serio, Albert, ¿pensáis que voy a tragarme ese cuento?

—Tal vez Olivares os quiere viva.

—Olivares me odia, pero es lo suficientemente listo como para no meterse en aquello que puede propiciar su caída.

El bastardo se sentó en el suelo, próximo a ella, con cuidado de no manchar sus caros ropajes. Sus dedos casi rozaban los muslos de Aurora. De hecho, los estiró con disimulo para acariciar subrepticamente la curva de sus caderas. La menina cruzose de brazos, mirándolo de reojo. No había emoción en su rostro. Tampoco reproche.

—Sois demasiado lista, Aurora. Tal vez demasiado... ¿Cuándo lo descubristeis?

—Desde que os oí hablar en el Escorial al decirme que era demasiado joven para enamorarme. Desde que Felipe IV me besó cuando regresé. Desde

que Eugenie me dijo que tuviera cuidado con el rey y con vos porque ambos me codiciabais.

Albert tragó saliva. Maldita furcia aquella francesa... Pensaba que el odio que Olivares profesaba a Aurora podía encubrir sus verdaderas acciones a los ojos de la joven, pero no contaba con la clarividencia de una mujer que había tenido que pasar por más penalidades que las que se veían a simple vista.

Extrayendo con cuidado una daga de debajo de su casaca, Albert comenzó a jugar con el arma ante la mirada impasible de la menina. Rozó con el dedo índice su afilada hoja, que brilló con la poca luz que entraba tras los barrotes de la ventana. Lentamente, acercó el cuchillo a la garganta de Aurora, que alzó la cabeza un poco. Sus cabellos cayeron tras la espalda, dejando su cuello a la vista. Albert pensaba que al sentir la afilada hoja sobre su carne la mujer gritaría, suplicaría clemencia, mas Aurora no se movió. Seguía en la misma posición. Si no fuera porque su pecho subía y bajaba con cada respiración, diríase que estaba ante una estatua de mármol.

—Creo que de nada vale que me vaya por los cerros de Úbeda...

—Opino igual que vos, Albert. Ya está bien de tanta palabrería y hablado claro.

—Tenéis dos opciones, Aurora: morir aquí, por mi propia mano; o casaros conmigo y plegaros a los deseos del rey. No es una mala perspectiva. No soy mal partido precisamente, me tengo por un hombre atractivo y todas las féminas de la Corte suspiran por una noche en mi alcoba; y el rey nos colmará de atenciones si le permito ciertas licencias sobre vos. Ya me ha dicho que en otro tiempo os pretendió, mas fueron vuestros inciertos orígenes los que lo ligaron a Isabel.

Le acarició la mejilla con la mano que le quedaba libre. Acercó su boca a su rostro y lamó su cara de arriba abajo. Aurora no pudo evitar un mohín de repulsión ante tamaña acción.

—Y bien, ¿qué respondéis?

Aurora lo miró fijamente, brillantes sus ojos negros. Una media sonrisa pareció aletear en sus labios. Albert le devolvió la sonrisa, rumiando las mieles de un éxito que creía tocar con los dedos. Al fin y al cabo, no dejaba de ser una mujer y a todas las mujeres les gustaba el lujo y codearse con grandes hombres. Siempre pensó que Aurora era diferente, mas no en aquel punto.

Sin que pudiera verlo venir, la menina agarró las muñecas del hombre con ambas manos y, dándole un rodillazo en el torso, hízole caer al suelo. Albert quiso levantarse, mas el peso del cuerpo de Aurora cayó sobre el suyo, aprisionándole ambos brazos con sus piernas. Las tornas habían cambiado: ahora la daga estaba rozando el cuello de Albert, que se resistía inútilmente ante aquella joven.

—Creo que quien tiene dos opciones sois vos, Albert: hablar o morir.

Albert tragó saliva. Sabía qué le iba a preguntar.

—¿Por qué matasteis al monje del Escorial?

—¿Cómo sabéis que fui yo?

—No lo sabía. Vos y vuestra daga me lo habéis confirmado: su hoja es más grande que una vizcaína o que una cuchilla normal, muy similar a un cuchillo de carnicero. Además cometisteis un error bastante importante cuando crucificasteis al fraile...

Ante el asombro de Albert, Aurora extrajo del valle perdido entre sus senos una cadena de la que colgaban un crucifijo de plata y un anillo con un solitario rubí. Dentro de este, el escudo del condado de Elda.

—Se os caería cuando tratabais de abandonar el cadáver en el bosque y, para vuestra mala fortuna, se coló en el hábito del pobre desdichado. Lo que aún no me queda claro es el porqué lo hicisteis.

—Eso, Aurora, habréis de preguntárselo al rey Felipe —dijo Albert.

—¿Por qué? —La menina apretó más el filo contra la garganta del bastardo.

—Decía que lo hacía por preservar la pureza de su sangre, la estabilidad de la Corona... Y le hacéis falta para eso...

—¿Por qué? —volvió a preguntar. La presión, hizo salir algunas gotas del cuello de Albert.

—No lo sé, Aurora. Por favor, dejadme vivir. Solo he sido un enviado...

Aurora soltó el cuchillo y se incorporó. Rápidamente, se calzó las botas, momento que aprovechó Albert para intentar atacarla por la espalda. Pero Aurora ya estaba hecha a tales ataques... Se agachó de forma que Albert tropezó con su cuerpo y la menina le agarró de un brazo para, aprovechando el peso del hombre, proceder a derribarlo sobre el frío y sucio suelo de la celda. Acto seguido, le propinó una patada en pleno rostro que lo dejó inconsciente. Inclinandose, tocó con dos dedos de su diestra la arteria carotídea que circulaba por el mismo cuello, comprobando que todavía estaba vivo.

Suspiró y meneó la cabeza.

Miró a la puerta. Estaba abierta... No se lo pensó dos veces: le arrebató a Albert su espada y su capa y, cerciorándose de que no había moros en la costa, procedió a salir de la celda.

Artal paseaba nervioso arriba y abajo del vestíbulo que precedía al salón del trono. Con motivo de la audiencia, había vuelto a vestir sus ropas de mosquetero. La capa azul celeste flotaba con cada uno de sus pasos, en tanto que sus botas resonaban sobre el suelo de loza rojiza.

Pierre también había echado mano de los ropajes que demostraban su condición, aunque él no demostraba el nerviosismo de su amigo. Permanecía apoyado en la pared, con las piernas cruzadas y el sombrero entre las manos. Observaba cada detalle del lugar en el que estaban, donde la combinación de

azulejos de tonalidades azules, blancas y verdes a modo de cenefas se extendían a lo largo de la estancia, combinando la madera con las paredes desnudas. Era una habitación austera, donde los únicos cuadros eran los que hacían referencia a los malogrados padres del Rey Planeta. Ni tan siquiera había sillas o taburetes en que los visitantes pudieran descansar sus maltrechos pies.

Junto a ellos, don Pedro de Guzmán permanecía en pie, erguido, con un pergamino enrollado bajo el brazo, esperando pacientemente. Sus muchos años en la Corte lo conminaban a ser prudente, a esperar. Su actitud calmada contrastaba con la impetuosidad e impaciencia de Artal.

La puerta del salón del trono se abrió y el caballero ujier pronunció el nombre del marqués de Ardales. El aludido penetró en la habitación seguido de los mosqueteros. Al fondo, Felipe IV permanecía sentado en un trono de madera de cedro, bajo un dosel de terciopelo rojo. Sonreía.

—Mi buen don Pedro, volvemos a encontrarnos.

El anciano caballero se inclinó todo lo que sus maltrechos huesos le permitieron, no así los mosqueteros, que permanecieron de pie. Aquel gesto de desacato no pasó desapercibido al rubicundo monarca, que enarcó una ceja con desaprobación.

—Majestad, no es una visita de cumplimiento —dijo el marqués de Ardales—. Ya sabéis por qué estoy aquí.

—Si es por causa del encarcelamiento de Aurora, don Pedro, estoy atado de pies y manos. —Al decir esto, mostró las palmas—. La Inquisición no la dejará huir tan fácilmente.

—Sabéis perfectamente que tiene una oportunidad de escapar con bien de esta. —El marqués le tendió el pliego que portaba.

—¿De veras...? —desenrolló el pergamino.

A medida que sus ojos azules se deslizaban por este, las palabras parecían

saltar del papel, cobrando vida ante sus ojos. Viejos fantasmas del pasado aparecieron ante aquel rey veinteañero que, por primera vez en años, parecía ver peligrar su trono.

Miró a don Pedro. La ira y no la vieja camaradería por el antiguo amigo de su padre brillaba en sus iris celestes.

—¿Cómo habéis conseguido este testamento?

—Eso no importa, lo que importa es que debéis libertarla.

El rey se levantó bruscamente, dejando caer al suelo el pergamino que antaño sostenían sus blancos dedos. Sus vestiduras de tisú y plata brillaron con los rayos del sol que se colaban a través de los grandes ventanales.

—¿Me pedís que reconozca algo que por su gravedad debería estar enterrado, don Pedro? ¿Me pedís que admita como un igual a un bastardo que, por edad, debería lucir mi Corona? ¿Me pedís que saque a la luz el pecado de mi padre?

—¿Qué pecado? —intervino Artal—. Hasta donde yo sé, vuestro padre fue un rey piadoso hasta la muerte y cuidó de Philippe y Aurora hasta el mismo día de su partida a Francia.

— Sí, un rey piadoso —dijo el Rey Planeta sarcásticamente—. Sí, un buen hombre. Hasta lo llamó Felipe, el muy hideputa. Y yo, ¡tonto de mí!, los traté a ambos como hermanos porque hermanos míos eran realmente.

Artal y Pierre no pudieron evitar dar un grito de exclamación. ¿Philippe y Aurora hijos de Felipe III? Imposible...

—Majestad, con todo el respeto que os debo, no sabéis lo que decís... — musitó don Pedro.

Del exterior llegaron gritos de lucha, sonidos de espadas, cascos de caballo. Pronto se escucharon disparos que hicieron que los moradores del Alcázar asomasen sus rostros a las ventanas para ver qué sucedía. Felipe IV y

sus visitantes hicieron ademán de curiosear, mas un fuerte estrépito hizoles desistir. Una lluvia de cristales rotos de diferentes tamaños cayó sobre ellos. Instintivamente, se protegieron el rostro con ambos brazos al tiempo que cerraban los ojos. Alguno de aquellos minúsculos trozos les hicieron pequeños cortes en las manos, aunque no tan profundos como para producir más que leves rasguños. Junto a aquel sonido se escuchó otro golpe seco, el golpe de un fardo cayendo al suelo.

Levantando un poco el brazo que le protegía, Artal pudo ver cómo una figura ataviada de negro caía en el centro de la sala a cuatro patas. A todas luces, había entrado por la ventana dando una fuerte patada en los cristales hasta el punto de haberlos hecho añicos. Al ver que el peligro había pasado, el mosquetero se decidió a salir de su improvisado escudo para comprobar que allí, ante el rey, con su cabellera castaña cayéndole sobre el rostro, espada en mano, Aurora había hecho acto de presencia.

Felipe IV no pudo articular palabra alguna al verla allí. Nadie conseguía escapar de la Inquisición. Y, sin embargo, allí estaba ella con las huellas de la tortura todavía vivas en sus miembros y en su rostro. Le habían contado que la habían sometido a los azotes, colgándola del techo por las muñecas. Le habían contado que, pese a los latigazos y laceraciones de su cuerpo, ni un grito de agonía, ni una petición de clemencia salió de sus labios. ¿Por qué? Lo desconocía. Pero estaba claro que aquella mujer estaba hecha de una pasta superior a muchos hombres.

Súbitamente, los ojos de Aurora se encontraron con los suyos. Un sudor frío recorrió su cuello al saberse objetivo de la menina. Sabía que, al igual que su hermano, era tan diestra con la espada que hasta el mismo Alfonso de la Quadra había temido por su vida; tal vez, por eso, le llenaba de terror verla allí.

—Aurora, ¿estás bien? —preguntó Artal.

La menina ni siquiera lo miró. No cambió el gesto. Con paso lento, se

acercó al rey de las Españas, señalándolo con la punta de la espada que había arrebatado a Albert en los calabozos de la Inquisición.

—Dadme una razón para que no os mate —dijo Aurora, mirando al rey.

Felipe IV se dejó caer sobre el asiento, sintiendo bajo sus posaderas el tacto del cojín de terciopelo. Hubiera querido tener la capacidad de oratoria de sus hermanas, mas no era ducho en hablar. Se le daban mejor los lances amorosos, el ir de cama en cama, el pasearse por los corrales de comedias para disfrutar del noble arte del teatro y de las actrices. Con ellas era con quienes demostraba su auténtico encanto. Una risa brotó de sus gruesos labios. Su encanto... Si para las mujeres de baja estofa funcionaba, ¿por qué no con Aurora?

Aplaudió efusivamente, llenando la sala con el eco de sus palmas. Los mosqueteros lo miraron de hito en hito.

—Bravo, Aurora, no esperaba menos de vos. Solo alguien con vuestro talento podría escapar con bien de la Inquisición. Es por eso por lo que me gustaría teneros siempre a mi lado.

Dio unos pasos cortos en dirección a la menina, que alzó un poco más la espada en dirección al rostro del rey.

—Vamos, querida, sabéis cuánto os quise siendo niños. No vais a negar que en más de una ocasión os propuse matrimonio y, aunque sea casado, no podéis dudar que si estáis a mi lado no os faltará de nada.

—Ningún hombre ha podido comprarme hasta la fecha. No seréis vos el primero —dijo la menina, cortante.

—Siendo mi guardaespaldas, estoy seguro de que nos llevaremos bien.

—Creo que aún no he escuchado nada convincente para no acabar con vuestra vida.

—¿La sangre no os parece una razón poderosa para ello?

—¿Qué sangre? ¿La vuestra o la mía?

—La de ambos, puesto que hermanos somos.

Aurora enarcó una ceja con desdén. Esos eran los temores que siempre habían albergado Philippe y ella sobre sus orígenes, la razón por la que el Tercer Felipe los cuidaba del mismo modo que al resto de sus hijos. No obstante, don Pedro siempre negaba tal posibilidad. No fue una excepción esa vez, que no hacía más que negar con la cabeza ante las palabras del joven rey.

—No, Aurora, no le creáis. Creía que el Tercer Felipe le había dicho la verdad, mas este pergamino demuestra lo contrario.

—Aurora, haced caso a vuestro tío –intervino Artal–. El rey no sabe lo que dice... Solo habla teniendo en cuenta lo que escuchó siendo niño.

—No vais a llamar mentirosa a mi propia madre, monsieur –dijo Felipe IV, señalando al mosquetero–. Si lo hacéis, ordenaré vuestra muerte. –Y luego, a Aurora–: Os ordeno que lo matéis, puesto que ha atentado contra la memoria de la reina Margarita.

Mosquetero y menina cruzaron una mirada rápida. Matar a Artal... Era lo último que se esperaba, una vileza impropia de un rey cristiano. Puede que ella estuviera al servicio de la Corona, puede que en el pasado hubiera matado a quien correspondió, mas en ese momento, nadie, ni tan siquiera su rey, podría obligarla a matar. Acto seguido, Aurora alargó el brazo para sujetar a Felipe de su siniestra, atraerlo hacia sí y, seguidamente, colocarle la espada en la garganta.

—Creo que sería más fácil acabar con un monarca que no actúa como tal. ¿O vais a negar que Olivares es el verdadero rey? –dijo la menina.

Felipe IV sintió tan cercano el filo de su espada que creyó llegada su hora. Por un momento, se arrepintió de la orden dada, de todo lo allí dicho. Creyó próximo el momento de la confesión...

—Deteneos —dijo una voz de mujer.

Los allí presentes observaron cómo, junto al trono del rey, uno de los tapices se hacía a un lado para dejar paso a la reina Isabel de Borbón y a Eugenie. Las dos vestidas de verde. Las dos tan majestuosas que parecían las reinas de corazones y picas de la baraja francesa. Hermosas a su manera. Morena y rubia. Las damas del rey. Ni tan siquiera aquella leve cojera de que adolecía la reina francesa le restaba un ápice de su empaque.

Los mosqueteros se inclinaron ante la soberana al igual que don Pedro, no así Aurora, cuyos ojos seguían brillando con el fuego de la ira al saberse traicionada.

—Felipe, creo que os equivocáis en vuestras suposiciones.

—Siempre os habéis entristecido porque no os quería, Isabel; porque iba de cama en cama obviando la vuestra, a pesar de que sois hermosa como ninguna —confesó el rey—. Pero el recuerdo al que más temíais era el de Aurora, porque no estaba sino frustrado por quererla mía y no poder poseerla por tratarse de mi hermana.

—Si realmente hubiera sido vuestra hermana, si realmente Philippe fuera vuestro hermano y verdadero heredero de la Corona, ¿creéis que mi madre hubiera consentido en casarme con vos?

Isabel avanzaba majestuosa hasta su marido. Sus cabellos negros perfectamente recogidos en un moño alto donde las trenzas y bucles se entrelazaban con maestría. Su vestido color verde bordado en oro parecía flotar con cada uno de sus pasos. Tras ella, Eugenie la seguía a distancia prudencial.

Al llegar junto a su esposo, Isabel alzó la mano para tocar con sus dedos el filo de la hoja que blandía Aurora. Contra todo pronóstico, se cortó y, sin perder la compostura, se miró la yema del dedo para comprobar cómo la sangre fluía de él. Mostró a su marido la herida causada.

—Yo estoy dispuesta a derramar mi sangre por vos, por este país que es el mío. Aurora y Philippe han derramado su sangre por vuestra hermana y por vos. ¿No creéis que vos deberíais hacer otro tanto y demostrar que sois rey por una vez? —Y luego, a Aurora—: Os ruego que perdonéis a mi esposo, mademoiselle, pues no sabe lo que dice.

Volviendo a alzar la mano, forzó a que Aurora bajara la espada empujando el filo que rozaba el cuello de su real esposo.

—No es necesario que tiñamos de sangre el Salón del Trono para llegar a un acuerdo. Aun así, no creo que sea el momento para ello —miró a Eugenie—. Creo que hay noticias más graves que las que realmente nos ocupan.

Eugenie extrajo una carta del escote y se la tendió a Isabel de Borbón quien, con mano trémula, la pasó a Aurora.

—¿Reconocéis la letra, mademoiselle?

Aurora abrió el sobre y extrajo una hoja de papel. Al leer las primeras palabras, su rostro se tornó blanco como la nieve.

—Es de mi hermano...

La reina asintió.

—Os pido perdón por haberla leído sin vuestro permiso, mas mademoiselle Eugenie estimó que podía ser urgente, dada la premura del mensajero. Espero haber hecho bien.

Artal y Pierre, que hasta el momento habían permanecido callados en un discreto segundo plano, se acercaron a Aurora. El mayor de los Briand, más próximo a ella, rozó con disimulo la cintura de la joven con el codo. Por un instante, sus labios se curvaron en un rictus de ira al ver cómo el cuerpo de Aurora exhibía las marcas de la tortura en sus brazos y espalda, mas eso pasó

cuando la menina arrugó el pliego de papel con ambas manos.

—Philippe ha dejado la Corte... No me ha dicho por qué, pero dice que se marcha a Breda.

Todos los allí presentes dejaron proferir un grito. ¡Breda! La ciudad sitiada por fuerzas holandesas e inglesas. Aquel fortín donde los fieros tercios estaban dejándose la piel en la defensa de la plaza, luchando como leones. Las noticias que llegaban de allí eran de caos, pero sobre todo de muerte. Miles de españoles habían muerto en su defensa... Y otros miles iban a morir...

Aurora hizo trizas la carta y se aprestó a salir corriendo de la sala. Una mano la detuvo. Se volvió y vio el rostro preocupado de Artal.

—Aurora... —la llamó.

—Déjame, Artal. Debo ir tras él. Pueden matarle...

—Si vas allí, te matarán a ti también —intervino Pierre—. En una guerra, da igual lo buena que seas con la espada o que seas mujer: cualquier disparo puede alcanzarte.

—Todo eso me da igual —dijo Aurora, mordiéndose los labios—. Debo ir tras él...

—No podéis.

La voz del Cuarto Felipe hizo que los tres se volvieran. El rey se encontraba junto a la reina, unidas sus manos por vez primera en mucho tiempo. Sus ojos azules, fijos en la menina, brillaban intensamente, y su rostro blanco había adquirido un tono rojo que demostraba su contrariedad. Isabel de Borbón giró el rostro para observar la reacción de su marido. Poco lo conocía y pocas veces lo había visto enfadado. Esa era una de ellas.

—No podéis irros, Aurora —repitió el rey—. Como ya os habréis imaginado, no os he hecho llamar a las Españas para que me contéis el porqué de la muerte de don Álvaro. Poco me importa ese petimetre. No. Os he hecho venir

para que os quedéis a mi lado.

—Mi sitio está junto a vuestra hermana, la reina, al lado de Philippe.

—No, Aurora. Os lo prohíbo. Vuestro sitio está en las Españas, al lado de vuestro rey y casada con un marido a la altura de vuestra alcuernia. Ya he hablado con Albert y está de acuerdo.

Ante la sorpresa del rey, los mosqueteros y Aurora rompieron a reír.

—Albert... Un bastardo. Sí, no hay nada mejor que la unión entre bastardos —comentó Aurora, irónica—. Pero ¿y si Albert ya no estuviera de acuerdo?

—No entiendo...

—Eso puedo explicarlo yo...

Don Pedro atrajo la atención de los allí presentes. Por primera vez en años, una sonrisa aleteaba bajo el bigote del caballero, otorgándole a su rostro un atisbo de su lozanía ya perdida. Paseándose por la sala con ambas manos tras la espalda, don Pedro pareció recrearse en el momento, en el efecto que pudieran tener sus palabras. Se sabía el centro de atención y disfrutaba de ello.

Comenzó a jugar con el anillo que lucía en su dedo anular, aquel símbolo que lo ataba de por vida a aquella que era su esposa y que hubiera preferido no conocer.

—El citado Albert, tras el arresto de Aurora, cometió la torpeza de vanagloriarse de su éxito en la misma puerta de mi morada, momento que aprovecharon los caballeros franceses para propinarle una paliza. Reconozco que se excedieron, pues su perfil ya no será el mismo, pero fueron estos métodos tan rudos los que nos descubrieron vuestra intervención en las emboscadas sufridas por Aurora y sus amigos desde que llegaron a las Españas y de la muerte de fray Juan Bautista, monje del Escorial —dijo el marqués de Ardales.

—No solo eso —siguió Artal—, Albert nos dijo también que la idea de

crucificarlo cabeza abajo fue vuestra para, de ese modo, culpar a los infieles de su muerte. Así se desviaría la atención y pensaríamos que habían sido meros salteadores. Sin embargo, quedó un cabo suelto: el anillo de los Elda que a Albert se le cayó en el hábito del jerónimo mientras cometía su abominable acción.

—Asimismo, Albert también nos contó que queríais matar al fraile porque pensabais que él propiciaría los documentos necesarios para que Philippe tornase a las Españas para reclamar vuestro trono. —Al terminar de hablar, Aurora suspiró hondamente y meneó la cabeza—. Si pensáis así de Philippe y de mí, si acaso una mísera parcela de vuestra mente piensa que seríamos capaces de tal vileza, es que no nos conocéis. Ni mi hermano ni yo hemos aspirado nunca a tanto. Lo único que queremos es nuestra felicidad. Felicidad que no puedo alcanzar junto a un hombre que pretende matarme y que es capaz de mearse en los pantalones cuando una mujer lo desarma.

Al decir esto, Aurora volvióse, dando la espalda al rey.

—Antes de concertar un matrimonio para mí, aseguraos de que el que quiere tenerme es un hombre de verdad, no un mentecato. —Miró a la reina—: Vos sois una mujer de verdad. Espero que este hombre sepa mereceros.

Isabel de Borbón sonrió abiertamente, feliz de saberse querida y valorada. Y luego, a Eugenie:

—Ya sabéis lo que debéis hacer. En el dossier que os di se encuentra todo lo que debéis remitir. Por lo que a mí respecta, mi misión aquí ha acabado.

La francesa asintió.

—No os preocupéis, Aurora. Me haré cargo de todo y encontraré el medio adecuado para que vuestra misión llegue a buen fin.

Acto seguido, miró a Pierre y Artal.

—Entiendo que no queráis venir conmigo a Breda, mas no puedo perder tiempo. Sale un barco en dirección a Flandes desde Laredo en una semana y pienso subir a bordo.

—¿Crees que voy a dejarte ir sola? —preguntó Artal, a media voz.

Sonrió. Aurora le devolvió la sonrisa. Tras ellos, Pierre comenzó a rascarse la cabeza, desordenando sus cabellos negros. Intercambió una mirada con Eugenie que, cruzándose los brazos, alzó un poco su busto sin disimulo, mostrándole aquello que el gascón había disfrutado y que se disponía a perder. El francés enarcó una ceja, valorando la situación. Rio divertido.

—Bueno, pues aquí vamos otra vez.

Capítulo XVIII: El verdadero peso de la historia.

La última noche

Febrero de 1625, Breda

El rugir de los cañonazos sonaba con fuerza, haciendo que el suelo temblara. La lona de las tiendas donde se hallaban los capitanes observando las avanzadillas de los tercios y los movimientos de los sitiados se movían con cada rugir de los cañones. El estruendo era tal que toda la llanura parecía moverse bajo sus pies. De cuando en cuando, los soldados iban y venían en el campamento en busca de más artillería o útiles para limpiar las armas. La lucha cuerpo a cuerpo habría de esperar hasta hacer caer una de las murallas que custodiaban la ciudad de Breda.

Los correos iban y venían, a pie o a caballo, salvando las distancias existentes entre los puestos de mando y entre las torres de vigilancia. Trabajaban a contrarreloj porque, en cualquier momento, nuevas fuerzas podrían aparecer para acabar con su hegemonía.

En una de esas tiendas, inclinado sobre un mapa del terreno, el general Ambrosio de Spínola, ataviado con su armadura oscura que complementaba con la cinta morada de mariscal de campo, se afanaba en estudiar todas las estrategias en compañía de sus hombres de confianza. El corte de los suministros a la ciudad de Breda había sido un éxito y sus moradores y defensores, asediados por el hambre, no podrían aguantar mucho más tiempo, a no ser que recibieran ayuda del exterior. Se hablaba de nuevas fuerzas

holandesas que se dirigían hacia aquella posición, se rumoreaba que los ingleses y los daneses acudirían también. Habladurías. O eso esperaba.

Suspiró. Junto a él, una dama tocada con los hábitos monjiles, con los que se cubrían las viudas españolas por aquella época, no hacía más que mirar por encima del hombro del general, como si viera más de lo que los avezados ojos del soldado veían. Su rostro, que en el pasado hubo de ser muy hermoso, aparecía surcado por las arrugas que el tiempo inmisericorde había hecho aparecer en las comisuras de sus labios y en torno a sus grandes ojos oscuros. Igualmente, la edad había hecho que su cuello se descolgase, mostrando una visible papada bajo una barbilla que parecía haber sido delineada con un cincel en su juventud. Un rostro que se veía cubierto en ese momento por el velo de la toca, pero que pintores y retratistas de diversos países se habían encargado de retratar.

Un soldado hizo su aparición en la tienda. Con paso apresurado se acercó al general y susurró unas palabras en su oído. El general Spínola se incorporó y frunció los labios bajo su puntiagudo bigote.

—Mi señora, hay noticias.

La aludida alzó la vista.

—Fuerzas inglesas amenazan con atacarnos por la retaguardia. Debemos enviar una avanzadilla que logre frenar su avance antes de que osen cortar el cerco.

La mujer asintió bajo el velo monjil que no ocultaba el brillo de sus ojos oscuros.

—La otra noticia es que... tenéis visita. —Miró al soldado y dijo—: Hacedles pasar.

Pasaron unos instantes antes de que tres visitantes hicieran su entrada en la tienda. Tres jóvenes con los atuendos propios de los mosqueteros. La mujer

les observó de hito en hito. Tenía entendido que Francia había decidido no intervenir en aquella contienda por encontrarse en buenos términos con Inglaterra y las Españas, países beligerantes. Sin embargo, allí estaban los mosqueteros, aquellos soldados cuya fiereza solo era comparable a la de los temidos tercios españoles.

La mujer dio unos pasos hacia ellos. Los rodeó. Los estudió. Sus dedos se encontraban cruzados sobre su regazo, no mostraban anillos u ornamentos que pudieran denotar su origen noble, mas sus movimientos eran tan majestuosos que solo una reina sería capaz de desenvolverse de esa forma. Dos de ellos lucían ropajes de cuero, sendas casacas de color marrón oscuro en cuyo hombro derecho lucían la flor de lis de los Borbones. No llevaban capa ni otro signo que los distinguiese como soldados de Luis XIII. El de cabellos más largos y rizados, más apuesto que su compañero, lucía un fajín de color azul bajo el cinturón, del que pendían sus armas y una faltriquera. Entonces se fijó en el tercero de ellos: iba ataviado con ropajes negros y cubría su rostro con un antifaz oscuro que ocultaba parcialmente sus cabellos castaños, recogidos en una coleta baja; no obstante, sus armas no eran las propias de los soldados franceses, sino que eran de noble acero toledano.

—No esperaba que Francia viniera en nuestra ayuda —dijo Spínola, cruzándose de brazos. Sus hombres allí presentes formaron un semicírculo en torno a su general—. Díganme, caballeros, ¿qué les trae aquí?

—No venimos a luchar, señor, muy al contrario: nuestra misión es otra —dijo el más moreno, con fuerte acento de la gascuña.

—Buscamos a alguien —siguió el otro, un atractivo joven de cabellos rizados y barba cerrada.

—Muchos vienen en busca de amigos y familiares y, cuando llegan, tienen la desgracia de no encontrarlos: o han muerto o han desaparecido —dijo Spínola.

—A quien buscamos es un hombre fuera de lo normal. Él no morirá.

—Monsieur —dijo la dama—, nadie en este mundo es inmortal. Ni tan

siquiera ese a quien buscáis.

—Debéis haberlo visto —dijo el enmascarado—. Es un chico muy parecido a mí.

Al oírle, la mujer dio un respingo. Por alguna razón que no acertaba a comprender, aquella voz le resultaba conocida. La había escuchado en el pasado. Y aquellos ojos... Los había visto en otro tiempo. En otro rostro.

La mujer volvió la cara y ordenó:

—Salgan de aquí. Todos. Todos..., excepto los franceses.

—Mi señora, tal vez deberíais reconsiderarlo.

—General Spínola, no he gobernado los Países Bajos durante tantos años como para ignorar el peligro que nos acecha, y tampoco soy tan joven como para saber cuándo alguna daga puede acabar con mi vida y cuándo no. No será este el momento...

Ambrosio de Spínola, general de las fuerzas españolas, no osó contradecir a la mujer, acostumbrada como estaba a que su voluntad fuera ley. Con una discreta seña hizo salir a sus hombres, cuya estela siguió.

—Si me necesitáis, mi señora, estaré en la torre norte. Vigilaré desde allí los avances de la tropa.

La tela de la tienda cayó sobre la figura del general, ocultándolo de la vista de los allí presentes. Quedaron a solas la curtida dama y los tres jóvenes. El sol, cada vez más bajo.

La mujer alzó el velo dejando al descubierto su cara.

—¿Me reconocéis? —preguntó al enmascarado.

El aludido negó con la cabeza. La mujer lo miró de arriba abajo sin disimulo.

—Creo, joven, que deberíais deshaceros de ese antifaz. No estoy

acostumbrada a que nadie me oculte su identidad.

—Tampoco yo estoy hecho a semejantes peticiones por parte de alguien que no ha sido presentado.

La mujer esbozó una sonrisa ante aquella contestación.

—Os encontráis ante Isabel Clara Eugenia de Austria, gobernadora y soberana de Flandes, hija de Felipe II e Isabel de Valois, nieta de reyes.

Había orgullo en su voz. Había raza. El empaque de un linaje que se había propagado en la historia desde los Reyes Católicos y perduraba en la actualidad, la mezcla de las sangres española y francesa por nacimiento. El enmascarado advirtió en ella ciertas similitudes con aquellos cuadros que había visto colgando de las paredes del Escorial. Tal vez el rostro había perdido la tersura y lozanía de los pocos años, mas sus ojos mostraban esa fuerza y vigor que solo da una larga vida, la fortaleza que va en el linaje.

Bajando el rostro, el joven se quitó el sombrero y deshizo el lazo que sujetaba su antifaz a la parte posterior de la cabeza. Alzó los ojos.

—No... Catalina... No, no puede ser. Pero ella murió... Y, sin embargo, ¿quién sois?

—Me llamo Aurora. Busco a mi hermano Felipe —dijo la menina.

La mujer sintió cómo sus miembros flaqueaban al escuchar aquella voz. Por un instante, creyó que las piernas le fallaban al notar cómo temblaban de manera indiscriminada. Se aferró a una silla cercana con fuerza.

—Aurora y Felipe... —musitó la mujer.

—Debéis conocer a mi hermano. Aunque sea varón, es igual que yo. No es fácil que pase desapercibido. Es un auténtico virtuoso con la espada.

—Felipe, ¿aquí, en Breda?

Aurora miró a la dama sin comprender. Solo conseguía repetir lo que la

propia menina decía, articulando palabras inconexas que nada querían decir.

La joven miró a Artal. El mosquetero, cruzado de brazos, observaba la escena receloso, estudiando aquel rostro de mujer a la que el tiempo parecía no haber arrebatado el vigor y la fuerza. Tras él, Pierre se mantenía en guardia, atento a cualquier movimiento que procediera del exterior.

Isabel Clara Eugenia se acercó con pasos vacilantes a la mesa donde se encontraban los mapas y documentos de la zona y escanció agua de una jarra de alpaca plateada en una copa. El temblor de sus manos al beber delató su nerviosismo.

—Vuestro hermano... Sí, creo haber oído hablar de él —dijo la dama de forma entrecortada—. Se cuenta entre los soldados que no hace muchas semanas llegó un enmascarado procedente de Francia para sumarse a nuestras filas. Nadie ha visto su rostro, mas todos temen su espada y su pericia con el arcabuz. —Miró a la joven—. Algunos piensan que es un fantasma, otros piensan que es el Cid reencarnado. Todos creen que es un león en la lucha.

La mujer dejó la copa sobre la mesa. Sus dedos blancos se deslizaron por el borde, sintiendo el frío del metal. Al hacerlo, una especie de sonido, similar a una campanilla de plata, se dejó oír en el escueto recinto. Fuera, el viento comenzó a soplar, colándose por aquellas rendijas que separaban las paredes de la tienda del suelo de terrizo, cubierto por toscas alfombras.

—No hay duda: es Felipe —dijo Aurora, para sí.

—Si lo que comentáis es cierto, mi señora, por favor, decidnos dónde está e iremos en su busca —dijo Artal.

—Monsieur, es casi imposible encontrar a nadie conocido en el campamento. ¿Sabéis cuántos efectivos tenemos? Hay más de veinte mil hombres aquí. Algunos son fieles a la Corona; otros, meros mercenarios en busca de fortuna y honores. Hay incluso reos que han conmutado la pena de muerte por un destino incierto en el sitio de Breda —dijo la dama, apoyando ambas manos sobre la mesa.

Mosquetero y menina volvieron a mirarse ante la afirmación de la dama. Pierre nada dijo, mas no perdía detalle de la conversación.

—No nos conocéis, señora —espetó Aurora con brusquedad—. No somos unos cualquiera. Lo que nos proponemos, lo cumplimos. Y por Dios os juro que encontraré a mi hermano y lo traeré de vuelta.

—Si vuestro hermano es quien decís, debe formar parte de la avanzadilla de reconocimiento para investigar a los ingleses —le cortó Isabel—. Ha debido partir esta misma mañana con un grupo no muy numeroso y, en estos momentos, debe estar cercano a las líneas enemigas, en el primer anillo de murallas.

—Razón de más para interceptarlo —consideró Artal—. Philippe es un virtuoso con la espada, el mejor espadachín que jamás he conocido, pero tiene toda la vida por delante y no podemos permitir que la desperdicie.

—No os importunaremos más, señora mía. Cada instante que pasamos hablando es valioso para encontrar a mi hermano.

—No podéis iros, Aurora.

—¿Por qué? ¿Qué interés podéis tener en que dos bastardos puedan ir a la muerte?

Isabel Clara Eugenia gimió. Con mano temblorosa, se introdujo una de las manos bajo el cuello del hábito y extrajo una pequeña cruz de madera. Una cruz griega, igual por todas sus ramas, atada al cuello por un simple cordel. Los ojos de Aurora se abrieron desorbitados. Instintivamente, echó mano al bolsillo de su pantalón y sacó la cruz que el jerónimo le había dado en el monasterio del Escorial. La cruz que le había abierto las puertas secretas del cenotafio de Felipe II.

Artal miró alternativamente a ambas mujeres.

—El interés que puede tener una madre en el bienestar de sus hijos... —la voz de Isabel Clara Eugenia sonó rota por la emoción.

Los ojos de la hija de Felipe II se vieron arrasados por el llanto, mas seguía

manteniendo un control total sobre el resto de sus emociones. Su dignidad estaba por encima de todo, tal como demostraba su cabeza alzada y sus manos cerradas en la cruz.

Aurora meneó la cabeza, como si quisiera negar aquello que la dama decía. Sintió un temblor en sus tiempos y cayó de rodillas al suelo. Todo su cuerpo hubiera sido arrastrado con ella si las manos de Artal no la hubieran sujetado por los hombros. Olvidando su anterior posición de vigilancia, Pierre corrió junto a la menina, asiendo una de sus manos.

—No es posible... Mi padre era el Tercer Felipe...

—No lo es, Aurora. Doy fe de ello.

—No puede ser... —negó la menina.

La hija de Felipe II avanzó unos pasos y se arrodilló frente a la joven. Se fijó en su rostro. En nada se parecía a ella, salvo en los ojos tan negros como el carbón y los labios en forma de corazón. El óvalo de su cara era perfecto, igual al de su malograda madre, Isabel de Valois, y su belleza era tan grande como la de su hermana Catalina Micaela. Por un momento, cuando la joven hizo acto de presencia en la tienda, creyó reconocer en su voz y en su figura a su difunta y dulce hermana. Y es que había más de su hermana y de su madre en la menina que de sí misma, a excepción de aquella fuerza que dejaba escapar a través de sus ojos.

Alzó la mano con la intención de acariciarla, mas Aurora retiró la cara. Sus labios fuertemente cerrados.

—¿Cómo podéis estar tan segura? —preguntó la joven.

—Por esa cruz que lleváis. Yo misma se la entregué a fray Juan Bautista el mismo día de vuestro nacimiento. Debía entregaros una a cada uno, misión que no se cumplió en el caso de Felipe.

—No... No puede ser...

—Felipe y vos sois gemelos, herencia que viene siempre de la abuela materna. Mi madre, vuestra abuela Isabel, también tuvo gemelas en su primer

alumbramiento, aunque ellas no tuvieron tanta suerte como vosotros.

—Pero... por las fechas... Por el día en que nacimos... Vos estabais ya casada con Alberto de Austria —balbuceó Aurora.

Isabel Clara Eugenia asintió. Unas rebeldes lágrimas que no pasaron inadvertidas a los ojos de los mosqueteros escaparon de los ojos de la Habsburgo.

—Así es —confirmó.

—Se dice que jamás volvisteis a España tras vuestro matrimonio. Sin embargo, Aurora y Philippe fueron educados en las Españas. ¿Acaso disteis a luz en Flandes y enviasteis a los niños de vuelta a vuestro antiguo reino? —preguntó Artal.

—Eso es lo que dicen las crónicas, pero no fue así. —Miró al mosquetero—. Para ocultar mi embarazo, hube de volver a las Españas, donde quedé recluida en el Escorial hasta el momento en que di a luz a mis hijos. Solo unos pocos de mi confianza, entre los que se encontraba el marqués de Ardales, tuvieron conocimiento de tal hecho. Todo se llevó en el más absoluto secreto. —Bajó la vista. Sus ojos fijos en la cruz de madera que sostenían sus manos—. Hasta hoy...

—Y el testamento... —la voz de Artal enronqueció. Sus brazos, aún rodeando los hombros de Aurora—. En el testamento decía que Philippe y Aurora eran hijos de reyes...

—Fue una anotación que hice yo misma al día siguiente de que me los arrancasen de los brazos —gimió—. Una simple pista para que dieran con sus orígenes. No en vano, eran nietos del gran Felipe y se suponía que yo iba a ser la legítima reina de las Españas. De ahí, el ser hijos de reyes; en este caso, una reina sin corona.

—Y mi padre... ¿Quién era? ¿Acaso soy hija de Alberto de Habsburgo?

Por primera vez en mucho rato, Aurora abrió la boca para preguntar aquello que siempre había querido saber. La duda que habían albergado Philippe y

ella cuando eran niños, las noches en vela por creerse abandonados en un mundo que parecía utilizarlos a su antojo estaban a punto de terminar. Habían sido meros peones en el juego de los reyes, piezas que podían utilizarse y tirarse de forma indistinta. Aun así, siempre habían sido conscientes de su importancia, del porqué el Tercer Felipe los cuidó: eran sus sobrinos, su propia sangre, hijos de la hija más querida del Rey Prudente.

La menina alzó la vista y se encontró con los ojos arrasados en llanto de su madre, cuyas mejillas se habían coloreado por la emoción del momento. Intentó ver qué había de semejanza en ella, mas no acertaba a verlo. Tal vez, como la misma Isabel dijo, se pareciera más a su abuela, la bellísima Isabel de Valois.

Isabel trató de acariciar sus manos, mas ella las retiró y se aferró a las de Artal, que comenzó a frotarle los hombros con tal cariño que no pasó inadvertido a los ojos de la otrora infanta de las Españas.

—Doña Isabel... —rogó Artal—. Por favor, díganos quién fue el padre...

—Su padre... Casi me avergüenzo al recordarle. —Sonrió con cierta melancolía—. El padre de Aurora y Felipe no se trataba de mi marido. No. Su padre era un guardia real que estuvo conmigo en todo momento y cuidó de mí desde mi adolescencia. Nos enamoramos perdidamente, mas nuestra unión no era posible. Mi rango lo impedía... No en vano, fui durante años la heredera de facto del trono de las Españas. Por mi edad, parecía increíble que pudiera tener descendencia. No era de extrañar, puesto que tenía treinta y siete años cuando di a luz a Felipe y a Aurora. Y mi matrimonio con Alberto no parecía ser todo lo fecundo que auguraban algunos. No pudimos tener hijos hasta 1605 y todos ellos murieron en el primer año de vida.

No pudo evitar un nuevo sollozo al recordar a aquellos bebés que la consanguinidad parecía haberles arrebatado. En aquel tiempo, era muy frecuente los matrimonios entre primos de la Casa de Austria al pensar que eso promovería la fortaleza de una línea dinástica sin mácula, mas todo

aquello repercutió en unos herederos débiles, aquejados de taras físicas y psíquicas. Isabel lo sabía. Por ello, no le sorprendía que los hijos habidos con su amante hubieran sobrevivido.

— Y mi padre, ¿todavía vive? —preguntó Aurora.

Isabel sonrió con tristeza.

—No, mi niña. Felipe falleció pocos meses después de que nacierais tu hermano y tú. La peste se lo llevó...

Callaron. Por un instante, Isabel pareció ver ante ella a aquel soldado de ropajes oscuros que siempre la había cuidado. Recordó cuando le enseñó a montar a caballo, cuando le enseñó a disparar un arma, a espaldas de su propio padre. Recordó cuando jugaban en los jardines del Escorial, cuando se escondían tras los arbustos, al amparo de miradas indiscretas, para compartir los primeros besos, las primeras caricias... Ambos sabían que no podían estar juntos, que Isabel debería casarse con el heredero de alguna Casa europea que trajese honor y gloria al trono de las Españas. No en vano, ella y no Felipe iba a ser la reina.

—¿Qué sucedió para que al final no fuerais la reina? —preguntó Artal—. En el testamento se decía que Felipe II ordenaba que el trono fuera para vos y para vuestros descendientes.

—Así debería haber sido, mas mi embarazo gemelar lo precipitó todo. —Suspiró—. Renuncié a mis derechos en favor de mi hermano. —Miró a Aurora—. Si se hubiera sabido que no erais hijos de mi esposo, habría creado un gran conflicto.

Los ojos de Aurora parecieron dejar el asombro que sentía para brillar con ira ante aquella frase. Sin que Artal pudiera evitarlo, se levantó bruscamente. Mantenía los puños cerrados a ambos lados de las caderas, apretando los dedos con tal fuerza que, de no haber llevado los guantes, la sangre habría

manado de sus palmas. Se mordió el labio inferior, tratando de evitar un juramento que lo más hondo de su ser parecía gritar. Por mucho que tratase de ocultarlo, Isabel sabía que aquellas palabras no habían sido bien recibidas por su vástago.

—Bastardos... —pareció escupir la menina—. Éramos bastardos para vos. Por eso renunciasteis a todo. Porque os avergonzabais de mi hermano y de mí. Porque queríais callar nuestra existencia.

—No, Aurora. Perdóname por haber dado a entender eso.

La regia dama se levantó trabajosamente. Al hacerlo, sintió cómo sus huesos crujían por el esfuerzo realizado. Y es que, a sus casi cincuenta y nueve años, su cuerpo no era el que había sido. Temía que incluso le afectase el mismo mal que hizo caer en desgracia a su padre, postrado en una cama durante sus últimos años. Con doloroso ademán, tendió los brazos a su hija, como si quisiera abrazarla. Aurora alzó una mano, deteniendo cualquier conato de cariño.

—No, no me toquéis. Ya me habéis dejado claro que no nos queréis y que Philippe y yo solo nos tenemos el uno al otro —diose la vuelta y se dispuso a abandonar la tienda.

—¿Adónde vais, Aurora? —preguntó Isabel.

—Voy a buscar a mi hermano, puesto que es el único familiar de sangre que tengo.

—Aurora, no podéis ir, os matarán.

—¿Qué os importa a vos?

—Me importa porque... —Tragó saliva—. Porque soy vuestra madre y no soportaría perder a mi hija.

Aurora la miró un momento.

Artal y Pierre intercambiaron una mirada efusiva. Ambos seguían arrodillados en el suelo, en el lugar en el que había yacido Aurora momentos

antes. Habían asistido impertérritos a toda la conversación entre madre e hija, atentos a todo lo que se decía. Conocían de sobra el carácter de Aurora como para saber que las palabras dichas por Isabel le habían dolido más que cualquier puñalada que pudieran asestarle, más que las torturas, más que las heridas de bala. Su condición de bastarda siempre le había perseguido desde niña y pesaba como una losa sobre su cabeza, hasta tal punto de que todos los malos recuerdos de su niñez estaban relacionados con tal condición. No era de extrañar que ante las palabras de su progenitora toda la ira albergada durante años saliese a la luz.

—Poco os hemos importado —dijo Aurora—. Además hace años que nos habéis perdido, doña Isabel.

Diciendo esto, hizo ondear su capa de color negro y salió a escape de la tienda.

La hija más querida de Felipe II cayó al suelo de rodillas al tiempo que estallaba en sollozos. Poco le importó que allí estuvieran aquellos mosqueteros a los que nada conocía. Poco importaba guardar las formas. Su hija la despreciaba y prefería ir a la muerte que atender a los deseos de su madre.

Artal se levantó rápidamente.

—Ve con ella —dijo Pierre—. Ahora te necesita más que nunca. No la dejes.

El mosquetero asintió y, presuroso, corrió tras la estela de Aurora.

No tardó demasiado en encontrarla pese a la gran extensión del campamento. Muchos hombres la habían visto correr presurosa, sorteando tiendas y armamento, moviéndose como si volara sobre la tierra. La menina se había dirigido a un promontorio desde donde se divisaba tanto la ciudad de Breda

como los diferentes puntos donde se encontraban las fuerzas españolas. Un poco más allá, una fuerza de unos veinte mil hombres, conformada por ingleses, daneses y holandeses avanzaba sin prisa pero sin pausa.

El cielo comenzaba a teñirse de añil y el eco de los cañones se hacía más y más débil, retumbando en el valle en el que se hallaba Breda. Rodeando a la ciudad, los ríos Mark y Aa parecían alejarse más allá de la línea del horizonte, con el destino desconocido de un mar que aún era lejano. Sus aguas, antaño limpias, aparecían teñidas con restos de barro y sangre de los soldados muertos en combate. A plena luz del día, esa sangre hubiera brillado intensamente con los rayos de sol, pero en ese momento en que la noche se hacía dueña y señora se confundía con las aguas que corrían mansas.

La silueta de Aurora se recortaba sobre aquella colina. Sus cabellos, libres de la cinta de raso que los aseguraba, ondeaban al viento graciosamente, describiendo cabriolas junto a su larga capa de color negro. Permanecía inmóvil, erguida, con ambos brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos negros, brillantes como las estrellas que comenzaban a resplandecer en la cúpula celeste, fijaban su atención en una de las empalizadas que las fuerzas españolas habían levantado para frenar el avance de sus enemigos en caso de ataque por la retaguardia.

Artal se acercó a ella con paso lento, colocándose a su diestra. La miró largamente, contemplando su perfil. ¡Estaba preciosa! Los primeros rayos de luna habían hecho acto de presencia e iluminaban el rostro blanco de la joven, con tonalidades plateadas. Podía escuchar el sonido pausado de su respiración a través de sus labios entreabiertos, tan rojos y jugosos como fresas.

—Aurora —la llamó.

Ella no respondió. Parecía no oírle, tan embebida como estaba en la observación del campo de batalla. La luz comenzaba a ser cada vez más escasa, mas había la suficiente luna como para apreciar los cuerpos de los soldados caídos en el campo de batalla.

—Me han dicho que Philippe está allí —dijo ella, señalando con su cabeza en dirección a la empalizada.

El mosquetero miró hacia aquel lugar. Habían construido una especie de muralla de madera, afianzada en sus cimientos con grandes rocas. Por su punto más alto, los soldados avanzaban arriba y abajo, mosquetes al hombro, observando el campamento de los ingleses, donde las hogueras habían empezado a crepitar en la noche.

—Debo ir con él, Artal. No puedo dejar que muera. Es la única familia que me queda...

—¿De veras?

La voz del mosquetero hizo que se volviera para mirarlo. Los cabellos de Artal se mecían suavemente, al compás de su fajín. Sus cejas negras se habían fruncido, en tanto que sus ojos oscuros miraban a la menina con cierta dureza.

—A veces pienso que tanto Philippe como yo estamos malditos desde el día en que nacimos. Que cuando las cosas parecen ir bien, el demonio conspira para torcerlo todo.

—No culpes al demonio, Aurora. Culpa a los hombres, pues son estos el origen de todo bien y todo mal sobre la Tierra.

—¿Acaso no crees en Dios, Artal?

—Creo —admitió el mosquetero—. Si no, no habría prometido ordenarme en caso de que te salvara la vida en el pasado. Pero no creo en un Dios vengativo, sino en uno que nos ha dado la capacidad para hacer el bien y el mal. Un Dios que nos deja libre albedrío para actuar.

—Si alguien supiera cómo piensas, te quemarían por hereje, Artal. —Sonrió con tristeza—. Ya te dije en el pasado que eras un adulator, además de un blasfemo por considerarme diosa de tu idolatría.

—Prefiero morir mil veces a vivir de forma contraria a lo que siento y pienso.

El mosquetero apretó una de las manos de la menina.

Aurora quiso hablar, mas uno de los dedos de Artal se apoyó sobre su boca, forzándola al silencio.

—Creía que habíamos hecho un juramento ante el Cristo de la Vega, Aurora —díjole a media voz—. En la vida y en la muerte...

—Artal, no puedo pedirte que me acompañes. No me perdonaría si te mataran por mi culpa.

—Hace tiempo te dije que en esta vida hay que correr riesgos y volvería a seguirte aquí mil veces si fuera tu rostro el que me guiara a la muerte —dijo, acariciándole la mejilla.

Aurora cerró los ojos al sentir la calidez de la mano de su esposo, que bajó un poco la cabeza para juntar su frente con la de su mujer.

—Prométeme... Prométeme que si me matan volverás a casarte, Artal. No me llores...

—¡No pienses eso, Aurora! —exclamó el mosquetero, abrazándola—. No pienses que vamos a morir. No hoy. No esta noche...

Una nube ocultó los rayos de luna, sumiéndolo todo en una densa oscuridad. Tan solo podía verse en la noche el refulgir de las hogueras de los campamentos y el brillo de las antorchas sobre las almenas. Los estruendos de la guerra parecían haberse acallado con la llegada de la noche, esparciendo a su alrededor una extraña paz de sueño y de muerte.

A los pocos segundos, la nube se movió en el cielo y la luna volvió a brillar iluminando sus rostros con tonalidades azules y plateadas.

—Esta noche aún no estamos muertos... —repitió el mosquetero.

—Pero puede ser nuestra última noche en la Tierra —dijo la menina.

Para sorpresa de Artal, Aurora dejó caer su capa, sin importarle que pudiera verse arrastrada por el viento mucho más allá de su alcance. Sus

manos se movieron ágiles entre los ojales de su camisa, desabrochando los primeros botones. Bajo la prenda de vestir pudo ver las vendas que ocultaban sus senos y que daban a su apariencia el aspecto de un joven apenas salido de la adolescencia.

Las manos de la menina sujetaron una de las del mosquetero y la introdujeron bajo su blusa, de forma que los dedos del hombre pudieran tocar la suave piel de la joven. Sintió su calor. Sintió los latidos apresurados de su corazón. Pudo ver el inicio de los valles de sus grandes senos, que ni el apretado vendaje podía ocultar. Sin poder evitarlo, sus ojos bajaron por la curva de su cuello para detenerse en aquel pecho vibrante y cálido.

—Puede que no volvamos a coincidir en esta vida, Artal.

Sabía lo que ella le estaba pidiendo.

Sin poder contenerse por más tiempo, Artal la atrajo hacia sí y la besó. La besó con pasión. Con ansias. Con furia. Comenzó a desnudarla rápidamente, sin importarle que pudiera aparecer alguien del campamento. Aurora también desabrochó los cierres de su casaca mientras lo miraba con anhelo. Ni tan siquiera separaban sus labios para desprenderse de sus ropajes. Ni siquiera se separaron para cerciorarse de dónde depositaban sus vestimentas. El mosquetero rasgó las gasas que la aprisionaban con la daga que pendía del cinturón, dejando sus pechos en libertad.

Cuando la supo desnuda, Artal se separó un instante de ella. Quería grabar en su memoria la imagen del cuerpo de su esposa, aquel cuerpo tan blanco que, iluminado por los rayos de la luna, parecía de mármol. Contempló la tersura de sus senos, la curva de sus caderas, la perfección de su silueta. La sola visión de aquella mujer le hizo excitarse sobremanera y supo que su esposa lo notó al percibir cómo bajaba la vista azorada. Dio un paso hacia ella, acariciándole el vientre con la punta de los dedos y bajando hasta posarse en la flor de su secreto. Aurora gimió con entrega.

—Aurora... —la llamó él.

—Artal, hazme tuya. Si es nuestra última noche en la Tierra, déjame irme con el sabor de tus besos. Déjame ser tu mujer por primera vez. Déjame ser tu amante por última vez —dijo ella.

Él la miró largamente y la besó de forma más pausada, más dulce, más calculada.

—No será la última —dijo el mosquetero.

Aurora gritó y se aferró con fuerza a su cuello.

Sus bocas se buscaban. Se bebían. Sus lenguas se frotaban. Pronto cayeron al suelo, rodando una y otra vez sobre los primeros brotes de la primavera. Pese a lo escarpado del lugar, pese al frío de la noche, el calor de sus cuerpos era tal que parecía que iban a quemarse en el fuego de aquella pasión que los consumía. La joven se abrió de piernas para permitir que su esposo se introdujera en su interior. Dulcemente al principio, acariciándose, disfrutando de aquel momento. Fijas sus miradas. Mas cuando Aurora cambió el gesto, cuando la mano de Artal encontró el placer de Aurora, el mosquetero imprimió tal velocidad y fuerza a sus movimientos que sus gargantas fueron incapaces de guardar silencio. Sus gritos se perdieron en el viento.

El clímax les vino pronto, más bien de puntillas. Mas no fue eso suficiente...

Se amaron una y otra vez. Durante horas. Se amaron como si en verdad fuera la última noche. Como si de verdad todo estuviese por terminar.

No hubo recodo del cuerpo de Artal que Aurora no recorriera con sus dedos. Tan tímida como era, se atrevió incluso a llenar su boca con aquel que decía era su cetro, haciendo que la compostura de Artal fuera un leve recuerdo y hacer que el mosquetero se perdiera ante la acción tan maravillosamente torpe y dulce por parte de su joven esposa. La boca de Artal tampoco dejó un resquicio del cuerpo de Aurora sin explorar. Quería grabar cada curva, cada hueco, cada línea en su cabeza... Lo mismo jugaba con los pezones de la joven con la lengua, que enterraba su cabeza entre el valle perdido de sus piernas.

Sentían cómo se perdían una y otra vez. Cómo gritaban juntos. Ahora él

estaba encima de ella. Ahora lo estaba Aurora. Ahora sentados frente a frente sin dejar de mirarse, sin dejar de frotarse.

Y como testigo mudo, aquella luna de sangre.

Sintió el calor en sus ojos. Los primeros rayos del sol de la mañana acariciaban su torso musculado y hacían enrojecer viejas heridas del pasado. La espalda le dolía un poco, tal vez por lo incómodo de aquel lecho de tierra y hierbas donde se habían acurrucado tras aquella catarsis que ambos habían vivido. Entreabrió un poco los ojos y comenzó a frotarse la cabeza con fruición, desordenando sus cabellos oscuros. Echó una mano hacia atrás, buscando algo o a alguien. Al percatarse de que estaba solo, se volvió. Nadie había junto a él. Bajo un árbol cercano, se encontraban sus ropas perfectamente dobladas y, sobre ellas, un rosario. El primer regalo que le había hecho a Aurora el mismo día que ella, bajo la máscara de Philippe, le había regalado la cinta azul que él aún lucía en su muñeca. A lo lejos, el eco de los cañones comenzó a sonar. Los ingleses comenzaban su ataque.

Un sudor frío recorrió sus sienes al percatarse de que Aurora había ido en busca de Philippe. Sin él. Sin decirle nada.

—Maldita sea, Aurora, ¿por qué siempre haces lo mismo?

Capítulo XIX: Sol de Breda.

Un grito por los caídos

El joven permanecía apoyado sobre la balaustrada de la improvisada muralla que habían levantado las fuerzas españolas. Aún podía oler el inconfundible aroma de la madera joven con la que se habían construido las fortificaciones. Aquellas llanuras, una vez verdes y llenas de árboles, habían sido asoladas por la mano del hombre, que había empleado el fruto de la naturaleza en sus fines bélicos. Su figura oscura apenas se movía, fijos sus ojos en aquellos que avanzaban hacia su posición. Había montado guardia durante toda la noche y había podido observar sus movimientos. Iban con prisa, no había duda, buena prueba de ello era que ya habían dispuesto una fila de cañones en dirección a la primera empalizada. Los soldados de infantería iban y venían, llevando y trayendo picas, limpiando y disponiendo arcabuces para su uso. Estaban preparando el ataque, no había duda de ello.

Avanzó por la muralla sin quitarles la vista de encima hasta que alguien le llamó por su nombre. Un escalofrío recorrió su cuerpo al escuchar aquella voz familiar a sus espaldas. Por un instante, no quiso volverse, como si el hecho de seguir adelante impidiera enfrentarse con sus demonios. Aun así, lo hizo.

Allí, ante él, su propio reflejo se encontraba inmóvil, con el rostro cubierto por un antifaz. Su otro yo lo miraba, con los cabellos ondeando a pesar de estar recogidos en una coleta baja. Philippe tragó saliva. Quiso hablar mas nada había que decir.

—¿Qué haces aquí, Philippe?

La voz de Aurora pareció rugir en su mente. Su mellizo no contestó, apoyando ambas manos en la balaustrada de madera. La menina suspiró, acercándose un poco más a su hermano. Ella también se acomodó sobre el pretil; sus ojos negros, fijos en Philippe.

—¿Cómo te han dejado acceder aquí, Aurora?

—Es sencillo: me confundieron contigo. —Sonrió—. No hay que ser muy listo para darse cuenta de que somos idénticos.

—No en todo... —dijo el joven.

—Salvo en lo esencial —puntualizó su melliza.

Sonrieron. Un poco más allá, las fuerzas de ingleses y daneses parecían tomar posiciones, dispuestos al ataque.

—Deberías irte —dijo Philippe—. Esto va a ser una masacre y yo no puedo ocuparme de tu seguridad.

Aurora meneó la cabeza.

—No me iré si tú no vienes conmigo.

—Aurora, ya te lo expliqué en mi carta: mi misión es recuperar Breda para la Corona. Es una cuestión de honor.

—No te creo, Philippe. Puede que tu boca afirme eso, mas tus ojos claman algo mucho más doloroso.

—Tanto da. No me importa si me crees o no.

—Philippe... —La mano de Aurora se apoyó en su brazo, haciendo que su hermano la mirase—. Philippe, nunca te has comportado de forma temeraria, siempre has sido la voz de la razón, la calma personificada. Si no te conociera como te conozco, pensaría que buscas la muerte.

Philippe se mordió el labio inferior sin dejar de observar a las fuerzas de

ingleses y holandeses que acechaban la plaza. Su mano enguantada apretó la empuñadura de la toledana, gesto que no pasó inadvertido a los ojos de su melliza.

—Es eso... Quieres morir...

Siempre lo habían compartido todo, excepto aquellas experiencias propias de su sexo. Pensaba que compartirían más momentos juntos, más aventuras y confidencias. No era así. Se había equivocado.

Philippe masculló un juramento y, preso de una rabia desconocida, agarró a su hermana por la cintura y la atrajo hacia sí para abrazarla con una fuerza que no creía poseer. Los ojos de Aurora se abrieron desorbitados, incapaz de entender lo que pasaba, impotente ante la acción de su hermano. Haciendo acopio de fuerzas, la menina empujó a su mellizo, separándolo bruscamente.

A lo lejos, los primeros disparos de cañón dieron comienzo a la batalla.

—Pensaba.... Pensaba que amabas a la reina...

—Y la amaba... La amo. Os amo a las dos, Aurora.

—Philippe, esto no está bien. Y lo sabes. Creo que te confundes...

—¿Crees que para mí es fácil asumir que amo a mis hermanas? Sé que pecho contra natura, que no puede ser de ninguna manera, pero no puedo evitarlo. —Acarició la mejilla de Aurora—. Eres más parte de mí de lo que nunca lo será otra mujer. Llevas parte de mi sangre y nos comprendemos como nadie. Eres la única persona en el mundo con la que me siento pleno, la única que puede ser mi igual. —Bajó la vista y retiró la mano—. Me costó asumir que debías volar sola.

—Te conozco: siempre has suspirado por Ana María. Con ella compartiste las primeras risas, los primeros juegos, los primeros besos... Y, ¡que Dios me perdone!, sé que también vivisteis juntos vuestra primera vez.

—Nos espiaste...

—Os espié... —reconoció Aurora—. Por eso sufrí tanto cuando supe que amaba a Héctor, porque parecía haber traicionado tus sentimientos.

—Yo no fui el único traicionado: Héctor también lo ha sido. —Apretó los puños con fuerza—. Nuestra reina, mi Ana, se ha vendido a las lisonjas de Buckingham.

—No puede ser...

—Lo es, Aurora. Fue muy duro saber que gozaba en brazos de Héctor y que iba a tener un hijo suyo, pero sabía que Héctor era un buen hombre y la cuidaría. Y siempre creí que, cuando todo lo demás no funcionase, ella siempre volvería a mí. Pero ya no puedo verla así, Aurora; no puedo verla en brazos de uno y de otro, teniéndome como un juguete que romper cada vez que se le antoje.

—La quieres... La quieres de verdad...

Philippe bajó la vista, reconociendo aquellos sentimientos que tenía por la reina de Francia y que, por un instante, había llegado a confundir con los que tenía por su hermana de sangre. Tal vez jamás lo había confesado porque jamás se había permitido sentir. Al fin y al cabo, lo habían educado para ser un fantasma, una sombra; un ángel justiciero con el único fin de proteger a la reina y servir de espía a las Españas. Cuando su misión principal parecía extinta, cuando la propia Ana de Austria lo despreció, sentía que su objetivo en la vida se había esfumado como un anillo de humo. Sin metas, solo quedaba la muerte.

Sonrió amargamente.

—A pesar de todo, soy feliz por verte una última vez. —La miró—. Te pido perdón por todo el mal que haya podido causarte a lo largo de nuestra vida. Espero que seas feliz con Artal. Ahora —desenvainó su espada—, ahora te pido que te vayas. La batalla está cercana y no me perdonaría si algo te sucediese. —Miró al frente—. Este debe ser mi final y jamás soñé uno más glorioso.

—No tiene por qué ser el final...

—Debe serlo. Soy un pecador por amar a mi hermana.

—Felipe...

Philippe dio un respingo. Felipe... Nadie lo llamaba así desde los lejanos días que vivieron en las Españas. Tan solo Ana María lo hacía en la intimidad, cuando los dulces recuerdos del pasado la hacían sonreír con aquella risa infantil que lo había enamorado. Y ahora Aurora retornaba esos recuerdos al presente.

—Escucha, Felipe, esto no tiene por qué acabar así. Crees que nadie te espera, pero hay alguien que quiere saber de ti, alguien que quiere conocerte y está loca por abrazarte.

—¿Quién salvo tú quería abrazar a quien no debiera existir?

—Nuestra madre.

Philippe la miró fijamente.

Los cañones, cada vez más cerca. Una bala impactó contra una de las torres de la muralla, haciendo que trozos de piedra, madera y arcilla salieran desperdigados. Los soldados españoles comenzaron a tomar posiciones, corriendo a lo largo y ancho del fortín, apuntando con sus rifles en dirección a los invasores.

Aurora sonrió y acarició la mejilla de su hermano.

—Nuestra madre... —repitió Philippe.

—Nuestra madre, Isabel Clara Eugenia de Austria.

—Creía... que nuestro padre era el Tercer Felipe...

—No lo es. Y Ana María no es nuestra hermana. Puedes amarla libremente...

Philippe calló un instante. Aurora pudo ver perfectamente cómo la nuez del joven se movía al tragar saliva.

—Nuestra madre... Isabel Clara Eugenia...

La menina asintió.

—Y tú, hermano, eres su heredero, el legítimo gobernador de Flandes, el auténtico heredero del trono de las Españas. Así lo quiso el gran Felipe II, que preparó a nuestra madre para ser reina. ¿No lo entiendes, Felipe? Todas las esperanzas están puestas en ti...

—Y, si es así, ¿por qué nos abandonó? ¿Por qué ha de ser ahora y no hace veinte años?

Aurora no supo qué responder, qué palabras emplear para que Philippe no siguiera adelante. Al fin y al cabo, ella también estaba molesta con aquella que decía ser su madre. Los abandonó por ser bastardos, por anclarse en el deber. El deber... Ellos se parecían demasiado a Isabel. También se habían escudado en el deber para negar lo que eran realmente, para refrenar sus impulsos y proteger un estatus con el que no estaban de acuerdo. Vender a su madre como un dechado de virtudes ante su hermano era faltar a la realidad. Aunque, ¡mal que le pesara!, ellos adolecían de los mismos pecados que Isabel.

Quiso hablar, pero un grito a sus espaldas les hizo volverse.

Todo pasó demasiado rápido. Tan rápido que no tuvieron tiempo de reaccionar. Una bala de cañón de las fuerzas angloholandesas había impactado contra la muralla, produciendo una fuerte explosión. Miles de trozos de madera y piedra saltaron por los aires, acompañados por los gritos de los soldados españoles, desprevenidos ante tamaña acción. Los que se encontraban sobre el baluarte salieron despedidos con el mismo impacto, cayendo entre los escombros. Aurora sintió que su cuerpo volaba, al tiempo que Philippe la agarraba del brazo y trataba de protegerla con su cuerpo. Por un momento, no pudieron ver nada salvo una espesa capa de polvo y humo que ocultaba los cuerpos de sus compañeros. A lo lejos, los gritos de la infantería inglesa, que celebraba el objetivo alcanzado.

La menina abrió los ojos mientras se llevaba la mano a la cabeza. Tenía sangre en la sien. Su sombrero había salido despedido y sus cabellos se encontraban en desorden, cubiertos por restos de astillas y rocas. Un poco más allá, tendido boca abajo, yacía Philippe. Su capa, raída a consecuencia del

golpe; también había perdido el sombrero y sus ropajes estaban sucios de sangre y polvo.

—Philippe... —lo llamó Aurora.

El enmascarado se movió un poco y levantó la cabeza para ver a su hermana, que sonrió tranquila al saberle vivo.

—¿Estás bien?

—He estado mejor...

Sonrieron. Pareciera como si una manada de caballos les hubiera pasado por el cuerpo, de tan magullados que se sentían. Mas no eran equinos lo que podría pasarles por lo alto de seguir en esa posición: gritos de guerra se acercaban. Como una jauría de hienas sedientas de sangre, las fuerzas unidas de ingleses, holandeses y daneses corrían hasta su posición, con clara intención de derribar la muralla y llegar hasta el campamento de los españoles.

Aurora y Philippe cruzaron una rápida mirada y, como impulsados por un resorte, se levantaron. Sus espadas abandonaron su lecho de piel con un crujido metálico, mostrando su brillo plateado bajo los rayos del sol. Por un instante, el grupo de ingleses pasó cerca sin inmutarse de su presencia. Pensaron en ir tras ellos. No obstante, unos pocos repararon en la pareja y los rodearon. Nunca acertaron a saber de cuántos se trataban. Tal vez treinta. Tal vez cuarenta. Tal vez menos. Los mellizos juntaron espalda con espalda, las espadas en ristre. Parecían una ilusión por lo idénticos que eran, de tal modo que tan solo unos pocos centímetros de altura identificaban a Aurora con respecto a Philippe, bastante más alto y musculoso.

—Parece que nos han rodeado... —dijo Aurora.

—En peores plazas hemos toreado. Aunque estoy contento, Aurora —agarró la mano de su hermana y la apretó con fuerza—. Esta es la primera vez que

luchamos juntos.

Aurora sonrió. Sí. Así era.

—Será un honor morir a tu lado.

—Será un honor vivir a tu lado.

—Si sobrevivimos...—puntualizó Philippe.

Ambos se lanzaron dando un grito en las fauces del enemigo, deshaciéndose de las capas que portaban para no importunar sus movimientos.

Sus espadas comenzaron a cortar el viento, lanzando cuchilladas a diestro y siniestro. La sangre comenzó a manar de las heridas de aquellos que osaban acercarse. Pese a no haber luchado nunca mano a mano, Philippe y Aurora se compenetraban a la perfección. Diríase que, más que una batalla, ensayaban una coreografía de baile: ahora avanzaba Aurora, ahora protegía Philippe; paso al frente del mellizo, defensa de su hermana; giro, estocada, corte...

Philippe gritó al sentir cómo un soldado acertaba en su hombro al arremeter con su pica. Pudo ver su sonrisa doblada en un rostro blanco de cabellos rubios. Rostro que se encargó de acallar para siempre. Con una saña tal que ni él mismo creyó poseer, introdujo su espada en la cavidad ocular del hombre hasta atravesar su cráneo. Ni siquiera gritó. Cayó al suelo manando sangre negra que se confundió con el polvo.

Tras él, Aurora combatía contra tres hombres. Pese a su superioridad numérica, no conseguían que la joven retrocediese. Armada con su toledana y su vizcaína, recibía las estocadas de sus enemigos con una facilidad asombrosa en alguien de su edad. Cuando parecía que había frenado una espada con la daga, descargaba golpes con su espada. Imprimía tal rapidez a sus movimientos que ninguno de aquellos anglosajones parecían ver de dónde vendría el próximo golpe. Desarmó a uno. Hirió a otro. El tercero consiguió hacerle un corte en la cara del que salieron unas gotas de sangre. Un corte superficial. Apenas un rasguño. Con un brazo, agarró a uno del cuello, mientras que al segundo le atravesaba el estómago con su toledana. Apoyó la

pierna en su cuerpo para sacarla, en tanto que su brazo se cerraba más en torno a la garganta del otro hombre. El tercero, mientras, corrió hacia ella aprovechando ese momento de debilidad. No lo vio venir. Como tampoco vio venir una daga que, volando por el aire, se clavó en la frente del agresor, matándolo en el acto. Miró un instante a Philippe, que asintió. Ella también y quebró el cuello de su prisionero con un simple movimiento de manos. Ni siquiera gritó. Solo escuchó el crujir del hueso bajo sus manos.

A su alrededor, la batalla parecía enardecerse. Cientos de soldados españoles luchaban contra aquellas fuerzas que pretendían arrebatárles la plaza, contra aquellos que querían poner fin a la hegemonía del ya caduco Imperio Español. Las espadas se confundían con las picas. El olor a pólvora quemada se confundía con el aroma a sangre. Daba igual de quién: españoles, ingleses... Muchos morirían ese día. Aurora lo sabía. Philippe lo sabía.

Rápidamente, corrieron a ayudar a sus compañeros de armas. Luchaban como auténticos leones, como jabatos. Por un instante, los tercios españoles pensaron que aquellos enmascarados que luchaban contra ellos eran las reencarnaciones de Pelayo y el Campeador.

El sol se ocultó tras una nube. A lo lejos, la tormenta parecía acercarse, a juzgar por los negros nubarrones que comenzaron a cubrir la planicie en la que se encontraba Breda. Una lluvia fina comenzó a caer, haciendo que regueros de sangre y sudor se confundieran con el agua. Parecía que el cielo mismo llorase por las vidas que estaban siendo segadas.

Parecióle escuchar su nombre a sus espaldas. Buscó con la mirada a su hermano. Su figura resaltaba sobre algunos cuerpos que yacían inertes a su alrededor. Su espada danzaba descargando certeros golpes que lo mismo herían que mataban. Por un momento, las miradas de Philippe y Aurora se cruzaron. Sintió que el tiempo se detuvo, como si solo estuvieran ellos dos en el universo, hasta los mismos gritos cesaron por un instante. Entonces vio algo...

Repentinamente, no sabía de dónde, una pica apareció de la nada y se clavó

en la espalda de Philippe. El joven gritó. Su hermana gritó. Pareció que iba a caer ante la brutalidad del golpe; no obstante, dejando mudos de asombro a quienes le veían, se deshizo del arma y, volviéndose, cortó el cuello de su agresor. En ese momento, otro aprovechó para asestarle una cuchillada por la espalda.

Aurora comenzó a correr en dirección a su hermano, intentando salvar la corta distancia que los separaba. Gritaba mientras corría llamando a Philippe. Ya le faltaba poco para alcanzarlo cuando alguien descargó un violento golpe sobre su cabeza. Sentía que la vista se le nublaba. Parecíale que la figura de su hermano, cada vez más borrosa, caía al suelo de rodillas, sin dejar de defenderse y repartir tajos a diestro y siniestro con su espada.

—Philippe... —fue lo último que dijo antes de que todo se volviera negro a su alrededor.

Corría como loco por el campamento. Las trompetas de los vigías y los tambores de asalto habían comenzado a sonar indicando la cercanía del ataque. Las tropas se estaban posicionando alejadas del sitio, cerca del río Mark, donde la altura podía darles una ventaja considerable sobre los incursos. Corría. Corría mirando en todas direcciones. Esperaba en lo más profundo de su corazón que Aurora hubiera atendido a los deseos de su madre y se encontrase al amparo de la tienda presidencial.

Alguien le llamó.

En mitad de la confusión, vio cómo Pierre corría hacia él hasta llegar a su posición.

—¿Y Aurora? —preguntó el mosquetero al gascón.

—¿No estaba contigo?

—Al despertar, había desaparecido. Confiaba en que hubiera vuelto a la

tienda.

—A nadie hemos visto desde que os marchasteis.

Una bala de cañón sobrevoló sus cabezas, yendo a estrellarse contra el suelo, alejada de su posición. Pedazos de tiendas, armas e incluso algún cuerpo salieron desperdigados. Los mosqueteros creyeron atisbar una mano a la que faltaban algunos dedos entre los despojos. A lo lejos, la primera línea de murallas acababa de caer, favoreciendo la entrada de los invasores.

—¿Crees que...?

—Isabel dijo que Philippe estaba allí. Puede ser que Aurora...

—Dios mío, Pierre. Tenemos que encontrarla.

El gascón asintió.

Corrían en dirección contraria al resto de los soldados. Corrían sin rumbo fijo. Las balas de cañón, tanto de los aliados como de los incursores, parecían surcar el cielo una y otra vez. De cuando en cuando, alguna caía cerca de ellos, levantando una nube de escombros que sobrevolaban sus testas. Sonaban trompetas y tambores dando inicio a la batalla o comunicando el siguiente movimiento. Un poco más lejos, los generales oteaban todos los movimientos desde sus monturas, decidiendo las tácticas que debían seguir sobre el terreno. Al centro, Ambrosio de Spínola miraba con ojo agudo el avance de las tropas inglesas. Un poco más allá, Isabel Clara Eugenia se encontraba resguardada en un coche de caballos, desde el cual podía divisar el campo de batalla.

Pierre llamó a Artal. Los enemigos estaban cada vez más cerca y pronto no podrían distinguirlos de los tercios españoles, vestidos con ropajes pardos y luciendo grandes bigotes en sus rostros. Los disparos arreciaban cada vez más cerca y las balas parecían rozarles de cuando en cuando. Más de una vez tuvieron que agachar la cabeza para que un perdigón perdido no les alcanzase. Al principio, Pierre los insultaba y les indicaba que ellos no tenían nada que ver, aunque llegó a la conclusión de que era inútil: en una batalla no podían diferenciarse amigos de enemigos y quien estuviera allí, aunque fuera por

error, tenía las mismas posibilidades de sobrevivir que el resto.

Cuando la pólvora pareció acabarse, comenzaron las batallas cuerpo a cuerpo. Los mosqueteros se vieron inmersos en una gran marea humana de hombres de diversas nacionalidades que lo mismo empuñaba una pica que una simple daga. Y no importaba que el enemigo les desarmase: si hacía falta, podían emplear los puños e incluso los dientes para combatir. Buena prueba de ello fue un soldado de los tercios que, herido en su amor propio al ver cómo un inglés lo desarmaba, se abalanzó sobre él como si estuviera poseído y comenzó a morderle en la cabeza hasta arrancarle una oreja de cuajo. El anglosajón gritó de dolor, llevándose ambas manos al lateral de la testa, del que manaba abundante sangre, momento que aprovechó el soldado para apuntar con su pistola y volarle la tapa de los sesos. No fue la única escena dantesca que vivieron Artal y Pierre, aunque sí la primera...

Pronto, los aceros de los franceses comenzaron a entrecruzarse con los sitiadores. Artal parecía ver el rostro de Aurora bajo cada pendón, oculto tras cada yelmo. Las caras de los ingleses le parecían más amenazantes que nunca, porque pensaba que podían haber reconocido a la menina y haberla introducido por la fuerza en alguna tienda para abusar de ella. Casi podía escuchar los gritos imaginarios de Aurora en su mente. Él también gritaba, pero en la vida real. Su espada repartía tajos a diestro y siniestro, blandiéndola con precisión. De vez en cuando, empleaba puñetazos y patadas; cuando no, se agarraba a su enemigo para aprovecharse de su fortaleza física y dejarlo fuera de combate.

Un trueno pareció silenciar la batalla. Comenzó a llover. Y Aurora no aparecía...

Buscó a Pierre con la mirada. El gascón estaba un poco más allá, luchando contra dos hombres a la vez. Su rostro exhibía ya varios cortes y su casaca había sido rasgada por los brazos y el tronco. Sangraba. Era el menor de los males en una lucha a muerte como aquella. El eco de los cañones se confundía con los gritos de los hombres, que parecían haber sucumbido al éxtasis que

supone matar a alguien a quien odias. La sangre se confundía con el sudor y con la lluvia que caía. Con el polvo. Con el lodo...

Alguien lo agarró del brazo. Sin poder ver la cara de su agresor, sintió cómo lo apuñalaban por la espalda en el omóplato derecho. Gritó de dolor. Se volvió y pudo verlo. Era un hombre de cabello y barbas rubias. Su rostro, ni joven ni anciano, estaba cubierto por regueros de sangre y barro que se introducían en una boca entreabierta de dientes blancos. Sonreía al ver que había acertado en su presa.

Ni corto ni perezoso, Artal dio una estocada que alcanzó al inglés en el estómago. El hombre gritó de dolor, llevándose una de sus manos a la zona injuriada; sin embargo, no dejó de luchar. Al contrario. Agarró a Artal por los brazos y trató de apretarle los ojos con ambos pulgares. Pero no contaba con la fortaleza del mosquetero, que se revolvió bajo los brazos del inglés y, soltando la espada, comenzó una encarnizada batalla cuerpo a cuerpo con el hombre.

Rodaron colina abajo, dejando a su paso un rastro de sangre que manchó los escasos brotes de hierba que allí crecían. Gritaban. Se arañaban. El inglés volvió a empuñar su daga, que trató de clavar en la garganta a Artal, pero el mosquetero estuvo mucho más rápido que él y, agarrando el arma, consiguió darle la vuelta y clavársela al hombre en el cuello. A consecuencia de la presión, brotó una gran cantidad de sangre negra que salpicó al mosquetero en la cara. Creía que todo había acabado... Sin embargo, su enemigo, en el momento postrero, pudo extraer la daga y clavársela a Artal en el pecho. El francés abrió los ojos como platos al saberse herido y rodó con el británico.

Pocos metros los separaban del Mark, donde ambos cayeron con un estrepitoso chapoteo.

Artal flotaba boca abajo, con los ojos desmesuradamente abiertos. Un frío pareció paralizarle los miembros. No podía moverse y, por más que quisiera, parecía que sus extremidades no le respondían. Pensó en Aurora... ¿Estaría a salvo? ¿Habría encontrado a Philippe? ¿Lo recordaría? Ojalá hubieran

disfrutado de más tiempo juntos, ojalá hubiera podido quererla más y mejor... Pero ya no podría. La sangre manaba abundante de la herida del pecho y dejaba una estela rojiza en las aguas de aquel río belga.

Sintió cómo se hundía... Sintió cómo perdía la noción del tiempo y el espacio... Sintió cómo sus ojos dejaban de ver... Cómo la oscuridad lo engullía...

Una pompa de oxígeno salió de sus labios. Sintió cómo la vida se le escapaba, cómo exhalaba su último aliento y el agua le entraba por la boca y la nariz.

Lo último que vio, fue la imagen de Aurora.

Abrió los ojos. La lluvia arreciaba inmisericorde sobre el campo de batalla, acallando los gritos de los soldados. Sobre ella, dos hombres habían caído pesadamente con el sueño eterno pintado en sus ojos vacíos. La cabeza le dolía fuertemente... Ahora recordaba, alguien la había golpeado. ¿Cuánto tiempo había dormido? Era difícil de precisar, mas el cielo estaba ya en el ocaso y pintaba los negros nubarrones con tonalidades marrones. Se levantó con dificultad, empujando los cuerpos inertes que habían caído sobre ella.

—¿Philippe?

Nadie contestó.

Comenzó a correr, mirando entre los cuerpos de los soldados caídos. Los estandartes de uno y otro bando yacían rotos y sucios junto a los cuerpos de los fallecidos. Todos lucían en sus caras la última expresión, el último sentimiento experimentado; la mayoría, había muerto con los ojos fijos en un punto indeterminado y la boca entreabierta, musitando una oración. El olor a sangre se confundía con el de la pólvora. A lo lejos, los vencedores de los tercios se afanaban en amontonar los cadáveres de los caídos para

posteriormente prenderles fuego y así evitar una más que posible epidemia.

En su carrera, tropezó con algo y cayó al suelo.

Al alzar la vista se encontró con una figura conocida arrodillada frente a ella: pantalón y chaleco negro, camisa blanca... Algo había cambiado. El blanco de su camisa estaba empapado en un líquido rojo que goteaba al suelo. Mil agujeros habían abierto la tela, mostrando varios cortes de los que manaba abundante sangre. Sobre el pecho, tres dagas clavadas. En su espalda, tres lanzas. Los ojos de Aurora se abrieron desorbitados al comprobar el cuerpo de Philippe estaba profusamente agujereado por perdigonazos y cuchilladas. A todas luces, posteriores a su fallecimiento. Se habían ensañado con el cadáver de su hermano... Lo habían profanado aun cuando la vida le abandonó...

Y se fijó en el rostro de su hermano. Vacíos de toda luz sus ojos negros, su boca abierta, regueros de sangre emergían de entre sus labios...

La menina comenzó a gritar.

A sus gritos, comenzaron a acudir soldados. Pronto, incluso Spínola y su madre estuvieron allí. Al verla, Isabel Clara Eugenia supo de quién se trataba. No pudo aguantar más. Se desmayó en brazos de don Ambrosio, que la sostuvo con delicadeza.

Y mientras, Aurora seguía llorando de forma desgarradora, abrazada al cuerpo del que un día había sido Felipe. Philippe. Su hermano.

—Muerte soy, dijo don Alfonso.... —musitó.

Capítulo XX: Yo no soy de aquí. Cuando nada queda del pasado...

Finales de febrero de 1625

Portaba una tea encendida en sus manos, que relucía en medio de la oscuridad de la noche. Sus pies se habían internado un poco en el cauce del Mark para aproximarse a una tosca embarcación de madera, donde yacía el cuerpo sin vida de Philippe. Sus blancas manos, libres de guantes, estaban cruzadas sobre el pecho. Y como no habían conseguido cerrar sus ojos, habían colocado sendas monedas sobre ellos, evocando una vieja tradición romana. Tampoco su rostro estaba cubierto por el antifaz, tal vez respetando el último deseo de su madre, que había querido verlo por última vez. Ella también lo contempló por vez postrera, sintiendo cómo las lágrimas empapaban sus mejillas. Bajó la antorcha y el fuego prendió las ropas oscuras de Philippe. Acto seguido, empujó la barca, que avanzó unos metros hasta que alcanzó la corriente del Mark, que comenzó a llevar la embarcación río abajo bajo la luz de la luna y las estrellas.

Aurora bajó la antorcha y la apagó introduciéndola en aquellas mansas aguas. Era irónico... Aquel río que se estaba llevando a su hermano era el que le había arrebatado también a Artal. No dejaba de culparse por lo ocurrido aquel día: si no se hubiera marchado sin avisar, tal vez Artal seguiría vivo. Lo había buscado durante días, había pasado noches sin dormir rebuscando entre

los muertos, visitando las tiendas de los heridos... Nada encontró. Nada salvo el rosario que Artal le regaló y la cinta azul que ella le había regalado. Guardaba ambas prendas bajo la camisa, sobre su corazón, a modo de talismán. Artal...

La voz de su madre la devolvió a la realidad.

Isabel Clara Eugenia permanecía en la orilla, con ambas manos entrelazadas sobre el regazo. Tras ella, Pierre permanecía apoyado en un árbol. En su rostro, los rasguños de aquella guerra que tanto les había arrebatado.

Aurora salió del agua. Sus pies, chapoteando y las botas empapadas. Su capa también se había humedecido y al salir a tierra firme marcaba su rastro por las pequeñas gotitas que caían a su paso. Silbó. *Relente* se acercó a ella con trotecillo cadencioso, meneando sus largas crines negras.

—Aurora, ¿de verdad vas a irte? —preguntó la hija de Felipe II.

La menina no contestó, afanándose en asegurar las alforjas a las grupas de su caballo. Un poco más allá, Pierre comenzó a hacer lo mismo con su montura.

—Aurora, sé que la muerte de Felipe te ha afectado. Y no me extraña, pues era tu gemelo, pero tal vez deberías enterrar el pasado y cambiar de aires.

—Philippe... Felipe no solo era mi hermano. Era mi otra mitad. Con él se ha muerto un trozo de mí misma. —La miró—. ¿No comprendéis que era todo lo que tenía en el mundo?

—Lo sé, Aurora. También era una parte de mí. —Se acercó a su hija, con paso lento—. Por eso creo que debes quedarte aquí. Te ayudará a olvidar. Tal vez, incluso, puedas encontrar a un hombre al que amar.

—Creo que no me entendéis. —Subió al lomo de su frisón de un salto—. No puedo quedarme en Flandes. Es esta maldita guerra la que ha acabado con los dos hombres más importantes de mi vida: mi hermano y... mi esposo.

Isabel Clara Eugenia sintió cómo su boca se abría de forma exagerada,

contrariando todas las normas de etiqueta. Prudentemente, se llevó una mano a sus labios para ocultar su asombro. La mirada de su hija, cuyo rostro había vuelto a tapar con su antifaz, tenía un aspecto muy grave. La tristeza de aquellos días parecía haber ajado su juventud, robándole aquella frescura de los pocos años y la inocencia de sus ojos. Entendía que no compartiera con ella aquella tristeza, pues apenas la conocía. La dejó al cuidado de don Pedro siendo un bebé de pocas horas y se la encontraba al cabo de veinte años convertida en toda una mujer, independiente y segura de sí misma. Nunca hubiera sospechado que estaba casada cuando la vio, a pesar de que sus gestos con aquel mosquetero que había muerto eran demasiado cariñosos.

Aurora tiró de las riendas de *Relente*, conminándolo a darse la vuelta. Pierre la imitó.

—Aurora, os ruego que consideréis mi propuesta...

—Sé que queréis hacer de madre y recuperar el tiempo perdido, pero perdéis el tiempo. Nada nos ata la una a la otra, ni siquiera la sangre. — Suspiró—. Toda mi vida deseé saber quiénes eran mis padres, cuáles mis orígenes. Jamás pensé que esa obsesión me arrebataría el amor. Es justo castigo a mi pecado. —Miró al cielo. La luna estaba llena y pareció reflejarse en sus ojos negros, que brillaron intensamente.

—Aurora, si vos quisierais... El trono de las Españas podría ser vuestro. Solo tengo que revalidar el testamento de mi padre y recuperar mis derechos. Vos seríais mejor reina que cualquiera de los de la estirpe de mi hermano Felipe.

—Vuestro hermano podía tener muchos defectos, pero no fue un mal hombre. Me quiso siempre como un padre y ahora veo por qué: porque era su sobrina. —Cerró los ojos y se enjugó discretamente una lágrima que nadie más vio—. No insistáis. Debo volver a Francia para terminar mi misión y, una vez allí, ya decidiré.

—Podré... —la voz de Isabel pareció morir en su garganta por un instante—. ¿Podré escribiros?

—Haced lo que queráis, madre. ¡Jia!

Y azuzando a *Relente*, se marchó del lugar con Pierre siguiendo la estela negra del frisón.

Los ojos de Isabel Clara Eugenia se nublaron y sintió cómo las lágrimas afloraban humedeciendo sus otrora tersas mejillas. Al instante, una sonrisa curvó sus gruesos labios al percatarse que, antes de irse, su hija la había llamado madre. No era un mal comienzo, después de todo.

París, Palacio del Louvre, marzo de 1625

Las manos de Ana de Austria retorcían un pañuelo de batista, que previamente había enjugado un llanto incesante que había durado varios minutos. La reina de Francia había procedido a sentarse en un sillón cercano al sentir cómo las piernas le flaqueaban. Sentía un dolor agudo en el pecho, como un cable que le tirase desde dentro, como si un puñal le atravesara el corazón.

Ante ella, Aurora yacía arrodillada en el suelo con el mirar bajo. Ni siquiera había cambiado sus ropas por otras más acordes para estar ante la soberana de Francia. Lo único que le importaba era terminar cuanto antes.

—Aurora, decidme que no es verdad...

—Lo siento, Ana María. Sabéis que no se me da bien mentir.

—¿Qué voy a hacer yo? ¿Qué va a ser de mí sin él?

—Encontraréis otros brazos y otros hombres a los que amar, mas ninguno que os ame tanto como mi hermano. —La menina se levantó.

—¿Cómo podéis pensar así de mí? Yo le quería...

—Lo habéis disimulado muy bien hasta hoy mismo, Ana María. —Se dirigió a la ventana y deslizó el dedo por la superficie del cristal—. Igual que vuestro

cariño por Héctor. No lo entiendo, Ana María. No entiendo cómo podéis mudar vuestros amores tan deprisa...

—Amo a Héctor, Aurora, y amaba a vuestro hermano. Y Héctor sigue a mi lado...

—Y, sin embargo, me consta que vuestros afectos van en dirección a cierta isla del Atlántico.

—Si os referís al duque de Buckingham, es un buen amigo que palia mi soledad.

—Yo no me he referido a nadie. Habéis sido vos misma. —La miró con odio en sus ojos negros—. Lo siento, Ana María, pero al igual que Philippe no puedo seguir más a vuestro lado.

La reina se incorporó súbitamente.

—¿Vais a abandonarme vos también?

—Como comprenderéis, no puedo quedarme a vuestro lado, porque, de haber actuado con cabeza, Philippe no habría partido a la guerra.

—¡No estaréis insinuando que soy culpable de esa muerte!

—No, no llego a tanto. Philippe era dueño de sus actos y sabía a lo que exponerse, pero eso no os exime de parte de la culpa.

—Mi culpa...

En ese momento, la puerta del salón se abrió y Luis XIII hizo acto de presencia. Lucía ropajes negros bordados en pedrería del mismo color. Su melena oscura, suelta sobre los hombros.

El rey jugueteaba nervioso con uno de sus anillos mientras avanzaba hacia la menina con pasos menudos.

—Celebro veros de vuelta, Aurora —dijo.

—Gracias, Majestad, aunque ya me iba. —Miró a los reyes—. Me voy de Francia...

—Creía que podríamos contar con vuestros servicios, pese a la muerte de

vuestro hermano, mademoiselle.

Aurora meneó la cabeza, meciendo sus cabellos castaños.

—Muerte soy... —musitó.

Sin mediar palabra y tras hacer una rápida reverencia, se aprestó a abandonar aquellas habitaciones. Quedaron solos los monarcas, muy próximos el uno al otro.

—Siento mucho todo lo que le ha pasado a esa muchacha. La muerte de su hermano ha sido un duro golpe para ella y eso hace que perdamos un poderoso aliado en la sombra —dijo el rey.

—Majestad, la principal afligida soy yo. Dudo mucho que pueda encontrar a alguien de tanta valía como ella.

—Si eso es un problema, creo que entre sus más fieles colaboradores se encontraban Héctor de Briand y Pierre d'Evandele. —Miró a su mujer—. Podéis elegir a quien os plazca de entre esos dos.

Ana de Austria frunció el ceño.

—Mucho me temo que Héctor no quiera ocupar ese cargo...

—Pues entonces, la elección es más fácil.

El rey se dirigió a una de las ventanas, a aquella ante la cual se había detenido Aurora momentos antes. Sus ojos negros observaron los jardines del Louvre. La nieve comenzaba a derretirse y los primeros brotes de la primavera emergían de entre los escasos montones que aún se esparcían aquí y allá. Los jardineros se afanaban en rastrillar las últimas hojas secas que el invierno había congelado y rompían las capas de hielo de las fuentes. Algunas doncellas limpiaban las estatuas de mármol que pululaban por el recinto. Desde tan lejos, parecían todas iguales ataviadas con sus vestidos azules y delantales blancos, ocultando sus cabellos bajo cofias color crudo.

Sintió un pinchazo en el estómago que le hizo llevarse la mano a la zona afectada. No gimió, aunque cerró los ojos con suficientes muestras de dolor como para que la reina acudiese junto a él, apretándole el brazo con cariño. El rey estrujó los dedos de su esposa con los suyos y la miró. Era uno de esos escasos momentos que ambos compartían a solas. Una muestra de afecto que, quizás, no volvería a repetirse.

—Luis...

—El rey Jacobo se muere... —dijo el monarca—. Ya sabéis lo que significa eso. Debemos preparar a Henriette para su próxima misión como reina de Inglaterra. Le esperan días duros al lado de esos protestantes...

—¿Creéis que se convertirá?

—Debería hacerlo, mas no lo creo. —Miró a su mujer—. El duque de Buckingham nos visitará en mayo para recoger a la novia. Habrá que darle todo el entretenimiento que solicite y satisfacer hasta sus más nimios caprichos.

—Luis, ¿qué me dais a entender?

—No disimuléis, Ana, pues es vuestra relación con el duque la que hizo huir a Philippe. —Suspiró—. Fue su último servicio antes de partir...

—Philippe, ¿me traicionó?

—No le subestiméis. No fue Philippe quien os traicionó, sino uno de sus propios amigos: Isaac du Gerold. Necesitaba saberos vigilada y no podía pedirselo a aquellos que os eran más adeptos. —Apretó sus dedos más fuerte, casi con furia—. Philippe jamás os traicionaría porque os amaba.

—Me amaba... —repitió ella.

Sin poder contenerse, una sonrisa aleteó en los gruesos labios de la reina. La quería... La quiso a pesar de todo...

—Philippe... —siguió el rey—. Antes de marcharse, Philippe y yo tuvimos unas palabras. No lo traté como debía y descubrí su secreto máspreciado: su rostro. Os juro, Ana, que jamás vi rostro más hermoso que el suyo. Me volví

loco... Perdí la razón, Ana....

—¡Monstruo! —exclamó—. Vos también sois el culpable de su muerte. Habéis pecado contra natura... Sois un desviado.

—Cuidad vuestra lengua, Ana. Yo seré un desviado, pero vos sois una puta. Y espero que si fuisteis capaz de quedaros preñada de un vulgar guardia, lo seáis para engendrar a un hijo de la Corona. Y no me importa que sea o no mío. Como si queréis que su padre sea un inglés. —Agarró su mentón y la forzó a mirarle—. Dad un hijo a Francia y la historia os recordará.

La soltó. Sus ojos volvieron a fijarse en el exterior, sobrevolando los jardines de Palacio, los azulados tejados de la ciudad de París. El sol estaba muy alto en el cielo y este lucía más azul que nunca. Suspiró.

En algo acertó Philippe: uno de los dos moriría antes de ver al otro nuevamente. Lo único en lo que se equivocó, es que él, Luis XIII, llevaba años muerto en vida.

Héctor observaba los movimientos de Aurora, afanada como estaba en recoger los últimos enseres de la que había sido su habitación en el Louvre. Había empaquetado lo mejor que había podido los vestidos, libros y útiles que había ido acumulando durante los años transcurridos en París. En un rincón, se encontraba un cuadro de grandes dimensiones, parcialmente oculto con una sábana: *La toma de Orleans*. Era un regalo de monsieur de Bérard a la otrora menina, por las similitudes que encontraba entre Juana de Arco y la joven. Ambas habían sido guiadas por manos invisibles que las impulsaban a actuar; Dios había guiado a Juana, el amor a Aurora. Una vez cumplida su misión, nada quedaba. Prueba de ello eran los ojos vacíos de la española, que parecían haber perdido el brillo de antaño.

Observó a Aurora. Vestía camisa burdeos y pantalones de cuero negro. Sus

cabellos castaños, otra vez largos, se encontraban sueltos, meciéndose con cada paso.

Junto a él, Pierre también observaba. El gascón había guardado silencio desde que llegaron. Ni siquiera le había narrado a Héctor los pormenores de su viaje. Solo sabía que Philippe había muerto en pleno combate y que su hermano había desaparecido sin dejar rastro. En una guerra como la de Flandes, estar desaparecido era lo mismo que estar muerto. Y allí había dejado a Aurora, tan joven y ni casada ni soltera.

La menina cerró el último de los arcones y echó una ojeada en derredor. Parecía estar despidiéndose de aquel mobiliario que la había acompañado en los últimos años, de aquella cama en la que yació entre la vida y la muerte y en la que Artal le dio calor, de tantas horas de lectura ante aquel escritorio... Suspiró y, cubriéndose la cabeza con el sombrero, asió una bolsa de viaje que había cerca de su posición, sobre uno de los baúles.

—Ya he dado orden de que me los envíen a las Españas. No quiero dejar nada atrás —dijo, disponiéndose a salir de la habitación.

Héctor la asió del brazo.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo, Aurora? ¿Así termina todo?

—¿Cómo quieres que termine, Héctor? Ya he dicho que renuncio a mi puesto de menina de la reina. No hay nada que me ate al Louvre ni a Francia. — Bajó la vista—. Si Artal y Philippe siguieran vivos, todo sería distinto, habría una oportunidad de ser feliz aquí, pero ahora nada queda, salvo los recuerdos.

—Aurora, a la reina le será muy difícil reemplazarte.

—Creo que ya ha elegido sustituto. —Miró a Pierre, esbozando una leve sonrisa.

El gascón se tocó la punta de la nariz, riendo quedamente. En sus manos, daba vueltas a su sombrero.

—Por lo visto, la decisión no ha sido difícil y ha partido del mismo rey. Tengo entendido que había un candidato más idóneo que yo, mas ha presentado su renuncia esta misma mañana. —Miró a Héctor.

Aurora miró con extrañeza al que fuera su cuñado.

—¿Te vas del Louvre?

Héctor asintió y la soltó.

—Al igual que a ti, no hay nada que me ate a este lugar. Mis relaciones con la reina ya se han extinguido, merced a las artes de Marie de Rohan. Buckingham es el que ocupa su mente estos días.

—Lo sabía...

—He decidido volver a mi hogar, al Loira. Tengo algún dinero ahorrado y lo emplearé en la finca familiar. He oído de nuevos modelos de cultivo que podrían tener ventajas en esas tierras tan fértiles.

—Héctor convertido en un hacendado... No te imagino, amigo. —Rio Pierre.

—Yo tampoco me hubiera imaginado así, aunque es la mejor opción para mantener a mi familia ahora que la hemos agrandado, gracias a Philippe. —Miró a Aurora.

—¿A Philippe?

Héctor comenzó a pasear nervioso por la habitación y se mordió las uñas. Era un defecto del que adolecía de jovencito, puesto que dejaba a la vista sus más bajas emociones. Volvió la vista en dirección a la menina y al gascón, que lo miraban de hito en hito, expectantes ante su respuesta.

—Philippe consiguió salvar en el último momento a la hija de la reina. Desde el principio, nuestra intención era que se criara con mis padres en el Loira para que Ana María pudiera visitarla cuando gustase. Al montar la farsa de su muerte y hacer creer a la reina que la niña no vivía, Philippe opinó que lo mejor era ocultar su paradero para que no sufriera daño.

—Philippe la salvó...

Héctor asintió. Sus labios, curvados en una sonrisa.

—Se parece mucho a Ana María, todo hay que decirlo, aunque tiene mis ojos. Es preciosa, Aurora, mucho más de lo que imaginé —dijo con orgullo—. La llame Ann Marie por su madre...

Lentamente, se acercó a la menina y, asiendo una de sus manos, se la llevó a los labios y comenzó a besarla tiernamente.

—Aurora, por favor, no te vayas. Empieza una nueva vida junto a mí. Sé una madre para esa niña. Yo no lucharé contra el recuerdo de Artal.

—Héctor...

En el pasado, lo hubiera dado todo por escuchar aquellas palabras, por sentir los labios de Héctor en su piel, por saberse amada. Fue su primer amigo, su primer amor; el primero que le dijo palabras de cariño en medio de aquella Corte tan estirada y diferente a la española. La perspectiva de una vida tranquila en el campo, alejada de los entresijos de Palacio se le antojaba una proposición difícil de rechazar, como lo era el ser madre. Sería como si Dios le perdonase de sus pecados y le hiciera merecedora de una vida en compensación por la que tan trágicamente perdió.

Y, sin embargo, su corazón le decía que no era aquello lo que más deseaba...

Sonrió con tristeza, meneó la cabeza y soltó con suavidad los dedos de Héctor. Hubiera querido decir algo, pero no había palabras que pudieran expresar lo que sentía en aquel momento. Fue Pierre, como siempre, quien le echó una mano.

—Déjala ir, Héctor. Aurora sabe cuidarse sola. Además —la miró y guiñó un ojo de forma pícaro—, si te hubiera aceptado después de haberme rechazado antes, habría tenido que matarte, amigo.

No sabía por qué había decidido pasar la noche en aquel lugar, ni tampoco por qué no había conseguido pegar ojo. Las llamas de la hoguera comenzaban a convertirse en pequeñas brasas que apenas iluminaban el pequeño calvero. A pocos metros, la cabaña donde Artal y ella habían hecho el amor por primera vez. No sabía por qué se había detenido para trasnochar allí. Tal vez porque los recuerdos eran tan poderosos que esperaba que cobrasen vida ante sus ojos. Empero, debía desengañarse: Artal nunca vendría. La guerra se lo había llevado.

A lo lejos, escuchó cómo un reloj marcaba las once de la mañana. Suspiró y enterró la cabeza en sus rodillas.

Desde la muerte de Philippe en Breda nada había que la atase a Francia. Nada, excepto los recuerdos. ¿Acaso era tan necia que esperaba que Artal apareciera de la nada para hacerla feliz? ¿Acaso no le habían mostrado los objetos que portaba ese día manchados de sangre? No pudo evitar comenzar a llorar, al tiempo que trataba de ahogar sus gemidos cubriéndose la cabeza con los brazos. Sus cabellos castaños, otra vez largos y libres de lazo que los asegurase, le cayeron sobre el rostro, ocultándolo.

Respiró hondo mientras se enjugaba las lágrimas con los dedos. De nada servía esperar un imposible...

Apagó las brasas cubriéndolas con tierra y, apesadumbrada, recogió sus útiles personales para asegurarlos a las grupas de *Relente*. El noble animal le acarició el brazo con el hocico, consciente del malestar de su dueña.

La menina trató de sonreír, sin conseguirlo.

—Al menos me quedas tú... —dijo mientras lo acariciaba.

Se dispuso a montar y, de repente, un relincho.

Pasos en la lejanía que parecían perderse en un viento que hizo acto de presencia de forma súbita, azotando su capa negra y su melena. La niebla que

envolvía los altos árboles le impedía ver el origen de aquellos ruidos. Echó mano a su toledana, dispuesta a defenderse si era necesario.

Una figura oscura se perfiló entre la niebla a lomos de un caballo.

Aurora dio un grito soltando la toledana y llevándose ambas manos a la boca. Cayó de rodillas sobre la tierra; en sus ojos, un mar de lágrimas. No podía ser...

El jinete no esperó a llegar hasta ella para descabalgár. Corrió hasta la joven y la envolvió entre sus brazos.

—Gracias a Dios que he podido encontrarte.

El primer impulso de Aurora fue echarle los brazos al cuello, presa de su propia ensoñación, mas algo la detuvo. Cuando la cortina de lágrimas que ocultaba sus pupilas se fue diluyendo, cuando fue consciente de la realidad que tenía ante sus ojos.

Se separó de aquel hombre y al observar su rostro lo comprendió todo. No era Artal, sino...

—Albert...

El aludido rio, tornando a rodearla con sus brazos, apretándola contra sí una y otra vez.

—Perdóname, Aurora, perdóname, por favor. Fui un tonto celoso. Vine hasta aquí en cuanto me enteré de lo ocurrido en Breda.

—Breda... —musitó ella, volviendo a separarse de él.

Albert tomó el rostro de la joven entre sus manos y lo acarició. Sus labios estaban muy juntos, tanto que sentían la respiración del otro en la cara. Aurora alzó las manos y sujetó las muñecas de Albert.

—Aurora, déjame cuidar de ti. Déjame que llene el vacío de tu corazón...

Mientras lo decía, cubría su frente y sus cabellos de besos. Sus ojos negros,

fuertemente cerrados, como si quisiera abandonarse a aquel momento, como si quisiera imaginar que esos labios eran otros mucho más queridos, otros que habían recorrido cada centímetro de su cuerpo con tal pasión que incluso en ese momento sentía escalofríos al evocarlos.

Bruscamente, apoyó ambas manos sobre el pecho del valenciano y se separó de él. Su mirada baja estaba llena de lágrimas.

—Albert, no...

—Aurora, una vez nos quisimos.

—Creí quererte. Solo tenía once años...

—Siempre fuiste mucho mayor por dentro.

—Puede ser. —Suspiró—. En ocasiones, siento que hubieran pasado cien años desde aquellos días.

—Aunque pasaran doscientos, seguiría amándote.

—Albert, amas al reflejo de la niña que fui, no a la mujer que soy.

—Pues enséñame a amar a esa mujer y te prometo que no te arrepentirás. — Volvió a sujetar su rostro—. He venido a Francia solo a buscarte, Aurora, ¿no es eso prueba suficiente?

—Yo... No es posible...

—¿Acaso no te gusto como hombre?

—Si dijera que no me gusta lo que veo, estaría ciega, pero uno no puede entregar un corazón que ya pertenece a otro.

—Aurora... —dijo Albert suavemente—. No te pido que olvides a Artal. Es más, no quiero que dejes de amarlo. Yo sabré convivir con ese recuerdo y tendré suficiente amor para los dos. —Sus labios se aproximaron a los de Aurora—. Por favor, Aurora, vuelve a las Españas conmigo y déjame quererte...

Y diciendo esto, besó a la que, desde niño, había sido su objeto de deseo.

Aurora pensó en resistirse al sentir los labios de Albert, como si algo dentro de ella le dijese que estaba siendo infiel a Artal, infiel a sí misma.

Entonces lo vio claro: no podía ser infiel a un recuerdo, no podía ser infiel a un esposo al que ni siquiera había podido enterrar. Ella misma le había dicho a Artal que, en caso de que muriera, tenía que volver a casarse. Ella aún era joven, lozana, ¿podría volver a enamorarse?

Quizás no lo viera claro en ese momento, mas en unos años, ¿quién sabe?

Cerró los ojos y se abandonó a los besos de Albert, al calor de sus abrazos y, derrotada, se asió a su cintura con languidez.

Tal vez era la prueba de que en las Españas le esperaba una nueva vida. Tal vez podría conseguir que el rey la perdonase y poder trabajar como espía. Tal vez podría conseguir la felicidad. Otra vez. Con Albert.

Capítulo XXI: Lo que escondían sus ojos...

El verdadero amor nunca muere

Villa de Madrid, 24 de febrero de 1626

Relente había llegado a Madrid con su preciosa carga, a galope tendido, haciendo que sus crines rompieran el viento con la misma virulencia que las ropas oscuras que envolvían la figura de su jinete. En poco tiempo, la regia figura del Alcázar de Madrid había pasado de ser un punto difuso en el horizonte a convertirse en la inmensa mole de piedra que dominaba la Villa de Madrid. Al llegar a sus pies, la amazona refrenó su montura, forzándolo a detenerse. Alzó su mirada oscura, contemplando los brillantes tejados de pizarra azul del palacio madrileño, construido sobre una antigua fortaleza musulmana y ordenado ampliar por el emperador Carlos V. Un criado, ataviado con librea granate y oro, llamó su atención. Suspiró hondamente y procedió a descabalar, entregándole las riendas al servidor. No le hizo falta hacerle ver la importancia del animal que le estaba encomendando: la conocía de sobra. Conocía las idas y venidas de aquella extraña joven al palacio real. Agradeció con un gesto la solicitud del hombre e ingresó en el interior de la construcción.

Sus pasos resonaban firmes, seguros, en pasillos y corredores. Su larga capa negra describía cabriolas en el aire que competían con las ondas que trazaban sus largos cabellos, anudados en una coleta baja asegurada con un

femenino lazo de tonalidades azuladas. Ese día, lucía una blusa de color blanco que combinaba con unos pantalones añiles. Sus pies, cubiertos por unas botas de montar de cuero negro. Sin refrenar por un instante la marcha, iba quitándose los guantes que ocultaban sus largos dedos con parsimonia; sus ojos negros fijos en el frente, como si el hecho de desviar su atención pudiese traer consigo la pérdida de su meta. A su paso, se sucedían los cuchicheos, las charlas, e incluso los gritos de asombro. Cierto era que su presencia era ya una constante en las estancias del rey, pero su apariencia aún seguía dando que hablar. Y es que no era muy frecuente ver a una joven de su edad ataviada como un hombre, mas sin renunciar a la feminidad que emanaban sus facciones y sus formas. Al principio, se paraba y se encaraba con todos aquellos que se creían con la potestad de afearle su conducta; no obstante, con el paso de los meses, había llegado a la conclusión de que lo mejor era no prestarles atención.

Ante el estupor de los cortesanos que pululaban por salas y corredores, llegó a la antesala del salón de audiencias. No le hizo falta anunciarse a los alabarderos que custodiaban sus puertas: de sobra la conocían. Uno de ellos abrió subrepticamente una de las dos grandes hojas de madera de nogal, cuchicheando por lo bajo al caballero ujier, que debía estar próximo al lugar. En pocos segundos, su nombre llenó el vacío existente entre el suelo y el techo, resonando en la voz fuerte del maestro de ceremonias.

—Se llama a doña Aurora de Flandes...

—Doña Aurora de Flandes...

—Doña Aurora de Flandes...

Era la fórmula habitual. No debía ingresar en el salón del trono hasta que su nombre no hubiera sido pronunciado tres veces. Una costumbre estúpida de aquellos Austrias, según pensaba, carente de todo sentido en tiempos en que la premura podía suponer un cambio sustancial en el orden de los hechos. Suspiró y, al escuchar el tercer llamamiento, traspasó la puerta. Aún le

incomodaba escuchar aquel apellido que le habían otorgado: *De Flandes*. El Rey Planeta había insistido en concederle el apellido *De Austria* atendiendo a la nobleza de la madre de la joven, Isabel Clara Eugenia, mas ella se había mostrado inflexible y había rechazado en repetidas ocasiones tamaña concesión. Solicitó el apellido que aludía al sitio de Breda para recordar lo allí ocurrido y para jamás olvidar a los caídos en aquella estúpida guerra.

A lo lejos, vislumbró la figura arrogante del Cuarto Felipe sentado en el trono. Le llamó la atención el hecho de que el rey, por primera vez en largo tiempo, se encontraba solo, sin la sempiterna presencia del cejijunto Olivares, quien poco a poco se había hecho con el control casi absoluto del país. Tras ella, ambas puertas se cerraron y el caballero ujier abandonó igualmente las estancias, dejando a solas al rey y a la joven.

—Majestad, he sido llamada y aquí me tenéis —dijo Aurora, arrodillándose ante él.

El rubio Felipe se levantó y, obviando cualquier tipo de formalismo, avanzó hacia la antigua menina para forzarla a levantarse y estrujarla entre sus brazos.

—Celebro veros nuevamente en la Corte, prima.

—Majestad, ya sabéis que siempre estaré a disposición de las Españas cuando el reino y su rey me requieran.

—Lo sé, Aurora; bien lo habéis demostrado en el pasado al haber sacrificado tanto —dijo agarrando las manos de su prima—. Sin embargo, pese a vuestra entrega, aún no puedo entender esa desgana vuestra por habitar en el Alcázar. Decidme, prima, ¿tan mal nos portamos con vos?

—Majestad, no es eso...

—¡Seguís llamándome Majestad! Por favor, Aurora, ¡somos familia! ¿Por qué no me llamáis por mi nombre de pila?

—Majestad, en esta sala sois el rey de las Españas, y es en esta sala donde el rey da audiencia a sus fieles vasallos. Aquí vuestra prima solo es vuestra humilde servidora y debe dirigirse a vos atendiendo a vuestra grandeza —dijo

ella, con calma.

—¡Por Dios, Aurora! Cuando éramos niños, siempre me llamabais Felipe. ¿Qué ha cambiado?

—Nada: vos seguís siendo el rey y yo sigo siendo servidora de la Corona. El hecho de haber descubierto mi parentesco con vos, no cambia nada.

—¿Y hubiera cambiado algo si vuestras iniciales sospechas hubieran sido certeras?

—Si os referís a la posibilidad de que ambos hubiéramos compartido el mismo padre, no, nada habría cambiado. —Fijó sus ojos negros en él—. Seguís siendo el rey, el legítimo heredero al trono, y eso nada lo hubiera cambiado. —Bajó la vista—. Aun así, no sois vos o el resto de la familia los que hacéis que me sienta incómoda en este palacio. No, Majestad; son los recuerdos.

—Los recuerdos ¿de Felipe?

Aurora asintió.

Una lágrima emergió de sus ojos, adornando sus pestañas hasta deslizarse por su sonrosada mejilla. Se enjugó el llanto con la punta de los dedos. Felipe IV creyó reconocer en aquel gesto a su malogrado padre, a aquel tímido rey que había asumido el cuidado de los hijos habidos del amor entre su querida hermana y un simple guardia de corps. Unos hijos a quienes había querido como propios... Felipe daba gracias a Dios de que su padre no siguiera con vida: estaba seguro de que la muerte del mellizo de Aurora hubiera supuesto un duro golpe en su maltrecha salud.

—Philippe... Felipe... Todo lo que veo en este castillo me recuerda a él.

—Aún no entiendo por qué, entonces, si la vuelta a las Españas os resultaba tan dolorosa, decidisteis abandonar Francia.

—Ya os lo dije: no podía seguir allí por más tiempo.

Realmente, ¿podía considerar algún lugar como su hogar? En Francia había conocido a Artal y había sido allí donde había conocido el significado de la palabra amor, donde sus besos habían despertado un corazón que creía muerto

y donde descubrió el goce de la carne bajo el cuerpo del mosquetero. En España, todos sus recuerdos de Artal y Philippe parecían entrecruzarse: los de la infancia, la última misión que emprendieron... Y el aborto. La pérdida de aquel hijo fruto del amor. ¡Cuánto lloró entonces! ¡Y cuánto lloró Artal al descubrirlo! Y por último, estaba Flandes... Flandes. Allí había conocido a su madre, a una madre que había permanecido ausente durante toda su vida y que, pese a descubrir la llegada de sus dos hijos al sitio de Breda, no pudo hacer nada por evitar la muerte de Philippe. Aún recordaba cómo abrazó el cuerpo exánime de su hermano agujereado por mil perdigones, sucio de hollín y con múltiples estocadas. Unió su llanto al de su madre cuando se despidieron de Philippe y, pese a que la correspondencia entre ambas era frecuente, aquel hecho no había contribuido a unirlos. Y Artal... También Flandes estaba unido a su muerte. Por más noticias que les había pedido a Héctor y a Pierre durante un tiempo, ninguno de los dos había conseguido darle una respuesta satisfactoria sobre su paradero. Desaparecido en combate. Era lo mismo que muerto. ¿Qué diferencia había? Desaparecer era dejar de existir...

Felipe acarició sus mejillas, tratando de hacerla sonreír, mas la joven volvió a desviar la vista.

—Es por Felipe, entonces, que has decidido retirarte al campo.

Aurora asintió.

—Sois miembro de la familia real, aunque esa circunstancia pueda pesaros, Aurora. Y es por ello por lo que debéis vivir en una morada acorde con la nobleza de vuestra sangre y posición.

—¿Puedo saber por qué me habéis llamado, Majestad? —preguntó Aurora, eludiendo deliberadamente la cuestión de la sangre—. No creo que lo hayáis hecho para hablarme de mi casa...

Felipe sonrió y, dándose la vuelta, volvió a ocupar su lugar en el trono. Aurora seguía inmóvil, a pocos pasos del baldaquino que resguardaba la

figura real.

—Aurora, necesito de vuestros servicios otra vez.

—Como os he dicho, las Españas siempre me tendrán a su disposición.

—No esperaba menos de vos, prima. —Sonrió—. Veréis, ha llegado un visitante de la Corte de Francia. Mi hermana Ana María me lo ha recomendado para que forme parte de mi guardia personal, así como del servicio de espionaje que Olivares espera tener listo a finales de año y del que Felipe y tú fuisteis los más valiosos colaboradores.

—Señor, para nada nos consideramos espías al servicio de la Corte. Siempre tratamos de hacer lo mejor para nuestro reino y para con vuestra hermana, que era el verdadero objeto de nuestros desvelos.

—Y esa actitud os honra, Aurora. Es por todo ello por lo que quiero encomendar a vuestro cargo a este enviado, con el fin de que le enseñéis todo lo que sabéis.

—¿Qué podría enseñar una vulgar mujer a un hombre ya curtido? —preguntó la menina, con sorna.

Felipe sonrió.

—Sabéis que nunca mujer alguna ha llegado donde vos. Es más, quiero que en esa nueva guardia secreta seáis vos quien llevéis la batuta de todas las operaciones.

—Olivares se negará...

—Olivares hará lo que yo diga. Para eso soy el rey. —Rio—. Así, ¿aceptáis?

Aurora no dijo ni que sí ni que no, actitud que el rey tomó como una aceptación.

—Ya podéis pasar.

Una figura emergió tras uno de los tapices que adornaban las paredes del Salón de Audiencias. Más concretamente, tras uno que recreaba la batalla de

Lepanto. Sus pasos apenas resonaron al acercarse a la diestra del rey, situándose a pocos pasos del trono, de forma que su mirada y la de Aurora quedaron fijas la una en la otra. Era alto, de miembros musculados, mas no en exceso. Cubría su cabeza de rizos oscuros con un sombrero de ala ancha, adornado con una pluma de color azul. Su cuerpo aparecía cubierto con una casaca cerrada en el pecho por un sinnúmero de correas, en tanto que sus piernas se enfundaban en unos pantalones de cuero. Lucía botas altas de montar y, sobre el hombro izquierdo, una insignia. La flor de lis. El emblema de los Borbones... De los mosqueteros...

Aurora sintió cómo su boca se entreabría y cómo su mente se quedaba en blanco.

El recién llegado nada dijo. Se había desprovisto de su sombrero, dejando a la vista unos cabellos que se rizaban levemente en la punta y que le llegaban hasta la base del cuello. Sus ojos seguían fijos en la mujer.

—Como hemos comentado antes de vuestra llegada, mi prima Aurora será la que os mostrará todos los entresijos de la Corte y la que os acogerá en su casa en calidad de invitado.

Aurora tornó sus ojos al rey. El asombro se dibujaba en ellos.

—Con todos los respetos, Majestad, no creo que sea conveniente...

—Aurora, es una orden. Y dado que ambos os conocéis, como así me asegura mi hermana en su correo, no creo errar al decir que no podría hallar lugar mejor para él. ¿No os parece? —preguntó, mirando al recién llegado.

El aludido no dijo nada. Seguía observando fijamente a Aurora, como si temiese que su presencia fuera a desvanecerse en el momento en que dejara de mirarla. En sus ojos oscuros se pintaba el anhelo; sus brazos, rígidos, mostraban una contención capaz de quebrarse en el momento más imprevisto. Sabía que, pese a las nuevas cicatrices que lucía su rostro en mejillas, frente y mentón, Aurora lo había reconocido.

Aurora, siempre bien provista de palabras para cualquier ocasión, parecía haberse quedado muda al descubrir en aquel rostro la imagen de aquel a quien había creído muerto por largo tiempo y a quien consideraba hundido en las profundidades del río Mark; tal vez en el mar, arrastrado por la corriente. Y sin embargo, allí estaba...

La otrora menina de la reina Ana quiso hablar, mas el rey puso fin a toda conversación alzando una de sus manos.

—Basta, Aurora. Ya me habéis oído. Y ahora, marchaos. Nada hacéis parados aquí.

Ninguno de los dos habló al escuchar las palabras del rey, pero estaba claro que aquella situación los había sorprendido a ambos sobremanera.

—Ya veo que aún te acompaña *Relente*. No me extraña. Es un hermoso animal.

Aurora seguía muda desde que habían abandonado el palacio. Habían comenzado a cabalgar al paso, sin que ninguno de los dos estuviera más adelantado que el otro, ambos atentos a los pasos de sus monturas. Él sabía la sorpresa que su aparición había tenido en el ánimo de ella. Los ojos de la joven lo habían observado del mismo modo que si hubieran contemplado a un fantasma. No la culpaba... Para el resto del mundo, había permanecido largo tiempo muerto, alejado de toda vida o cualquier rostro conocido. Era comprensible su estupor.

—He visto que los campos están bastante secos. ¿Acaso las lluvias no han sido suficientes?

—¿Tienes que hablar del tiempo en lugar de lo que te ha traído hasta aquí?

La voz de Aurora, fría como el acero, se coló en su cabeza.

—El rey te lo ha dicho. Soy un enviado de la reina Ana.

—No te creo... Puede que la reina Ana haya intercedido para que tu llegada tenga carácter oficial, pero eso no explica el porqué de tu presencia.

—Héctor me dijo que estabas aquí...

—¿Héctor?

Artal asintió, dando así mayor énfasis a sus palabras.

—Al volver a París, descubrí con sorpresa que Pierre te había sustituido en calidad de guardián de la reina. También, gracias a Héctor, descubrí la muerte de tu hermano en Breda.

—Lo hizo por protegerme... Fui demasiado imprudente al atravesar las líneas enemigas para tratar de convencerle de que volviera conmigo, pero él estaba dispuesto a morir. —Apretó los labios—. No tenía motivos para seguir viviendo, decía; y tuve parte de culpa en su muerte.

—Su muerte no fue culpa tuya —dijo Artal, conciliador—. Hiciste lo que pudiste por intentar salvarlo, hasta el punto de arriesgar tu vida por la suya. —Calló un momento—. No voy a negarte que me volví loco al descubrir que te habías ido. Por un momento, pensé que tus besos de aquella noche tenían sabor a despedida. Fui un tonto al no hacer caso a ese presentimiento. —La miró—. Te busqué, maté a más de cien hombres solo por tratar de buscarte. Creí verte en cada rostro, tras cada yelmo, oculta tras cada pendón... Estaba loco, Aurora; loco por pensar que podías haber sufrido algún mal.

—Y, sin embargo, quien desapareció fuiste tú... —dijo ella, no sin cierto enfado.

Artal tragó saliva.

Las manos de Aurora estaban cerradas fuertemente, sujetando las riendas; temblaban, temblaban presas de la ira que la estaba carcomiendo por dentro. Su mirada, fija en el frente, mostraba el ceño fruncido bajo el paraguas de su

flequillo castaño, que se movía ondulante con cada uno de sus movimientos. Se fijó en sus cabellos: otra vez largos, llegando más abajo de la mitad de la espalda, casi a la cintura; tan brillantes y suaves como siempre, asegurados en una coleta. Su cuerpo parecía el mismo, grácil y vibrante, mas oculto bajo aquellas ropas de hombre.

—Tenía que haber dado noticias de mi paradero mucho antes, Aurora; lo sé. Mas no pude...

—¿Qué podía retenerte tanto tiempo?

—Aurora, permanecí varios meses postrado en una cama, sin conocimiento alguno. Me encontraron flotando río abajo, muy alejado del sitio de Breda, casi en la desembocadura del Mark.

Hablaba como para sí, evocando recuerdos ya olvidados, retazos de relatos que le habían contado y que él desconocía.

—Una familia de pescadores me encontró inconsciente, cubierto de heridas. Me cuidaron durante meses hasta que, por fin, desperté. Jamás pensé que alguien podía permanecer dormido tantos días. Pasé largo tiempo con ellos hasta que pude recuperarme del todo y reunir las fuerzas suficientes para volver a montar un caballo y tornar a Francia. —Suspiró—. Una vez en Palacio, Pierre y mi hermano me hablaron de la muerte de Philippe y de tu partida a las Españas. Héctor me dijo que intentó retenerte...

—Así es. Y, si por él hubiera sido, me habría acompañado. —Lo miró—. Estaba dispuesto a sustituirte en calidad de marido, asumiendo las obligaciones que ello conllevaba, pero me negué: debía permanecer en Francia, en la tierra en que creció. Solo allí sería capaz de encontrar la felicidad al lado de una mujer que le diera la paz que yo no podía darle. Algo que, finalmente, sucedió...

—Es feliz, lo admito. Y creo que por fin ha encontrado su lugar en el mundo, lejos de la guerra y de las intrigas.

—Es lo que Héctor siempre hubiera merecido: la felicidad.

—Sin embargo, alguien más te hizo una propuesta...

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió Aurora.

—Lo sé. Con eso basta.

Callaron. A lo lejos, sobre bosques y montañas, podían vislumbrar la enorme mole gris del Monasterio del Escorial, aquella imponente construcción que Felipe II había ordenado construir para honrar la memoria de San Lorenzo.

Reconoció aquellos campos. Allí, hacía ya casi dos años, había intentado detener a Aurora en una alocada carrera que emprendió a lomos de *Relente* y que tuvo como consecuencia la pérdida del hijo que esperaban. Un hijo del que no tenía constancia por aquel entonces, pero cuya muerte le dolió casi tanto como le habría dolido la pérdida de Aurora. Albert lo había acompañado. Albert... Siempre estaba el nombre de aquel valenciano flotando entre ambos, como si de una maldición se tratase. Y, por lo que parecía, había sido el que había ocupado su lugar junto a Aurora, por lo que todos le contaban.

—No debes culparte si has rehecho tu vida —dijo de pronto Artal—. Es natural. Me creíste muerto.

Aurora lo miró de reojo, sin cambiar la expresión.

—¿Eres feliz, Aurora?

—¿Feliz? ¿Qué es para ti la felicidad, Artal?

—No sé... El bienestar absoluto, supongo.

—Es una concepción en exceso filosófica, Artal, mas no puedo decir que sea errada. —Lo miró—. Sí... Puedo decir que soy feliz. O siento algo parecido a la felicidad.

—Me alegro de que haya habido un hombre que te hiciera feliz...

—No lo esperaba, si te soy sincera, pero así fue.

Volvieron a guardar silencio.

Relente comenzó a galopar con un trotecillo alegre al avistar la morada de Aurora. Era una morada solariega de dos plantas, con rejas en las ventanas y tejados de arcilla rojiza. Un extenso terreno de bosques de encinas y alcornoques rodeaba la vasta propiedad, desde antes de traspasar el vallado de piedra que delimitaba el campo abierto con los terrenos de los que Aurora había pasado a ser propietaria. Tras la vivienda, una construcción un poco más baja, alargada y de una sola planta, se situaba a la siniestra, albergando las caballerizas y el resto de los animales que pululaban por la finca, alternando entre caballos, burros, cerdos y algunas gallinas. Lo básico para el consumo propio.

Desperdigadas por la finca, unas pocas viviendas de una sola planta, acondicionadas para la servidumbre y los labriegos que cuidaban los campos. Eran casas nuevas, juzgó Artal. Parecían haber sido construidas recientemente para albergar allí a los criados, hombres de campo y a sus familias. Y no debían estar a disgusto con sus condiciones: habían encontrado durante el trayecto a varios campesinos y hombres al servicio de Aurora que los saludaron con respeto, casi con veneración, luciendo unas sonrisas sinceras en sus semblantes. La menina había abandonado sus silencios para preguntarles por sus familias e interesarse por el avance de los trabajos, acordando con ellos pasarse por sus moradas al día siguiente. No era una mala arrendataria, eso estaba claro. Y, por lo que parecía, Aurora les había cedido sus tierras para que tuvieran un medio de vida, no cobrándoles diezmo alguno, por lo que pudo deducir de las conversaciones mantenidas. Algo realmente insólito en aquella época en la que el pueblo era asolado a impuestos y agobiado con requisamientos de bienes. Sonrió. Aurora no dejaba de asombrarle, incluso habiendo pasado tanto tiempo separado de ella. ¿Cómo podía olvidar lo que había sentido por ella? Pero ya era tarde. El tiempo de los besos había pasado. Aurora ya tenía otro dueño.

—¿Y el señor? —preguntó Aurora a una criada, mientras descabalgaba

ágilmente de su montura—. ¿Ha comido algo?

—Sí, señora. Ahora está durmiendo.

—Me alegro —siguió Aurora, deshaciéndose de los guantes y depositando las riendas de *Relente* en manos de uno de los caballeros.

La criada reparó en la presencia de Artal, quien se tocó el ala del sombrero a modo de saludo.

—El caballero se quedará con nosotros una temporada. Han de tratarlo como si fuera yo misma.

—Así se hará —dijo la criada, que parecía ser el ama de llaves de la vivienda—. ¿Y el señor...?

—Yo me encargaré de él...

—Señora, ¿creéis que es correcto? Al fin y al cabo...

—De verdad, Marta; perded cuidado. —Sonrió—. Decid a los demás que pueden tomarse el resto del día libre. Como ya sabéis, sé cuidar de mí y no creo que tenga ningún problema en encontrar lo necesario para la cena.

—Sí —corroboró la criada, risueña—. Lo sé, señora; no sois una noble muy típica.

Rieron.

—Así que alcanzaste un grado de nobleza por tu matrimonio con Albert...

La voz de Artal atrajo la atención de ambas, que lo miraron de forma fija.

—Señora...

Aurora calló a su amiga con un ademán de la mano.

—Ya sabes que detesto todas las formalidades, Artal; así, pese a esta nueva condición, intento llevar una vida sencilla.

—Viniendo de ti... ¡Perdón! Viniendo de vos, no me extraña. Y ¿de qué rango hablamos? ¿Una baronía? —preguntó Artal, burlón.

—Dejémoslo en un marquesado no hereditario y a título simbólico.

Lo dijo seriamente. La conocía demasiado bien.

—Señora, el señor...

—Ahora iré a verlo, Marta. No os preocupéis y marchaos.

Aurora hizo ademán de ingresar en la casa, empujando pesadamente una de las dos hojas de madera de la puerta. Una vez más, la voz de Artal la hizo volverse.

—Si no os incomoda, marquesa, ¿me permitís que presente mis respetos a vuestro marido?

Aurora volvió a intercambiar una mirada con Marta, que permanecía aún inmóvil, próxima a ella. Junto al grupo, dos caballerizos que perdían tiempo intencionadamente con los caballos, con ánimo de no perder ripio de la conversación allí mantenida.

—¿Por qué no? Acompañadme.

Artal siguió a Aurora al interior de la casa. La menina cerró la puerta tras de sí, con el tiempo suficiente para poder oír aún las voces de los criados diciendo:

—Pero si el señor...

La veía subir por la angosta escalera que conducía a las habitaciones del piso superior. La espalda, erguida; sus pasos, lentos y seguros. Con cada movimiento, sus cabellos se mecían suavemente. Se había quitado la capa que cubría sus hombros y la sostenía en el brazo izquierdo, en tanto que recorría

con la mano derecha el pasamanos de la barandilla de forja que delimitaba la escalera con el abismo.

Él la seguía muy de cerca, apenas un par de pasos por detrás, observando cómo sus largos dedos acariciaban el pasamanos. Sin poder contenerse, hizo que su mano avanzara hasta casi rozar el dedo meñique de ella al ascender el tramo. Lo quitó rápidamente, con miedo, como si se hubiera quemado con brasas ardientes, esperando una reacción de la menina. Sin embargo, ella no hizo nada; parecía no haberse percatado de la acción de Artal o, al menos, fingía no haber notado aquella caricia fugaz que los dedos del mosquetero propinaron a los suyos.

Al llegar arriba, Aurora giró a la derecha, hacia la segunda de las puertas que Artal pudo ver desde su posición. La joven pareció dudar unos instantes antes de abrirla, mirando de reojo al mosquetero.

—No os preocupéis. No pienso atacar a vuestro marido.

—No es eso...

—¿Entonces...?

—Antes de entrar en estos aposentos, Artal, debo pedirte que me perdones por lo que vas a ver.

—Como os he dicho antes, marquesa, no me debéis perdón alguno, ya que lo único que habéis hecho ha sido intentar seguir adelante con vuestra vida. Nada me debéis, Aurora. Y si ese matrimonio os ha traído la felicidad que decís haber alcanzado, en nada tenéis que pedir mi perdón.

Aurora frunció el ceño al advertir que él seguía llamándola de usted, haciendo énfasis en su condición de noble.

—Puede que sí te deba algo...

—Eso tendremos que discutirlo Albert y yo, ¿no creéis, marquesa?

—Creo que Albert no tiene nada que decir en esto...

No le dio tiempo a contestar. Aurora ingresó en la habitación. Artal esperó

unos segundos antes de seguirla al interior.

Al entrar, observó de una primera ojeada que la habitación, pese a no disponer de gran variedad de muebles, estaba exquisitamente adornada. Disponía de una chimenea que combinaba el mármol blanco y el ladrillo visto y que, por lo avanzado de la época, permanecía apagada. Sobre esta, un cuadro que representaba la toma de París por Juana de Arco. Creyó reconocer en la pintura semejanzas con la que monsieur de Bérard tenía en su despacho, en aquellos tiempos en que aún servía al rey Luis XIII como mosquetero. ¿Acaso podría ser la misma? ¿Podría habérsela regalado a Aurora? Recordaba que, en ocasiones, tanto monsieur de Bérard como el cardenal Richelieu habían comparado a Aurora con la santa francesa, en el sentido de que ambas eran mujeres que habían desafiado el orden establecido en pos de un bien mayor.

Volvió a pasear la mirada. Dos grandes ventanales, ornados con sencillas cortinas de terciopelo rojo, permitían que la luz penetrase en la habitación, de forma que esta permitiese iluminar un escritorio hábilmente colocado en el otro ángulo de la sala, sobre cuya superficie creyó apreciar la presencia de gruesos volúmenes y sendas hojas de papel escritas con la letra elegante y firme de Aurora. Un recado de escribir, que exhibía figuras equinas, acompañaba a libros y legajos. Junto al escritorio, una silla. Frente a la chimenea, dos sillones bajos de cojines adamascados de color rojizo. Pudo ver que Aurora había depositado su capa de color azul sobre uno de los asientos para, a continuación, dirigirse al otro lado de la habitación, donde se encontraba un lecho, excesivamente grande para ella, pero óptimo para la unión conyugal. Un dosel de madera y cortinas en tonos tierra lo coronaban.

Aparte de dicho mobiliario y el cuadro de Juana de Arco, no había ningún elemento decorativo que denotara mal gusto. Muy al contrario: las paredes lisas y encaladas daban una sensación de limpieza y amplitud que Artal jamás había apreciado en las moradas de otros nobles. El gusto sencillo de su propietaria era la tónica dominante del aposento. Jamás hubiera esperado que

la voluntad de Aurora se impusiera al gusto ostentoso de Albert. Eso le daba a entender que la pareja se entendía bien.

—¿Y vuestro esposo? ¿Acaso está en el excusado?

Aurora no respondió. Dándole la espalda, se había dirigido a uno de los laterales del lecho y se había inclinado, como buscando algo que Artal no pudo distinguir. Escuchó cómo su voz emergía entre susurros, dulcemente, acariciando cada palabra que salía de sus labios. Seguidamente, escuchó algo similar a un maullido, amortiguado tal vez por el espesor de las ropas y cojines que cubrían el lecho. A lo mejor buscaba a su mascota. Siempre había sabido del amor que Aurora sentía por los animales, y el hecho de que tuviera un gato consigo era algo que no le sorprendía. Entonces, Aurora se incorporó con un hatillo de ropa en los brazos y se dirigió a Artal con pasos inseguros. Mantenía los ojos bajos, mas en las comisuras de sus labios aleteaba una sonrisa.

Al llegar a su posición, el mosquetero se inclinó un poco para observar con sorpresa que, entre sus brazos, reposaba un bebé de pocos meses. Sus mejillas sonrosadas brillaban sobre una piel nacarada; sus ojos, ocultos tras unas largas pestañas negras, permanecían cerrados, presos de un reparador sueño. Su boquita rosada se movía de cuando en cuando, exhibiendo restos de saliva que amenazaban con deslizarse por su barbilla hasta la toquilla que lo envolvía.

—¿Sois madre?

Aurora asintió. Artal tragó saliva.

—Sabía que este día llegaría, aunque no esperaba que fuera así. Me alegro de que Albert os haya dado aquello que yo no pude.

—Artal, Albert no es el padre del pequeño. De hecho, Albert no es mi marido.

Artal la miró fijamente, mientras Aurora acariciaba con uno de sus dedos la mejilla del hijo que llevaba en brazos.

—Pensaba que Albert y vos os habíais casado tras abandonar París...

—¿Quién te dijo eso?

—Mi hermano sospechaba... Creyó que Albert os había interceptado de camino a las Españas para pedir vuestra mano y, una vez que lo aceptasteis, volvisteis juntos.

—Héctor os contó la verdad. A medias... —dijo Aurora.

Artal apoyó una de sus manos sobre el respaldo de la silla más próxima, como si el simple hecho de tener un punto al que aferrarse le confiriera una fortaleza que creía estar perdiendo por momentos.

—Efectivamente, Albert me interceptó a la salida de París; más concretamente, me interceptó en el lugar donde tú y yo vivimos nuestra primera noche juntos. Hice noche allí con la esperanza de que pudieras aparecer en cualquier momento. Al no verte, decidí despedirme de tu recuerdo con mi adiós a aquel calvero. Entonces Albert apareció y me dijo que no era necesario que continuara mi camino sola. Fue muy convincente, Artal; suplicó y hasta me besó. Te aseguro que, por un momento, estuve tentada de aceptar su ofrecimiento; pero algo me detuvo. Lo rechacé...

—Entonces...

—Una vez que hubo aceptado mi negativa, me acompañó en mi camino de vuelta a las Españas e intercedió ante el rey y Olivares para que ambos me otorgaran el permiso de vivir en el que había sido mi hogar. Al poco tiempo, Albert fue llamado a Flandes para prestar servicio a mi madre. Hubo de hacerlo bien, pues allí se le concedió el honor de desposarse con una noble flamenca con la que, a día de hoy, espera su primer hijo.

—Entonces, este niño...

Aurora alzó la mano derecha y la exhibió ante los ojos de Artal. Un aro

plateado, adornado únicamente por un solitario, reposaba en su dedo anular. Artal abrió los ojos como platos al percatarse de que aquel era el anillo de su madre, el mismo que había depositado en el dedo de Aurora en el momento en que pidió su mano en matrimonio; el mismo que había cambiado de mano cuando ambos pronunciaron sus votos en aquella recóndita capilla de Toledo, a los pies de aquel Cristo cuya mano había abandonado el madero para jurar la existencia de una promesa entre dos antiguos amantes.

La miró. Un sudor frío recorrió sus sienes.

—Jamás me he desposado con otro hombre que no fuera el dueño de este anillo, que es el mismo que me regaló la vida de este niño.

—¿Cuándo...?

—Aquella vez... Aquella última vez, en Breda.

Artal evocó en su memoria aquella última vez que ambos habían compartido.

No pudo evitar tragar saliva al sentir cómo se excitaba al recordar el fragor de aquel encuentro. Y tampoco pudo evitar mirar al niño que Aurora sostenía entre sus brazos.

—Me di cuenta de que llevaba un hijo tuyo en mis entrañas poco antes de abandonar París. Mostraba los mismos síntomas que con el embarazo anterior. En un primer momento, no quería creerlo. ¡Criar a un hijo sin padre! Me hubieran señalado como una cualquiera...

—¿Y lo has criado tú sola? —la tuteó por vez primera.

La joven asintió.

—Desde que nació, ha sido mi verdadera felicidad. Jamás pensé que podría volver a sonreír.

—¿Cómo lo has...?

—En un principio, iba a llamarlo como tú, pero al final le puse el nombre

de su tío.

Lo miró fijamente, con aquellos dardos negros que tenía por ojos muy brillantes. Una expresión en la que se mezclaban el orgullo por aquel hijo que cargaba y el miedo a la reacción del mosquetero se pintó en su carita de ángel.

Artal movió los brazos, en claro ademán de alcanzar al bebé, mas un repentino temblor azotó sus miembros, presa del nerviosismo y la inseguridad.

—Pu... ¿Puedo...?

Aurora no esperó a que finalizara la frase. Extendió los brazos y depositó al bebé en los del mosquetero, que lo contempló embelesado.

En ese momento, el niño abrió los ojos. El militar pudo apreciar el color de ellos, de un intenso negro azabache, como los de Aurora; y también pudo reconocer en el hoyuelo que el niño lucía en la nariz una semejanza con el que su madre lucía en la suya. No obstante, el color de los cabellos, la forma de las manos y algunos rasgos de la cara del pequeño reproducían exactamente a pequeña escala los que Artal exhibía. No había duda acerca de su paternidad.

La boca de Artal se curvó bajo su bigote, al tiempo que de la garganta del niño emergía una suerte de gorjeo, similar al piar de un gorrión. Reía. El bebé se reía.

Artal y Aurora se miraron. Una sonrisa iluminaba sus rostros.

Habían bajado a la planta inferior cuando observaron que la luz comenzaba a escasear. Una vez que el niño comenzó a dormirse en brazos de un Artal embelesado, Aurora hizo varios viajes a la cocina para traer a la sala principal algunas viandas. Pensó que las emociones del día no harían necesaria una cena demasiado pesada, por lo que un poco de pan, queso y fiambre, regados con algo de vino le pareció lo mejor.

La menina se había cambiado las ropas de hombre por un sencillo vestido de estar por casa. Una falda larga de color rojo y un corpiño negro ceñían la blanca camisa que ocultaba su torso, en tanto que su cabello caía en ondas sobre sus hombros, expandiéndose sobre la espalda. Jamás la había visto Artal más bella que aquella noche, si es que podía serlo. El mosquetero, por su parte, se había desecho de la casaca de cuero que completaba su atuendo, dejando a la vista una camisa de color celeste, sobre cuya superficie resaltaban unos tirantes negros que impedían que sus pantalones cayeran. En un principio, habíase negado a ello; no obstante, la insistencia de Aurora por asistir a su comodidad, pudo más que su inicial reticencia.

Cenaron en silencio, rodeados por montañas de libros que se apiñaban en las estanterías que cubrían las paredes de aquella sala. Apenas habían tocado bocado. Artal jugueteaba entre sus dedos con unas uvas que Aurora había traído consigo. Recordó lo que le dijo en Versalles: «Uvas con queso, saben a beso». Parecían haber pasado mil años desde aquel instante, y, sin embargo, no hacía tanto tiempo.

Artal suspiró. Fuera, habíase desatado una fuerte tormenta. Las gotas de lluvia golpeaban con fuerza los cristales de los tres ventanales que abrían aquella sala al exterior. El agua recorría su superficie, describiendo ramificaciones que simulaban cascadas, como si quisieran querer confundirse con los maderos del marco. Miró un momento a la menina. Creyó percibir un leve temblor en sus miembros y, a continuación, cómo la joven se frotaba los brazos con fruición. Junto a ella, la cuna del pequeño Felipe, que habían decidido bajar al salón para no perderlo de vista. El mosquetero se percató de que aquella sala contaba también con una chimenea cuya leñera estaba bien pertrechada. Rápidamente, se aprestó a encender un fuego que pronto devoró las maderas que acomodó en el hueco del hogar. Sentose en el suelo. Oyó pasos a su espalda. Aurora lo imitó, sentándose a gran distancia de él, pero de forma que también pudiera disfrutar del calor de las llamas.

Un silencio incómodo se había instaurado entre ambos desde que bajaron a

cenar. No se escuchaba ningún otro ruido en esa casa, puesto que su dueña habíale dicho a los criados que podían disfrutar del resto del día libre, conoedora de que allí iba a producirse un acontecimiento que no requería la atención de otros ojos que no fueran los de los interesados.

Un relámpago iluminó aquella sala que hacía las veces de comedor y biblioteca, haciendo que los rostros de sus ocupantes resplandecieran con tonalidades azuladas.

—Creo que es mejor que nos retiremos a dormir —dijo Aurora, rompiendo el silencio—. Se ha hecho tarde y han sido demasiadas emociones para un solo día. —Se levantó, sin hacer ruido—. Puedes utilizar los aposentos que hay contiguos a los míos. Si te hiciera falta cualquier cosa, no dudes en pedirla. Considérate en tu casa...

Al decir esto, hizo ademán de acercarse a la cuna del bebé para cargarlo al piso superior. De repente, la mano de Artal se cerró en torno a la suya, impidiéndole realizar cualquier tipo de movimiento. Aurora giró un poco el cuerpo para mirar al mosquetero, quien se había levantado de su sitio, fijando sus ojos oscuros en la figura de la joven. La única distancia que había entre ellos era la de sus brazos, unidos a través de sus manos.

—Déjame dormir contigo...

La petición era simple, clara. Aurora sintió que sus mejillas se teñían de rojo y sus ojos se abrían desorbitados. Los ojos de Artal estaban fijos en ella; su boca, torcida en una mueca de determinación. No tenía otro interés más que ella. La joven volvió a temblar. El mosquetero lo notó. Un nuevo relámpago hizo brillar el interior. La menina gritó un juramento y, deshaciéndose de los dedos del mosquetero con un violento manotazo, echó a correr desesperada fuera de la habitación. Poco le importó que su hijo siguiera dormido en su cuna, poco le importó que fuera estuviera desatándose una descomunal tempestad. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, abrió las puertas que

conducían al exterior de la finca furiosamente y corrió hacia el exterior. Artal permaneció inmóvil por unos segundos antes de precipitarse en pos de Aurora hacia el patio. La llamó por su nombre varias veces hasta que se detuvo.

La menina sintió cómo los cabellos comenzaban a pegársele al rostro, cómo la ropa se le adhería al cuerpo, delineando cada línea de él. Sintió cómo las lágrimas afloraban de sus ojos hasta confundirse con los ríos de agua que se deslizaban por su rostro. Se giró.

Artal permanecía a pocos pasos de ella, mirándola fijamente. Sus cabellos rizados goteaban abundante agua, producto de la virulenta tromba que azotaba la hacienda. La camisa se le pegaba al pecho, dejando patente su musculatura. Sus pantalones de cuero brillaban intensamente, como consecuencia del diluvio.

—Aurora... —volvió a llamarla.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Por qué tardaste tanto? ¿Por qué no viniste antes?

—Cuando me dijeron que te habías marchado de Francia en compañía de Albert, me volví loco, Aurora; loco de celos. No podía concebir que fueras de otro que no fuese yo mismo. Consideraba tu viaje como una traición.

—¿Me dijeron que habías muerto! —gritó, azotada por el llanto.

—¿Estaba muerto! —le gritó él también—. Para todo lo que amaba estuve muerto durante mucho tiempo. Creía que mi hermano y tú me habíais olvidado al no recibir noticias de nadie durante mi período de convalecencia.

—Podías haber escrito...

—¡Maldita sea, Aurora! Estuve tres meses dormido. ¡Tres meses! Y de estar postrado en una cama, mis músculos se anquilosaron y me fue imposible recuperar el control de mi cuerpo y mis fuerzas hasta pasados otros dos meses. Y para colmo, al llegar a París, me dijeron que te habías casado con Albert.

—¡Jamás podría haberme casado con él!

Un trueno acompañó el juramento de Aurora, seguido por un nuevo fulgor

azulado que refulgió sobre la humedad del agua que los azotaba indiscriminadamente. Artal observó cómo la mujer jadeaba, cómo sus labios entreabiertos permitían que el agua osara adentrarse más allá de sus comisuras, haciendo que su jugosa boca brillase con el fulgor de las centellas. El mosquetero avanzó unos pasos hacia la mujer.

—Te busqué, Artal. Pasé largo tiempo buscándote hasta que ya todos me aconsejaron que abandonara toda esperanza de encontrarte. ¿Sabes lo que significó para mí aceptar la idea de tu muerte? ¿Sabes lo que ha significado para mí saberte vivo?

—¡Lo mismo que significó para mí saber de un matrimonio que no se celebró!

—¡Llevaba un hijo tuyo en mis entrañas!

—¡De haberlo sabido, habría corrido a tu lado mucho antes!

Un nuevo estruendo acompañó las palabras de Artal, que parecieron adquirir un énfasis sobrenatural.

Aurora lo miró atónita, al tiempo que se mordía los labios.

—Tal vez el destino no quiere que estemos juntos... Tal vez esta historia jamás debió iniciarse... —Giró el rostro, de cuyo mentón goteaban ríos de agua inmisericorde—. Este amor murió el mismo día en que nació... Nunca debió nacer...

—¡NO!

Fue el grito de Artal el que pretendió acabar con la virulencia de la tormenta, el que amortiguó el chapotear de sus pasos sobre el barro que se había formado a sus pies, el que escondió su presencia a los ojos de una asombrada Aurora, que solo pudo ver cómo la agarraba de un brazo y la forzaba a mirarlo.

Los ojos del mosquetero estaban arrasados en llanto. Sus mejillas, teñidas del rojo que producía la excitación. Apretaba los labios como si quisiera

contener un juramento, como si estuviera forzándose a no gritar, a no demostrar más debilidad de la que ya estaba mostrando ante aquella mujer. La menina sentíase indefensa, privada del control de su cuerpo. Hubiera querido huir de aquel lugar, seguir corriendo en pos de un destino incierto que la cobijaría de sus inseguridades, del miedo que le producía la presencia de Artal. Pero algo la tenía paralizada, algo que no acertaba a decir qué era...

Una de las manos del hombre acarició su mejilla, húmeda por las lágrimas y la lluvia que la regaban.

—¿Serías capaz de decir que nuestro amor murió si miras a nuestro hijo? — dijo Artal.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la menina. ¡Su hijo! Artal se había referido al bebé como *nuestro*. Era más de lo que podía soportar...

—Yo...

—Sabes que nuestro amor no murió, Aurora. ¡Nunca murió!

Al decir esto, la boca de Artal selló la suya con un beso en el que se mezclaban la furia y el deseo. Aurora no pudo escapar del ímpetu de Artal, quien la agarró de la cintura, apretando su cuerpo contra el suyo. Intentó resistirse, intentó apartarle tratando de empujar su pecho con ambas manos; mas algo, aquel *algo* seguía reteniéndola.

El militar se separó de ella de forma queda. Volvió a acariciar su rostro, inundado en llanto, apoyando ambos pulgares suavemente bajo sus ojos negros, que lo miraban fijos, anegados en lágrimas. Artal también lloraba. Su respiración entrecortada y sus ojos enrojecidos lo delataban.

Aurora alzó una de sus manos y acarició su mejilla, parcialmente oculta por el vello oscuro de la barba. Su cuerpo se estremeció al recordar aquel picor conocido, al rememorar caricias del pasado que creía olvidadas. Lo acarició con miedo, temiendo que iba a arder con ese simple roce.

—Nunca murió... —repitió Artal.

Sus bocas volvieron a unirse, estrechándose, frotando sus cuerpos uno contra el otro. Les daba igual que los criados pudieran estar cerca, les daba igual que ojos indiscretos pudieran ser testigos de aquel reencuentro. Les daba igual todo, salvo ellos mismos.

Presos de un vértigo embriagador, cayeron sobre el suelo hecho barro; Artal sobre Aurora.

La tempestad caía cada vez con más intensidad sobre ellos. La tierra del suelo eran ríos de barro que humedecieron rápidamente sus ropajes. Rodaron sobre el suelo, una y otra vez, abrazándose bajo la ferocidad con la que la naturaleza parecía agasajar aquel ardiente acercamiento.

La mano de Artal se movió entre ambos, desatando el corpiño que aprisionaba los senos de Aurora, que quedaron libres y al alcance de las manos del hombre. Lo mismo hizo la menina, quien procedió a desvestir el torso de Artal de la camisa que lo cubría, haciendo que aquel pecho musculoso, salpicado de un fino vello moreno, quedara a la vista. Las caricias se tornaron en besos. Los labios dieron paso a sus lenguas. No había recodo de sus cuerpos que no quisieran explorar, no había centímetro de su piel que no fuera regado con besos y con el agua de la lluvia. Los pezones de ella se endurecieron al contacto con las manos de él, al tiempo que el mosquetero sentía cómo algo sobresalía de su entrepierna.

Pronto, las calzas de Artal bajaron hasta dejar al descubierto la mitad de sus glúteos, al tiempo que las faldas de Aurora se alzaban hasta la cintura para que el mosquetero se acomodase entre sus piernas. Los gritos de ambos se confundieron con el centelleo de la tempestad, que parecía querer amortiguar las embestidas del mosquetero contra el cuerpo de la menina. Gritaron con violencia, con deseo; con miedo de volver a perderse, de que todo aquello pudiera volver a acabarse...

Se perdieron juntos y juntos alcanzaron el éxtasis...

Artal cayó sobre los senos descubiertos de Aurora con un gemido gutural.

Sentía sobre su rostro los jadeos de la mujer, cuyo pecho subía y bajaba azorado. Se incorporó un poco para mirarla. Sus cabellos, completamente mojados, parecían querer confundirse con el charco de barro que los rodeaba. Por primera vez, se percató de que lo que les caía era un verdadero chaparrón. Ni corto ni perezoso se incorporó y, cogiendo a Aurora en sus brazos, la llevó al interior de la casa. Cerró la puerta de entrada con una patada para, a continuación, dirigirse al interior del salón. Dio gracias por haber encendido la chimenea, junto a la cual depositó a una aún agotada Aurora. Su falda, completamente mojada y manchada de barro, aún se arrebolaba en torno a su cintura; el corpiño y la camisa, abiertos; su cabello, pegado al rostro y a la espalda. Artal comenzó a desnudarla con dulzura, arrojando sin miramientos las prendas lejos de su posición. Aurora lo imitó. Al quedar los dos desnudos, un súbito ataque de vergüenza hizo acto de presencia. Era verdad que habían compartido momentos íntimos en el pasado, mas, ¡había pasado tanto tiempo! Y a pesar de todo, sus cuerpos se habían reconocido, se habían frotado, se habían deseado con un fragor inusitado, solo comparable al que sintieron durante el sitio de Breda en el que la semilla de Artal se instauró en el confortable vientre de Aurora para forjar un hijo de aquel amor.

Ambos cayeron nuevamente en brazos del otro, tornando sus bocas a besarse. Se arrodillaron ante la chimenea, recreándose en el instante que estaban compartiendo. Pronto, volvieron a tenderse, sintiendo en sus cuerpos la frialdad del mármol del suelo. Ahora rodaban, ahora se acariciaban, ahora se exploraban... Esa vez, se amaron de forma más pausada, más concienzuda, más pasional. Con la experiencia de dos antiguos amantes que conocen sus cuerpos y la curiosidad que suponía un primer encuentro tras largo tiempo separados.

El goce supremo le vino a Aurora de puntillas, sintiendo cómo las caricias de Artal contribuían a que alcanzara su máximo delirio. Los ojos del mosquetero observaron cómo ella se iba primero, cómo su vista se nublaba y cómo gemía ante las caricias de los osados dedos y los envites con los que

aquel hombre de armas la obsequiaba. Artal, ya fuese porque su límite estaba próximo o porque el placer de ella lo excitó sobremanera, la siguió pronto, perdiendo la noción del tiempo y uniendo sus gritos a los de la mujer. Los gritos y jadeos se confundieron con sus voces, que pronunciaban sus nombres una y otra vez, que exclamaban *te quiero* retenidos por largos años. Las convulsiones fruto del deleite sacudieron sus cuerpos.

Entonces, todo se calmó.

Al recuperar la conciencia, comenzaron a reír. Él, acariciando el rostro de ella; ella, aferrándose a sus omóplatos, temerosa de que se desvaneciera con la bruma de la mañana. Se habían olvidado de la tormenta. Solo estaban ellos dos.

El bebé comenzó a llorar, reclamando a su madre.

Aurora se levantó para volver posteriormente con su hijo acomodado en la cuna que sus brazos formaban. El pequeño no había podido esperar a que su madre tomase posiciones en algún sillón y, víctima del hambre, cogió uno de los pezones de Aurora y comenzó a succionar, feliz. La joven se sentó en el suelo, en el hueco que formaban las piernas de Artal, próxima al calor del hogar.

El mosquetero rodeó los hombros de la menina con sus brazos y contempló arrobado cómo amamantaba a su hijo de pocos meses. No podía experimentar una felicidad mayor que aquella. Aquel era su hijo, el fruto del amor que sentía por la mujer que ahora reposaba entre sus brazos, por la mujer por la que habría dado la vida y había renunciado a su plaza de mosquetero en París. Aún recordaba cuando la vio por primera vez en la biblioteca de Palacio. Se reprochó a sí mismo el que en un primer momento quisiera abusar de su virtud. Ahora se enorgullecía de tenerla así, desnuda, entre sus brazos.

Aurora torció la cabeza y lo miró. Sus ojos, brillantes como estrellas. Feliz, única... Y sobre todo, enteramente suya.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Artal?

Él apoyó la cabeza en la curva del hombro de la mujer. Sus ojos seguían fijos en su hijo, que seguía lactando con avidez.

—El destino parece habernos dado una nueva oportunidad y no pienso desaprovecharla. ¿Tú podrías?

—No me refiero a eso. Me refiero a que ¿cómo vamos a justificar que vivamos juntos?

—Como tú misma dijiste, solo te has casado con un hombre y ese hombre soy yo. —Le acarició la mejilla con la nariz—. Tan solo debemos exhibir, por fin, el documento que prueba nuestro matrimonio.

—¿Acaso lo has conservado?

—Jamás pude destruirlo. ¿Y tú?

El bebé cesó su comida y emitió un gruñido, feliz y satisfecho. Aurora depositó al niño en los brazos de su padre, quien lo apretó contra su pecho protector. La joven se levantó y se dirigió a una de las estanterías, de la que extrajo un pergamino enrollado y anudado con una cinta de color celeste. El fulgor de un relámpago volvió a iluminar la estancia, haciendo que el blanco cuerpo de Aurora se iluminase con tonalidades azules.

La menina se arrodilló ante el mosquetero, sosteniendo el documento en su siniestra. Con la diestra, acarició el rostro de su amor, quien juntó su frente con la de la mujer.

—Yo tampoco —dijo Aurora.

Epílogo

El Escorial, 12 de junio de 1638

Permanecía sentada en aquel improvisado sillón de piedra desde el cual se divisaba la gran mole gris del Monasterio del Escorial. El bosque de pinos que rodeaba la imponente construcción se había agrandado considerablemente en aquellos largos años que pasaron desde que descubriera sus orígenes tras aquellas paredes de gloria y muerte. Su rostro, tan bello como en su juventud, había abandonado las redondeces propias de los pocos años, ganando en ampulosidad; su barbilla se había afinado, mas su figura seguía conservando la gracilidad y formas de su juventud, aún más acentuadas si cabe por aquellas ropas masculinas que lucía. Sus cabellos castaños ondeaban sobre sus hombros graciosamente, al mismo compás que su capa de color negro.

Escuchó voces a su espalda y se volvió. A lo lejos, creyó percibir cuatro figuras. Un hombre y tres niños. En concreto, dos niños y una niña.

El mayor parecía tener unos trece años, era alto para su edad y sobre el labio superior comenzaba a aparecer una leve pelusa de vello que pronto se oscurecería aún más. Sus cabellos oscuros estaban cortados a ras de los hombros y se rizaban levemente en las puntas. Sus ojos, de un negro intenso, brillaban con la luz de la inteligencia.

El que le seguía, también varón, no parecía tener más allá de diez años. Era una copia exacta de su hermano mayor, pues su rostro reproducía a pequeña escala los rasgos del otro. Sus labios se curvaban en una risa que parecía ser

eterna, sendos hoyuelos coronaban sus mejillas; se movía con rapidez, con ligereza, observando todos y cada uno de los detalles que lo rodeaban. Saltaba alrededor del hombre como si fuera lo más divertido del mundo.

La niña iba agarrada de la mano de su padre. Tenía largos cabellos castaños que adornaba con un femenino lazo sobre la cabeza. Sus pasitos menudos intentaban seguir sin éxito los del hombre y los otros dos niños, que avanzaban hacia la mujer sin prisa pero sin pausa. Ella también sonreía y, al ver a aquella dama, comenzó a acelerar el paso mientras tendía los bracitos regordetes hacia ella.

Descendió del sillón de piedra y acogió en sus brazos a los tres niños, que la abrazaron con singular énfasis. El hombre, un poco más allá, observaba la escena embelesado.

Una vez que terminaron aquellas muestras de cariño, se dirigió a aquel que había preferido esperar y, ante la mirada divertida de los tres infantes, lo besó con pasión.

—Los niños... —dijo él.

—¿Acaso una mujer no puede besar a su marido tras una larga temporada separados? —bromeó ella.

Él sonrió y tomó el rostro de su esposa entre sus manos, contemplándola arrobado. Para él también había pasado el tiempo: algunas arrugas habían aparecido en torno a sus ojos y sus cabellos exhibían leves hebras de plata, aunque el color oscuro seguía siendo el predominante. Iba vestido con unos pantalones de cuero marrón y una camisa de color verde, sobre la que vestía una casaca de paño oscuro. En su muñeca, la cinta azul que ella le había regalado hacía años en una biblioteca, en Francia.

Los niños comenzaron a corretear, simulando antiguas batallas. El uno decía ser el Cid, el otro Roldán, la niña clamaba ser la Reina Católica. Ellos comenzaron a caminar muy pegados el uno al otro, el brazo de él rodeando el talle de ella.

—¿Qué hay por Francia? —preguntó él.

—Hay buenas nuevas. La reina está embarazada y se espera que dé a luz a finales de septiembre.

—¡Después de más de veinte años de matrimonio! ¡Casi parece un milagro!

Ella asintió.

—Después de su aventura con Buckingham y haber sido desterrada por Luis XIII a Val-de-Grâce, creo que tuvo el tiempo suficiente para saber cuál era su lugar en el mundo.

—Me sigue pareciendo increíble que el rey la haya aceptado en su lecho.

—Dicen las malas lenguas que no es hijo suyo, sino de un tal Mazarino. Parece ser el elegido por Richelieu para sucederlo.

—¿Mazarino? ¿Italiano?

Ella asintió, lo cual le valió una mueca de desagrado por parte del hombre.

—Los italianos siempre metiendo las narices en Francia...

—Parece que no les tienes en mucha estima. —Rio ella—. Aun así, se comenta que la salud del rey comienza a resentirse por días. De ser el bebé un varón, la reina Ana podría asumir la regencia, demostrando, por fin, la valía de su sangre Habsburgo.

—¿Conseguiste verla?

Ella asintió.

—Pude verla, sí, y la reunión fue de lo más cordial. Hablamos de los recuerdos del pasado y me preguntó por ti, por los niños. Por lo visto, Pierre ya le comentó que habíamos tenido una niña.

—De hecho, mandó regalos para todos unos días antes de tu llegada por mediación de Pierre. —Miró a la niña—. A la pequeña parecieron no gustarle los vestidos, pues comenzó a jugar en el acto con las espadas de Felipe y Arturo.

Rieron.

—Yo tengo la culpa de ello —admitió la mujer—. De ver a su madre entrenando con su padre, vestida de hombre, estoy haciendo de ella un marimacho.

—Jamás te he considerado menos mujer por usar ropas de varón, Aurora. — La abrazó por la cintura y la atrajo hacia sí—. Es más, me encanta desvestirte de esas ropas masculinas y... —acercó su boca a la oreja de Aurora para susurrarle—: Me encanta liberar tus pechos de la venda que los aprisiona y poder tocarlos a mi antojo.

Aurora rio nerviosa y sintió que se ponía muy encarnada. Por más años que pasaran, aquel hombre sabía cómo volverla loca.

—Has dicho que Pierre está en las Españas...

Artal asintió.

—Parece que Richelieu, después de todo, eligió al mejor de los sustitutos para suplirte. Sabe cómo moverse, dónde preguntar y no tiene escrúpulos a la hora de valerse de ingenuas fémias para conseguir lo que desea.

—Yo no me referiría a Eugenie como ingenua. Ha sido lo bastante lista como para permanecer en la Corte todos estos años y conseguir que los reyes tengan sus opiniones en más valía que las de Olivares.

—Lo que no cambia es que Pierre y ella se pierden cada vez que se ven.

—La historia de nunca acabar...

—Sin embargo, Felipe IV se cansa con facilidad de las mujeres, aunque siente predilección por las francesas. Según he averiguado, su última conquista es una muchacha de la casa de los Montignac, de la que ha engendrado dos bastardos.

—Y mientras, la reina Isabel, embarazada nuevamente. Dios quiera que sea un varón.

—Si el rey entendiera, como lo hice yo, que las mujeres nos dais mil vueltas, no estaría tan obsesionado con engendrar varones y no hembras.

Sonrieron. A lo lejos, la sierra de Guadarrama se recortaba en el horizonte, delineando la figura de una mujer yacente, con las dos manos sobre el pecho. Artal recordó la canción de Aurora en el Pardo. Hablaba precisamente de esa mujer... Habían pasado tantos años desde aquel día, que parecía soñado. Y, sin embargo, allí estaban, contemplando los grisáceos muros del Escorial que tantos secretos ocultaban.

La niña gritó mientras levantaba el puño al cielo. Decía palabras ininteligibles, palabras que parecían ecos del pasado, la voz de una reina arengando a sus tropas. Sus hermanos sonrieron. En el juego, los tres luchaban a la par, los tres eran mosqueteros del rey. No había diferencias entre ellos. Igual que su padre. Igual que su madre.

—¡Qué feliz hubieran sido Philippe y Héctor de verlos! —exclamó Aurora.

—Héctor me escribió recientemente. Me dijo que vendrían para la próxima primavera. Por lo visto, su esposa está a punto de dar a luz a su cuarta hija y la pequeña Ann Marie ya es toda una mujer —dijo Artal.

—Ojalá hubiera podido verlos cuando visité Francia, mas mis obligaciones me retuvieron.

—¿Conseguiste lo que fuiste a buscar?

Aurora guiñó un ojo y extrajo de debajo de su capa un pañuelo que contenía un objeto de pequeñas dimensiones. Al abrirlo, mostró una perla más grande de lo normal, engarzada a un guardapelo de plata y oro. La Perla Peregrina, la legendaria joya de Felipe II que el Tercer Felipe había lucido en un cuadro de Velázquez y que se creía perdida. Artal mantenía los ojos fijos en la joya, mientras ella miraba de reojo a sus hijos.

—Fue la última voluntad de mi madre. La joya más preciada de su padre debía ser para su nieta.

—Aurora, ¿alguna vez has pensado en reclamar el lugar que te

corresponde? No sé... Tu abuelo quiso que fuera tu madre y no el Tercer Felipe la reina de las Españas. El testamento que encontramos os refrendaba como herederos a Philippe y a ti. Muerto Philippe, ¿no crees que deberías luchar por lo que es tuyo?

Ella lo miró fijamente y sonrió.

—Creo que ya estoy en el lugar que me corresponde: contigo y con los niños. —Unió sus dedos con los de Artal y besó sus manos—. Con vosotros, ya lo tengo todo.

La niña gritó. Había caído del sillón y se había raspado una rodilla. Sus hermanos acudieron a ella haciéndole mil carantoñas y recomendaciones, pero ella torció el gesto y, robándole una de las espadas de madera a su hermano menor, comenzó a blandirla ante ellos.

Artal y Aurora rieron.

—Es idéntica a ti...

—Incluso en el mal carácter.

—¿Te gustaría que siguiera tus pasos?

—Mi camino estuvo determinado desde mi nacimiento, Artal. Ningún otro conocí hasta que apareciste en mi vida y decidí seguir a mi corazón.

—Tal vez sea mosquetero, como su padre. O espía, como su madre —bromeó él—. Aunque a su madre siguen llamándola *el Mosquetero del Alcázar* cuando aparece por la Villa.

—Los lugareños tienden a exagerar. De todos modos, no sería del todo malo que se pareciera a sus padres, ¿no? Al fin y al cabo, no lo hemos hecho tan mal.

—No —admitió él—. No será así con mi Isabel: ella será quien desee ser.

—Como su abuela y la gran reina que llevó su nombre...

Isabel. Promesa de Dios.

FIN

Agradecimientos

A mis padres, a mi hermano y a mi marido,
por seguir creyendo en mí a pesar de todo y de todos,
y por acompañarme en esta loca aventura, que es la vida.

Y a mi hijo Diego:

Gracias por enseñarme a querer sin conocer.

Gracias por enseñarme el verdadero significado de la palabra «vida».

Gracias por enseñarme que los verdaderos héroes no salen en la televisión ni tienen armas fantásticas. Son seres pequeños que llevan pañales y usan sus ganas de vivir como auténtica espada.

Gracias por estar en mi vida. Gracias por estar vivo.

Gracias por elegirme como tu mamá.

Te quiero, hijo mío.

Si te ha gustado

El mosquetero del Alcázar

te recomendamos comenzar a leer

Un romance real

de *Laura A. López*



Capítulo 1

El periódico *The West*, anunciaba el matrimonio del afamado príncipe Robert Wilburg-Bergen, con una tal lady Coraline Hans, venida desde el Reino Unido para convertirse en la futura reina de Westland.

Westland, un país independiente de la mancomunidad de la reina Elizabeth II. Quienes lograron la independencia en 1900 fueron proclamados, como la nobleza de ese pequeño país de tamaño de Uruguay. Con cuatro millones de habitantes, habían logrado vivir de la agricultura y ganadería, convirtiéndose en un país rico y próspero.

Susan Culligan cerró el diario y lo arrojó al cajón. Adiós a sus sueños de ser cenicienta y casarse con un príncipe.

Los Culligan no eran una familia pobre, pero pertenecían a la clase media-baja. A sus padres les alcanzaba el dinero para enviarla a una de las mejores universidades del país, Saint Mary University.

Desde aquel periódico de octubre del 2010, habían pasado cinco meses y, como todo lo que pertenecía a la monarquía de Westland, ella lo coleccionaba.

Tenían las mismas costumbres de Inglaterra, suvenires por doquier del matrimonio real. Sería el primero que presenciara desde su nacimiento.

—¡Ya tengo el vestido! —Sonrió sacándolo de un perchero para extenderlo en su cama—. ¡El tocado!

Se rebuscó el tocado en una caja redonda.

Su atuendo sería azul con un tocado y zapatos negros; pediría prestadas las perlas de su madre, y asunto arreglado.

El único inconveniente era cómo entrar. Le restaba importancia; iría en taxi hasta la capilla de Saint Gregory o al menos que la dejara cerca o mejor...

—¡Tengo la mejor idea de todas! —Mañana sería la boda real, y ella asistiría fuera como fuera.

Susan era entusiasta e inteligente, graciosa y revoltosa, nada de lo que la realeza era, pero a ella le interesaba. Sabía que para ella sería imposible llegar a conocer a los integrantes de la nobleza. La familia Wilburg-Berger, pertenecía a la estirpe más alta de Westland: eran los reyes.

—¡Susan, se te hará tarde para la universidad! —anunció su madre creyéndola dormida—. Oh, estás despierta.

—Es la víspera del casamiento del príncipe Robert; es emocionante.

—Susan, ¿tienes este vestido, los zapatos y el tocado para ver todo por televisión? Me parece innecesario.

—Si no te agrada que asista, aunque sea sentada frente al televisor, entonces déjame ver la boda real en la casa de Cynthia.

—Está bien, vete. Mañana es feriado.

—Ya iré a quedarme con ella esta noche...

—De acuerdo. Ahora vístete. —Su madre cerró la puerta y se retiró.

Ella tomó un bolsón y colocó todas sus ropas y también su elegante atuendo para la ceremonia a la que su mente le decía que debía asistir.

¿Quién no ha soñado con la elegancia de la realeza, con las fiestas de jardín, aquellas sábanas blancas y perfumadas cambiadas diariamente si fuera una de las princesas? Estaba segura de que cualquier dama estaría feliz de ser una princesa glamorosa.

Con aquel bolso con unas cuantas pertenencias, esperó el autobús que la llevaría hasta la universidad.

Su bulto era una verdadera molestia en hora pico, pero valía su sueño. Después de veinte minutos, bajó frente a la universidad y caminó hasta el pasillo de economía.

—¿Qué traes ahí? —preguntó Cynthia señalando el bolsón.

—¿Te echaron de tu casa? —cuestionó Vanessa, su otra amiga.

—No mis queridas amigas... Alguien va a quedarse esta noche en la casa de Cynthia —informó pícaro, alzando una ceja.

—¿En mi casa?! No me habías dicho nada de que tuvieras esa intención.

—En realidad no iré a tu casa... Iré a otro lugar.

—Supongo que traes el vestido que compraste y el tocado —opinó Vanessa.

—Olvidas los zapatos, Vanessa.

—Es ridículo. Los guardias reales no te dejarán parar; te considerarán una amenaza para la familia real, aunque en realidad, ya pienso que eres una amenaza.

—¡Cynthia, necesito tu apoyo!

—Susan, las calles ya se han cerrado antes, nadie puede entrar o salir, salvo que sea para confesarse en Saint Gregory —explicó su amiga muy pasiva.

—Es descabellado que pienses en asistir. Te gastaste tus ahorros en esos accesorios para ir.

—Lo sé, Vanessa, solo estoy esperando cumplir mi sueño de ser estrella por un día; quiero estar ahí. ¿Qué simple mortal ha logrado ir a una boda real?

—Pues más bien pareces estrellada —se burló Cynthia con pequeñas risotadas.

Vieron al profesor acercarse y entraron al aula para iniciar las clases.

Estaba demasiado excitada como para concentrarse en la ley de la oferta y la demanda. Miraba por la ventana, imaginando cómo sería la boda.

Ella esperaba la sobriedad y elegancia a la que estaban acostumbrados con sus reyes, y ella adoraba cada gesto de austeridad que colocaban aquellos.

Si bien, como toda monarquía, eran mantenidos con los impuestos, los habitantes adoraban a la familia real; eran sencillos y también amables. No creían ser de otro mundo por ser nobles.

—Susan, debemos movernos a otro salón —avisó Vanessa a una viajante Susan, que estaba desarrollando una película en su mente.

El día completo lo pasó distraída, pensando en su plan para asistir.

Tenía todo fríamente calculado. Iría a casa de Cynthia, de ahí tomaría un taxi que la acercaría a Saint Gregory y luego caminaría con una mochila; pasaría desapercibida por los guardias y dormiría dentro de la iglesia, específicamente en un confesionario, donde nadie la vería.

Se cambiaría de ropa ahí y se arreglaría el pelo. Saldría como si nada hubiera pasado, sería una invitada más. Luego de participar en la boda, buscaría sus ropas y regresaría a su casa, fin de la historia.

Alrededor de las cuatro de la tarde, salió de la casa de Cynthia, donde almorzó; cargó su celular y mp4 para sobrevivir a la larga noche que la esperaba.

Tomó el taxi que la dejó casi a cinco largas cuadras de Saint Gregory. Tuvo la infinita paciencia, y las agallas para pasar por aquel lugar.

Cuando se dirigía a entrar en la iglesia, uno de los guardias uniformados con grandes sombreros en la cabeza, la frenó.

—No puede pasar, señorita.

—Pero, tengo una crisis de consciencia, necesito hablar con alguien.

—Lo lamento señorita, pero está prohibido el paso a la iglesia.

—Solo serán unos minutos y luego me iré. ¿Qué daño puedo hacerle al príncipe si él no está aquí? —indagó inocente.

El guardia la miró fijo.

—Que sean solo unos minutos...

Breda está rodeada... Inglaterra ha atacado Cádiz... Francia permanece neutral...



Dos meses después de los sucesos de *La Menina del Louvre*, Felipe IV llama a su presencia a Aurora y a Philippe para pedirles cuentas por la muerte de don Álvaro de la Quadra, más los mellizos tienen misiones diferentes: Philippe custodia a una embarazada Ana de Austria, cada vez más perdida en sus ensoñaciones con el fascinante duque de Buckingham; Aurora, por su parte, viaja a las Españas en compañía de Artal y Philippe. Porta un anillo en su dedo, más no es de boda de lo que quiere hablar: su vida, sus orígenes, se encuentran ocultos tras el velo del misterio. ¿Quién es ella? ¿Por qué su rostro aparece en un retrato? Y de telón de fondo, la guerra... El sol de Breda pretende separar a los mellizos.

Los gemelos se buscan mutuamente. Mal haya en quien pretenda separarlos.

Mavi Tomé. Licenciada en Derecho por la UMA, Máster en PRL y Máster en y Asesoría Laboral, oposita al Cuerpo de Gestión de la Administración Civil del Estado. Es una apasionada de la Historia de España y de las Monarquías Europeas, pasión que combina con la escritura.

Anteriormente, ha participado en dos libros colaborativos: *Encrucijadas y Palabras Mayores*; también ha escrito un libro de cuentos: *Cuentos para Noches de Invierno*. *La Menina del Louvre* es su primera novela y espera que no sea la última.

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Mavi Tomé

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-17-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Prólogo

- [1] También llamada *Tregua de los Doce Años* o *Tregua de Amberes*. Fue un Tratado de Paz firmado en 1609 entre España y las Provincias Unidas de los Países Bajos por un período de doce años (1609 – 1621), por el que se acordaba una tregua en el conflicto conocido como *Guerra de los Ochenta Años*.
- [2] MARÍA ANA DE AUSTRIA Y AUSTRIA ESTIRIA (1606–1646). Futura emperatriz del Sacro Imperio Romano Germánico por su boda con su primo Fernando III de Habsburgo, acontecido en 1630. Se dice que la negativa a su matrimonio con el futuro Carlos I de Inglaterra y Escocia desencadenó la Guerra de los Doce Años entre Inglaterra y las Españas.

Capítulo 3

- [3] JUANA DE ARCO: Conocida como la doncella de Orleans (Domrémy, 6 de enero de 1412 – Ruan, 30 de mayo de 1431), fue una heroína, militar y santa francesa. Nacida en Domrémy, un pequeño poblado situado en el departamento de los Vosgos en la región de la Lorena, Francia. Ya con 17 años encabezó el ejército real francés. Convenció al rey Carlos VII de que expulsara a los ingleses de Francia, y este le dio autoridad sobre su ejército en el sitio de Orleans, la batalla de Patay y otros enfrentamientos en 1429 y 1430. Posteriormente, Juana fue capturada por los borgoñones y entregada a

los ingleses. Los clérigos la condenaron por herejía y el duque Juan de Bedford la quemó viva en Ruan, el 30 de mayo de 1431.

- [4] La canonización de Juana de Arco no se produjo hasta 1920, año en que la declararon patrona de Francia. Aun así, el 8 de abril de 1456 se produjo la revisión del juicio que la condenó a muerte y su posterior absolución por Calixto III.
- [5] No hay muchas fuentes que aclaren este respecto, pero los detractores de Richelieu lo acusaron de tener una relación homosexual con Luis XIII y con varios nobles de la época. Igualmente, y dada su especial afición por los gatos, decían que tenía relaciones zoofílicas con estos animales. Estos datos no están probados, por lo que el tema de *los gustos del cardenal*, lo hemos tomado como tema tabú para dar mayor suspense a la trama.

Capítulo 4

- [6] Se decía que los peregrinos que querían llegar a Santiago de Compostela seguían el camino trazado por la Vía Láctea, el llamado *Camino de las Estrellas*; no en vano, Compostela significa «campo de las estrellas».

Capítulo 5

- [7] Es lo que hoy sería conocido como el *mal de altura*. Se debe a que la presión atmosférica es mayor cuanto más se asciende, y a la lejanía con respecto al nivel del mar.
- [8] La causa de la muerte de Luis XIII fue la enfermedad de Crohn. Parece ser que los indicios sobre dicha enfermedad aparecieron en esta época de manera más o menos continua.

Capítulo 6

- [9] La Plaza Mayor fue finalizada por orden de Felipe III en 1618. El proyecto fue aprobado por Felipe II en 1580.
- [10] El Cid: Rodrigo Díaz de Vivar, uno de los héroes castellanos de la Reconquista, conquistador de Valencia y protagonista del célebre *Cantar de Mio Cid*.

Capítulo 7

- [11] Descanse en paz.

Capítulo 8

- [12] Buenos días, señor. ¿Cómo está?
- [13] Bien, gracias.

Capítulo 11

- [14] “Delfín” es el título con el que se conocía a los herederos al trono de Francia. Príncipe heredero.
- [15] En las Cortes europeas, no era raro el conocer un segundo idioma, además del natal. De hecho, por sus relaciones con Francia, el segundo idioma más hablado en la Corte española del siglo XVII era el francés.

Capítulo 13

[16] Y que mi hija, Isabel Clara Eugenia, sea la heredera del trono de las Españas. Y sus hijos. Y los hijos de sus hijos. Yo, Felipe Rey

[17] En aquella época, nacer gemelo o mellizo simbolizaba desgracia.

Capítulo 14

[18] ALCAIDE, ANA. CD: *Leyenda*, canción: «Akelarre».

[19] ALCAIDE, ANA. CD: *Leyenda*, canción: «La mujer muerta».

Capítulo 16

[20] Años después, estas certeras palabras de María de Médicis se hicieron realidad. Cuando Richelieu quiso establecer una alianza con los hugonotes, el partido católico, encabezado por María de Médicis, Ana de Austria y Gastón de Orleans, quiso eliminar a Richelieu e incluso derrocar a Luis XIII. Ese día se conoció como «Día de los Engañados».

Índice

El mosquetero del alcázar

Prólogo

Capítulo 1: Un visitante de Inglaterra

Capítulo II: Noticias de Inglaterra

Capítulo III: Recuerdos de la doncella de Orleans

Capítulo IV: El viaje comienza...

Capítulo V: El mal de los pirineos

Capítulo VI: De emboscadas y partidas

Capítulo VII: El Madrid de los Austrias

Capítulo VIII: El amargo sabor de la vuelta a casa

Capítulo IX: Secretos y verdades

Capítulo X: El pecado de Ana de Austria

Capítulo XI: Las sorpresas del alcázar

Capítulo XII: Cuestión de fe

Capítulo XIII: El misterio del Escorial

Capítulo XIV: Mascarada

Capítulo XV: Demasiado amor, demasiado dolor

Capítulo XVI: La decisión de Ana de Austria. Adiós, Philippe

Capítulo XVII: Contra los deseos del Rey... ¡A Breda!

Capítulo XVIII: El verdadero peso de la historia

Capítulo XIX: Sol de Breda

Capítulo XX: Yo no soy de aquí

Capítulo XXI: Lo que escondían sus ojos...

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Mavi Tomé

Créditos

Notas